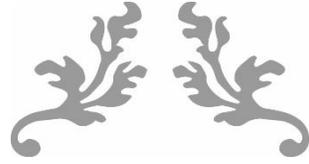


A person is sitting on a bed, wearing a grey long-sleeved shirt and white pants. They are holding a white mug in their right hand and an open book in their left hand. The background is softly lit, suggesting a cozy indoor setting. The text "DULCES ROMANCES" is overlaid in red, serif font across the middle of the image.

**DULCES
ROMANCES**

D. SCOTT



FELICITA



Capítulo 1

Felicita Fairfax miró el escaparate de la tienda West Vancouver Aidid Togo y sus ojos grises se llenaron de lágrimas.

-Joanne, ¿no crees que Candy estaría preciosa con ese vestido amarillo? Me encantaría comprárselo. Si al menos...

-Si al menos Jordano Maxwell permitiera que te acercases a su hija. Pero eso no va a suceder nunca -dijo Joanne.

-¿Cómo puede ser tan malvado? -con el corazón encogido, Felicita se dirigió a su amiga. El sol del mes de junio realzaba la rubia trenza que caía sobre su espalda-. Sí, su esposa y mi hermano Benny han tenido una aventura, ¡pero eso no tiene nada que ver conmigo!

-Claro que no, pero tú eres una Fairfax, y eso es suficiente para el arrogante señor Maxwell. Para él eres una persona non grata... y siempre lo serás -esforzándose para entretenerla, Joanne señaló un edredón que había en el escaparate-. ¿Es uno de los tuyos?

-Mmmm.

-Me encanta el motivo gatuno. Estoy sorprendida, ¡has aumentado mucho tu producción!

-Ahora que no cuido a Candy tengo mucho tiempo para coser - Felicita apretó la mano de su amiga-. La echo muchísimo de menos, Jo. He cuidado de ella desde que tenía una semana de vida y siempre la he querido como si fuera mi hija. Me siento vacía, y mi vida no tiene sentido.

-Lo sé, cariño... pero trata de no pensar en ello. Vamos a tomarnos un café y un pastel de chocolate y cambiemos de tema.

-Ni siquiera puedo pensar en otra cosa.

Pero Felicita se dejó llevar hasta el café Hill O' Veau que estaba en la esquina.

-Jo, estoy preocupada por ella. Sé que su madre no le hacía mucho caso, pero aun así, que Candy nos haya perdido a las dos de golpe... debe de sentirse abandonada y seguro que nos echa mucho de

menos.

-Te echará de menos a ti... tú eres la que ha pasado más tiempo con ella en estos cuatro años. Jordano Maxwell debe de ser muy estúpido o tiene el corazón de piedra; no sé cómo ha podido apartarte de la pequeña.

-Me he enterado de que la lleva a la guardería de Wedgwood Atenué.

-¿De veras? Tiene muy buena fama y el personal es estupendo. Estará contenta entraron en el Hill O' Veau y tras inhalar el aroma a café, Joanne preguntó:- ¿No crees?

-Eso espero -contestó Felicita con un suspiro, y siguió a Jo hasta la barra-. Oh, sí que lo espero.

Jordano Maxwell abrió la puerta del edificio de Morningstar Rialto y entró en el recibidor.

-Buenos días, Jordano -lo saludó la recepcionista con una mueca-. La reunión ya ha comenzado.

Llegaba tarde. Una vez más. Su jefe iba a estar muy enfadado. Si Phil Morningstar tenía una obsesión, era la puntualidad. ¡El mundo de la inmobiliaria no esperaba a nadie! Y esa semana, desde que llevaba a Candy a la guardería de Wedgwood Atenué antes de ir a trabajar, tras una prolongada ausencia, Jordano había llegado tarde a todas las reuniones con Phil.

-Gracias, Butte, me prepararé para el ataque. Entonces... ¿has pedido ya el aumento de sueldo?

-No, todavía no. La úlcera lo está molestando.

-Perfecto, ¡justo lo que quería oír!

-Jordano, espera un segundo, tienes un...

-Más tarde, Butte -dijo, y se alejó de la recepción.

-Pero...

Él negó con la cabeza y tras doblar la esquina del pasillo se dirigió a la sala de juntas. De camino se pasó la mano por la barbilla y

al sentir que estaba mal afeitado maldijo en voz baja.

Debía haberse afeitado en casa. Nunca se le había dado bien afeitarse con la maquinilla eléctrica mientras conducía... y afeitarse mientras trataba de esquivar el tráfico de la hora punta, a la vez que intentaba calmar a Candy, que no dejaba de llorar, solo había conseguido ponerle los nervios de punta.

La puerta de la sala de juntas estaba entreabierta, y Jordano podía oír el tono áspero de Morningstar desde el pasillo. Pero cuando abrió la puerta, se hizo silencio en la habitación.

Jordano sintió que una docena de miradas estaban clavadas en él, y levantó la vista para mirar a Phil Morningstar.

-Lo siento, Phil. Me he retrasado -se disculpó y se sentó en su asiento.

De pronto alguien ahogó una carcajada.

Jordano dejó el maletín en el suelo y miró a su alrededor. Se percató de que sus colegas estaban sonriendo. Jack Araque sonreía y tenía la vista clavada en el bolsillo de la chaqueta de Jordano.

Jordano bajó la vista y se dio cuenta de que el cepillo rosa de Candy asomaba en su bolsillo. Debió de habérselo guardado después de cepillarle sus rizos dorados. Miró de nuevo a su jefe y vio que apretaba los labios con fuerza.

-Lo siento -murmuró Jordano. Pero mientras guardaba el cepillo en el maletín, sonó su teléfono móvil. Maldiciendo en silencio, miró la pantalla para ver quién lo llamaba-. Tengo que contestar -miró a Phil para disculparse-. Me llaman de la guardería de mi hija.

La que llamaba era Greta Gladstone, la dueña.

-Tiene que venir a recoger a Candy -le dijo-. Ha estado histérica desde que la dejó. Esto no va a funcionar, señor Maxwell. Tendrá que encontrar otra solución.

El día estaba pasando de malo a peor.

-Dentro de cinco minutos estaré allí -dijo, y se puso en pie-. Phil, lo siento, tengo que...

-Te has tomado tres meses libres para estar con tu hija después de perder a tu esposa, Maxwell. Bien. Es comprensible. Pero ya es suficiente -Morningstar colocó la mano sobre su pecho y eructó-. Te doy una semana más. Soluciona tus problemas personales antes del lunes o...

-El lunes. De acuerdo. Gracias, Phil -Jordano ya estaba saliendo por la puerta-. Muchas gracias. Lo solucionaré todo para entonces. Lo prometo.

Jordano llamó a su hermana en cuanto llegó a casa con Candy.

-Lacen, menos mal que te encuentre -su hija se había quedado dormida en el coche, y Jordano la llevaba en brazos mientras hablaba por teléfono-. Necesito que vengas. ¿Tienes algo que hacer?

Él tenía treinta y cuatro años y Lacen veinticinco. Era una modelo famosa en todo el mundo. Siempre tenía que viajar de un lado a otro para las sesiones de fotos, y cuando él pasaba por delante de los quioscos de prensa la veía sonreír en las portadas de las revistas. Era guapísima. Tenía el pelo negro azabache, la piel clara y las piernas esbeltas.

También era muy inteligente, y Jordano confiaba en que encontraría alguna solución a su problema.

Lacen vivía bastante cerca de él, y cuando llegó, Jordano había preparado un café. Abrió la puerta con su juego de llaves y se encontró con su hermano llevando dos tazas humeantes al salón.

-¿Cómo es que estás en casa? -preguntó ella, y entró en el salón-. ¿No deberías estar vendiendo casas, ahora que Candy está en la guardería?

-Siéntate, Lace -esperó a que se acomodara y le tendió una taza de café. Dejó la suya sobre la mesa y paseó de un lado a otro de la habitación-. Candy no está en la guardería. Está arriba, durmiendo.

-¿Está enferma?

Él negó con la cabeza.

-Entonces...

-La han expulsado -se pasó los dedos por el cabello.

-Oh, cielos -Lacen apoyó la taza en su rodilla-. ¿No dejaba de llorar?

-No, ha estado así toda la semana. Cuando la he dejado esta mañana, lloraba y se agarraba a mí como un gatito asustado. Me sentía como un monstruo, soltándole los deditos y dejándola allí... como si no la quisiera -apretó los ojos durante un instante para tratar de borrar esa imagen de su cabeza. Cuando los abrió de nuevo, vio que su hermana mostraba preocupación.

-Oh, Jordano, lo siento mucho.

-¿Qué diablos voy a hacer? -preguntó él-. Si esto sigue así, no va a ser ella a la única que van a echar. Morningstar ya no aguanta más. Puede que yo sea el mejor vendedor de Roer Manilana, pero me ha dado hasta el lunes para que solucione mis problemas, y si no... -se pasó el dedo índice por el cuello-. Se acabó.

Jordano se sentó en una silla y, mientras bebían el café, el silencio se apoderó de la habitación.

Cuando terminaron, Lacen dijo:

-Cariño, y no quieres plantearte que Fel...

-¡No! -él se levantó de la silla y miró a su hermana con el ceño fruncido-. No pronuncies ese nombre aquí, no quiero...

-No estamos hablando de lo que tú quieres -Lacen se puso en pie y se enfrentó a él-. Jordano, comprendo cómo te sientes... después de lo que pasó, no te culpo porque odies a Benny Fairfax...

-Lacen, te lo advierto...

-Pero su hermana no tiene nada que ver con lo que él hizo; ella ni siquiera se enteró de que él y Mirla tenían una aventura desde hacía meses, hasta después del accidente. Y aunque tú perdiste a tu esposa...

-¡En más de un aspecto!

-... Felicita Fairfax tampoco salió ilesa de todo el asunto. Ella perdió a su hermano... o como si lo hubiera perdido. Según los

informes, nunca va a salir del coma. Y, cariño, Felicita y Candy se adoran. Yo las he visto juntas, y era maravilloso. ¿No podrías pensar en contratarla de nuevo? Ni siquiera tendrías que verla... al menos no demasiado, solo cuando fueras a llevar a Candy, igual que hacía Mirla, y por la noche cuando fueras a recogerla...

Se oyó un gemido que provenía del piso de arriba. Jordano suspiró.

-Está despierta -dijo-. Vamos a ver qué puedes hacer con ella.

Subieron hasta el dormitorio y cuando llegaron la niña seguía llorando.

Jordano sintió pánico mientras él y Lacen se acercaban a la cuna. La situación empezaba a ser incontrolable. Si continuaba así, perdería el trabajo y ¿cómo podría mantener a su hija? Él había ganado mucho dinero durante los años anteriores, pero Mirla se lo había gastado todo.

-Pobre chiquitina -Lacen se asomó a la cuna, pero Candy no se percató de su presencia porque tenía los ojos cerrados. Estaba tumbada boca arriba y tenía las mejillas enrojecidas y mojadas por las lágrimas.

Lacen esperó a que su sobrina parara de llorar para tomar aliento y dijo:

-Hola, bonita. ¿Qué te pasa?

Candy se quedó de piedra y, conteniendo el llanto, abrió los ojos. Cuando vio a Lacen comenzó a llorar de nuevo, más fuerte que nunca. Se dio la vuelta y presionó la cara contra la almohada.

Jordano se agachó y la tomó en brazos. La abrazó y le susurró palabras bonitas al oído. Al cabo de un momento, la pequeña dejó de llorar pero siguió temblando y agarrada al cuello de Jordano.

Lacen acarició la espalda de su sobrina con suavidad.

-Bonita...

Candy se movió para evitar la caricia y comenzó a llorar de nuevo.

-Pensé que ya habrías conseguido que durmiera en su cama otra vez. ¿No quiere dejar de dormir en la cuna? -preguntó Lacen con un susurro.

-No hay manera. Es una batalla perdida. Mira, será mejor que te vayas. No tenía que haberte llamado, es una pérdida de tiempo. No puedes hacer nada, nadie puede hacer nada. Este es un problema que no tiene solución.

Lacen se disponía a hablar, pero decidió no hacerlo al ver que su hermano la miraba con el ceño fruncido como advirtiéndole que no volviera a mencionar el nombre de Felicita Fairfax.

-Gracias por venir -dijo él-. Te lo agradezco, Lace.

-De nada, hermanito.

Le dio un abrazo y se dirigió a la puerta. Justo antes de marcharse, se volvió y dijo:

-Hay una solución para tu problema, Jordano, ¡y sabes muy bien cuál es!

Felicita envolvió la tetera de porcelana rosa en papel de burbujas y la metió en la caja con cuidado. Después se enderezó y sonrió al ver que RJ movía un pedazo de papel con la pata.

Había gente que decía que los gatos notaban que los dueños iban a mudarse de casa y que se ponían nerviosos. RJ no. Felicita había estado limpiando el apartamento y empaquetando sus cosas desde el momento en que vendió la casa y RJ se había comportado como siempre: curioso y juguetón.

Felicita se acercó al fregadero de la cocina y se lavó las manos.

-Nos iremos el lunes, RJ. ¿Qué te parece?

El gato no le hizo caso.

-Vamos a ir a Vancouver Island, y nos quedaremos con mamá hasta que yo encuentre una casa. Quizá, incluso pueda permitirme una pequeña finca, con un árbol en el jardín porque sé que a ti te gusta trepar.

RJ continuó jugando con el papel como si fuera un ratón.

-Mudarnos a la isla será lo mejor -Felicita trató de sonreír, pero al ver la palidez de su cara reflejada en la tetera decidió no hacerlo. En realidad no tenía motivos para sonreír. Pero cuando estuviera en la isla con el apoyo de su familia, ¿encontraría de nuevo la felicidad?

Por mucho que tratara de convencerse, sabía que no conseguiría superar la pérdida de Candy.

RJ se aburrió de jugar con el papel y se acercó a Felicita, rozándole el tobillo derecho con la cola.

Ella se agachó y lo tomó en brazos. Lo acarició y se preguntó si alguna vez se había sentido tan desconsolada.

-Parece que no voy a tener hijos, RJ -murmuró-. Tengo veintisiete años, el tiempo pasa y todavía no conozco al hombre adecuado.

Felicita pensó que si RJ hubiera podido hablar, le habría recordado que en los últimos años había tenido nada menos que tres proposiciones de matrimonio y que las había rechazado todas.

-¡Porque no estaba enamorada! -protestó-. Me gustaba su compañía, pero ninguno de ellos me hacía sentir como quiero sentirme...

RJ ronroneó con fuerza, como preguntando, ¿y cómo te quieres sentir?

-Igual que en las novelas románticas -dijo Felicita-. Quiero que mi corazón lllore por él cuando estemos separados, y que cante de felicidad cuando estemos juntos, quiero sentirme como si estuviera en el séptimo cielo cuando me abraza, y como si me derritiera cuando me mire a los ojos. Esté donde esté él, allí es donde yo querré estar...

El timbre del teléfono la sobresaltó... y RJ se bajó de su regazo. Felicita se abrió paso entre las cajas de la mudanza y descolgó el auricular.

-¿Diga?

Sintió que había alguien al otro lado de la línea, pero nadie contestó.

-¿Diga? -repitió-, ¿quién es?

No hubo respuesta.

-¿A quién intenta...?

En el otro lado de la línea, colgaron.

-¡Bueno! -ella miró el auricular con indignación-. Al menos podía haber dicho:

«Lo siento, me he equivocado de número».

Jordano se sentó de nuevo en la silla giratoria y se quedó mirando el teléfono que había sobre el escritorio. Llevaba varios días pensando en hacer esa llamada y cuando llegó el momento no había sido capaz de hacerla. No podía, y no quería tener nada que ver con la hermana de Benny Fairfax...

-¿Qué tal? ¿Has llamado?

Jordano levantó la vista y vio que su hermana estaba en la puerta del estudio.

-Creía que estabas arriba con Candy.

-Está dormida. Por fin -Lacen entró en la habitación-. Entonces, ¿has llamado?

-Sí.

-¿Has hablado con Felicita?

-No.

-¿Le has dejado un mensaje en el contestador?

-No.

-¿Por qué no? ¿Por qué no le has dicho que te llame cuando llegue a casa?

-Está en casa.

-¿Está seleccionando sus llamadas? ¿Cómo lo sabes?

-No, no selecciona las llamadas. Ha contestado al teléfono.

-No lo comprenden... ¡oh! -Lacen se sentó en el borde del escritorio y miró a Jordano con desaprobación-. No has tenido el valor para...

-No tiene nada que ver con el valor, maldita sea -se puso en pie,

colocó los puños sobre sus caderas y miró a su hermana-. Tiene que ver con...

-El resentimiento. Jordano, ya hemos hablado de esto antes. Vale, estás resentido, pero estás permitiendo que tus sentimientos entorpezcan lo que es mejor para tu hija. Candy quería a Felicita Fairfax, y creo que la echa muchísimo de menos y que por eso está tan nerviosa. Te está diciendo... a ti y a los demás... que odia cómo están las cosas ahora y que quiere regresar a su antigua rutina, con la que se sentía segura, querida y feliz. Jordano... -sonó el busca de Lacen y ella suspiró-. Cariño, tengo que irme. Esta noche sale mi avión. ¿Me prometes que llamarás de nuevo... y que hablarás con ella? Sé que existe la posibilidad de que ella no quiera aceptar el trabajo. Quizá culpe a Mirla por lo que le ha pasado a su hermano, y puede que sienta el mismo resentimiento hacia la familia Maxwell que tú sientes hacia la suya.

-Así que lo que me sugieres es que la llame y le pida que cuide de Candy otra vez, ¿y que corra el riesgo de que rechace la oferta en mis narices?

-Eso es un riesgo que tienes que correr.

Jordano acompañó a Lacen hasta la puerta. La noche era clara y desde el lugar donde estaba su casa, en lo alto de West Vancouver, se podían ver las luces de la ciudad esparciéndose como un enorme campo de estrellas...

Lacen se despidió con un abrazo cariñoso y le dijo:

-Hazlo, Jordano. Por el bien de Candy.

Felicita continuó empaquetando hasta pasada la medianoche. Después de llevar las cajas que había cerrado a la habitación contigua a la cocina, dejó salir a RJ para que diera un paseo y luego se preparó para acostarse.

Acababa de ponerse una camiseta para dormir, de trenzarse el cabello y de echarse una crema blanca para lavarse la cara cuando, a través de la ventana del baño, oyó que RJ maullaba para que lo dejara entrar.

Ella corrió a abrirle la puerta para que no molestara a los vecinos.

-Entra, bonito animal... -RJ entró corriendo y ella se quedó sin aliento al ver la silueta de un hombre en el escalón de su puerta. Tenía la cara a la sombra de la luz de la luna, pero su pelo era oscuro y los ojos le brillaban al mirarla.

-Si esa es la manera que tienes de recibir a los extraños de la noche, he venido al sitio equivocado -dijo él.

¿A qué se refería?

Oh-oh. «Entra, bonito animal».

Aunque se sentía estúpida, notó que el miedo se disipaba de su cuerpo. Si aquel hombre hubiera tenido intención de hacerle daño, ya lo habría hecho. Aun así, ella dio un paso atrás y cerró la puerta casi del todo.

-¿Qué puedo hacer por usted? -preguntó- ¿Se ha perdido?

El hombre soltó una carcajada.

-No, no estoy perdido -dijo-. Al menos no en ese sentido.

-Entonces, ¿qué quiere?

-Quiero hablar contigo.

Felicita frunció el ceño.

-¿Quién es usted?

Él miró a su alrededor con impaciencia y su perfil quedó resaltado por la luz de la luna. Tenía los rasgos marcados, la nariz pronunciada y el mentón prominente.

Un rostro estupendo. El tipo de facciones que adoraban los artistas. Y las mujeres...

Felicita trató de retirar la idea de su cabeza.

-Voy a cerrar la puerta ahora mismo, si no me dice quién es y por qué está aquí.

Él se volvió y la miró. En ese momento, los vecinos de arriba encendieron la luz del dormitorio y los rayos iluminaron la cara del

visitante.

«Es un bonito animal», pensó Felicita. Bonito... y hostil. Sin duda... hostil.

-Soy Jordano Maxwell -soltó él-. Y lo que quiero es hablar contigo de algo que no me gustaría discutir aquí fuera -metió las manos en los bolsillos y la miró-. ¿No vas a invitarme a entrar?

Él esperaba encontrar a alguien mayor. Más maduro. Y no a una chica en camiseta con una trenza en el pelo y la mirada llena de aprensión.

Ella lo invitó a entrar haciendo un gesto con la mano. Y lo único que le dijo fue si quería beber algo. Él habría pedido un whisky, pero ella le ofreció un té.

Puso la tetera al fuego y salió de la cocina.

Cuando regresó, se había lavado la cara y llevaba un albornoz y unas zapatillas.

Así que allí estaban, sentados en la cocina bebiendo un té con sabor a arándanos.

Y ella seguía sin decir palabra.

Mientras bebía el té, centraba la mirada en la mesa de la cocina, así que Jordano tuvo oportunidad de observarla. No se parecía a su hermano. Ella era rubia, su hermano moreno. Ella era esbelta, y él de constitución fuerte... y parecía mayor. Pero él había sido un irresponsable y un derrochador.

Igual que Mirla.

Habían hecho una buena pareja.

Jordano sintió que la ira se apoderaba de él pero trató de controlarse.

-Estoy aquí por Candy -dejó la taza a un lado-. Quería preguntarte... -se calló y miró hacia la habitación que había junto a la cocina. Vio que había cajas, y entonces se fijó en que las paredes de la cocina estaban vacías, igual que las estanterías-. ¿Vas a mudarte? -le preguntó.

-Sí. Me voy a casa.

-¿Dónde está tu casa?

-En la isla.

Era lo último que él se esperaba. Sabía que era posible que ella rechazara la oferta, y que incluso, si la aceptaba, era posible que discutiera sobre el sueldo, el horario de trabajo, y muchas otras cosas. Pero lo que no se había imaginado era que ella pudiera dejar Roer Manilana para irse a vivir a Vancouver Island.

-¿Ya has hecho planes?

-Todo está decidido. Voy a quedarme con mi madre hasta que encuentre un sitio -se terminó el té y dejó la taza sobre la mesa-. Ahora... es muy tarde... y todavía no me has dicho a qué has venido.

-No importa. Ya no -se levantó y dejó la taza sobre la encimera-. Me marcho.

Se dirigió a la puerta, y cuando la abrió ella dijo:

-Espera.

Él se volvió. Ella estaba quieta, con el rostro pálido.

-Me debes una explicación -dijo-. No puedes venir aquí en mitad de la noche y no decirme por qué.

Él se encogió de hombros.

-No vas a estar aquí, así que... lo que quería pedirte... ya no importa.

-Era algo acerca de Candy, ¿verdad? Si hay algo en lo que pueda ayudar, por favor, dímelo. Sé que debe resultarte difícil cuidar de ella... tiene algunas manías, y si te facilita las cosas, estaré encantada de repasarlas contigo. Por ejemplo, el pelo se le enreda después de lavárselo, y para evitar que se queje mientras se lo cepilla, tienes que...

Su voz se desvaneció al ver que él se pasaba la mano por la nuca.

-¿Qué ocurre? -Felicita dio un paso adelante y se acercó a él-. ¿Qué pasa? ¡Tienes que decírmelo!

-Candy está muy triste. Yo nunca había visto a un niño tan infeliz -Jordano quería arrodillarse y suplicarle que se quedara, pero su orgullo no se lo permitía. Sin embargo, se encogió de hombros una vez más, como si no tuviera importancia-. Había pensado... bueno, mi hermana Lacen me lo había sugerido y a mí no me gustaba la idea... Lacen sugirió que quizá debería ofrecerte tu antiguo trabajo. Por el bien de Candy.

-Oh.

-Pero puesto que vas a marcharte, tendré que encontrar a otra persona. No importa -se dio la vuelta y abrió la puerta-. No debí haberte molestado.

Salió a la oscuridad y caminó hasta su coche bajo la luz de la luna. Se sentía como si el mundo y todos sus problemas recayeran sobre él.

¿Qué diablos iba a hacer? Le había dicho a la señorita Fairfax que buscaría a alguien más.

No había nadie más.

Le dio una patada a una piedra y maldijo en voz alta.

Abrió la puerta del coche y cuando estaba a punto de entrar, oyó que Felicita le gritaba:

-¡Jordano Maxwell! ¡Espera!

Y cuando se volvió, vio que Felicita Fairfax corría hacia él.

Capítulo 2

Felicita creía que le iba a estallar el corazón. Lo que le había dicho Jordano la había dejado de piedra. La alegría se había apoderado de ella y eso hizo que saliera corriendo del apartamento.

Cuando alcanzó a Jordano, le preguntó:

-¿Lo dices de verdad? ¿Quieres que vuelva a cuidar de Candy?

-No recuerdo haber utilizado esas palabras... pero sí, he venido a pedirte eso.

-¿A media noche?

-Esperaba que pudieras empezar mañana. Había pensado en traer a Candy de camino a la oficina. Pero puesto que vas a mudarte...

-Pero no tengo que mudarme... ¡no quiero mudarme! Si pudieras esperar a que encuentre otro sitio... No hay nada en el mundo que me guste más que cuidar a Candy de nuevo.

Un coche se detuvo un poco más adelante en la calle y sus faros iluminaron la cara de alivio de Jordano. Después, el coche se metió en un garaje y su rostro volvió a cubrirse por las sombras.

-No puedo esperar -dijo él-. Necesito que empieces mañana.

-Pero los hombres de la mudanza vienen el martes. Y tengo que encontrar otro sitio para vivir...

-Te quedarás en Desraben.

-¿En tu casa?

-Así es -el tono de su voz era de impaciencia-. Vindrás a casa conmigo y mañana cambiarás todo lo de la mudanza.

Felicita sintió que la emoción se convertía en indignación. Si Jordano creía que podía mandar sobre ella, se equivocaba.

-¡Todavía no he terminado de empaquetar! -soltó ella.

-Puedes hacerlo mañana por la noche, después de que yo llegue de la oficina inquieto, Jordano metió las manos en los bolsillos y comenzó a jugar con las llaves-. Bueno, si ya está todo arreglado, te

daré un par de minutos para que prepares una maleta con las cosas que necesites y después...

-Tengo un gato.

-Ah, sí -dijo en tono de burla-. El bonito animal. No soy amante de los gatos. Supongo que no querrás darlo en adopción.

-¡Por supuesto que no!

-Entonces, formará parte del paquete. Intenta mantenerlo alejado de mí, o no respondo de las consecuencias -se apoyó en el coche-. Bueno, te espero aquí. Te doy veinte minutos para prepararte -dijo mirando el reloj.

Felicita tardó treinta.

En veinte minutos estaba preparada, pero durante los otros diez se sentó en su oscuro dormitorio, dejando plantado a su nuevo jefe.

Jordano era consciente de que Felicita Fairfax lo había salvado de perder el trabajo. Y sabía que debía estarle agradecido. Pero mientras conducía de vuelta a casa, lo único que sentía era resentimiento... resentimiento por el hecho de que el destino le hubiera hecho estar en deuda con ella.

Le hervía la sangre.

¿Es que el destino no tenía bastante con haber unido a su esposa y a Benny Fairfax en un acto benéfico las pasadas navidades? A su esposa siempre le había gustado coquetear, pero al menos sabía lo que le convenía y nunca había tenido una aventura extramatrimonial... hasta que conoció a Benny Fairfax...

-¿Y quién está cuidando a Candy ahora? -preguntó Felicita.

Él se detuvo frente a la casa.

-Mi hermana. Creo que ya la conoces.

-Lacen. Sí, vino a recoger a Candy varias veces. ¿Y no podía cuidar a Candy mañana?

-No -le podía haber dicho que Lacen se iba a California al día siguiente, pero prefirió no hacerlo. Felicita Fairfax iba a ser su

empleada y él quería mantener la relación en un plano impersonal-. Vamos dentro.

Jordano sacó la maleta del coche y ella el bolso en una mano y la caja del gato en la otra.

Cuando él abrió la puerta, Lacen se acercó desde el salón. Antes de darse cuenta de que él no estaba solo, preguntó:

-¿Qué tal te ha ido?

Jordano se echó a un lado para dejar que Felicita pasara delante, y esta entró en el recibidor moviendo la caja delante de ella.

-¡Oh, Felicita! -sonrió Lacen-. ¡Me alegro de verte!

-Hola, Lacen -contestó Felicita con una sonrisa-. Me alegro de verte otra vez.

-¿Y esa es tu maleta? ¿Vas a quedarte aquí? Bueno, supongo -se rio y miró al gato-. Has traído a tu familia contigo -se agachó y dijo-: ¡SSSS! ¡RJ! -el gato retrocedió hasta que topó con la caja. Lacen se rio y se puso en pie-. Es tan bueno que hayas venido, Felicita.

Jordano se aclaró la garganta.

-¿Candy sigue dormida?

-Sí. Ha estado un poco inquieta, pero no se ha despertado desde que te marchaste -Lacen sonrió de nuevo a Felicita-. Ahora me marcho... mañana tengo que madrugar; tengo una sesión en California -agarró su chaqueta color escarlata y se la puso sobre los hombros-. Me marcho tranquila, sabiendo que Candy está en tus manos.

-Gracias, Lacen.

-Adiós, Jordano -Lacen le dio un abrazo-. Te llamaré cuando regrese. Probablemente el viernes.

Cuando salió y cerró la puerta, Jordano dijo:

-Te instalaras en la habitación que hay junto a la de Candy. Así la oirás si se despierta por la noche.

Subieron por las escaleras, y él se dio cuenta de que ella miraba a

su alrededor.

-No sé por qué -dijo ella despacio-, pero me da la sensación de que he estado aquí antes. Todo me resulta tan familiar... esos cuadros al óleo, el suelo de mármol claro del recibidor, la moqueta azul de la escalera, y... esto -pasó la mano por el reloj antiguo que había en el hueco de la escalera-. ¿Dónde he visto esto antes? Sé que es una pieza única, hecha para un italiano...

-¿Lees revistas de arquitectura?

-Mi amiga Joanne a veces me pasa alguna.

-Entonces ahí es donde has visto el interior de Desraben. Salió publicado en...

Jordano se detuvo cuando llegaron a la habitación de Candy. Habían hablado en voz baja, pero debieron de molestarla porque ella comenzó a moverse. Parecía que iba a despertarse, aunque solo gimoteaba medio dormida.

Felicita se había parado junto a Jordano.

-¿Puedo verla? -preguntó.

-Es mejor que no entres. Se quedará dormida otra vez.

Pero la pequeña no estaba dispuesta a dormirse de nuevo. Jordano oyó el crujido del somier y la imaginó levantándose de la cama. Estuvo a punto de quejarse en voz alta. Otra noche sin dormir, y tampoco era que quedara mucha noche por delante.

Candy comenzó a llorar cada vez más alto, y Jordano se quejó. Quería a su hija más que a nada en el mundo, pero si no lo dejaba dormir...

Felicita le tocó el antebrazo con suavidad.

-¿Por qué no me enseñas cuál es mi habitación y te vas a la cama? Yo me ocuparé de Candy.

-No, tengo que enseñarte el funcionamiento de la casa. El piso de abajo también, porque me marcharé antes de que te despiertes por la mañana. Tengo que mostrarte...

-Ya me las arreglaré -mover la caja del gato hacia delante y dijo-
¿Mi habitación está por aquí?

Ella lo estaba mangoneando. Tomando el poder de la situación.

De acuerdo, pero solo sería esa noche. Y solo porque estaba agotado. Al día siguiente, le enseñaría quién mandaba en la casa.

Tratando de contener un bostezo, Jordano abrió la puerta de la habitación que había al lado de la de Candy.

-Es esta -le dijo-. Toda tuya.

El llanto de Candy había pasado a ser estridente, y Jordano sabía por experiencia que podía mantenerlo durante horas.

-Buenas noches, Jordano -Felicita pasó delante de él y dejó la caja del gato en el suelo.

Él sabía que tenía que decir «gracias», pero la palabra se quedó atascada en su garganta. Se dio la vuelta para marcharse... y después se dirigió hacia Felicita de nuevo.

-¿Y qué pasa con el gato? -preguntó.

-¿RJ? Estará bien hasta mañana. Después lo sacaré a pasear, con correa, para que se acostumbre a la zona -dejó el bolso en el suelo-. Dentro de unos días, cuando esté segura de que no se va a escapar, le dejaré libertad de movimientos.

Mientras hablaba dejó la mochila sobre una silla y tiró su anorak sobre la cama. Con un movimiento, se colocó la trenza en la espalda y lo miró desafiante.

-Estoy lista -le dijo-. Puedes irte a dormir, y te veré... cuando sea.

Jordano salió del dormitorio y se dirigió a la habitación de Candy. Después de dudar un instante, se dio la vuelta y se dirigió a su habitación que estaba al otro lado del pasillo.

A mitad de camino, se volvió para mirar atrás... Felicita ya había desaparecido de su vista.

Felicita entró de puntillas en la habitación de la pequeña.

Junto a las cortinas había una pequeña luz rosada que permitió

que Felicita viera una cama hecha, pero vacía. Miró a su alrededor y se sorprendió al ver que Candy estaba en la cuna. Era la cuna blanca que Mirla Maxwell había llevado a casa de Felicita cuando Candy tenía seis meses. Había estado en casa de Felicita hasta que Jordano Maxwell mandó una furgoneta a recogerla, después de que su abogado le notificara a Felicita que ya no necesitaban sus servicios. Eso había sucedido tres meses antes, justo después del accidente que cambió sus vidas.

Felicita sabía que aunque a Candy le gustaba dormir la siesta en la cuna cuando se quedaba en su casa, hacía tiempo que la pequeña dormía en la cama. ¿Y por qué esa niña de tres años no estaba en la cama? La cuna era lo bastante grande para ella, pero sin duda el hecho de que la utilizara era un paso atrás. Al día siguiente se lo preguntaría a Jordano.

Esa noche, su objetivo era consolar a Candy.

Candy estaba de pie, agarrada a los barrotes de la cuna. Tenía la cabeza echada hacia atrás y las lágrimas le brotaban de los ojos. Lloraba de manera desconsolada, y Felicita sintió que se le partía el corazón.

Con lágrimas en los ojos, susurró:

-¡Pobrecilla, mi niña! -y corrió junto a ella. Deseaba tomar a Candy en brazos, pero no quería asustarla. Colocó las manos sobre las de la pequeña y comenzó a cantarle su nana favorita.

El llanto cesó.

Candy se quedó de piedra, y durante un instante, en la habitación solo se oyó el hipo que seguía al llanto. Entonces, despacio, muy despacio, la pequeña levantó la cabeza y miró a Felicita con los ojos enrojecidos y la boca abierta.

Felicita sonrió y contuvo las lágrimas.

-Hola, corazón -susurró-. Soy yo.

-¿Fiyi? -preguntó la niña incrédula y con voz temblorosa.

-Sí, cariño. Soy Fiyi. He venido a cuidarte.

Se agachó, tomó a la pequeña y la abrazó contra su pecho. Candy parecía más ligera, incluso más frágil que la última vez que la había tenido en brazos. Pobre niña; había sufrido mucho.

Candy le rodeó el cuello con los brazos y Felicita, llena de alegría, se sentó en una butaca que estaba junto a la chimenea.

-¿Fiyi?

-Sí, cariño -Felicita le acarició el cabello mojado por las lágrimas, y le besó la frente-. ¿Qué ocurre, mi amor?

-Te echaba de menos -Candy comenzó a llorar de nuevo-. Te he echado de menos todos los días.

-Yo también, preciosa. No sabes cuánto. Pero a partir de ahora, siempre estaremos juntas. Confía en ello.

La niña la abrazó con más fuerza y preguntó angustiada:

-¿Me lo prometes, Fiyi?

-Sí, mi amor -Felicita la tranquilizó-. Te lo prometo.

Si había algo que Jordano odiaba era el olor a tostada quemada.

Lo percibió mientras se dirigía hacia la cocina la mañana siguiente, y le dio grima.

Por supuesto, Felicita no tenía por qué saber que el pan siempre se atascaba en ese viejo tostador, y que había que quedarse junto a él para sacar las tostadas cuando estuvieran listas. Aun así, ella no debería estar en el piso de abajo, ¡y mucho menos haciendo tostadas! Debía haber tenido sentido común y quedarse arriba hasta que él se hubiera marchado. Debía saber lo que él sentía hacia ella, y que lo último que quería era mantener una conversación con la hermana de Benny Fairfax a primera hora de la mañana, antes de haberse tomado una taza de café.

Abrió la puerta de la cocina decidido a ser cortante pero no maleducado, ya que la necesitaba, y se encontró con que la habitación estaba vacía.

Felicita había estado en el piso de abajo, y no hacía mucho tiempo. El olor de las tostadas quemadas era más fuerte allí a pesar de

que se camuflaba un poco gracias al aroma del té de fresa.

Sobre el mostrador había una caja de té.

Sobre la mesa una nota que decía: *La tostadora está rota.*

Y junto a la puerta trasera, sobre el suelo de baldosas blancas, el gato de Felicita estaba vomitando.

-¡Buenos días, Jordano! -Butte lo saludó con una sonrisa-. Me alegro de volverte a ver... ¡y has llegado el primero! -lo miró de arriba abajo-. ¡Y tienes el aspecto de siempre! Te has afeitado, tu peinado es impecable, ¡y no llevas un cepillo rosa en el bolsillo! ¿Eso quiere decir que has solucionado tus problemas con Candy? ¿Has encontrado a alguien de confianza? ¿Estás...?

-Sí, sí... y sí, a cualquiera que sea tu tercera pregunta -Jordano se pasó los dedos entre el cabello-. Butte, por favor, dime que has hecho café...

-Sí, lo he hecho. Pero aquí no sueles tomar café hasta media mañana. Siempre lo tomas en casa, a primera hora, para empezar el día...

-¡Esta mañana, no! -estaba a mitad de camino de la sala de reuniones cuando se volvió y añadió-: No con ese gato vomitando por todos sitios.

La cafetera estaba llena. Jordano sacó su taza del armario. Se la había regalado Candy para navidades y tenía la foto de la pequeña impresa. Según la niña, «Fiyi» la había encargado en una tienda para él.

Él nunca había conocido a «Fiyi», la niñera de su hija, pero apreciaba la idea del regalo. Siempre había pensado en hacérselo saber, pero pasó el tiempo... y después ya era demasiado tarde. El apellido Fairfax se había convertido en una maldición para él, y Fiyi Fairfax era la última persona del mundo con la que quería relacionarse.

-¿El gato? -Butte apareció a su lado-. ¡No soportas a los gatos! ¿Qué hacía un gato en tu cocina?

Jordano se sirvió el café.

-No quieres saberlo.

-Sí quiero.

Butte Winston había estado casada cuatro veces y como ella decía, lo había visto todo. A sus cincuenta y pocos años, tenía el tipo de personalidad que invita a las confidencias... y todos sabían que Butte la de Recepción era como una tumba.

Jordano era una persona reservada y normalmente no hablaba de sus problemas personales. Ese día, sin embargo, la frustración hacía que necesitara contarle a alguien cuál era su situación. Y si alguien iba a escucharlo y a mostrarle su apoyo, esa era Butte.

Se sirvió leche en el café y bebió media taza de un trago.

Después dejó la taza sobre la mesa, se cruzó de brazos y dijo:

-Es el gato de Felicita Fairfax.

Igual que el resto de las personas de la oficina, Butte sabía que la esposa de Jordano y Benny Fairfax habían tenido una aventura durante varios meses antes de que Benny se chocara con el coche, Mirla muriera y él se quedara en coma. Y también sabía cómo se sentía Jordano hacia la familia Fairfax.

-Así que has vuelto a contratar a Felicita Fairfax para que cuide a Candy. Y va a vivir contigo -dijo Butte.

-Así es -dijo él.

-Sabia decisión.

-No tenía otra opción. Mi horario es malo, sabes que a menudo trabajo hasta tarde para cerrar una venta o...

-Quería decir que era una sabia decisión contratar otra vez a Felicita Fairfax. No la conozco, pero mi prima Joanne sí, y solo dice cosas buenas de ella.

-No me has entendido, Butte. No ha sido una decisión tan sabia contratar a esa mujer. Un Fairfax es a la última persona a quien habría contratado. Si hubiera tenido otra opción, no lo habría hecho.

-¿No me estarás diciendo, Jordano Maxwell, que estás metiendo en el mismo saco a la hermana de la persona a quien tienes derecho a odiar? -dijo Butte con tono censorador-. Por el amor de Dios, Jordano, la chica...

-¡No es una chica! -se sentía como un niño a quien le echa la bronca su profesora favorita-. Es una mujer, y alguien de quien no quiero estar cerca.

-Tienes que pensar en Candy primero. Ella es la que importa... no tú. La pobre niña no solo perdió a su madre, sino también a la niñera que adoraba. Sé que ella te adora, pero necesita a una madre... o al menos a una mujer que la cuide. No creo que hubiera tenido tantos problemas si solo hubiera perdido a una niñera; en ese caso, habría buscado el consuelo en los demás.

-Lo sé -dijo él-. No tienes que...

Se calló cuando una idea cruzó por su cabeza.

-Entonces, ¿qué vas a hacer, Jordano? No veo muchas salidas. Estás decidido a hacer lo mejor para Candy, pero también estás decidido a que esa mujer no te guste. Los niños sienten los conflictos. Es lo último que Candy necesita.

-No te preocupes -Jordano colocó la mano sobre la espalda y la dirigió hacia la puerta-. Lo que acabas de decir... me has dado una idea -con una sonrisa, la acompañó hasta la recepción-. Gracias a ti, creo que he encontrado una solución a mi problema.

Felicita observó a Candy mientras dormía y se preguntó si alguna vez se había sentido más feliz. No mintió a Joanne cuando le dijo que quería a Candy como si fuera su hija. Estar allí y cuidar de ella era la cosa más maravillosa que podía sucederle.

Se le ablandó el corazón al ver que la pequeña era adorable mientras dormía. Tenía los rizos dorados alborotados, las mejillas de color rosa, igual que el camisón y los labios fruncidos.

Parecía un hada... pero al pensarlo, Felicita frunció el ceño y se preguntó por qué Jordano todavía la acostaba en la cuna. Tenía que preguntárselo.

Entretanto, estaba deseando pasar el día con Candy y quería que se despertara pronto.

Como si la pequeña hubiera leído sus pensamientos, abrió los ojos, y al ver a Felicita, puso una gran sonrisa.

-¡Fiyi! ¡Todavía estás aquí!

-Por supuesto que estoy aquí, cariño. ¿No te dije que siempre estaré a tu lado?

-¡Sácame! ¡Fuera! ¡Fuera!

Riéndose, Felicita abrió el lateral de la cuna y agarró a Candy de las dos manos para que saltara hasta el suelo.

-Estaba esperando a que te despertaras para pasar nuestro primer día juntas dijo Felicita.

Diez minutos más tarde, Candy vestía una camiseta y unos pantalones amarillos que había elegido de su armario y ambas se dirigían al piso de abajo.

-Después de desayunar iremos a dar un paseo -dijo Felicita-. Pero antes de salir, ¿te gustaría enseñarme la casa? Es muy bonita, pero muy grande. Estoy segura de que me perderé si no me enseñas dónde está todo.

-Y también te enseñaré la parte de fuera -dijo Candy con ilusión-. Hay un jardín, un invernadero, y una bañera de agua caliente. Papá a veces la usa, pero solo en invierno. Dice que es para los mayores, para relajarse después de un día duro. ¿Tú también tienes días duros, Fiyi?

Ella había tenido algunos días muy duros durante los tres últimos meses, pero a partir de ese momento, creía que la vida iba a ser maravillosa.

-A partir de hoy, para mí... y para ti, Candy, los días duros han terminado -le dijo.

Jordano no regresó a casa hasta pasadas las siete. Cuando entró en el recibidor la casa estaba en silencio. Se paró y escuchó. No había ningún ruido, excepto el tictac del reloj que estaba en la escalera. Un reloj que a él le parecía horrible, igual que el precio; pero Mirla lo

quería, así que lo compró.

Trató de olvidar.

Se soltó el nudo de la corbata y se dirigió al piso de arriba. Al subir, se percató de que hacía mucho tiempo que la paz no reinaba en esa casa. Y paz era lo que él necesitaba.

Pensaba darse una ducha, bajar a la cocina y prepararse un sándwich. Después, se lo llevaría al salón con una cerveza y, con los pies en alto, leería el periódico.

Menos mal que la señorita Fairfax no estaba por allí.

Había visto que la puerta de su dormitorio estaba cerrada. Y con un poco de suerte, ella estaría dentro y se quedaría allí.

Esperaba que el gato estuviera con ella.

La puerta de la habitación de Candy estaba medio abierta, las cortinas cerradas y la luz de noche encendida.

Jordano abrió con cuidado y se acercó a la cuna.

Su hija estaba dormida y respiraba profundamente.

Él se agachó y le acarició el cabello con delicadeza.

-Buenas noches, princesa -susurró-. Papá te quiere, y las cosas van a ir mucho mejor a partir de ahora. Solo que no te encariñes demasiado con tu querida Fiyi, porque voy a echarla en cuanto encuentre a alguien más que pueda cuidarte. Pero no te preocupes, cariño, lo haré de tal manera que ni siquiera notarás que ella se ha ido.

Se quedó un rato allí de pie, pensando, escuchando la respiración de Candy y reflexionando sobre su plan.

-¡Qué pedazo de víbora!

Felicita se incorporó de golpe en la cama de Candy y pronunció esas palabras mientras miraba indignada cómo Jordano salía de la habitación.

Como Candy no había querido que se marchara de la habitación cuando la acostó en la cuna, Felicita le había ofrecido quedarse allí

hasta que se durmiera y se había tumbado en la cama.

Pero también se había quedado dormida.

Se despertó al sentir que había alguien en la habitación. Al principio, estaba adormilada, pero cuando escuchó cómo Jordano Maxwell advertía a su hija que no se encariñara con su querida Fiyi porque estaba planeando echarla, se despertó de golpe.

Bueno, ella no estaba dispuesta a que la echaran.

Salió de la habitación, se aseguró de que él no la veía y corrió a su dormitorio.

Cuando cerró la puerta, escuchó el sonido del agua.

La habitación de Jordano debía de estar cerca de la suya.

¿Acababa de llegar a la casa? Si era así, se estaría dando una ducha antes de cenar.

Ella esperó y cuando oyó que Jordano abría la puerta del dormitorio, respiró hondo y salió de la habitación.

Estuvo a punto de chocarse con él.

-¡Oh! -fingió una sonrisa de sorpresa-. ¡Estás en casa! La cena está en el horno, Jordano. Hay pastel de carne y puré de patatas. Espero que te guste. Bajaré contigo y te contaré lo maravilloso que ha sido el día que Candy y yo hemos pasado juntas.

Capítulo 3

Felicita Fairfax habría sido la última persona con quien Jordano hubiera querido hablar... ¡si es que hubiera tenido ganas de hablar!

Pero por supuesto, sí quería saber cómo había estado Candy.

-Vale -dijo con brusquedad, y comenzó a bajar... con ella pegada a sus talones-. Puedes contármelo mientras yo me preparo algo de comer.

-Te dije que había preparado pastel de carne.

-No quiero que cocines para mí -dijo él-. Estoy acostumbrado a cuidar de mí mismo.

-Candy me dijo que habías despedido al ama de llaves después de que tu...

-Nunca me ha gustado tener extraños en casa. Cuando llego de la oficina, lo último que me apetece es tener que hablar con...

-Eso es a ti. Pero ¿y qué pasa con Candy? ¿Quién le ha hecho la comida en estos tres últimos meses?

-Yo -dijo Jordano, y continuó bajando.

-¿Sabes cocinar?

-Lo suficiente como para no morirnos de hambre.

Los pasos de Jordano resonaban con fuerza sobre el suelo de mármol mientras se dirigía hacia la cocina. El suave sonido de las sandalias que llevaba Felicita lo molestaba.

Abrió la puerta de la cocina y se detuvo para permitir que ella entrara primero. Cuando él la siguió, estaba tan asombrado por el delicioso aroma que invadía la habitación que estuvo a punto de tropezarse con el gato, que salió corriendo de debajo de la mesa.

-Lo siento -dijo ella, y al ver su descontento añadió-: Lo llevaré al cuarto de la lavadora.

-¿Y no puedes dejar fuera a ese animal?

-Necesita algunos días para acostumbrarse a la zona y conocer su

nuevo territorio antes de que pueda dejarlo en libertad. Si no, saldría corriendo como una bala y no sería capaz de regresar... y si se perdiera, se me partiría el corazón.

¿Se le partiría el corazón por perder a un gato? ¿Qué tipo de corazón tenía aquella mujer para que pudiera romperse con tanta facilidad?

Felicita salió de la cocina con el gato en brazos. Jordano escuchó cómo abría la puerta del sótano y el sonido que hacían las escaleras de madera al bajar por ellas. Se dirigió a la nevera.

Cada vez que inhalaba el aroma que salía del horno se le hacía la boca agua. Trató de ignorarlo, sacó una lechuga, un tomate, un poco de queso y un bote de mayonesa y dejó todo sobre la encimera junto con una botella de cerveza.

Después buscó el pan que había comprado dos días antes... y no lo encontró.

-¿Estás buscando pan? -le preguntó Felicita-. A Candy le encanta el pudín de pan, así que...

Él se volvió a mirarla.

-¿Así que...?

-He hecho uno. Y me temo que usé todo el pan que quedaba. Vi que había un congelador en el sótano y pensé que tendrías más pan congelado, pero... ¿cómo iba a saberlo? Puedo comprar pan y algunos bollos cuando salga esta noche.

-¿Vas a salir?

-Tengo que terminar de empaquetar -le recordó-. Los hombres de la mudanza vienen mañana.

-¿Y cómo te vas a ir? No puedo llevarte, no puedo dejar a Candy...

-Va a venir a recogerme una persona, cuando llame.

-¿Y por qué no llamas a tu amiga ya?

-Es un amigo, no una amiga. Vale, lo llamaré. Vive por aquí, así

que no tardará mucho. Me dará tiempo a contarte cómo le ha ido el día a Candy -se volvió y se dirigió hacia el teléfono que estaba colgado en la pared. Llamó a su amigo y se despidió diciendo:

-Ven por la puerta de atrás, Hugo. Estaré en la cocina.

Cuando colgó, sacó el pastel de carne del horno y dejó el plato humeante sobre el salvamanteles. Después sacó una cacerola pequeña y le quitó la tapa. Dentro había guisantes, y zanahorias cocidas.

Antes de que él pudiera decir: «Gracias, pero me voy a hacer una ensalada», ella dijo:

-¡Candy es tan linda! -y sirvió una porción de pastel de carne en un plato-. Me ha hecho un tour por la casa y el jardín -sirvió las verduras, y mientras le contaba a Jordano lo bien que se lo habían pasado juntas, le colocó el plato delante-. ¿Qué más necesitas? Ah, sal y pimienta...

-Señorita Fairfax, tenemos que hablar. Yo...

-Llámame Felicita -hizo un gesto para que se acercara a la mesa-. No te quedes ahí de pie, siéntate y tómate la cena. Dame -agarró la botella de cerveza-, déjame a mí -antes de que él pudiera detenerla, ella sacó un abrebotellas del cajón y abrió la cerveza. Después la dejó junto a una jarra sobre la mesa-. Creo que ya está todo. Siento que no haya pan. Como te dije, compraré cuando salga.

Jordano sentía que todo iba demasiado deprisa y buscó algo que pudiera detener esa situación.

-¡Has estado tocando al gato antes de preparar mi comida! -le dijo.

-Me lavé las manos en el cuarto de la lavadora. Por el amor de Dios, Jordano, siéntate e intenta no complicar tanto las cosas. Puesto que a partir de ahora voy a cocinar para ti, será mejor que te acostumbres a...

-¡No te he contratado como cocinera! -le dijo con el ceño fruncido-. Estás aquí para cuidar de Candy. Así que no me incluyas en tus planes de organizar la casa.

-No he venido a organizarte la casa -dijo con exasperación-. Esto va en serio, Jordano. Quiero hacer feliz a Candy, y para eso, la niña necesita un hogar cálido y seguro. Tengo que ser lo más cercano a una madre para ella. Y eso significa, hacer las cosas que una madre hace, como cocinar, limpiar y...

-¡No necesito una cocinera ni una ama de llaves! Puedo cocinar, y tengo una excelente empresa de limpieza que...

-Pero yo no quiero ser tu cocinera ni ama de llaves. Sé que nunca podré ser la madre de Candy, pero tampoco quiero que ella me vea como a una sirvienta. Quiero que conozca las cosas que una madre hace con su hija... como limpiar el polvo, arreglar los armarios, hacer galletas, cuidar las flores y...

-Lo he captado -dijo en tono brusco-. Así que ¿quieres que cancele el contrato con la empresa de limpieza? ¿Vas a hacerlo tú todo?

-Sí -suspiró ella-. Mira, sé que no te caigo bien... y para serte sincera, yo tampoco sé cómo me siento hacia ti. Hasta el momento, he de admitir que no hay mucho a tu favor. Pero por el bien de Candy, será mejor que convivamos de forma amigable. Ya ha tenido bastante en su corta vida, como para que encima sienta que hay conflictos entre las dos personas que más quiere... -hizo una pausa al oír que llamaban a la puerta-. Disculpa -dijo-, debe de ser Hugo -cruzó la cocina y abrió la puerta.

En el escalón había un chico alto que vestía pantalón corto, camiseta y gorra de béisbol.

-Hola Liz -dijo con una amplia sonrisa-. ¿Estás lista?

-Pasa -dijo ella-. Te presentaré a mi jefe. Solo tengo que subir a recoger mi bolso -se volvió hacia Jordano-. Este es Hugo Andrews, Jordano, un viejo amigo. Hugo, este es Jordano Maxwell. Enseguida vuelvo...

Jordano asintió de manera cortante.

-No quiero molestarte -dijo Hugo, y señaló el pastel de carne-. No dejes que se te enfríe la cena. Siéntate.

-Puede esperar -dijo Jordano, y metió las manos en los bolsillos-. Así que... ¿conoces a la señorita Fairfax desde hace tiempo?

-Primero conocí a su hermano. Él fue quien nos presentó.

-A Benny -el nombre chirriaba en su cabeza. Parecía que estaba predestinado a conocer gente relacionada con él.

-No, no fue Benny. Él era mayor. Fue el otro hermano, él más pequeño. El hermano gemelo de Felicita.

-¿Tiene un hermano gemelo?

-Tenía. Se llamaba Yod. Era pescador... y murió hace dos años cuando su barco volcó en una tormenta.

Tras oír aquello, Jordano sintió los pasos de Felicita acercándose.

-No digas nada -comentó Hugo-. Flas se quedó destrozada. Nunca habla de ello.

Cuando Felicita entró en la cocina, Jordano se encontró mirándola de otra manera. Era la primera vez que la miraba correctamente.

-No sé a qué hora volveré -dijo ella-. ¿Puedes dejarme una llave de la casa?

Lo único que él había visto en Felicita, porque nunca había querido posar demasiado tiempo la vista sobre ella, era que llevaba el pelo recogido en una larga trenza rubia, que tenía una boca generosa y un par de ojos grises. Sin embargo, mirándola a los ojos, descubrió que tenían cierta mirada de tristeza que se contradecía con su sonrisa.

-¿Jordano? -Felicita movió la mano delante de él-. ¿Tienes una llave de sobra?

-Claro -se acercó al mueble que estaba junto al teléfono y sacó una llave de un cajón. Después se acercó a ella-. Aquí tienes.

Felicita tendió la mano y él se fijó en que las débiles líneas de su mano y en cómo se le notaban las venas de la muñeca. Se sorprendió al ver lo frágil que parecía. Aunque se había fijado en que era de constitución delgada, nunca había pensado en que fuera frágil, ya que daba el aspecto de una mujer decidida y con mucha confianza en sí

misma.

Colocó la llave sobre su palma y Felicita cerró sus delicados dedos sobre ella. Tenía las uñas impecables y brillantes. Unas manos bonitas. Muy femeninas.

Olía a flores salvajes y a cítricos, una mezcla romántica y energética, seductora e intrigante a la vez.

-Cuando termines con el pastel de carne -dijo ella-, encontrarás pudín de pan en el horno.

Tras esas palabras, se volvió y siguió a Hugo hasta el exterior, dejando a Jordano confuso e incapaz de comprender los nuevos sentimientos que ella había hecho florecer en su interior.

Felicita no regresó a Desraben hasta las dos de la mañana, y aunque estaba cansada y tenía mucho sueño, cuando Hugo la dejó allí se sentía satisfecha por el trabajo que había hecho.

-Gracias, Hugo. Te debo una -le dijo a través de la ventana de la furgoneta-.

¡Agradezco mucho tu ayuda!

-De nada -dijo él, y miró hacia la casa-. Está todo apagado.

Felicita bostezó.

-Tendré cuidado de no hacer ruido.

-¿Tienes el pan y los bollos?

-Aquí están.

-¡No olvides poner el despertador!

-¡Va a ser una noche muy corta!

Ella lo observó marcharse y después rodeó la casa hasta llegar a la puerta trasera.

Una vez dentro, encendió la luz de la cocina, y después de guardar el pan, se fijó en que había una nota en la encimera.

Pensando que Jordano le habría dejado una nota de agradecimiento por la comida, la leyó:

No olvides dejar fuera a ese maldito gato. Ha estado toda la noche aullando como un alma en pena.

-¡Desagradecido! -murmuró ella.

Arrugó el papel y lo lanzó con despecho al otro lado de la habitación.

Al día siguiente, antes de las siete de la mañana, Jordano abrió con cuidado la puerta de la cocina por si veía al gato vomitando otra vez. Pero no había rastro del animal.

Lo único que había en el suelo de la cocina era una bola de papel.

La recogió y la abrió.

Era la nota que había escrito la noche anterior.

El remordimiento se apoderó de él. Felicita debía de estar agotada cuando regresó... Él había oído el coche, sobre las dos de la madrugada. Ella había entrado en la casa, cansada, pero contenta de haber llegado... solo para que la recibiera su malhumorada queja.

Se sirvió un café y después se acercó al buzón para recoger el ejemplar del Vancouver Sun que le enviaban por correo.

Estirándose, inhaló el aire con olor a verano. Iba a ser un gran día. Miró a su alrededor y saboreó la paz matinal. El cielo estaba teñido de rosa, el sol asomaba por el este y el mar estaba como una deslumbrante sábana plateada.

-¿A que hace una mañana maravillosa?

Jordano se volvió al oír la voz de Felicita.

Ella se acercó y él no pudo evitar fijarse en lo atractiva que estaba. A pesar de que había dormido poco, tenía los ojos claros. Y a pesar de la nota que le había dejado sobre el gato, su expresión era amigable.

-Hola -dijo él-. Anoche llegaste tarde.

-Oh, siento haberte molestado. Intenté no hacer ruido.

-No te oí... solo el coche de tu amigo.

-Aun así...

-No hay problema.

Ella metió las manos en los bolsillos de su pantalón.

-Hay una vista estupenda. ¿Cuánto tiempo llevas en esta casa?

-Desde que me casé. Hace diez años. He pensado en mudarme... pero no puedo. Al menos, ahora no. No quiero someter a Candy a cambios innecesarios.

-Es una buena idea. Ella necesita la seguridad de un ambiente conocido -de camino a la casa, ella dijo-: Pero ¿por qué quieres mudarte? ¿No te gusta esta casa?

-¿A ti?

-Me gusta la distribución. Pero...

-Continúa.

Ella se encogió de hombros.

-Bueno, cuando Candy me la enseñó ayer, tengo que admitir que la encontré un poco inhóspita... pero esa es mi opinión -añadió cuando entraron en la cocina-. A mí me gustan las casas más acogedoras. Más cálidas -se calló y se mordió el labio inferior-. Lo siento, no quería decir...

-Pero tienes razón. La casa es muy fría. Los muebles son fríos, y tampoco me gustan. Y aunque sí que ha sido un lugar acogedor, hace mucho tiempo que... -se calló. No tenía intención de contarle que durante los dos años previos a la muerte de Mirla la relación entre ellos se había deteriorado y que apenas mantenían relaciones sexuales. Y hacía mucho más tiempo que no habían hecho el amor de verdad-. Basta con decir que no éramos los Dalton.

-Lo siento, Jordano, no estaba criticando. Y sé que quieres a Candy -jugueteeó con el final de su trenza, que caía sobre su pecho-. Soy consciente de que su felicidad es muy importante para ti... igual que para mí. Quiero que aprenda a confiar otra vez en mí. Le va a llevar un tiempo hasta que vuelva a sentirse segura conmigo, pero tengo todo el tiempo del mundo. ¿Puedo preguntarte una cosa?

-Dime.

-Me preguntaba... ¿por qué vuelve a dormir en la cuna?

-Fue idea suya, créeme. Cuando trajimos la cuna de tu casa, ella insistió en que la montáramos en su habitación, y se negaba a dormir en cualquier otro sitio. Se ponía histérica cuando trataba de convencerla de que durmiera en la cama. Así que no la forcé. Supuse que la cuna era... un lugar seguro para ella. Ni siquiera deja que le bajes el lateral cuando ella está dentro. Supongo que se siente protegida cuando está puesta.

-Intentaré que se duerma con el lateral bajado, pero no hasta que se sienta más segura. Y después, quizá, cuando esté preparada para dejar su nido, aceptará dormir en la cama. Esa será la mejor manera de hacerlo.

-Estoy de acuerdo.

-¿Puedo hacerte una pregunta más?

-Claro -Jordano sacó una taza del armario-. ¿Quieres café?

-No, gracias. Esperaré y desayunaré con Candy -mientras él se servía el café, ella dijo-: Quería saber si puedo utilizar la habitación que está enfrente de mi dormitorio como cuarto de costura.

-Sin problema. ¿Haces mucha costura?

-Acolchados con guata. Vendo mis obras. Y doy clases en la escuela nocturna. O daba. La semana pasada di la última clase de este curso, así que ahora estoy libre sonrió-. Gracias, te agradezco que me dejes utilizar esa habitación -miró el reloj y dijo-: Voy arriba a ver a Candy. Solo quería hablar contigo antes de que te marcharas. Ah, la última cosa... para esta noche voy a hacer pastel de pollo. ¿Llegarás a tiempo para cenar con nosotras y pasar un rato con Candy? Ayer no te vio en todo el día.

-Haré todo lo posible.

-Es todo lo que te puedo pedir. Que tengas un buen día -dijo, y se volvió.

-Tú también -y al verla marchar, estuvo a punto de gritarle: «la cena de anoche estaba estupenda». Casi. Abrió la boca para decírselo,

pero aunque sabía que debía darle las gracias, la amargura de su corazón y el rencor que sentía hacia su hermano Benny, no le permitió hacerlo.

-¿Crees que hoy podríamos dejar bajado el lateral de tu cuna? -le dijo Felicita a Candy cuando la acostó a dormir la siesta aquella tarde.

Candy negó con la cabeza.

-Vale -Felicita se agachó y le dio un beso en la frente-. Está bien. Quizá otro día.

-¿Adónde vas, Fiyi?

-A la cocina, a preparar la cena. Y cuando te despiertes, haremos unas galletas y sacaremos a RJ a dar un paseo.

Felicita esperaba que Jordano llegara a tiempo para cenar con ellas y para jugar con Candy antes de que se acostara. Pero en caso de que no lo hiciera, esperaba que llegara antes de que ella se metiera en la cama. Aquella mañana le había hecho un par de preguntas, pero se había guardado una, la más importante, para más tarde. Sabía que provocaría una discusión acalorada y quizá algunas palabras de enfado. Pero no podía continuar en Desraben si no obtenía la respuesta que necesitaba. Si no lo hacía, a la larga sería muy doloroso, tanto para Candy como para ella.

-¿Puedo llevar a RJ con la correa, Fiyi?

-Sí... si tienes cuidado -Felicita le dio la correa a Candy-. Sujeta fuerte.

-Gatito bonito -RJ se restregó contra el tobillo de Candy y ronroneó-. Se acuerda de mí, ¿verdad?

-Claro que sí. Después de todo, sois amigos desde que tú eras un bebé.

-Me gusta más que cualquiera de mis juguetes de peluche -con una sonrisa de orgullo, Candy llevó al gato por la hierba-. Vamos de paseo, RJ.

Felicita se quedó cerca de ella, preparada para agarrar al gato si se escapaba.

-Yo quería tener un gato dijo Candy-. Pero tú sabes que a mamá no le gustaban ni los gatos ni los perros. Decía que eran sucios y que olían mal, y que un gato podría romper las cortinas.

La niña hablaba con decisión y no parecía triste al hablar de su madre. Pero no era de extrañar. Durante los años que Felicita había trabajado para Mirla, había tenido muchas pruebas de que la mujer se preocupaba poco por su hija. Felicita siempre había considerado que era algo muy triste. ¿Cómo podía alguien no querer a esa niña tan dulce? No era capaz de comprenderlo.

-Los gatos pueden hacer algún desastre, Candy. A veces intentan trepar por las cortinas, y las rompen... y a veces deciden afilarse las uñas en los muebles. RJ solía hacerlo cuando vino a vivir conmigo, pero ya no lo hace -oyó que se acercaba un coche por el camino-. Creo que viene tu padre -agarró la correa del gato, y dijo-: Vamos a ver.

Entraron en la casa por las puertas del salón que daban al patio y, cuando llegaron al recibidor, Jordano estaba entrando por la puerta principal. Felicita se fijó en que parecía muy cansado. Pero cuando las vio, dejó el maletín en el suelo y tendió los brazos hacia Candy.

-¡Hola, cariño!

-¡Papá! -la niña corrió hacia Jordano. Él la tomó en brazos y le dio un beso en la frente.

-¿Qué tal el día?

Ella le rodeó el cuello y lo miró con adoración.

-Ha sido un buen día. ¿Qué tal el tuyo?

-¡He tenido un día muy ocupado! -la dejó en el suelo, y miró a Felicita-. Hola. ¿Todo bien?

-Sí, todo bien. ¿Cuándo quieres cenar?

-Concédeme quince minutos para darme una ducha y relajarme.

-¿Tienes que volver a salir? -preguntó ella.

-No. ¿Por qué? -él ya estaba en las escaleras.

-Hay algo que tengo que hablar contigo. Esperaba que

pudiéramos hablar...
después de acostar a Candy.

-Fiyi, ¿puedo dar de comer a RJ?

-Claro -Felicita le dio la correa a Candy-. Dale un poco de pienso... no mucho, solo unas bolitas.

Y Candy se dirigió a la cocina, dándose importancia. Jordano dudó un instante, y preguntó:

-¿Qué ocurre?

-Prefiero esperar y...

-¿Hay algún problema?

Ella vaciló, y contestó:

-No, al menos que tú hagas que sea un problema.

-¿No puedes darme una pista?

-Tiene que ver con Candy...

-¿Sí?

-Y... el futuro. Nuestro futuro, el de Candy y el mío.

-Ah -dijo él. Se aflojó el nudo de la corbata y se desabrochó el primer botón de la camisa-. ¿Por qué no vamos poco a poco...?

-Me temo que eso no es suficiente. Al menos, no para mí. Ni para Candy. Y a la larga, puede que para ti tampoco. Tenemos que hablar. Y no quiero retrasarlo.

Él se encogió de hombros.

-En ese caso, vale. Pero no justo después de cenar. Quiero pasar un rato con Candy. Y después tengo que trabajar un rato con el ordenador y llamar al servicio técnico para que me den instrucciones sobre un software que acabo de instalar. Puede que me lleve algún tiempo.

-¿Sobre las nueve, entonces?

-Más tarde -dijo él-. Ven a mi estudio sobre las diez. Para entonces ya debería haber terminado.

Se dio la vuelta y subió por las escaleras con paso decidido.

Felicita lo observó marcharse y sintió cierto temor. Jordano Maxwell iba a ser un duro adversario en la batalla que tenía que librar.

Pero era una batalla que tenía que ganar.

Capítulo 4

Jordano miró el reloj. Eran las diez y cuarto y Felicita no había aparecido. Salió de su estudio con cierta frustración y se dirigió al piso de arriba.

La puerta del dormitorio de Felicita estaba abierta, y la habitación estaba a oscuras. Pero también estaba abierta la puerta del cuarto de costura, y la luz estaba encendida.

Indignado, se dirigió hacia allí. Fuera lo que fuera lo que ella tenía que decirle, tendría que esperar al día siguiente. Le diría claramente que...

Se detuvo de golpe en la puerta del cuarto de costura y se quedó boquiabierto.

¿Cuándo habían aparecido todas esas cosas: el sofá verde, las butacas de orejas, la mesa de café antigua? Además de la alfombra china de color rosa y verde y la estantería de madera que estaba junto a la chimenea y que tenía los estantes llenos de libros.

RJ estaba acurrucado en una esquina del sofá, dormido. Y la señorita Fairfax estaba acurrucada en una de las butacas, dormida también. En el regazo tenía uno de sus trabajos de guata, y en la mesita auxiliar una tetera y una taza. Y de una cadena de música que estaba en la estantería salía la música de un *Concierto para Piano* de Mozart.

La señorita Fairfax se había mudado a la casa y había tomado posesión.

Atónito, Jordano dio un paso adelante.

Felicita abrió los ojos, y al verlo, puso cara de susto antes de preguntar:

-¿Qué hora es?

-Las diez y cuarto.

-Oh, lo siento. Me he quedado dormida -dijo ella sonrojándose, y se puso en pie-. Imagino que no haber dormido mucho esta noche ha

podido conmigo y... -se le cayó la tela y se agachó para recogerla.

Maldita sea, él la había juzgado mal. Era evidente que estaba siendo sincera y que no había querido desafiarlo.

-No te preocupes -señaló a su alrededor-. ¿De dónde ha salido todo esto?

-Espero que no te importe. Son las cosas de mi apartamento. Había pensado en enviarlo todo a la isla, y mi madre iba a guardarlo en el sótano hasta que yo encontrara un sitio donde quedarme. Pero cuando la llamé para decirle que estaba aquí, me sugirió que trajera aquí mis cosas. Y puesto que tú me habías dicho que podía utilizar esta habitación, pensé...

-Claro, está bien...

-¿No te importa?

-Por supuesto que no.

-Así también tendré mi propio salón, para cuando vengan amigos a visitarme.

El nunca había imaginado que ella tendría visitas.

-Eso va a ser un problema -dijo él-. No puedes traer a hombres aquí; no sería un buen ejemplo para Candy.

Ella se quedó de piedra.

-No tienes que decirme lo que es o no un buen ejemplo para Candy. No tengo intención de traer aquí a ningún hombre.

-Bien. Siempre que eso quede claro -Jordano no quería que ella llevara hombres a la casa... pero no se detuvo a pensar por qué... aunque sabía que no solo tenía que ver con Candy.

-He metido algunas cajas en el sótano. En una esquina. No te molestarán.

-Vale.

Felicita se fijó en la pieza de costura que tenía en las manos, le dio la vuelta y la miró con cuidado.

-¿Qué pasa? -preguntó él.

-He perdido la aguja -dejó la tela y buscó en la silla.

-¿No has tenido suerte? -preguntó él.

-Debe de estar en el suelo -se agachó y miró a su alrededor, pasando una mano por la alfombra-. Tengo que encontrarla. Alguien puede pisarla... Candy...

Jordano se quedó de pie unos instantes, pero decidió que no podía marcharse y dejarla así. Se agachó a su lado y la ayudó a buscar.

Al cabo de unos segundos ella dijo:

-¡Ahí está! Menos mal -la recogió del suelo y la dejó sobre la mesa. Pero cuando se disponía a levantarse, perdió el equilibrio y se choco con él. Lo golpeó en un costado y ambos se cayeron. Jordano se cayó de espaldas, y ella terminó encima de él.

Sus rostros estaban tan cerca que él podía ver cada una de sus pestañas.

Hacía mucho tiempo que no tenía a una mujer encima. Y aquella era femenina y ligera como una pluma, el aliento le olía a miel y tenía una trenza dorada que caía sobre el cuello de Jordano como una cuerda de seda. A través de la camiseta podía sentir la firmeza de sus pechos, y a través de sus vaqueros, Jordano sentía la presión del hueso de la pelvis y de los muslos.

La sensación era excitante. Su reacción fue instantánea.

Antes de que ella pudiera respirar, él la agarró de los hombros con intención de levantarla... pero sin embargo, dejándose llevar por un instinto primitivo, la atrajo hacia sí y la besó.

Tenía los labios suaves como la seda. Olía a flores. Sabía a miel. Dulce, muy dulce...

Jordano quería más. La besó de manera apasionada y se rindió ante el deseo...

Ella se separó de él con brusquedad. Se puso en pie y lo miró con consternación.

Él permanecía tumbado, indefenso y vulnerable, tratando de recuperar la compostura lo mejor que podía. Después, maldiciendo

en silencio, se puso en pie y la miró.

-No tienes que decir nada -enfadado consigo mismo, alzó la voz-. Ha estado fuera de lugar -a Felicita se le había subido la camiseta y él trató de no fijarse en su vientre desnudo-. Ha sido un gran error. No tienes por qué preocuparte. No volverá a ocurrir.

-No -dijo ella, casi sin aliento-. ¡Por supuesto que no!

-Dadas las circunstancias...

Un gemido agudo llegó desde la habitación de Candy.

Como si no pudiera esperar más para escapar, Felicita rodeó a Jordano y dijo:

-Tendremos que posponer nuestra conversación hasta mañana. Entretanto...

-Entretanto... -gritó él cuando ella se marchó- voy a olvidar este pequeño incidente, y te estaría agradecido si tú también lo olvidaras.

Era más fácil decirlo que hacerlo.

Felicita pasó el resto de la noche inquieta, y soñando con Jordano.

Y con el beso.

Cuando se despertó, temprano, se sentó en la cama, y con el edredón sobre las rodillas, se quedó mirando al infinito.

Recordó sus labios cálidos y sensuales. El beso... divino.

Jamás la habían besado de esa manera.

Y él tampoco era un hombre como los que ella había besado antes.

La había besado con tanta pasión que Felicita sintió que le robaba algo de su interior... ¿sería una parte de su corazón?... y durante un instante, ella había estado a punto de rendirse, de aceptar lo que él le prometía con el beso, y de dejarse llevar.

Pero el sentido común había prevalecido. Ella se había soltado... y se alegraba de que él no supiera lo difícil que le había resultado hacerlo.

Salió de la cama y se miró en el espejo del armario. Tenía las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes y los labios... ¿no los tenía un poco hinchados?

Se percató de que no solo tenía el aspecto de una mujer a la que habían besado de manera apasionada, sino también el de una mujer que estaba a punto de enamorarse.

Y enamorarse de ese hombre, ¿no sería la cosa más estúpida que habría hecho nunca?

Durante el resto de la semana, Jordano no estuvo mucho tiempo en la casa y Felicita no tuvo oportunidad de hablar con él en privado.

El domingo, sin embargo, él llegó a casa por la tarde temprano. Había estado todo el día lloviendo a cántaros y Felicita estaba en el sótano buscando un chubasquero amarillo en una de las cajas, cuando lo oyó bajar por las escaleras.

-Oh, hola, ¡así que estás aquí! -él sacudió un paraguas negro y lo dejó abierto sobre el suelo.

-Creía que tenías que enseñar una casa.

-Lo han cancelado. La han vendido esta mañana.

-¿Así que tienes el resto del día libre?

-Sí. He venido para pasar algún tiempo con Candy.

-Todavía está dormida -Felicita sujetó el chubasquero contra su pecho-. Jordano, tenemos que hablar...

-¿Sobre...?

-Hace días te dije que tenía que hablar contigo sobre Candy... y el futuro.

-Ah -Jordano metió las manos en los bolsillos y agarró las llaves-. Es verdad. No llegamos a hablar de ello, ¿verdad?

Su tono transmitía cierta ironía. Felicita sintió que sus mejillas se sonrojaban al recordar las circunstancias por las que habían pospuesto la conversación.

-¿Tienes tiempo para hablar ahora?

-Claro -él se acercó a la escalera y se echó a un lado para dejarla pasar primero-. ¿Estabas pensando en preparar un té?

-No exactamente, pero prepararé una tetera.

De camino a la cocina, él señaló el chubasquero y preguntó:

-¿Vas a salir?

-Si dejaba de llover un rato, pensaba llevar a Candy a dar un paseo. Pero puesto que tú quieres pasar la tarde con ella...

-Sí quiero. Puedes tomarte la tarde libre... tomarte un descanso, ir a visitar a tus amigos.

Ella no contestó.

Pero minutos más tarde, cuando estaban sentados tomando el té, ella dijo:

-A eso me refería.

-¿A qué te referías?

-A lo de que me tome la tarde libre -lo miró con frustración-. ¡Me tratas como si fuera una sirvienta!

Él la miró como diciendo: «Bueno, ¿y no lo eres?».

-Te dije -continuó ella-, que quiero ser como una madre para Candy. ¿Cómo voy a sentirme como una madre si me tratas como a una sirvienta, alguien a quien se le puede dar la tarde libre... o a quien se puede despedir por puro capricho? -añadió, observando con cuidado su reacción-. Tú y yo estamos juntos en esto a largo plazo, ¿no?

Él ni siquiera se movió, pero dijo con frialdad:

-Lo mejor para los dos es que decidamos cada cosa a su tiempo... Creo que ya te lo dije.

Ella se puso en pie, con las mejillas encendidas.

-A mí sí. ¡Pero a Candy le dijiste algo completamente diferente!

-¿De qué estás hablando?

-Le dijiste a tu hija que me despedirías en el momento en que

tuvieras a alguien para sustituirme -colocó el puño sobre su cadera y lo miró-. ¡Eres una víbora, Jordano Maxwell! Un embustero, manipulador...

-¡Eh, eh, eh! -él se puso en pie y la miró con sus ojos verdes llenos de rabia-

¡Espera un minuto! ¡Yo nunca le he dicho nada de eso a Candy ni a nadie más!

-¡Te oí!

Felicita estuvo a punto de dar un paso atrás al ver que la expresión de Jordano se ensombrecía. Pero se quedó en el sitio.

-No sé lo que Candy te ha dicho, pero... -soltó él.

-Candy no. Fuiste tú quien se lo dijo. El primer día que llegué yo, llegaste a casa sobre las siete y fuiste a la habitación de Candy... ella estaba dormida, pero tú hablaste con ella...

-¿Cómo lo sabes...?

-Yo también estaba en la habitación, pero tú no me viste -dijo ella-. Estaba dormida, en la cama, pero tu voz me despertó, justo a tiempo de oírte decirle a Candy que no se encariñara demasiado con su querida Fiyi, porque ibas a echarla tan pronto como pudieras.

-Ah -suspiró él-. Eso -parecía disgustado. Avergonzado.

«Es como un zorro astuto, como una víbora», pensó Felicita.

-Sí -contestó ella.

-Ah.

-No puedo quedarme aquí en esta situación. Pero fue culpa mía. Estaba desesperada por ver a Candy de nuevo. No lo pensé cuando viniste a pedirme ayuda. Debí pedirte alguna garantía de que mi presencia sería permanente. No se me ocurre nada peor que Candy esté conmigo para verme marchar otra vez. Será mejor que me vaya ahora, que dentro de tres meses, cuando ella ya confíe en mí de nuevo.

¿Tienes idea de cómo debió de sentirse después de que...?

-Claro que lo sé. La llevé al mejor terapeuta y seguí todos los

consejos de aquella mujer...

-¿Qué te dijo?

-Me dijo que estuviera cerca de Candy, que le diera todo el cariño posible y que pasara todo el tiempo que pudiera con ella. Que la ayudara a sentirse segura...

-¿Y cómo va a sentirse segura si yo la abandono otra vez?

-Había pensado en contratar a alguien más, y esperar a que Candy se encariñara con ella antes de que tú te marcharas -de pronto, Jordano parecía tan indefenso que Felicita sintió lástima por él.

Con más amabilidad, le dijo:

-Sé que quieres a Candy, y sé que ella te quiere. Pero sinceramente, creo que nos necesita a los dos en su vida. Necesita una continuidad. Al mismo tiempo, sé que soy la última persona que quieres tener en tu casa. Así que de ti depende lo que pase a partir de ahora. Pero tienes que ser sincero conmigo, Jordano. Si sigues pensando en despedirme, no me quedaré más tiempo. Me marcharé hoy mismo. Ahora.

-No lo dices en serio, ¿verdad?

-Sí.

-¡Eres más dura de lo que pareces, Felicita Fairfax!

-Cuando tengo que serlo -lo miró fijamente-. Así que... ¿qué decides?

-¡No tengo elección! Vale, te quedas. Y no intentaré despedirte.

-¿Me das tu palabra?

-¿Quieres algo por escrito?

-Valdrá con que nos estrechemos las manos.

Jordano rodeó la mesa y ella le tendió la mano. La aceptó. Su piel era suave, su agarre firme.

-Señorita Fairfax -dijo él-, has conseguido lo que querías.

El resto de la semana Felicita vio poco a Jordano.

Cuando estaba en casa, pasaba todo el tiempo posible con Candy, y en esas ocasiones, Felicita se quitaba de en medio.

Pero el sábado, Jordano llegó a tiempo para cenar, y comieron todos juntos. Después, jugó a la pelota con Candy en el jardín, y más tarde la acostó. Cuando regresó al piso de abajo, Felicita estaba en el salón recogiendo los juguetes de Candy.

-Un paso más -dijo él cuando entró en el salón-. Candy me ha pedido que no ponga el lateral de la cuna.

-¿Sí? -Felicita sonrió-. ¡Eso es maravilloso! Estoy tan contenta.

-Sí, es bueno.

Antes de cenar, Jordano se había quitado el traje y se había puesto una camiseta negra y unos pantalones cortos. Tenía la sombra de la barba incipiente en el mentón, el pelo despeinado... y su carisma ¡derretía a cualquiera! Y por primera vez, sus ojos, esos sensuales ojos verdes, miraban a Felicita con ternura.

Felicita recordó el beso y sintió que el pánico se apoderaba de ella. «No me mires así», le suplicó en silencio. «Vas a conseguir que me enamore de ti». Deseaba estar entre sus brazos, deseaba perderse junto a él...

-¿Estás bien? -su voz la sobresaltó.

-¿Yo? Oh... sí, estoy bien.

-Pareces un poco... mareada.

-No, estoy bien. Solo un poco... bueno, ya sabes, muy contenta porque Candy esté progresando.

El paseó por la habitación. Se acercó a la ventana y se quedó allí, de espaldas a Felicita.

-El próximo domingo es el picnic de la oficina. Siempre hemos ido, como una familia. No se lo había mencionado a Candy hasta ahora, ya que no estaba seguro de si ella estaría en condiciones de ir este año. Pensaba que quizá no pudiera soportar el bullicio, pero le acabo de preguntar si le apetece ir y ya se ha emocionado. ¿Tú qué opinas?

-Claro, si ella quiere ir debes llevarla.

-Tú también vendrás.

-Oh, no creo que...

-Ella no irá a menos que tú vayas. Es una fiesta familiar... y ¿no me habías dejado claro que querías que te consideráramos parte de esta familia?

-Sí, pero solo...

-¿Solo cuando te viene bien? Ajá. Las cosas no son así.

-¡No es que yo quiera elegir! Es... bueno, en este caso, todos tus compañeros estarán allí, y sus esposas, y...

-¿Y?

-Será... extraño. Me sentiré fuera de lugar.

-Estarás conmigo.

¡Él no sabía que ese era el problema! Cuánto más lo veía, más le gustaba. Y pasar tiempo con él, en un ambiente familiar, haría que anhelara cosas que no podía conseguir. Ese era el verdadero motivo por el que no quería ir.

Pero no iba a decírselo.

-Entonces -dijo ella-, será un placer. Espero que nos haga un bonito día de sol.

Y así fue.

El domingo, la bruma de la mañana se disipó temprano y cuando salieron hacia Ámblese Beach, donde iba a celebrarse el picnic, el día era soleado y hacía calor.

Tardaron diez minutos desde Desraben, y Candy no paró de hablar en todo el trayecto. Sentada en la parte delantera, entre su padre y Felicita, estaba tan nerviosa que apenas podía quedarse sentada.

-Llevo puesto el traje de baño -le dijo a su padre-. El amarillo nuevo, debajo de mis pantalones cortos. Y he hecho que Fiyi trajera su biquini, para que pueda participar en los concursos, y algunos

concursos son en el agua, ¿verdad, papá?

-Verdad -Jordano no dejó de mirar hacia la carretera mientras torcían por Titeen Street, cruzaban las vías del tren y entraban en el parque-. Tenemos suerte de que haga un día tan bonito. No como hace un par de años, cuando no paró de llover.

Felicita no tenía intención de llevar su biquini, pero lo había guardado solo por no discutir. Cuando llegara el momento de participar en los concursos, buscaría alguna excusa.

Después de aparcar, Jordano y Felicita descargaron el coche, y Candy se quedó junto a ellos. Jordano sacó un par de tumbonas y Felicita agarró un capazo de paja en el que llevaban la crema protectora, las toallas y muchas otras cosas.

Jordano cerró el maletero y Felicita agarró la mano de Candy. Después, los tres cruzaron por el césped hasta la playa.

-¿Dónde hacen el picnic? -preguntó Felicita.

-En esas mesas -Jordano señaló unas mesas que estaban en la hierba-. Están cerca del agua, y hay mucho espacio para que los niños corran.

Felicita se fijó en que alrededor de las mesas había unas cincuenta o sesenta personas, algunas sentadas, pero la mayoría de pie, hablando. Se sentía un poco nerviosa. No era que no le gustara la gente, pero siempre le costaba un poco vencer la timidez inicial. Y por cómo hablaban los asistentes, parecía que se conocían desde hacía mucho tiempo.

Jordano dijo:

-Allí está Yod Ross, Candy -y señaló a un niño que volaba una cometa-. ¿Por qué no vas a jugar con él? ¿Te acuerdas de lo bien que lo pasaste con él el año pasado?

Un grupo de niños pasó junto a ellos corriendo tras una pelota. Parecía que lo estaban pasando fenomenal.

-No quiero jugar con él ahora -Candy se acercó más a Felicita-. Quiero quedarme con Fiyi.

-Claro dijo su padre-. Me parece bien.

Cuando llegaron hasta el grupo de gente, Jordano dejó las tumbonas. Después, miró a Felicita y le dijo:

-Ven, quiero presentarte a algunas personas.

Felicita encajó muy bien en el grupo, y Jordano tuvo que admitir que nunca se lo había pasado tan bien en el picnic de la oficina.

Estaba mirándola mientras construía castillos de arena con Candy, Yod y otros tres niños, y no pudo evitar compararla con Mirla.

Mirla lo había acompañado a los picnics, pero nunca había jugado con Candy; es más, apenas pasaba tiempo con ella. Siempre llevaba algún vestido despampanante, el maquillaje impecable, y coqueteaba durante toda la tarde con sus compañeros de trabajo.

Jordano sabía que las esposas de sus compañeros hablaban de ella.

En cambio, Felicita no había mirado dos veces a ningún hombre. Había sido muy amable con todo el mundo cuando Jordano la presentó, y después se quedó hablando con las mujeres. Y había tenido mucho éxito.

Sentado en la parte alta de la playa, y jugando con la arena, no dejaba de mirarla.

Llevaba un biquini azul y un viejo gorro de paja. Llevaba el pelo como siempre, recogido en una trenza, y solo un poco de lápiz de labios. Parecía que se lo estaba pasando mejor que nunca.

Jordano no se enteró de que a Felicita le dolía la cabeza hasta que Candy le pidió que se pusiera el biquini. La niña se acercó a ellos cuando estaban ayudando a montar las mesas para el picnic.

-Es la hora de la carrera en el agua -les dijo-. Tenéis que poner el bañador.

-Vale, cariño. Felicita, podemos terminar esto más tarde.

-Ya termino yo dijo ella-. No voy a participar en la carrera. Lo siento, cariño -le dijo a Candy con una sonrisa-. Me duele la cabeza, y correr no me ayudará mucho.

-¿Quieres una aspirina o algo? -preguntó él.

-No, estaré bien. Debí ponerme el sombrero mucho antes.

-Vale. Vamos, Candy...

-Yo no voy -Candy tenía los ojos llenos de lágrimas-. Si Fiyi no puede ir, yo no voy. Sabes que yo no dejaría sola a Fiyi si no se encuentra bien.

Jordano se quedó sin saber qué hacer. Después de un extraño silencio, Felicita dijo:

-Tampoco me duele tanto la cabeza, cariño. Quizá, si no corro muy rápido estaré bien.

Candy se secó las lágrimas con el brazo.

-¿De verdad?

Felicita le dio un abrazo.

-Sí, de verdad. Vamos a buscar el vestuario para que me ponga el biquini -miró a Jordano y le dijo-: Volvemos enseguida.

Había algo en su expresión que hizo que Jordano pensara que no le dolía la cabeza, sino que lo que no quería era ponerse el biquini.

Y sin embargo, por más que la miraba, no comprendía por qué. Tenía una figura estupenda y...

-Bueno, Jordi, ¡te has conseguido una de carne y hueso!

Jordano se volvió y vio a Jack Araque agachado junto a él.

-Hola, Jack. ¿De carne y hueso? ¿Qué quieres decir?

-Me refiero a tu... a tu invitada. ¿Dónde la has encontrado? Me refiero a... la estupenda Felicita.

Jordano quería darle un puñetazo. No quería oír el nombre de Felicita en boca de un hombre como él.

-La señorita Fairfax trabaja para mí. Lleva años cuidando a Candy.

-¿Quieres decir que tú y la estupenda no estáis... liados?

-Eso es.

-Entonces -Jack se puso en pie-, ¿no te importará que me acerque a ella?

Antes de que Jordano pudiera contestar, Jack se dirigió hacia Felicita.

Capítulo 5

Jordano lo observó marcharse.

Jack Araque alardeaba de que siempre conseguía llevarse a una mujer a la cama en la tercera cita. Y de que después de acostarse con su conquista, seguía con su vida.

-Cada mujer estupenda es un reto para mí -le habían oído decir-. Pero ¿quién quiere subir la misma montaña dos veces...? ¡La vista siempre será la misma!

Estaba agachado junto a Felicita, y ella se había vuelto para mirarlo. Su expresión era inquisitiva. Él le dijo algo. Ella se rio. Incluso desde la lejanía, Jordano pudo escuchar la música de su risa. Él le dijo algo más, y ella se puso en pie. Se alejó un poco de los niños. Él la siguió.

Se quedaron de pie, hablando. Él tenía las manos en las caderas, ella se quitaba la arena del brazo... pero lo miraba a los ojos, y tenía los labios fruncidos.

Jordano tuvo que admitir que formaban una pareja muy atractiva: ella en biquini, él con un bañador de color aguamarina que contrastaba con su cuerpo bronceado y su cabello rubio.

Pero cuando Araque le tocó el brazo a Felicita y ella no se retiró, Jordano sintió una pizca de preocupación. Al llevarla como acompañante al picnic de la empresa, sin querer la había dejado en manos del lobo. ¿No debería hacer algo para protegerla?

¿Qué le estaría diciendo? ¿Le estaría pidiendo salir? Fuera lo que fuera, a ella le parecía bien. Estaba inclinada hacia él, sonriendo, y lo decía todo con el lenguaje corporal.

«Maldita sea», pensó Jordano, «tengo que poner fin a todo esto».

Se puso en pie y se dirigió hacia ellos... pero era demasiado tarde. Araque se había separado de ella y se alejaba caminando por la playa.

Jordano dudó un instante, e iba a darse la vuelta cuando Felicita lo vio y se quedó esperándolo.

-Hola -le dijo ella cuando se acercó-. ¿Qué pasa?

-Nada -él se fijó en que tenía las mejillas sonrojadas y en que sus ojos tenían un brillo especial-. Has estado hablando con Araque, ¿qué te contaba?

Felicita se sonrojó aún más.

-Oh, esto y lo otro.

Le había pedido salir y ella había aceptado. ¿Por qué no quería decírselo? ¿Y a él por qué le importaba tanto?

-¿Qué tal te cae? -preguntó él.

-¿Por qué?

-Curiosidad.

-No lo conozco, así que no puedo...

-¡Eh, Jordi!

Jordano se volvió al oír que alguien lo llamaba. Vio que el padre de Yod se acercaba a ellos.

-Tráete a los niños, ¡la comida está preparada!

Felicita se alegró de poder poner fin a la conversación con Jordano.

-Recoged las palas -les dijo a los niños, y se agachó para ayudarlos-. Es la hora de comer.

Jordano retiró la vista de su bonito trasero. Sin duda, era muy atractiva, pero él no debía inmiscuirse en sus asuntos. Si ella quería salir con Jack Araque, era problema suyo. Y si le hacían daño, también sería su problema.

El también había cometido un gran error al besarla. Y había estado a punto de cometer otro gran error al intentar protegerla de Araque.

Si Felicita Fairfax se parecía a su hermano, y seguro que tenían los mismos genes, no necesitaba que nadie la protegiera. Lo más seguro era que Jack Araque fuera el que necesitara protección.

-¿Ya te encuentras mejor, Fiyi?

Felicita dejó de comer durante un instante y miró a Candy, que estaba al otro lado de la mesa.

-Sí, mucho mejor.

Candy, Jordano y ella estaban en la misma mesa que Yod y sus padres, junto con otra pareja, Rhonda y Betty, quienes tenían una hija de tres meses que se llamaba Selena.

-Has tenido suerte de que el dolor no fuera muy fuerte y pudieras ponerte el biquini y participar en las carreras -dijo Jordano.

Estaba sentado enfrente de Felicita, y ella notaba por su expresión que sabía que lo del dolor de cabeza era una excusa. Pero seguro que Jordano no se imaginaba que él era el motivo por el que ella no quería ponerse el biquini.

Antes de que ella pudiera contestar, Candy dijo:

-Estás superbién en biquini. Eso es lo que le dijo el señor Araque - la pequeña se metió el último pedazo de perrito caliente en la boca, y miró a su padre con cara de inocente-. Eso es lo que dijo, que estaba superbién.

Felicita dirigió la mirada hacia su plato vacío. No sabía que Candy había oído la conversación que había tenido con Jack Araque. ¿Qué más había oído? ¿Qué más iba a decir? Menos mal que las otras dos parejas estaban discutiendo de hockey y no se enteraron de nada.

-¿Así que eso es lo que dijo? -preguntó Jordano.

-Sí. Y después le dijo que le encantaría llevarla a bailar.

-¿Ah, sí? -dijo Jordano divertido, pero en su tono de voz Felicita sintió cierta ironía.

Así que decidió que había llegado el momento de cambiar de tema. Pero antes de que pudiera hacerlo, Candy intervino:

-Y entonces, Fiyi le dijo... -la niña se calló de pronto-. Mira, Yod, ¡ese cuervo le ha robado el perrito caliente a Louis Hooke! -se dio la vuelta para ver cómo se marchaba el cuervo. El animal se posó unos metros más allá.

Yod gritó:

-¡Candy, vamos a perseguirlo!

-¿Podemos ir, papá? -preguntó la niña.

-Claro, id.

Los niños se disculparon y salieron corriendo hacia donde estaba el cuervo.

Para evitar la penetrante mirada de Jordano, Felicita se movió en el banco para mirar de cerca al bebé de Rhonda, que estaba tomando el biberón.

-Es preciosa, Rhonda. Tan bonita.

-Es una niña elegida -dijo Rhonda-. Yo no puedo tener hijos. Así que Betty y yo decidimos adoptar uno. Tenemos a Selena desde que tenía diez días. Somos afortunados.

-Lo sois -Felicita acarició el cabello de la pequeña-. Es un encanto. ¿Puedo sujetarla?

-Claro. Deja que le quite el biberón; ya ha tomado bastante.

Rhonda le entregó la pequeña a Felicita y esta la tomó en brazos.

-Se está quedando dormida. ¡Mira que pestañas más bonitas tiene! Oh, es tan guapa...

-Veo que te gustan los bebés -dijo Betty-. ¿Estás pensando en tener uno? bromeó.

-De momento no -dijo ella con una risita-. Estoy muy ocupada cuidando de Candy.

-¿Cuánto tiempo llevas cuidando de ella? -preguntó Rhonda.

-Desde que era un bebé.

-¡Entonces debes de quererla como si fuera tuya! -dijo Rhonda-. No tardan mucho en robarte el corazón. Con Selena... para Betty y para mí fue amor a primera vista. Y recuerdo que a Jordano le pasó lo mismo con Candy, ¿verdad Jordano?

-Sí, amor a primera vista -miró al grupo con una sonrisa, pero

cuando miró a Felicita, su sonrisa se desvaneció. Ella vio una chispa de... algo. Y sintió que los dos estaban encerrados en una burbuja de atención. Era como si nadie más existiera. Era emocionante, cortaba la respiración. Y entonces...

Candy regresó y el encanto se rompió.

-¡Fiyi! -dijo moviéndose de un lado a otro-. Tengo que ir al baño.

Felicita le dio el bebé a Rhonda y llevó a Candy al servicio.

Cuando regresó, habían servido la tarta y el helado y la gente continuaba charlando. Al ver que Jordano la miraba con naturalidad, se sintió aliviada.

Una hora más tarde, las parejas que tenían niños pequeños comenzaron a marcharse. Y poco después, Jordano sugirió que era la hora de irse a casa.

Después de despedirse y de recoger sus cosas, se dirigieron al coche. En pocos minutos, estaban saliendo del parque y subiendo por Marine Drive.

Jordano miró a su hija.

-¿Te lo has pasado bien, Candy?

-Sí, papá -bostezó, y apoyó la cabeza sobre el hombro de Felicita-. ¿Y tú?

-Sí. ¿Y tú, Felicita? -la miró un instante-. Parece que les has caído muy bien a todos.

Ella se negó a caer en la trampa.

-Me lo he pasado muy bien, gracias -miró a Candy y vio que había cerrado los ojos-. He conocido gente muy interesante.

-Estoy seguro.

Ignorando su tono frío, continuó hablando.

-Betty y Rhonda son afortunados al tener esa niña tan bonita. Hay mucha gente que no puede tener hijos y que tiene que esperar mucho tiempo para adoptar uno.

-Sí. Están muy contentos. Pero... a mí no me gustaría.

-¿El qué?

-Tener al hijo de otras personas. No puede ser lo mismo. Por ejemplo, tú nunca me convencerás de que lo que sientes por Candy puede parecerse a lo que yo siento por ella. Es una cuestión de genes, y de lazos familiares.

-Creo que te equivocas, Jordano -Felicita acarició los sedosos tirabuzones de Candy y notó que los tenía llenos de arena-. Pero no es algo que podamos medir ¿no?

-Algún día -murmuró él-, puede que tengas un hijo. Entonces, ven a decirme que no lo quieres más que a mi hija.

Aquella noche, Jordano estaba inquieto, y como sabía que no podría dormir no se acostó hasta tarde. Se sirvió un whisky y se acomodó en una butaca del salón.

Había sido un día raro.

No quería haberlo pasado con Felicita, pero una vez en el picnic, no solo disfrutó de estar allí, sino también de su compañía. Disfrutó al observarla mientras jugaba con Candy en la arena. Lo único de lo que no disfrutó fue de verla hablando con Jack Araque.

¿Debía advertirle acerca de cómo era él? ¿O pensaría que estaba celoso?

¿Lo estaba?

Era cierto que era una mujer muy atractiva, con sus bonitos ojos grises, su trenza dorada y su esbelta figura. Pero no solo era su aspecto lo que a él le gustaba. También la gracilidad con la que se movía, su brillante personalidad y...

¿A quién trataba de engañar? Felicita era una mujer muy sexy, estupenda.

Jack Araque había dado en el clavo.

Felicita Fairfax podía conseguir a cualquier hombre que se propusiera.

Jordano se preguntaba por qué nunca se había casado. Oyó que se abría la puerta del salón.

Volvió la cabeza y vio que el objeto de sus pensamientos estaba justo detrás de él. Llevaba un batín corto y el pelo recogido en una trenza.

-Lo siento -dijo ella-. No... por favor, no te levantes. No voy a quedarme. Es solo... no podía dormir, así que bajé a prepararme un chocolate caliente, y vi que había luz aquí, pensé que te habías acostado y que te habías olvidado de apagar la luz.

Él se puso en pie y dejó la copa sobre la mesa.

-Antes de que te vayas... ¿puedo preguntarte una cosa?

-¿Qué?

-¿Cuántos años tienes?

Ella arqueó las cejas.

-Veintisiete.

-¡Estás bromeando! Pareces mucho más joven.

-Lo sé -dijo, y esbozó una sonrisa-. Todavía me piden el carnet cuando compro vino en el supermercado.

-No me sorprende.

-¿Por qué lo querías saber?

-No es asunto mío, pero cuando quedes para salir con Jack Araque... -hizo una mueca-. Nada... olvídalo. Como ya te he dicho, no es asunto mío.

-Pero, sí que es asunto tuyo, Jordano. ¿Tengo que darte un golpe en la cabeza para que captes el mensaje de una maldita vez? No soy «la niñera». No tengo noches libres para ir a bailar con cualquiera. ¿Cuándo vas a empezar a considerarme como... parte de tu familia?

-No puedes pasarte toda la vida con Candy y conmigo -se quejó él-. ¿No quieres conocer a alguien más? ¿Casarte? ¿Tener hijos? -la frustración hizo que alzara el tono de voz-. He visto cómo mirabas al bebé. Por favor, Felicita, ¡vive tu propia vida!

Ella se puso muy pálida.

-Yo tengo mi vida, Jordano. Aquí. No lo comprendes, ¿verdad?

Candy es mi vida. No podría quererla más si fuera mía... aunque sé que nunca te convenceré de eso. Y en cuanto a Jack Araque, por favor, confía un poco en mí. Ya he conocido a esa clase de hombre antes. Si de verdad crees que iba a salir con él... eso demuestra que no me conoces. ¿Y no crees que eso debería preocuparte, puesto que has dejado a tu hija a mi cargo?

-¡Eh! No te pongas así. Solo estaba tratando de prevenirte.

-Puedo cuidar de mí misma. Llevo haciéndolo mucho tiempo - alzó la barbilla-. Ahora... si eso es todo...

-Y en cuanto a lo de dejar a Candy a tu cargo, no me diste mucha opción.

-¡No vamos a hablar de eso otra vez!

-No -se pasó la mano por el cabello, y se volvió para agarrar la copa de la mesa-. Mejor no. Ve a hacerte el chocolate y acuéstate -con el whisky en la mano, se volvió de nuevo para darle las buenas noches.

Pero ella ya se había marchado.

Para Felicita, los siguientes días pasaron muy rápido.

Ella se había instalado en Desraben y allí se sentía como en casa. Igual que RJ, quien se había adueñado del jardín.

Jordano dedicaba mucho tiempo al trabajo, como si tratara de recuperar el tiempo que había perdido durante los meses que se había tomado libres para cuidar a Candy. Tenía un horario incierto y había muchos días que llegaba a casa a medianoche.

Como resultado, Candy cada vez dependía más de Fiyi, y aunque ya no se aferraba a ella como al principio, todavía no le gustaba tenerla fuera de su vista.

Y todavía dormía en la cuna.

De vez en cuando, Felicita seguía intentando convencerla de que durmiera en la cama, pero Candy decía:

-No, Fiyi. No quiero -y Felicita no quería presionarla.

En conjunto, la niña parecía contenta. Y cuando Lacen iba de visita, Candy ya no se escondía detrás de Felicita como hacía en un principio, sino que la saludaba con una tímida sonrisa.

-Has hecho un gran trabajo con mi sobrina -le dijo Lacen a Felicita una tarde que apareció por allí. Jordano no estaba en la casa, y Candy estaba dormida. Lacen había llevado una botella de Cardina, e insistió en que Felicita se tomara una copa con ella. Se sentaron en el porche y contemplaron una maravillosa puesta de sol.

-Hacía mucho tiempo que no veía a Candy tan contenta y relajada -murmuró Lacen.

-Todavía no quiere dormir en la cama -dijo Felicita, y le dio un sorbo al vino-. Eso me preocupa.

-Todo a su tiempo -Lacen estiró las piernas y se quitó las sandalias-. Roma no se construyó en un día, Felicita. Bueno, dime: ¿cómo os lleváis mi hermano y tú? ¿Sigue tan... difícil... como cuando llegaste?

-No, no es una persona difícil -lo que era imposible era la situación. Ella se sentía cada vez más atraída por Jordano, mientras que desde el día que hablaron de Jack Araque, él estaba cada vez más distante-. Es muy educado, y siempre ha sido un caballero.

-Oh, cariño, ¡él es una persona difícil! -dijo Lacen-. Lo conozco cuando se comporta así. Se cierra en sí mismo por completo. Ya puedes darte cabezazos contra un roble si esperas conseguir que muestre algún sentimiento cuando se encierra en sí mismo. No es que nunca haya sido muy bueno expresando sus sentimientos, pero... ¡La mayoría de los hombres son así! Mira al marido de Alice, por ejemplo...

-¿Alice?

-Nuestra hermana... de Jordano y mía. ¿No te ha hablado de ella? Da igual, lleva casada diez años con su atractivo marido, un hombre que la adora, pero ¿crees que te darías cuenta si los vieras juntos? No. Dermis Andrew Taguar preferiría tumbarse sobre una hoguera que mostrar su afecto en público.

-¡Deduzco que es escocés!

-Sí -Lacen se rio-. Y un hombre de pocas palabras.

-¿Y dónde viven?

-Tienen un rancho en Vancouver Island, no muy lejos de Canaima.

-¿Los ves a menudo?

-En realidad, no. Quiero mucho a mi hermana, pero... creo que a su musculoso escocés no le caigo bien -se encogió de hombros-. No opina muy bien de una mujer que se gana la vida haciéndose fotos vestida con ropa carísima. Alice se hace toda la ropa... y no solo eso, es una cocinera estupenda, un ama de casa espléndida, ayuda en el rancho...

-Entonces no me extraña que la adore tanto -dijo Felicita-. Parece la esposa perfecta.

-Lo es... y ahora, para terminar, está embarazada. ¡Por fin! Están contentísimos, y han pasado mucho tiempo...

Se abrió la puerta y Jordano salió al porche.

-Hola -dijo él-. ¿Cuándo has llegado a casa, Lacen?

Su hermana se puso en pie y lo recibió con un beso.

-Esta mañana temprano. Pero me voy mañana a las Caimán.

-¿Ha ido todo bien hoy? -le preguntó a Felicita.

¿Por qué siempre que él estaba cerca, ella sentía un nudo en su interior? Había estado tan relajada con Lacen. Antes de hablar, tenía que concentrarse para que la voz no te saliera entrecortada.

-Candy ha estado muy bien -dijo ella-. Ha intentado quedarse despierta hasta que tú llegaras a casa, pero tenía mucho sueño.

-No he podido llegar antes, lo siento -miró de nuevo a su hermana-. Lace, ¿puedes quedarte a tomar una ramita de perejil? ¿O una hoja de lechuga? ¿Una zanahoria?

-¡Deja de bromear! No todos tenemos tanta suerte como tú, ¡que puedes comer como si se acabara el mundo y no ganar ni un kilo!

Aunque... creo que has engordado un poco últimamente.

-Son las cenas que prepara Felicita -sonrió-. ¿Y qué voy a hacer? No se puede desperdiciar la buena comida.

-Esto es lo más parecido a un cumplido que vas a recibir de este hombre, Felicita -Lacen recogió el bolso que había colgado en el respaldo de la tumbona-. ¡Él y Dermis Taguar son iguales! -le dio un abrazo a Felicita-. Me voy. No os molestéis en acompañarme, conozco el camino.

Y se marchó, cerrando la puerta tras de sí. Jordano bostezó.

-Cielos, estoy agotado -se sentó en la tumbona que su hermana había dejado libre, estiró las piernas y colocó las manos detrás de la nuca-. Vaya día.

-¿Bueno... o malo?

-He vendido una propiedad de dos millones de dólares que está justo al lado de la autopista. Llevaba más de un año en el mercado, por fin encuentro a un comprador... pero se queja tanto sobre la casa y el jardín, y con tanta arrogancia, que el vendedor se ofende y decide que ese hombre no le compre la casa. Por fin, he conseguido que entrara en razón, pero ha sido una dura pelea.

-¿Has comido?

Él cerró los ojos.

-No he tenido tiempo -bostezó de nuevo.

-Te traeré un poco de pollo al curry. ¿Y quieres una cerveza?

Jordano la miró.

-¿Estás bromeando?

Ella sonrió.

-Enseguida vuelvo.

A veces, Jordano se olvidaba de que ella era quien era.

Como en esos momentos, cuando ella lo miraba con sus bonitos ojos grises. En esos momentos no era la hermana de Benny Fairfax, sino una atractiva mujer que quería facilitarle la vida... y él solo podía

pensar: «¡Jordano, eres afortunado!».

Trató de quitarse esa idea de la cabeza lo antes posible, pero no consiguió borrar la imagen de su encantadora sonrisa, ni la de sus bonitos ojos grises.

Sintió que la frustración se apoderaba de él y se levantó de la silla. Felicita Fairfax amenazaba con robarle el corazón y él no podía permitirlo. Ya tenía bastante con que Candy la adorara y con que a Lacen le pareciera maravillosa. Él no estaba dispuesto a involucrarse más de lo necesario con un miembro de la familia Fairfax.

Se había mantenido alejado de ella desde el día del picnic. Esa noche había fallado, pero solo porque estaba muy cansado.

Cruzó el porche y se apoyó sobre la barandilla para observar el océano. El problema era que su corazón llevaba vacío mucho tiempo, y era vulnerable...

Se abrió la puerta.

Jordano se volvió y vio que Felicita llevaba una bandeja en las manos y que intentaba cerrar la puerta con el codo.

Se acercó a ella y le agarró la bandeja.

-Dame -le dijo-. Oh, tiene un aspecto estupendo. Gracias.

-De nada.

Llevó la bandeja hasta la mesa y escuchó cómo ella cerraba la puerta.

-Te acompañaré mientras me termino el vino -dijo ella, entonces él se fijó en que había dos vasos sobre la mesita auxiliar. Uno estaba vacío, y el otro apenas lo habían probado. Felicita agarró el segundo y se sentó en el balancín.

-Hay algo que quiero hablar contigo.

-De acuerdo -dijo él, y se sentó a la mesa. Bebió un trago de cerveza y acercó el plato de pollo-. ¿Qué pasa?

-A Candy se le está quedando pequeña la ropa. Tenemos que ir de compras.

-No hay ningún problema. Te dejaré mi tarjeta de crédito.

-Candy quiere que vengas con nosotras.

-Imposible -se puso un poco de mantequilla en el pan-. Estoy muy ocupado.

-Jordano, últimamente casi no te ha visto.

-No es una buena época.

-Lo sé. Pero te echa de menos. Para ella significa tanto. ¿Y de verdad va a ver algún momento bueno?

Ella tenía razón.

-¿Habías pensado en algún día en concreto?

-El día que te venga bien... pero pronto.

-A finales de esta semana, ¿vale? Me tomaré una tarde libre.

-Gracias -ella se puso en pie y se acercó a la barandilla. Se quedó de espaldas a él, contemplando el océano.

Jordano continuó comiendo. De postre había mousse de limón, y café.

-Estaba buenísimo -le dijo, y retiró la bandeja a un lado.

Ella se volvió.

-Tengo que pedirte una cosa. Está relacionado con el trabajo - esbozó una sonrisa, y sus ojos brillaron una vez más-. No quería hablarlo mientras estuvieras comiendo. Tiene que ver con... mi suelo.

«Ah. Quiere más dinero. Sabe que es indispensable y está dispuesta a exprimirme al máximo», pensó Jordano.

-Continúa -dijo él.

-Me pagas el mismo sueldo que cuando cuidaba a Candy en mi apartamento.

Para su sorpresa, se sintió un poco decepcionado. No era que ella no se mereciera más dinero, por supuesto que se lo merecía, y había sido un error que él no lo hubiera pensado antes. Fiyi había pasado a parecerle alguien de la familia, y él tenía la sensación de que el

dinero no era algo importante para ella. Pensaba que lo único que le importaba era estar con Candy.

-Ahora las cosas son diferentes dijo ella-. Estoy viviendo en esta bonita casa, y como con la familia. Jordano, me estás pagando demasiado...

-¿Demasiado?

-Sí. Me gustaría que recortaras mi sueldo a algo más realista.

-¡Estás loca! Si acaso, te mereces más dinero. Sin ti, no habría familia. Estaríamos, yo, desesperado, y Candy, infeliz.

-¡No aceptaré más dinero! -dijo escandalizada.

-¡Y yo no te pagaré menos! -contestó él.

Ella se rio.

-Entonces, hemos llegado a un punto muerto.

-O hemos hecho un trato -contestó él riéndose también.

-Así que todo se queda igual.

-Parece la única solución.

Jordano se había equivocado con ella. Otra vez. ¿No iba a llegar a conocerla nunca?

Antes de que pudiera decir algo más, sonó el teléfono.

-Voy yo -dijo él, y se puso en pie. Entró en el recibidor y contestó-. Jordano Maxwell.

-¿Está Felicita, señor Maxwell? Soy su madre -Jordano oyó que Felicita había entrado tras él, y vio que estaba llevando la bandeja a la cocina.

-Es para ti. Es tu madre.

Felicita dejó la bandeja sobre la mesa del recibidor, y se apresuró a contestar el teléfono.

-Hola...

Él recogió la bandeja y se dirigió hacia la cocina. Oyó que Felicita decía con angustia:

-Oh, mamá, lo siento. Sí, por supuesto que sí...

Él dudó un instante. Parecía tan triste. Después, frunciendo el ceño, continuó su camino. No quería involucrarse en la vida personal de la familia Fairfax.

En la cocina, vació los platos, y estaba limpiando la bandeja cuando entró

Felicita.

Se volvió y vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

-¿Malas noticias? -preguntó.

Ella asintió.

-Es Benny. Él... ha muerto hace un rato.

Jordano sabía que debía darle el pésame, decirle que lo sentía. Pero también sabía que sus palabras sonarían falsas, así que no dijo nada.

-Tengo que irme a casa el jueves -dijo ella temblando, y se abrazó a sí misma-. Para el funeral.

Capítulo 6

Al día siguiente, Felicita llamó a Joanne para preguntarle si podía llevarla a Horre show Bey el jueves por la mañana, para tomar el ferry hasta la isla.

-Por supuesto -dijo Joanne-. Siento mucho lo de Benny, Flas, pero... sabes que tal y como estaba no iba a ponerse mejor; solo ha estado aguantando.

-Lo sé, pero aun así es duro.

-Por supuesto. Mira, tengo que dejarte, pero nos vemos el jueves.

Felicita había dejado a Candy jugando en el estudio mientras ella iba a llamar por teléfono desde la cocina. Sin embargo, cuando colgó, la pequeña estaba asomada a la puerta.

-¿Adónde te vas en ferry, Fiyi?

Felicita se sentó a la mesa y le dijo:

-Ven aquí, bonita.

Candy se acercó a ella y Felicita le agarró las manos.

-Tengo que ir a Vancouver Island el jueves, pero volveré por la noche. Tú padre se quedará en casa y te llevará a comprar vestidos preciosos.

-No -Candy miró a Felicita-. Prefiero ir contigo. Puedo ir de compras en cualquier otro momento.

-Lo siento, bonita, no puedes venir conmigo.

-¿Por qué?

Felicita sabía que Candy había ido al funeral de su madre y no quería recordarle a la pequeña aquel día. Al final, le dijo:

-Tengo que ir al funeral de mi hermano.

-Yo también puedo ir. Sé cómo tengo que comportarme.

-Estoy segura de ello, pero la gente no va a un funeral a menos que conozca a la persona que ha muerto.

-Entonces puedo sentarme fuera de la iglesia y esperar. Se me da muy bien esperar. Puedo sentarme y esperar todo el día si hace falta.

-Cariño... -Felicita se disponía a sentar a la niña en su regazo, pero la pequeña se retiró.

-¡No quieres que vaya!

-No es eso -Felicita se puso en pie-. Es que...

-Y no vas a volver. ¡Nunca volverás! No volveré a verte, ¡igual que la otra vez!

Llorando, la pequeña salió corriendo de la habitación. Felicita se apresuró tras ella.

-Espera, Candy...

-¡Déjame sola! -Candy estaba subiendo por las escaleras, y gritaba-: ¡Vete a ese funeral! Te odio, ¡y no me importa si no vuelves nunca! ¡No quiero volverte a ver!

Jordano regresó a casa por la tarde.

Felicita había hecho pan, y acababa de sacarlo del horno cuando él abrió la puerta trasera.

-Hola -dijo él-. Huele bien -se quitó la chaqueta y la dejó sobre el respaldo de una silla-. Y.. ¿dónde está Candy?

-Me temo que está un poco disgustada, Jordano. Llamé a Joanne para pedirle que me llevara al ferry el jueves, y Candy me oyó. Creía que iba a llevarla conmigo, y cuando le dije que no podía venir se puso histérica. Salió corriendo y se metió en la cuna... y allí está. No he conseguido que salga. No ha comido nada desde el desayuno.

Jordano se quitó la corbata y se desabrochó el primer botón de la camisa.

-Hablaré con ella.

-Jordano, lo siento mucho. ¿Qué puedo hacer? Tengo que ir al funeral, pero esto es tan estresante para Candy...

-Al parecer, ¡tu hermano sigue causándonos problemas aunque ya no esté en este mundo!

La dureza de sus palabras hizo que a Felicita se le pasara el sentimiento de culpa.

-¡Eso es una cosa horrible! ¡No puedo creer que lo hayas dicho!

-¡Créelo! -soltó él, y se marchó por el pasillo-. Por lo que respecta a esta familia, Benny Fairfax no ha hecho más que crear problemas.

Al cabo de un cuarto de hora, al ver que Jordano no regresaba, Felicita decidió ir a buscarlo. No solo quería saber cómo le había ido con Candy, sino también quería decirles, a él y a su hija, que la cena estaba preparada.

Pero cuando llegó al pie de la escalera, oyó que Candy estaba llorando en su habitación y que Jordano trataba de consolarla. Felicita deseaba subir y ver si podía hacer algo, pero se contuvo. Lo había intentado durante todo el día, pero no había tenido éxito. Tenía que darle tiempo a Jordano.

Desconsolada, regresó a la cocina. Comprobó que la comida que estaba en el horno no se estaba quemando y se sentó en una silla a esperar.

-Candy está dormida.

Sumida en sus pensamientos, Felicita no había oído llegar a Jordano. Cuando recordó el comentario que él había hecho, se quedó helada. En lugar de sea amable, como siempre, lo miró con frialdad.

-¿Has conseguido algo? -le preguntó.

-Sí. Está todo arreglado.

-¿Está contenta de quedarse contigo?

-No, Candy irá a la isla.

-¡No puede! No podré cuidar de ella mientras esté en el fune...

-Iremos todos.

-Quieres decir... ¿que tú vendrás con nosotras?

Él se pasó la mano por la nuca.

-No quiere ir sin mí. Tiene miedo...

-Tiene miedo de que no estés cuando ella regrese. Oh, Jordano... Pobrecilla, está tan confusa y se siente tan insegura... Está tan asustada.

-Sí, está asustada. Este es el plan. Tomaremos el ferry y te llevaré a casa de tu madre. Candy y yo nos iremos, y buscaremos algo que hacer en la ciudad hasta que estés lista para marcharte.

-Es más un pueblo que una ciudad. Pero hay un lago cerca, y una playa bonita... -se calló-. ¿Pero estás seguro, Jordano? Es una imposición horrible.

-No hay otra alternativa. Al menos, yo no veo otra salida. ¿Y tú?

-No -contestó ella-. Tampoco. Gracias. Has conseguido que esta situación me resulte más fácil, me has quitado un gran peso de encima -se puso en pie-. ¿Estás listo para cenar?

-Ahora no tengo tiempo. Tengo que ver a un cliente en Eagle Ridge. Solo había pasado a decirlos hola... Tenía intención de comer, pero no contaba con pasar tanto tiempo con Candy. ¿Quedará para luego?

-Sí.

-Bien -se abrochó el botón de la camisa y se puso la corbata. Estaba a punto de salir cuando se volvió y dijo-: Por cierto... sobre lo que he dicho antes... no debí haberlo dicho.

Y tras esas palabras, se marchó.

Felicita sabía que era lo más parecido a una disculpa que Jordano podía ofrecerle, y la aceptó encantada.

El hombre del tiempo había pronosticado lluvia para el jueves, y su predicción era correcta.

«Un día perfecto para un funeral», pensó Jordano mientras subía con Candy y Felicita al interior del ferry. Felicita llevaba un chubasquero negro y apenas había hablado desde que salieron de Desraben, y Candy, aunque llevaba un chubasquero morado, estaba igual de apagada.

La pequeña solo había tomado media tostada para desayunar. Y

cuando él intentó que comiera algo más, escapó llorando de la cocina.

Antes de salir tras ella, Felicita había dicho:

-Todavía se está recuperando del disgusto del otro día, Jordano. Fue un paso atrás. Tiene que recuperar la confianza en que ninguno de los dos vamos a abandonarla. Eso necesitará tiempo. Y paciencia. Intenta no preocuparte.

¿Pero cómo no iba a preocuparse? Candy era su hija. Eran de la misma carne y de la misma sangre. Y era lo que más quería del mundo.

Felicita agarró la mano de Candy y siguió a Jordano hasta el lado de estribor del barco.

Él las ayudó a quitarse los abrigos y después se quitó la chaqueta.

-Voy por un café -dijo él-. ¿Qué te apetece, Felicita?

-También quiero un café dijo ella-. Descafeinado. Gracias.

-¿Candy?

-No tengo hambre.

-Te traeré algo. Quizá te entre hambre más tarde. Guárdame el sitio, cariño -le dijo al ver que un grupo de mujeres se acercaba.

Felicita lo observó marcharse hacia la cafetería. Y mientras Jordano esperaba la larga cola, ella no pudo evitar fijarse en él... en su altura, en su piel bronceada y en su atractivo.

Con un suspiro, lo miró, disfrutando de su perfil, de su delgada figura, de su...

-Estás mirando a papá.

Felicita miró a Candy.

-Sí -dijo ella-. ¿Cómo lo sabes?

-Porque tu mirada es tierna.

Sorprendida, Felicita se percató de que tenía que tener más cuidado.

-Es un hombre simpático -le dijo, y con una sonrisa, añadió-: Tú

también lo miras con ternura.

-Eso es porque lo quiero -Candy miró por la ventana. El cristal se empañó con su respiración y la niña lo limpió con la mano-. Supongo que tú también lo quieres.

Oh, cielos, ¿qué tenía que decir? Si lo negaba, a lo mejor disgustaba a la pequeña, y si lo admitía... a lo mejor Candy se lo decía a su padre.

Lo mejor era no decir nada.

Y al parecer, Candy no esperaba una respuesta. Estaba mirando una gaviota que volaba junto al ferry. Felicita deseaba mirar a Jordano otra vez. Sin embargo, sacó el libro de misterio que se estaba leyendo. Y cuando él regresó, ella estaba inmersa en la historia de un asesino en serie.

-¡Su café, señora!

Felicita se sobresaltó al oír su voz. Levantó la vista y vio que la miraba sonriente.

-¿Qué te parece tan divertido? -preguntó ella, y le agarró la taza humeante.

-Tú -dijo, y señaló el libro. En la portada aparecía un bisturí lleno de sangre-. No sabía que te gustaban las novelas sangrientas. Retiró la chaqueta y se sentó-. Toma, Candy, ¿quieres esto?

Ella miró sin interés la bandeja, que contenía una magdalena y un plátano.

-No, gracias.

Jordano dejó la bandeja en el banco.

-Quizá más tarde.

Felicita no probó el café. Estaba muy caliente.

-No me gustan las novelas sangrientas, pero he leído otros libros de Bud Almonede y me han gustado, así que decidí darle una oportunidad a este. Sus tramas son siempre complejas, igual que sus personajes. Me sorprende todo el rato, y eso me gusta.

-¿Y que tal está este libro?

-De momento, muy bien. Es un poco sangriento, pero me salto las partes que no me gustan.

-Es una pena que no podamos hacer eso en la vida real. Me refiero a saltarnos las partes malas.

-¿Cómo hoy?

-Sí. He de decir que no es un día muy agradable -su tono de voz era distante-. Cada vez llueve más.

«No me refería a eso», pensó Felicita, «y él tampoco se refería a eso en un principio». El tiempo era horrible, pero ese viaje debía de ser algo muy desagradable para él. Tenía que ser horrible para él... llevarla al funeral de un hombre al que odiaba.

Felicita bebió un poco de café. Candy se había quedado dormida sobre el regazo de su padre, quien estaba mirando por la ventana, con la mirada perdida.

Jordano vestía una camisa y unos pantalones negros. La camisa hacía que sus ojos verdes parecieran tan oscuros como la noche, y también acentuaba la sombra de su bigote. Estaba más sexy que nunca. Más sexy que ningún hombre de los que ella había conocido.

Trató de concentrarse en el libro, pero no lo consiguió. Lo único que veía en las páginas era la imagen del hombre al que había llegado a amar.

-Ya casi estamos, Jordano. Tuerce a la derecha por esa calle.

Jordano obedeció y disminuyó la velocidad.

-¿Cómo te encuentras?

-Nerviosa. No estoy segura de cómo va a estar mi madre. Benny era su primer hijo, y su favorito.

Jordano continuó mirando la carretera. No quería oír a Felicita hablar de su hermano. Pero al mismo tiempo, sabía que aquello debía de ser muy difícil para Felicita, y le gustara o no, sentía pena por ella.

-Mamá sabía que él podía morir en cualquier momento, pero...

bueno, eso tampoco tenía que hacérselo más fácil de sobrellevar. Y además ya ha perdido a otro hijo. Esto debe de ser muy duro para ella.

-Y para ti -aunque Jordano sentía lástima por ella, aquel era el último sitio donde Jordano quería estar, y en cuanto la dejara en la casa, él se marcharía de allí-. Tu amigo Hugo mencionó que habías perdido a tu hermano gemelo. No puedo imaginar lo que eso significa.

Ella no contestó.

-Lo siento -murmuró él-. Hugo dijo que nunca hablabas de él. Olvida que yo...

-Durante muchos meses, era como si me mirara en un espejo y no viera nada, solo un espacio vacío. Después poco a poco, se fue formando una imagen, pero cuando por fin se materializó, me veía a mí. Y no a Yod, que era lo que estaba acostumbrada a ver durante toda mi vida.

-Algo imposible de imaginar para alguien que no ha perdido a un hermano gemelo.

-Han pasado más de dos años -dijo ella-. El dolor sigue ahí, pero no es tan agudo como antes. Tener a Candy en mi vida me ha ayudado mucho.

Candy se había quedado dormida en el coche, pero al oír su nombre se despertó:

-¿Ya hemos llegado, Fiyi?

Felicita se alegró de que la interrumpieran. La muerte de Yod la había afectado mucho y siempre evitaba hablar del tema, pero se lo había contado a Jordano, de una manera que nunca se lo había contado a nadie. Ese día estaba un poco inestable emocionalmente, a causa del funeral, y tenía que tener cuidado de no bajar la guardia. Si Jordano descubría que se había enamorado de él, la situación se volvería insostenible. ¿Y cómo afectaría eso a Candy?

-¿Fiyi? -Candy le tiró de la manga-. ¿Hemos llegado?

-Sí, cariño -Felicita la rodeó con el brazo-. Ya estamos aquí.

Una casa blanca, de dos plantas y con un porche acristalado, apareció delante de ellos.

-Bonito sitio -murmuró Jordano.

-El orgullo y la alegría de mi madre -dijo Felicita-. Vive para la familia y el hogar.

-¿Puedo verla? -Candy se quitó el cinturón de seguridad para poder mirar por la ventana-. Ohm, ¡es preciosa! ¿Aquí es donde tú vivías, Fiyi?

-Sí, viví aquí hasta que a los dieciocho años me fui a la escuela de arte.

-No sabía que habías estudiado Arte -Jordano detuvo el coche y apagó el motor-. ¿Pintas?

-Ya no. Al final me especialicé en Diseño, y me encanta. Después me interesé por el guateado; siempre me había gustado coser, así que...

-Así que terminaste uniendo las dos cosas. Y ganándote la vida con ello. Chica lista.

-En realidad no me ganaba la vida con ello, por eso monté mi pequeña guardería. Me encantaba cuidar a los bebés... además, como duermen mucho, podía trabajar bien.

-Pero te quedaste con Candy después de que fuera un bebé.

-¿Cómo no iba a hacerlo? Estábamos tan unidas que no podía soportar la idea de separarme de ella.

-¡Fiyi! -Candy le tiró de la manga otra vez- ¡Vamos, entremos!

Jordano dijo:

-Tú y yo no vamos a entrar, Candy. Vamos a dejar a Felicita y luego vendremos a recogerla. Cuando termine el funeral.

-¡No! -Candy se aferró a Felicita-. ¡Yo me quedo con Fiyi!

-Te dije que no podías quedarte, cariño -le dijo Felicita-. Tu padre y tú vendréis luego a buscarme...

-¡No me dejes! -Candy la agarró del cuello-. ¡No me dejes, no me dejes...!

Estaba desesperada, casi histérica.

-Felicita, vete -Jordano agarró a su hija y trató de que la soltara, pero la niña se agarró con más fuerza y comenzó a llorar más fuerte.

-¡No, no, no! No me dejes otra vez, no puedes dejarme otra vez...

Jordano miró a Felicita con frustración, mientras intentaba separar a su hija.

Entonces, Candy comenzó a tener arcadas. Se estaba poniendo cada vez peor.

-Tengo que llevarla conmigo -dijo Felicita, alzando el tono de voz para que Jordano la oyera con el ruido de la lluvia.

-De acuerdo. Creo que no tenemos más opción. Se está poniendo enferma. Entrad, entonces. ¿A qué hora vuelvo?

-¡No! -Candy puso cara de pánico-. ¡Tú también tienes que entrar, papá!

Felicita miró a Jordano y dijo:

-Me temo que vas a tener que...

-¡Ni hablar!

-Tendré que sentarme con mi familia durante la misa, pero tú puedes quedarte con Candy en la parte de atrás. Mientras pueda verme, mientras vea que no voy a desaparecer otra vez, estará bien...

-¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo?

-¡Sí, claro que me doy cuenta!

-Es demasiado.

Felicita estaba abrazando a Candy y le acariciaba la espalda para que se calmara.

-Entonces hemos perdido el tiempo viniendo. Será mejor que regresemos a casa...

-No. Tú tienes que estar aquí. Tu madre te necesita, y tú necesitas

estar aquí.

-Pero Candy me necesita lo mismo.

Si Jordano no hubiera visto que a Felicita se le llenaban los ojos de lágrimas, habría sacado a las dos del coche y se habría marchado. Pero las lágrimas pudieron con él. Sabía que tenía que anteponer el bienestar de Felicita, y el de su hija, al suyo propio. O si no, nunca se lo perdonaría.

-De acuerdo. Vale. Lo haré. Me quedo.

Felicita lo miró con agradecimiento, pero él solo podía pensar en que, de algún modo, aquella mujer había conseguido que asistiera al funeral de su hermano... el hombre con el que su esposa lo había engañado, y que además la había matado.

La puerta del porche se abrió mientras ellos cruzaban el patio delantero, y una chica morena salió a recibirlos.

-¡Felicita, por fin! ¡Vaya día!

Dentro del porche, la lluvia resonaba al chocar contra el tejado.

Casi sin aliento, y mientras se agachaba para quitarle el chubasquero a Candy, Felicita dijo:

-Sarah, este es Jordano Maxwell. Jordano, mi hermana, Sarah Mathew.

-Hola, Jordano, encantada de conocerte. Dame la chaqueta.

Él se la quitó y ella la sacudió antes de colgarla en un perchero.

Felicita colgó su chubasquero y el de Candy y después se volvió para abrazar a su hermana.

-¿Cómo está mamá?

-Más o menos como te imaginas. Ya la verás -Sarah miró a Candy, que estaba agarrada del brazo de Felicita-. Y esta debe de ser Candy -se puso en cuclillas-. Hola, Candy. Mi hija es más o menos de tu edad y no tiene a nadie con quien jugar. ¿Te gustaría entrar y conocerla?

Candy escondió el rostro en la falda de Felicita. Felicita le

acarició la cabeza.

-¿Quizá más tarde, Candy?

Candy miró a Sarah, pero no dijo nada. Sarah sonrió y se puso en pie.

-¿Vas a venir al funeral, Jordano? -le preguntó mirándolo a los ojos.

Antes de que él pudiera contestar, Felicita dijo:

-Jordano solo iba a dejarme, pero... Candy no quería que yo me fuera...

-¡Felicita! -una voz temblorosa salió del interior-. No sabía que habías llegado.

Todos se volvieron, y Jordano vio a una mujer delgada, de unos sesenta años, vestida de negro. Tenía el pelo rubio y muy corto, con unas mechitas color plata, y unos bonitos ojos grises.

«Esta debe de ser la madre de Felicita», pensó Jordano. Y se le ocurrió que así sería como se vería Felicita al cabo de unos años; con algunas canas en el cabello, algunas arrugas en la cara, pero increíblemente atractiva.

Sarah dijo:

-Si me perdonáis, voy a ayudar en la cocina.

Y cuando se marchó, Felicita dijo:

-Mamá, este es Jordano Maxwell. Y esta... -apoyó la mano en la cabeza de Candy- es su hija, Candy. Jordano, quiero presentarte a mi madre, Adelaida Fairfax.

Adelaida Fairfax se había quedado de piedra. Y después se tambaleó. Se habría caído de no ser porque Felicita la agarró a tiempo.

-Mamá, ¿estás bien? -Felicita miró a Jordano como para disculparse-. Lo siento, mamá. No te dije que Jordano iba a venir. No pensé que debía decírtelo puesto que no tenía intención de que entrara. Pero... -le explicó lo que había pasado, y mientras, su madre

no dejaba de mirar a Candy.

-Creo que necesito un brandy -susurró Adelaida cuando Felicita terminó de hablar.

Jordano sintió que debía decir algo. Si para él aquella situación era imposible, para aquella mujer era incluso peor. Ese día iba a enterrar al hijo que amaba.

-Señora Fairfax, siento...

Ella cerró los ojos y se apoyó en Felicita.

-Llévame a mi dormitorio, cariño. Necesito estar a solas.

Felicita ayudó a su madre a subir por las escaleras, después de darle las gracias a Jordano por hacerse cargo de Candy.

Como si su madre no tuviera bastante, encima ella había tenido que recordarle, el día del funeral de su hijo, las innobles circunstancias en las que había llegado a la muerte.

-Siento de veras, mamá, que Jordano haya tenido que entrar -abrió la puerta de la habitación de su madre-. No había otra solución. Estaba muy preocupada por Candy; ella ya ha sufrido mucho, y se puso histérica con la idea de separarse de mí. La única alternativa era que yo tampoco entrara, pero quería que tuvieras a toda la familia a tu lado... bueno, lo que queda de ella.

Su madre se soltó cuando Felicita se disponía a ayudarla para que subiera a la cama.

Con voz temblorosa, dijo:

-Tengo a toda la familia que me queda conmigo. Gracias a ti.

Tenía una extraña mirada que asustó a Felicita.

-Mamá, ¿no quieres tumbarte? Creo que...

-Tráeme un brandy. Y otro para ti.

-Sabes que no me gusta el brandy...

Rara vez veía esa expresión en el rostro de su madre, pero sabía que no era el momento de desobedecer sus órdenes.

Cuando regresó al piso de arriba con dos copitas de brandy, encontró a su madre de pie, en el mismo sitio donde la había dejado.

-Aquí tienes, mamá.

Su madre agarró la copa y dio varios sorbos hasta que se terminó el brandy. Se estremeció.

-Ya sabes -dijo ella.

¿Qué diablos estaba sucediendo? Felicita dio un trago y sintió cómo el alcohol quemaba su garganta. Después dio otro trago, y se terminó la copa.

La madre dejó las copas sobre la cómoda, y se volvió para mirar a Felicita.

-Mamá, ¿qué pasa?

-Felicita, cuando antes te he dicho que toda la familia estaba aquí, gracias a ti, era lo que quería decir. Hoy, tengo aquí a toda mi familia. Incluida, la hija de Benny.

Felicita sintió pánico. ¿Su madre había perdido la cabeza?

-Mamá... -la agarró de los hombros con cuidado-, Benny no tenía hijos.

-Oh, sí que tenía, querida. Tenía una hija. Una niña adorable, ¡y preciosa! Y en estos momentos, está en el piso de abajo. Con Jordano Maxwell. El hombre que cree que es su padre.

-¿Con... Jordano? -Felicita la miró incrédula.

-Sí, cariño. Con Jordano.

-Mamá, no estarás diciendo...

-Sí, Felicita, eso es exactamente lo que estoy diciendo -la alegría hizo que a su madre se le llenaran los ojos de lágrimas-. El abogado de Benny me ha entregado una carta hoy, una que Benny escribió hace tres años para que me la dieran en caso de que muriera. En esa carta, está la prueba irrefutable... ¡la prueba del ADN, querida!... la prueba de que Candy es hija de Benny.

Capítulo 7

Jordano se quedó en el recibidor con Candy, y observó a Felicita mientras bajaba por las escaleras.

Parecía muy cansada, estaba pálida, tenía los labios apretados, y las pestañas humedecidas por las lágrimas. Candy se acercó al pie de la escalera.

-¿Qué pasa, Fiyi?

-Nada malo, cariño -Felicita se sentó en el segundo escalón y atrajo a Candy hacia sí-. Es solo que estoy un poco triste con esto del funeral -le dijo.

-Yo no voy a marcharme, Fiyi -le dijo Candy con voz temblorosa-. Te lo prometo.

-Oh, cariño, ¡sé que no lo harás! -Felicita le besó la frente-. Y yo nunca te dejaré. Te quiero mucho.

Jordano sintió un nudo en la garganta. ¡Maldita fuera! ¿Por qué las mujeres eran tan emotivas?

-Felicita, ¿tu madre está bien?

Ella no lo miró, e inclinó la cabeza y la apoyó en la de Candy.

-Estará bien. Solo necesitaba estar a solas un rato...

-¿Todavía estáis aquí? -Sarah salió de la cocina con una bandeja llena de tentempiés-. Es hora de comer algo -dijo ella, y se acercó a una puerta que estaba cerrada-. Algo ligero, para ayudar a la familia a sobrellevar el funeral. Felicita, puedes ayudarme. Jordano, ¿podrías abrirme esta puerta?

Cuando Jordano abrió la puerta se oyó un gran alboroto. Se echó a un lado para dejar pasar a Sarah, y vio que Candy y Felicita iban por detrás.

Él las siguió a regañadientes, y en cuanto entró en la habitación oyó que alguien le decía:

-¡Disculpe!

Él se volvió y vio a una joven con el pelo color caoba que llevaba una cafetera en cada mano. Ella sonrió.

-Hola, tú debes de ser Jordano. Yo soy Gigi, ¡la hermana pequeña de Felicita! Encantada de conocerte.

Él asintió.

-Hola.

Con un golpe de talón, ella cerró la puerta.

-Siéntate -le dijo, mientras se abría paso entre la gente-. ¡Alguien te dará de comer!

Felicita se acercó a él.

-Jordano, sé que esto es un poco incómodo para ti...

-Sobreviviré -él la miró, pero ella estaba mirando a Candy, que a su vez miraba a una niña que jugaba con una muñeca junto a la ventana. Volvió a mirar a Felicita y se percató de que seguía mirando a Candy... con tanta intensidad que lo asombraba.

De pronto, Candy dijo:

-Tengo hambre.

Felicita reaccionó y dijo:

-¿Qué has dicho, cariño?

-Que tengo hambre.

-No me sorprende -dijo Felicita-. Apenas has comido nada en todo el día. Pero primero te presentaré, a ti y a tu... -se pasó el dedo por la ceja y Jordano se fijó en que estaba sudando-. Os presentaré a la gente y...

-No quiero que me presentes -Jordano sabía que hablaba con mala educación-. Solo quiero encontrar un sitio tranquilo y que me dejen solo.

-Vale, si te quieres sentar ahí, en esas butacas, con Candy, os traeré...

-No -dijo Candy-. Yo quiero ir allí -señaló hacia donde estaba la

niña pelirroja-. Tiene una fiesta. Y galletas.

-¿Quieres jugar con Hannah? ¡Oh, a ella le encantará!

-Tú también vienes, Fiyi.

-Tengo que ayudar a mis hermanas... pero... -miró a Jordano-. Jordano, ¿llevarías a Candy para que conozca a Hannah? Te llevaré un café y un par de hojaldres de salchicha.

Y con eso, se marchó a ayudar a sus hermanas.

-¡Flas, ese hombre está para morirse! -dijo Sarah-. Ahora ya sé por qué no has venido a casa desde que te mudaste a Desraben. ¡Jordano Maxwell puede guardar sus zapatos debajo de mi cama cuando quiera!

-¡Será mejor que Betty no te oiga decir eso! -contestó Felicita, tratando de parecer animada. Sirvió café en una taza-. Gigi, pon un par de hojaldres de salchicha en un plato, para Jordano.

-¿Has ligado con ese hombre? -preguntó Gigi con una sonrisa maliciosa.

-No seas grosera -dijo Felicita con el ceño fruncido.

Gigi puso tres hojaldres en un plato.

-Lo siento, está estupendo, aunque... parece un poco hosco.

-Probablemente se siente incómodo por la situación -dijo Sarah-. ¡No puede querer estar aquí!

-No quiere estar aquí -Felicita deslizó por la mesa la taza de café para que Gigi la agarrara-. Si quieres coquetear con él, esta es tu oportunidad.

Gigi sonrió.

-Eh, ¡esa oferta no se puede rechazar! -se dirigió hacia Jordano, que estaba sentado junto a las niñas.

Felicita se alivió al ver que Candy estaba comiéndose una galleta, pero cuando miró a Jordano, el pánico y la desesperación hicieron que se le encogiera el estómago.

Su madre le había dado un ultimátum.

Tenía que decirle a Jordano que Candy no era hija suya.

Y si no lo hacía, su madre...

Porque Adelaida Fairfax quería a su nieta.

-¡Es la hija de Benny! -había gritado su madre-. Debería estar aquí. Conmigo. ¡Esta es su casa familiar!

-No, no puede ser hija de Benny -se rio Felicita con cierto histerismo-. Por el amor de Dios, mamá, ¡Benny ni siquiera conoció a Mirla Maxwell hasta unos meses antes del accidente!

-Eso es lo que todo el mundo creía. ¿Pero crees que fue mera coincidencia que esa mujer te contratara para cuidar a su hija? ¿No se te ocurrió pensar por qué te había elegido a ti, con todas las niñeras que hay en Roer Manilana?

-¡No! Me dijo que le había hablado de mí una amiga, a cuyo hijo cuidaba yo...

-Benny fue el que te eligió, Flas. Cuando ella descubrió que estaba embarazada... Mirla no quería el bebé, pero Benny... bueno, él no quería una familia pero quería que ese niño naciera y... oh, querida, no podemos hablar de esto ahora Adelaida sacó un pañuelo de papel y se secó las lágrimas-. Pero créeme, tengo la prueba... los resultados de la prueba de ADN de cuando Candy era un bebé. No hay ninguna duda.

Felicita sintió que las lágrimas afloraban a sus ojos.

-Oh, mamá, Jordano la quiere tanto, ella lo es todo para él. Si se enterase, se moriría.

-¡Pues claro que va a enterarse! -dijo la madre consternada-. No se lo he dicho a nadie todavía; al menos él se merece ser el primero en enterarse. Pero Felicita, ¡tienes que decírselo! ¡Y tienes que decírselo pronto! ¡Insisto!

«Ese será el peor día de mi vida», pensó Felicita mientras observaba cómo Gigi se sentaba en el brazo de la butaca de Jordano y batía las pestañas coqueteando.

¿Qué diablos podía hacer?

Benny era el padre de Candy. El resultado de la prueba que Adelaida le había enseñado... ¡y que después le había metido en el bolso!... lo demostraba.

Pero Felicita sabía que si le decía a Jordano la verdad, le rompería el corazón.

-Flas, si tú llevas la leche y el azúcar, yo serviré el café -la voz de Sarah hizo que Felicita volviera a la realidad-. Nuestra hermanita nos ha abandonado por un hombre. Pobrecillo. Flas, te aseguro que te ha hecho un gran favor al traerte aquí. ¿No preferiría quedarse aquí, en la casa, mientras tú vas al funeral?

-No había pensado en eso. Pero dependerá de Candy. Dudo que permita que me vaya sin ella. Se siente muy insegura...

-Dejaría a Hannah aquí para que le hiciera compañía, pero ella quería a su tío Benny y quiere venir con Betty y conmigo.

A Felicita se le ocurrió que Candy debería asistir al funeral de su padre. Pero no podía enfrentarse a esa idea. Ya le parecía difícil asumir que Benny era el padre de la niña.

-Hablaré con Candy -dijo ella-. A ver qué dice.

Sorprendentemente, a Candy le pareció bien quedarse allí.

-Mientras pueda jugar con las muñecas de Hannah. ¿Puedo, Hannah?

-Claro. Y con mi juego de té. ¡Y con todo lo que hay en mi habitación!

Así que estaba todo arreglado.

Cuando Felicita se marchó al funeral, vio que Jordano y Candy se quedaban de pie junto a la ventana del salón, mirando a través de la lluvia cómo ella se marchaba en una limusina.

Durante la recepción que siguió al funeral, Felicita se despidió de su madre y del resto de la familia antes de marcharse con Jordano y Candy.

Su madre no intentó retenerla.

-Será más fácil para mí si no llego a conocer bien a Jordano Maxwell -le dijo Adelaida a Felicita-. De esa manera, si terminamos en juicio, no será tan difícil para ninguno de los dos.

La idea de una posible batalla judicial, con su madre y Jordano luchando por la custodia de Candy, hizo que Felicita cayera en la desesperación.

Y Jordano notó que estaba de muy mal humor.

-No me había imaginado que hoy podía ser un día tan terrible para ti -dijo Jordano cuando se aproximaban a Canaima.

«No», pensó Felicita, «ni yo tampoco». Ella sabía que iba a ser un día difícil, pero no había imaginado que tendría que escuchar una noticia tan demoledora.

Miró a Candy, que estaba dormida en el asiento de atrás. «Mi sobrina», pensó sobrecogida. «Mi propia sangre. La hija de Benny». No era de extrañar que siempre se hubiera sentido tan unida a Candy, desde que comenzó a cuidar de ella cuando solo era una mocosa con las mejillas coloradas...

-¡Felicita!

Ella se sobresaltó y volvió la cabeza para mirar a Jordano.

-¿Qué?

Vio que estaba tenso y que la miraba fijamente. Después Jordano miró por el retrovisor y se detuvo en la cuneta.

-Tienes mala cara -dijo él-. Y parece que ni siquiera me oyes. ¡Te he llamado tres veces! ¿Ocurre algo? Quiero decir... algo malo... aparte del funeral.

Hablaba con dureza, pero su mirada era de preocupación.

-Estoy bien... -dijo con la voz entrecortada. Y para su sorpresa, comenzó a llorar.

Oyó que Jordano se quitaba el cinturón de seguridad y, de pronto, estaba entre sus brazos.

Apoyó el rostro contra su camisa negra, y lloró.

-Ay, Jordano..., ¿qué voy a hacer? -suplicó en silencio.

-SSSS -susurró él, y le acarició la espalda-. Ya sé lo que vamos a hacer. Vamos a ir a casa de mi hermana, No está muy lejos de aquí. Ella te cocinará un plato caliente y nutritivo mientras tú te sientas con los pies en alto. No vamos a subirnos al ferry hasta que no vea que puedes caminar sin desmayarte.

Ella lo miró, con las mejillas humedecidas por las lágrimas.

-No podemos ir a casa de alguien sin avisar, además puede que no esté en casa y...

-SSSS -le secó las lágrimas con la mano-. Mi hermana no es alguien sin más; es Alice, y estará en casa. Está embarazada de nueve meses y no va a estar por ahí en ese estado.

Sus miradas se encontraron, y... no las desviaron.

Ella no podía moverse. No podía resistirse. No se enteraba de nada, excepto del color verde de los ojos de Jordano. Él le acarició la nuca, y agachó la cabeza para que sus labios se encontraran en un beso sensual, apasionado, y tan poderoso, que la cautivó como si la hubieran atado con cadenas.

Felicita se dejó llevar, y deseó que no terminara ese momento. Sabía que no debía permitir que él la besara otra vez. No es que él fuera a besarla de nuevo. Una vez supiera la verdad acerca de Candy, cualquier oportunidad de seguir siendo su amiga se vería truncada. Cuando se separó de ella, sus ojos reflejaban un profundo sentimiento.

-Esto ha sido... -dijo él.

-Un error -dijo ella.

-Nuestro único error ha sido pensar que sería un error -le dijo Jordano, y le acarició el labio superior con el dedo.

-Jordano...

-Sé lo que vas a decir. Si no hubieras estado tan decaída, no habrías dejado que esto sucediera. Lo sé. Y no quería aprovecharme de ti. Te pido disculpas por ello. Pero aunque te pida disculpas por el

momento elegido, no voy a disculparme por el beso. He pensado mucho mientras tú estabas en el funeral, y me he dado cuenta de lo equivocado que estaba, y de lo injusto que fui al permitir que el resentimiento que sentía hacia Benny te incluyera a ti... y a tu familia. Son buena gente. Hoy lo he comprobado. Culpé a Benny por todo lo que pasó, pero del mismo modo, tu familia podía haber culpado a Mirla por...

-No lo hicieron, Jordano. Nadie la culpó...

-Deja que termine. Podían haber considerado que Mirla era la culpable de todo. Lo hicieran o no, tu familia, en especial tus hermanas, me han tratado con cortesía, que es más de lo que se puede decir acerca de cómo te traté yo. ¿Puedes encontrar la manera de perdonarme en tu corazón? ¿Podemos empezar de nuevo? ¿Podemos estar en el mismo equipo? Significaría tanto para mí...

-¿Papá? -la voz adormilada de Candy llegó desde el asiento trasero-. ¿Estamos en el ferry?

-Un momento, cariño. ¿Felicita?

Ella se retiró y, con una mano temblorosa, se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. La cabeza le daba vueltas. Si le decía que sí, que estaban en el mismo equipo, estaría mintiendo. La lealtad a la familia no le dejaba más opción que estar en el equipo de su madre. Pero ese no era el momento de decírselo a Jordano.

-¿Podemos hablar de esto más tarde? -le preguntó-. Ahora me siento un poco débil.

-¡Papá! -Candy le dio una patada al asiento-. ¿Qué pasa?

Jordano acarició la mejilla de Felicita con el dorso de la mano.

-De acuerdo, hablaremos más tarde. Después puso el coche en marcha.

-Vamos a ir al rancho -le dijo a Candy-. Fiyi no se encuentra muy bien. Creo que se sentirá mucho mejor cuando tu tía Alice le prepare algo rico de comer.

Pero Alice Taguar no estaba en casa.

-Está en una fiesta para futuras mamás -le dijo Dermis a Jordano cuando los recibió en el rancho-. Qué pena que no la hayáis encontrado en casa. Es la única noche que ha salido desde hace semanas -los llevó dentro, y mientras Jordano ayudaba a Felicita a quitarse el abrigo, él ayudó a Candy con el suyo.

-¿Y cómo estás tú, pequeñaja? -le preguntó a su sobrina.

-Muy bien, gracias -Candy se quedó cerca de Felicita.

-Sin duda, ¡tienes mucho mejor aspecto que la última vez que te vi! ¿Y quién es esta señorita?

-Es Fiyi, tío Dermis. Es de nuestra familia.

-Me alegro de conocerla, Fiyi -sonriendo, le tendió la mano. Felicita se la estrechó. Él no la soltó, y la miró a los ojos. Después con una sonrisa, le dijo-: Bueno, tienes cara de cansada, pero sobrevivirás.

-Sí, está agotada dijo Jordano-. ¿Puedes prepararle un plato de algo caliente?

-Uhm, creo que tengo que hacer en la nevera, ya sabes, ese plato escocés a base de vísceras de cordero; sobraron en la última cena de los Burns.

-Oh -avergonzada, Felicita arrugó la nariz-. Me temo que eso no me gusta.

Jordano se rio.

-Venga, Dermis, deja de actuar. Está bromeando, Felicita. Su acento es tan falso como el monstruo del Lago Ness. Puede que haya nacido al otro lado del charco, pero es canadiense como él solo.

-Así es -dijo Dermis con una gran sonrisa-. No hay que hacer, pero vamos a la cocina a ver qué podemos preparar.

Candy se agarró de la mano de Felicita, y todos se dirigieron a la cocina.

-Siéntate -dijo Dermis, antes de abrir la nevera.

Cuando Felicita se sentó, se fijó en que Dermis era muy alto. Y musculoso.

-¿Cómo está Alice? -preguntó Jordano.

Dermis sacó un par de recipientes de la nevera y cerró la puerta.

-Estaba todo bien en la última revisión -miró a Felicita-. ¿Qué te parece esto? levantó los recipientes-. Pollo y sopa de puerros, ¿y un poco de lasaña de verduras de segundo?

-Me parece estupendo -dijo Felicita-. Pero odio tener que causarte toda esta molestia...

-Eh, ¡no hay ningún problema! Cualquier amigo de Jordano es amigo mío -miró a su sobrina-. Y lo mismo digo para cualquier amigo de Candy.

Candy se rio.

Mientras Dermis quitaba la tapa de los recipientes y los metía en el microondas, Felicita sintió que Jordano la miraba. Así que ella también lo miró.

-¿Lo somos? -dijo él en voz baja-. ¿Amigos?

¿Cómo iba a decirle que no, si esos maravillosos

Ojos verdes estaban seduciéndola para que dijera que sí? Él no sabía que pronto le rompería el corazón. Al menos, lo único que podía hacer era satisfacer sus deseos.

-Sí -dijo ella-. Si eso es lo que quieres.

¿Pero durante cuánto tiempo querría que ella fuera su amiga? Finalmente la había aceptado por ser quien era, y ya no la veía como «la hermana de Benny Fairfax». Felicita estaba convencida de que cuando Jordano se enterara de que no era el padre de Candy, cuando se enterara de que su esposa lo había traicionado más de lo que él creía y del papel que Benny había tenido en esa traición, odiaría a la familia Fairfax como nunca lo había hecho.

Felicita sintió que se le partía el corazón. En el coche, él la había besado con mucha ternura. Si las cosas hubieran sido de otra manera, ¿quizá se habrían convertido en algo más que amigos?

Pero no tenía sentido pensar en ello. No podía suceder.

Era más importante pensar en lo que iba a sentir Jordano hacia Candy cuando se enterara de que era la hija de Benny.

Felicita sintió un nudo en el estómago. Si Jordano rechazaba a la niña, ella no podría soportarlo...

-Felicita, ¿estás bien?

-Estaré bien -dijo ella tratando de poner una sonrisa-. En cuanto coma -se volvió para sonreír a Dermis, que había puesto cuatro platos de sopa sobre la mesa.

-Mmmm -dijo ella, con todo el entusiasmo posible-. ¡Huele fenomenal!

La comida estaba deliciosa. Después de comer, Candy le preguntó a Dermis si podía llevarla a ver a los animales.

-Hace mal tiempo ahí fuera -dijo él-. Llueve a cántaros. ¿Estás dispuesta a salir?

-Me abrigaré bien. Por favor, tío Dermis... -Claro.

-¿Todavía tienes a Angeló? -Candy se levantó de la silla-. ¿Y a Prim rose y a Shadow?

-Sí, están todos -Dermis se puso en pie-. Vamos. ¡Y dejaremos a Fiyi y a tu padre fregando los platos! ¿Qué te parece?

Candy llevó su plato hasta el fregadero.

-¡Me parece perfecto!

-A menos que queráis venir con nosotros -Dermis miró a Felicita y a Jordano.

-No, nos quedaremos aquí -dijo Jordano-. ¿Te parece bien, Felicita?

-Sí, prefiero no salir.

Dermis y Candy se marcharon, y Jordano dijo:

-Yo friego -comenzó a recoger los platos-. Y si quieres también los seco yo.

-Ya estoy bien. Yo los seco.

Después de recoger la mesa, Felicita le pasó una bayeta y después descolgó un trapo para secar los platos.

-Puedes meterlos en el lavavajillas.

-No -abrió el grifo del agua caliente-. Hay algo agradable en esto de fregar los platos juntos. Todos esos aparatos modernos facilitan la vida, pero también hacen que sea menos íntima. Hay cosas que se hacen mejor al estilo antiguo.

-¿Aunque el estilo antiguo no sea lo más eficaz?

-Sí, incluso así -fregó los platos uno a uno, y los colocó en el escurridor-. Hacer la cama, por ejemplo. Hoy día hay mucha gente que utiliza edredones, los airean por la mañana, y por la noche lo vuelven a colocar en la cama.

-¿Y que hay de malo en eso?

-Nada. Pero es mejor hacer las camas y fregar los platos entre dos personas. Imagina una cama de matrimonio. Puede que se tarde más tiempo en hacer una cama con mantas, y cubrecama, pero aun así, cuando una pareja enamorada hace la cama por la mañana, ¡es muy probable que acabe pasándoselo bien!

Miró a Felicita. Parecía concentrada en el plato que estaba secando, pero estaba sonrojada. Y encantadora. Jordano sintió que algo se derretía en su interior cuando la miraba y recordaba el beso que habían compartido en el coche. Había sido maravilloso. No se había dado cuenta, hasta ese momento, de que se estaba enamorado de ella. Y a cada minuto, ese sentimiento se hacía cada vez más fuerte. No se estaba enamorando, sino que ya estaba enamorado.

Le retiró el plato de una mano, y el trapo de la otra. Cuando Felicita lo miró, él la rodeó con los brazos y la besó. Otra vez.

Sintió cada curva de su cuerpo contra el suyo. La deseaba, más que a nada en el mundo.

Y ella lo besaba con la misma desesperación. Se juntó más a él y separó los labios para que él acariciara el interior de su boca con la lengua.

Felicita mantenía el sabor de las fresas que habían tomado de postre. Olía a flores salvajes y a lluvia. Era como un regalo caído del cielo.

Le ofrecía la paz y la pureza. Una paz interior que Jordano no sentía desde hacía años.

Temblando, Jordano se retiró, y con los ojos humedecidos por las lágrimas, la miró. ¿Ella también tenía las mejillas humedecidas por las lágrimas? Y sus ojos grises tenían una sombra de incertidumbre.

Era tan vulnerable.

Él nunca volvería a hacerle daño.

Tendría que ir con cuidado, para no asustarla. Anhelaba decirle que la amaba, pero era demasiado pronto. Demasiado pronto para que ella creyera que podía haber pasado del odio al amor en tan poco tiempo.

Sin embargo, la soltó con cuidado y le dijo:

-Ya te lo había dicho -bromeó-. Fregar los platos al estilo antiguo es mucho mejor. Y ahora... -añadió guiñándole un ojo- ¿a que acabo de demostrártelo?

Capítulo 8

Felicita no creyó, ni por un momento, que Jordano la había besado solo para demostrarle su teoría. Jordano la había deseado igual que ella lo deseaba a él. Incluso varias horas después, mientras subían la colina que llevaba hasta Desraben, todavía podía sentir la presión de su cuerpo y la excitación que se había forjado entre ellos.

No podía permitir que la besara otra vez. Estaba locamente enamorada y sabía que no podría evitar rendirse ante él. Y Jordano jamás se perdonaría a sí mismo haberse acostado con la hermana de Benny Fairfax, cuando se enterara de la verdad acerca de Candy.

Felicita sintió un nudo en el estómago. Amaba a Jordano. ¿Cómo iba a soportar verlo sufrir? Y era ella la que tenía que hacerle daño.

Si no se lo decía, se lo diría su madre.

-Por favor, dame tiempo, mamá -le había suplicado-. Tendré que esperar a que... a que llegue el momento.

-No tardes demasiado -le había dicho su madre con decisión-. No puedo esperar más para tener aquí a la hija de Benny; es aquí donde pertenece. Y si él pelea por la custodia...

-Puede que él no la quiera -había dicho Felicita entre lágrimas-. Pero a pesar de todo, se quedará tan destrozado que quizá se meta en juicios contigo solo para vengarse de Benny... y de todos nosotros.

-En cualquier caso, yo no descansaré hasta que Candy no esté con nuestra familia, donde tiene que estar. Cuando la vi, deseaba abrazarla y decirle que era su abuela y que nunca la dejaría marchar. ¿Tienes idea de lo que esto significa para mí? ¿Perder a Benny, pero descubrir que me ha dejado a esa preciosa niña?

-Mamá, por favor, hoy no digas nada que pueda hacer sospechar a Jordano...

-No te preocupes. Aunque sea difícil, no lo haré. Pero Felicita, ¡tienes que decírselo! Y pronto.

Con un suspiro, Felicita recogió su bolso mientras Jordano

detenía el coche y apagaba el motor.

Candy, que estaba durmiendo en el asiento de atrás se despertó.

-Papá, ¿dónde estamos? ¿Estamos todavía en el ferry?

-No, cariño, no estamos en el ferry -dijo Jordano, miró a Felicita y con una cálida sonrisa, dijo-. Estamos en casa.

La paz que había sentido Jordano cuando besó a Felicita en la cocina de su hermana no duró mucho. Y él sabía por qué. Felicita lo evitaba.

Intentaba mantenerse alejada de su camino. Y él solo podía pensar que la había asustado. La había besado demasiado pronto. Con demasiada pasión. Y de manera demasiado íntima.

Pero ella también lo había besado de la misma manera. Se había formado química entre ellos. ¡Ella también tenía que haberla sentido! ¿De qué se había asustado?

Había pasado una semana desde el viaje a la isla, y durante ese tiempo Felicita solo lo había buscado para recordarle que tenía que ir de compras con Candy.

El viernes, Jordano se tomó la tarde libre y recogió a Felicita y a su hija a las dos en punto. Candy estaba de muy buen humor y Felicita parecía un poco menos distante... quizá porque sabía que con Candy alrededor, él no iba a dar ningún paso más en la relación.

-Bueno, ¿y adónde vamos? -preguntó él al salir de Desraben.

-Han abierto una tienda de ropa de niños en Dunda rave -dijo Felicita-. Se llama Anonas Place. Podemos ir a ver que tal.

Fueron al centro de la ciudad y aparcaron cerca de la tienda. El local todavía olía a pintura, y estaba llena de ropa bonita para niños. En poco tiempo, y con la ayuda de la dueña, Candy estaba equipada.

Jordano pagó la factura en el mostrador, y Felicita agarró las bolsas. Candy se miró en el espejo para contemplar sus sandalias nuevas.

-Gracias, señor Maxwell -le dijo Anna cuando le devolvió la tarjeta. Después se dirigió a Felicita-. Su hija es encantadora, señora

Maxwell. Y se parece mucho a usted, con ese pelo rubio y esa bonita sonrisa.

Hasta ese momento, parecía que Felicita lo estaba pasando bien. De pronto, Jordano vio que ponía cara de consternación. ¿La había molestado que la llamaran señora Maxwell? Él vio que estaba a punto de corregir a Anna, pero antes de que pudiera hacerlo, la rodeó por la cintura y dijo:

-Anna, gracias por tu ayuda -y los tres salieron de la tienda-. No hay motivo para que te avergüences. Es normal que ella pensara que eres mi esposa.

Felicita no dijo nada. Pero seguía nerviosa. Así que él dijo, para intentar distraerla:

-Nunca me había fijado, pero es cierto que Candy y tú os parecéis; aparte del pelo rubio, las dos tenéis los ojos grises... y esa bonita sonrisa que Anna mencionó. Quizá... -trató de hacer una broma- ocurre lo mismo que con los perros y sus dueños. ¡Al cabo de un tiempo llegan a parecerse!

-Eso dicen -dijo ella con una tensa sonrisa.

Llegaron al coche, y Jordano abrió el maletero. Cuando Felicita metió las bolsas, Candy dijo:

-Papá, ¿podemos comprarnos un helado e ir a la playa?

Antes de que él pudiera responder, Felicita dijo:

-Tu padre tiene que regresar al trabajo, cariño.

Ya estaba otra vez, tratando de librarse de él.

-Está bien -dijo él, y le dio la mano a su hija-. No tengo tanta prisa.

-¡Bien! -Candy le agarró la mano y, dándole la otra a Felicita tiró de ellos hacia la acera-. Vamos por el helado. ¿De qué lo quieres, Fiyi? Yo lo voy a pedir de menta, ¡con trocitos de chocolate!

Jordano pagó los helados, y después bajaron por 25th Street. Cuando llegaron a la playa, Candy dijo:

-Hay que chuparlo muy rápido para que no se derrita, ¿verdad, papá?

-Así es -miró a Felicita y le preguntó-. ¿Cómo vas?

-Bien, gracias. Está buenísimo, ¡es cierto que en Zafres hacen los mejores helados! -dijo, y pasó la lengua por el borde del cucurucho, como si fuera lo único que le interesaba en aquel momento.

-¿Te he dicho que hoy estás muy guapa? -dijo él, aprovechando que Candy se adelantaba.

Felicita se sonrojó.

-Solo es un vestido de tirantes -dijo, y se encogió de hombros-. Nada especial...

-No me refería al vestido... aunque el azul te queda muy bien. Me refería a ti.

-Oh -se sonrojó más aún-. Bueno... gracias.

Pero era evidente que el cumplido la había asustado, porque en menos de un segundo, Felicita salió detrás de Candy y dejó a Jordano a solas con la frustración.

-Sentémonos aquí -dijo Candy al ver un tronco sobre la arena-. Tú en este lado, Fiyi, y papá, a mi otro lado.

Se sentaron al sol mientras se terminaban el helado. Candy fue la última en acabárselo, y cuando se comió el final del cucurucho dijo:

-Voy a chapotear en la orilla -se sentó en la arena y se quitó las sandalias.

-Voy contigo -dijo Felicita.

Pero Candy salió corriendo hacia el agua y gritó:

-No, quédate con papá. ¡Quiero que me veáis los dos!

Jordano vio que Felicita dudó un instante.

-Siéntate -le dijo-. ¡No voy a morderte! -bromeó. Ella se volvió para mirarlo y él se sorprendió al ver la expresión de angustia en sus ojos.

Pero al momento, había desaparecido, y se preguntó si no habría sido un truco de la luz.

-No -dijo ella-. Estoy segura de que no.

Ella se sentó... pero dejó bastante espacio entre ellos. Él se acercó a ella, tanto que sus brazos se rozaban. La piel de ella era cálida y suave. Él no deseaba morderla, pero sí besarla.

-¿Por qué me has estado evitando? -preguntó él en voz baja.

-No quiero meterme en tu camino -dijo ella.

Su tono era tan suave que Jordano apenas podía oírla.

-¿Por qué crees que vas a meterte en mi camino?

-Cuando estás en casa, creo que deberías pasar tu tiempo libre con Candy, y no conmigo. Ella te necesita.

-¿Y tú no?

Ella lo miró, suplicándole.

-No deberías...

-¿Y tú no? -le preguntó de nuevo-. Creo que me necesitas tanto como yo a ti. Y te prometo que no tienes nada que temer. Mis intenciones no son más que...

Ella se puso en pie.

-Me olvidé de que tenía que ir al banco. Iré ahora y así no tendréis que esperarme cuando vayamos de camino a casa. Volveré enseguida.

Jordano suspiró, se puso en pie y la observó marcharse.

Durante los días siguientes Jordano estuvo muy ocupado y su horario era completamente irregular. Aun así, las pocas veces que coincidía con Felicita la notaba más distante y abstraída.

Jordano lo achacaba a la pérdida de su hermano. Y se percató de que no le había dado tiempo, ni espacio, para superar la pérdida.

Así que a pesar del amor que sentía por ella, no la presionó.

Pero estaba preocupado.

Una noche que llegó muy tarde, vio que la luz del cuarto de costura estaba encendida y decidió que tenía que hablar con Felicita. Se detuvo delante de la puerta y oyó el ruido de la máquina de coser. Cuando llamó a la puerta, el ruido cesó.

Hubo un silencio. Llamó de nuevo.

Al cabo de unos momentos, la puerta se abrió y apareció ella.

Cuando lo vio allí de pie, Felicita se llevó la mano a la trenza que caía como una cinta dorada sobre su batín de seda fucsia.

-No me he dado cuenta de que es tan tarde -se disculpó-. ¿Te molestaba el ruido de la máquina de coser?

-No, acabo de llegar a casa. Necesito hablar contigo.

-¿No puede esperar hasta mañana?

-No. ¿Puedo pasar?

Ella dio un paso atrás y él entró en la habitación.

-¿Qué estás cosiendo? -se acercó a ver lo que hacía y vio que era una colcha de retales con dibujos de cuentos.

-Es para la cama de Candy -dijo ella-. La empecé hace años, pero como quiero que sea una sorpresa, tengo que hacerlo cuando ella no está, así que me ha costado mucho terminarla.

-¿Ya está acabado?

-Estaba dando los últimos retoques cuando llamaste -cortó los hilos que salían de la máquina de coser, dobló la colcha y la dejó sobre una silla-. Espero que le guste.

-¿Cómo no iba a gustarle? Es una obra de arte. Y estoy seguro de que cada puntada está hecha con mucho amor.

-Así es. Candy es la niña más dulce del mundo.

Cuando Jordano oyó el tono de su voz, deseó abrazarla, pero se contuvo para no asustarla otra vez.

-Lo es -dijo él-. Y es la más afortunada, porque te tiene a ti.

-No, yo soy la afortunada. Ella significa todo para mí.

-Lo dices en serio, ¿verdad? Me asombra, Felicita...

-¿El qué?

-Que tengas la capacidad de amar de esa manera a una niña que no es tuya. Sé que yo no podría. Quizá sea cuestión de orgullo. Quizá sea porque el macho es el que tiene la responsabilidad de asegurar la continuidad de la especie. ¡O quizá sea algo de lo que carezco! Lo que sea. Yo no soy capaz de ofrecer ese amor... pero tú sí. Y por eso, Candy es afortunada.

-Dijiste que querías hablar conmigo. ¿De qué?

-Sentémonos.

Ella dudó un momento, y él la tomó de la mano y la llevó hasta el sillón.

-Ya te he dicho que no muerdo -le dijo, y dio un golpecito en el almohadón para que se sentara.

-Es solo que... bueno, estoy en bata, y no es muy apropiado que tú estés en mi habitación a estas horas de la noche, dadas las circunstancias.

-¿Y cuáles son las circunstancias? -Bueno, tú eres el jefe y...

-Somos una familia, tú y yo... y si no recuerdo mal, ¡fuiste tú la que insistió en eso! ¿No es así?

-Sí, pero...

-Nada de peros. Siéntate antes de que tire de ti. Y si lo hago, te prometo que terminarás sentada en mis rodillas.

Felicita se sentó lo más lejos que pudo de él.

-Vale -Jordano estiró las piernas-. ¿Estás preparada?

-¿Para qué?

-Para lo que voy a preguntarte.

-Sí, lo estoy.

-Tienes que mirarme a los ojos cuando te hable.

Felicita se puso tensa, pero no lo miró.

-¿Qué?

-Quiero saber por qué siempre huyes de mí.

-No huyo...

-¿He hecho algo que te haya ofendido?

-Por supuesto que no. Si lo hubieras hecho, te lo habría dicho. ¡Ya deberías saber que hablo por mí misma!

-Entonces... ¿por qué has estado tan distante? Sé que la pérdida de tu hermano te ha afectado... pero no te comportas así con Candy, ni con Lacen cuando llama... ¡ni siquiera con el cartero! Así que solo puedo pensar que es algo personal. Entre tú y yo.

Felicita jugueteó con su reloj. Y se mordió el labio inferior. Después dobló el cinturón de la bata una y otra vez. Pero al final dijo:

-Tienes razón. He estado evitándote. Pero... en cuanto al motivo... es algo de lo que no quiero hablar. Al menos, aún no.

-¿Por qué? Verás, a veces ayuda hablar las cosas y...

-No. No estoy preparada. Pero ya te lo contaré. Te lo prometo. Y no tardaré mucho.

-¿No puedes decírmelo ahora?

-No estoy preparada.

Jordano estaba más desconcertado que antes de hacerle la pregunta. Y mucho más frustrado. Pero veía que ella no iba a cambiar de opinión.

-Vale -le dijo-, no me queda más remedio que esperar. ¿Pero tienes que seguir estando tan distante entretanto? ¿No podemos ser amigos mientras solucionas lo que tengas que solucionar? ¿No quieres que seamos amigos?

-Sí, por supuesto que quiero que seamos amigos, pero...

-¿Así que te caigo bien?

-Sí -contestó-. Sí, claro que me caes bien.

-¿Puedo preguntarte si hay algo más, aparte de que te caiga bien?

Ella se volvió.

Él le enmarcó la cara con las dos manos e hizo que lo mirara.

-No me mires así. Estás haciendo que... -su voz se desvaneció con un gemido.

-¿Haciendo qué? ¿Que te enamores de mí?

Los ojos de Felicita expresaban angustia. Pero la angustia no podía ocultar el deseo que también expresaba su mirada.

-¿Lo estás? -preguntó incrédulo-. ¿Te estás enamorando de mí?

-No -susurró ella-. No me estoy enamorando. Ya estoy enamorada de ti, y lo he estado desde...

No la dejó terminar. Acercó sus labios y la besó, y cuando vio que ella lo besaba con la misma desesperación, su corazón comenzó a cantar.

La sentó en su regazo y la abrazó tan fuerte que podía sentir su respiración.

-Te quiero mucho -le dijo cuándo se separó de ella, y la besó otra vez con suavidad-. Sé que solo han pasado unas semanas desde que nos conocimos, pero es como si te conociera de toda la vida. Hay muchas cosas que tengo que descubrir acerca de ti, Y, mi amor, quiero pasar el resto de mi vida contigo. Quiero ca...

Ella le cubrió los labios con el dedo.

-No -susurró-. No...

Jordano le retiró la mano.

-No puedes detenerme, Felicita. Tú me quieres, lo has admitido. Y yo estoy loco por ti. Te estoy pidiendo que te cases conmigo. Quiero cuidar de ti, y quererte, el resto de nuestras vidas.

-No puedo. No puedo casarme contigo... -dijo ella, medio sollozando.

-¿Por qué no?

-Simplemente... no puedo.

-¿Sin más motivos?

Felicita se apoyó en el brazo del sillón y se puso en pie.

-Sabrás el motivo, cuando te lo cuente. Y algún día, te lo diré.

-Pero después de que me lo cuentes, ¿podré hacerte la misma pregunta otra vez? dijo él poniéndose en pie.

-Oh, sí -dijo ella abrazándose-. Puedes volvérmela a hacer... si es que aún quieres.

Las voces debieron de despertar a Candy porque de pronto, se oyó:

-¡Fiyi!

Felicita hizo ademán de salir, pero él la detuvo.

-Ya voy yo dijo él-. Tú vete a la cama. Ya no voy a presionarte más, cariño. Pero te prometo, que sea lo que sea lo que tienes que decirme, te haré mi pregunta nada más termines.

Felicita se acostó enseguida, pero no se durmió hasta mucho después.

¿Cómo iba a dormirse, si no podía dejar de pensar en la propuesta de Jordano?

Debería haber sido la noche más feliz de su vida; sin embargo, era justo lo contrario. Y no podía permitir que la situación se alargara mucho más tiempo. No sería justo para su madre. Ni para nadie. Tenía que decirle a Jordano que Benny era el padre de Candy.

¿Qué era lo peor que podía pasar?

Se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Abrió la cortina y vio que estaba amaneciendo.

Lo peor que podía pasar era que Jordano le dijera que se marchara de la casa... y que se llevara a la hija de Benny con ella.

Al pensar en ello, se le saltaron las lágrimas. Lágrimas por el hombre que amaba y por la niña que él tanto adoraba.

Jordano se marchó a la oficina antes de que Candy y Felicita bajaran a la cocina.

Había dejado una nota sobre la cafetera.

Para mis mejores chicas.,

¡Que tengáis un día

maravilloso!

Besos.

-¿Qué pone, Fiyi? -Candy había dejado salir a RJ y después se había subido a una silla.

Felicita le leyó la nota, y dijo:

-También nos manda un beso.

-¿Qué vamos a hacer hoy? -preguntó Candy.

-¿Qué te gustaría hacer?

Antes de que Candy pudiera contestar, sonó el teléfono. Era Lacen.

-Acabo de regresar de Accra -dijo la hermana de Jordano-. ¡Y espero estar en casa toda la semana! Tengo un regalo para Candy, ¿puedo pasar por ahí esta mañana?

-Estaremos encantadas de verte, Lacen. Estamos a punto de desayunar, y todavía no hemos hecho planes, así que podemos hacer algo juntas.

-¿Jordano no está?

-No, ya se ha marchado a la oficina.

-Bien. Tengo algo para él, pero no quiero que lo vea todavía. Me acabo de despertar, así que no llegaré a Desraben antes de las diez y media, ¿vale?

-Te esperamos.

-¡Puedes decirle a Candy lo de su regalo!

Felicita se lo contó nada más colgar.

-¿Un regalo? -preguntó Candy con ilusión-. ¡Yupi! Y ni siquiera es mi cumpleaños.

Pero al parecer, sí era el cumpleaños de Jordano.

-Cumple treinta y cinco el viernes -comentó Lacen mientras sacaba unos paquetes sobre la mesa de la cocina-. Y le he traído un regalo de Accra. Quiero que lo escondáis y que se lo deis el día de su cumpleaños si yo no estoy. Creo que voy a estar una semana aquí, pero nunca se sabe lo que puede surgir. Esto es para ti -le dio un paquete a Felicita-. Y esto es para ti, Candy.

-¡Gracias! -dijo Candy, y rompió el papel.

-Lacen, no tenías que haberme traído nada -protestó Felicita.

-Solo es un pedazo de seda. Pensé que te podrías hacer un bonito vestido.

Entretanto, Candy había desenvuelto su regalo. Era un bolso de cuero con cuentas de color naranja. Cuando lo abrió y vio que dentro había tres muñecas vestidas con un sari, le dio un gran abrazo a Lacen.

-Muchas gracias, tía Lacen -después se volvió hacia Felicita-. Date prisa. Veamos el tuyo, Fiyi.

La tela de Felicita era de seda y mezclaba el rosa, el azul y el fucsia.

-Oh, Lacen, es preciosa.

-Será un vestido precioso -lijo Lacen-. Estarás estupenda con esos colores.

-Muchas gracias, ¡no puedo esperar hacérmelo!

Candy se sentó en una silla y colocó las muñecas sobre la mesa.

-¿Y qué le has traído a papá?

-Algo especial -Lacen guiñó un ojo-. Pero tendrás que esperar al día de su cumpleaños para verlo.

-¿Vamos a hacer una fiesta para él? -preguntó Candy.

-Es una idea estupenda, Candy -dijo Lacen-. ¿Le hacemos una fiesta, Felicita?

-Bueno... claro, por supuesto. ¿Aquí?

-Mmmm. Yo os ayudo, si puedo. Es una pena que Alice esté a

punto de salir de cuentas y no pueda venir. Pero no importa, estaremos nosotros cuatro y será divertido. ¿Crees que podrás tener tu vestido para entonces? -le preguntó a Felicita.

-Oh... sí, seguro que puedo.

-¿Y tú, Candy? ¿Tienes un vestido bonito?

-Tengo un vestido precioso que me compró papá. Es amarillo con manchas blancas y aún no lo he estrenado.

-Entonces, estamos listas. Me encantan las fiestas. Y quizá tampoco esté mal que Alice no pueda venir -le dijo a Felicita sin que Candy se enterara-. Dermis también habría venido y nos amargaría la noche.

-Conocí a Dermis -lijo Felicita, y le explicó cómo había sido-. Lo encontré encantador.

-Puede serlo -dijo Lacen-. Pero nunca conmigo. Bueno... -sonrió con malicia- ¡no se puede tener todo! Ahora, vamos a planear la fiesta. Y recuerda, Candy, ni una palabra de todo esto a tu padre. Tiene que ser un secreto, para que sea una sorpresa. Será muy divertido ver la cara que pone. ¡No puedo esperar!

Capítulo 9

A la mañana siguiente, Lacen llamó a Felicita para decirle que estaba de camino al aeropuerto.

-Tengo que irme a Escocia -le dijo-. Para sustituir a Ringa Boss, que tiene sarampión. La sesión será en un valle de Highland donde no hay nada para beber que no sea whisky, y nadie con quien hablar aparte de los bárbaros pelirrojos que llevan falda escocesa y gaita.

Felicita rio.

-Estoy segura de que sobrevivirás. Es un sitio muy agradable, igual que su gente.

-Lo sé, me encantará, pero a lo mejor no llego a tiempo para la fiesta.

-¡Oh, eso sería una lástima!

-Si todo va bien, y el tiempo ayuda, podría estar en casa el viernes por la tarde.

-Y si es así, ¿vendrías directamente del aeropuerto?

-Sí... uups, tengo que irme. ¡Adiós!

-Adiós, Lacen.

Felicita colgó el teléfono y cuando se volvió vio que Jordano estaba en la puerta de la cocina.

-¿Qué pasa con Lacen? -preguntó.

-Se va a Escocia para una sesión de fotos. Espera estar de vuelta el viernes.

-¿Y qué era eso de venir aquí directamente desde el aeropuerto?

-Ella... um... íbamos a quedar el viernes por la noche. Le sugerí que viniera aquí si regresa para entonces. Podría cenar con nosotros...

-Es probable que se llene con la lechuga que le darán en el avión -dijo él-. Me sorprendería si comiera algo más que un racimo de uvas para cenar. A veces me preocupa; está tan delgada...

-Ella come bien, Jordano. No engorda por cosas del metabolismo

-Felicita se acercó al fregadero-. ¿Sabes algo de Alice? Debe de estar a punto de dar a luz.

-Anoche hablé con Dermis. El doctor la sigue de cerca. Y Alice, está teniendo mucho cuidado. Tal y como están las cosas con Dermis, no quieren hacer nada que pueda poner en peligro el embarazo.

-¿Hay algún problema con Dermis?

-Creía que Lacen te lo habría mencionado -Jordano tomó una manzana de la cesta de fruta-. No mucho después de que Alice y Dermis se casaran, a él le diagnosticaron un cáncer. Tenía muchas posibilidades de que después de la quimioterapia se quedara estéril, así que siguió el consejo del médico y le congelaron esperma. Dermis ha estado muy bien de salud durante los últimos años y puesto que el rancho les va bien, decidieron tener el primer hijo.

-¿Quieres decir que podrían tener otro?

-Tienen otro óvulo fecundado esperándolos en una clínica de Toronto. Congelado por criogenia. Y si todo sale bien esta vez, en un par de años, piensan darle a su hijo una hermanita.

-¿Ya saben que será niña?

El asintió.

-Es impresionante. Me alegro por ellos.

-A los dos les encantan los niños, y seguro que habrían intentado adoptar a uno si las cosas no les hubieran ido bien -se encogió de hombros-. Esa habría sido su elección.

-¿Pero no la tuya?

-No, la mía no. Pero bueno, cada uno lo suyo, ¿no?

A Felicita, sus palabras le sentaron como un témpano de hielo.

Había decidido retrasar al máximo el momento de decirle a Jordano lo de Candy. Dejaría que disfrutara de la fiesta sorpresa, pero se lo diría el sábado por la mañana, antes de que su madre la llamara, porque si no lo hacía, su madre lo haría.

El jueves, Dermis llamó a las diez y cuarto de la noche.

Felicita quería acostarse temprano, así que después de ducharse, bajó en bata para dejar entrar a RJ, y sonó el teléfono.

-¿Está Jordano? -preguntó Dermis sin más preámbulos.

-No, no está. Lo siento. Tenía una cita con un cliente después de cenar y todavía no ha regresado.

-¿Le puedes dar un mensaje? -Dermis parecía eufórico-. Estoy en North Vancouver, en Lionés Jate Hospital. Alice ha dado a luz hace quince minutos. Jack Taguar. Ocho libras, sano como un caballo. ¡Y la madre también está fenomenal!

-Oh, ¡qué bien! ¡Enhorabuena, Dermis! Pero... ¿por qué no estáis en la isla? Creía que Alice iba a tener al bebé en Canaima.

-Se puso de parto anoche, y las cosas se complicaron un poco, así que la llevaron volando hasta Lionés Jate. No he llamado antes porque no quería que Jordano se preocupara. Era mejor llamarlo cuando todo hubiera terminado bien. ¡Y no ha podido salir mejor!

-Eso es maravilloso. Mira, puedo darte el número del teléfono móvil de Jordano si quieres hablar con él en persona.

-No, está bien. Quiero volver con Alice. ¿Se lo dices tú?

-¡Por supuesto!

Cuando colgó, Felicita llamó a Jordano para darle la noticia.

Después de expresar su alegría, él dijo:

-Mira, no sé a qué hora voy a terminar, pero pasaré por la bodega antes de ir a casa y compraré una botella de champán para celebrarlo. ¿Me esperarás despierta?

-Sí -dijo ella-. ¡Por supuesto!

Pero no iba a celebrarlo en camisón y en bata. En cuanto colgó el teléfono, corrió a su habitación y se puso un vestido. Después, fue a ver a Candy, que estaba profundamente dormida en la cuna, y bajó al salón.

Se quitó las sandalias y se sentó en el sillón con un libro. Tenía intención de esperar a Jordano leyendo, pero al cabo de unos minutos, se quedó dormida.

Un rato después se despertó sobresaltada al oír el ruido de un coche.

Se arregló el vestido, colocó la trenza sobre su hombro, y se dirigió a la cocina. Acababa de entrar cuando Jordano abrió la puerta.

Llevaba el maletín y la chaqueta en una mano, y la botella de champán en la otra.

-Hola -dijo-. Gracias por esperarme despierta. Lo siento, Felicita, no sabía que iba a llegar tan tarde. Ofertas, contraofertas... Ya sabes cómo es eso.

Felicita miró el reloj y se sorprendió al ver que era pasada la medianoche.

-Cielos, no tenía ni idea de que era tan tarde. Pero no hay problema, ¡me he quedado dormida un buen rato! -le agarró la chaqueta-. Debes de estar agotado.

-Sí -dijo él-. Ha sido un día duro.

Dejó la botella en la mesa y el maletín en la encimera.

-Mañana iré al hospital a ver a Alice, ¿quieres venir? Llevaremos a Candy a que conozca a su primo -bostezó y se enrolló las mangas de la camisa. Después se quitó la corbata y se desabrochó la camisa.

Felicita deseaba que la estrechara entre sus brazos. Se conformó con acariciar su chaqueta y colgarla en el respaldo de una silla.

-Yo no conozco a Alice. ¿Por qué no vais Candy y tú...?

-No. Iremos todos. Tienes que conocer a Alice antes o después, y esta es una buena oportunidad. Te caerá bien, es especial. Y tú también le caerás bien, eso sin duda.

Puede que Felicita le cayera bien a Alice, pero era posible que a partir del día siguiente, Jordano no quisiera saber nada de ella. Así que tendría que aprovechar toda oportunidad de estar con él... antes de que él la rechazara.

«¿No crees que eres un poco egoísta?», pensó Felicita. Por una vez, iba a ser egoísta. Dudaba que después del sábado volviera a ser feliz.

-Vale... iré -vio que Jordano sacaba la botella de champán de la bolsa-. ¿No hay que enfriarla?

-La enfriaron en la tienda.

-Ah, bien. ¿Y qué tal te ha ido esta tarde? ¿Tus clientes han conseguido British Prosperitos al precio que querían?

-Sí. Por fin. Y he conseguido el ático que tienen en el centro.

-Ah, ¡un buen trato! -bromeó ella.

-¡Veo que vas metiéndote en el tema! -Jordano bostezó de nuevo y metió la botella en la nevera-. ¿Me das unos minutos para cambiarme? El aire acondicionado de la oficina se apaga a las siete, y hacía un calor horrible. Voy a darme una ducha fría, pero me daré prisa -recogió la chaqueta-. ¡Volveré antes de que hayas sacado las copas! -prometió-. Y mientras estoy arriba iré a ver a mi princesita.

Su princesita. Cada vez que se refería a Candy con tanta adoración, Felicita sentía que le quitaban otra gota de sangre del corazón.

Y no podía evitar recordar la última llamada de su madre.

-¡Felicita, tienes que decírselo! No seas injusta conmigo, ni con Jordano Maxwell. Cada día que pasa, es un día más para que el amor que él siente por la niña sea mayor. ¿Crees que eso es justo?

-No, mamá. Pero... él es un hombre estupendo... un padre maravilloso... y no puedo soportar la idea de hacerle daño.

-Pero si lo retrasas, lo único que conseguirás será hacerle más daño. Felicita, te doy hasta el mediodía del sábado. No te llamaré hasta entonces. Pero, si el sábado al mediodía no le has dicho que Benny es el padre de Candy, ¡te prometo que iré allí y se lo diré yo!

Felicita estaba temblando cuando colgó el teléfono. Un ultimátum.

Su madre era una mujer cariñosa y generosa, pero en lo que se refería a la familia, era una pantera.

Cuando Jordano regresó, Felicita continuaba sumida en sus pensamientos.

-Hey -dijo él-. ¿Dónde están las copas? Te doy un trabajo sencillo y...

-¡Lo siento! -dijo ella, y trató de concentrarse...

Al contrario que a ella, a Jordano no le importaba celebrarlo en su atuendo de noche. Llevaba un batín de seda azul que apenas le llegaba hasta la pantorrilla. Si había algo que pudiera distraerla del ultimátum de su madre era la imagen del hombre que amaba en batín y... ¿Y qué? ¿Llevaba algo debajo?

Ella se volvió y abrió el armario de los vasos.

Se tomó un momento para tranquilizarse y sacó dos copas de cristal, pero cuando se dio la vuelta, Jordano estaba justo detrás de ella, tan cerca, que Felicita podía sentir el aroma a jabón y a pasta de dientes.

-Vamos al salón -dijo él con una mirada cálida-. A ponernos cómodos.

-Hace mucho calor allí -dijo ella, tratando de ocultar su nerviosismo-. Lo hace en todas las habitaciones que dan al sur.

-¿Y qué te parece si vamos al cuarto de costura?

Daba al norte y estaría más fresco. Pero también sería un lugar más íntimo... y ella prefería no tener a Jordano en su habitación. Pero no podía negarse, ¡después de todo era su casa! Y había tenido un día muy duro y necesitaba relajarse.

-Sí, allí estaremos mejor.

-¡Vamos!

Agarró la botella de champán y permitió que Felicita pasara primero.

Mientras subían por las escaleras, Jordano sintió cierto nerviosismo, como si pudiera anticipar lo que pasaría después.

Ella no podía imaginarse lo mucho que Jordano deseaba encontrarla despierta cuando llegara a casa. Y cuando la vio en la cocina, con su bonito vestido violeta, las mejillas sonrojadas y el brillo en sus ojos, la botella de champán estuvo a punto de caérsele al suelo.

Pero había conseguido controlarse para no abrazarla y besarla hasta que se rindiera.

Felicita Fairfax era una mujer elegante y refinada, y se merecía que la trataran con ternura y delicadeza.

-Voy a cerrar la ventana de la habitación de Candy -dijo ella.

-¿Te parece bien si voy al cuarto de costura?

-Claro -contestó ella, y le dio las copas-. ¡Pero no abras el champán hasta que yo llegue!

Felicita entró en la habitación de Candy, y Jordano se dirigió al cuarto de costura.

La caja de un juguete de Candy estaba en la chimenea, la mesa del café estaba llena de revistas y cuentos, y en la alfombra, cerca de la máquina de coser, había extendida una tela de seda de color rosa, azul y fucsia. Jordano estaba dejando la botella sobre la mesa cuando entró Felicita.

-Jordano -dijo casi sin aliento-, ven ¡rápido!

Ella salió de la habitación otra vez y él la siguió hasta el pasillo. Vio que estaba parada frente a la habitación de Candy, esperándolo.

-SSSS -susurró ella-. Entra y mira...

Él la siguió al interior de la habitación y miró hacia la cuna de Candy. Se dio cuenta de que estaba vacía justo en el momento en que Felicita tiraba de la manga de su batín.

-No -susurró ella otra vez-. Aquí.

Lo llevó hasta la cama, y allí estaba Candy acurrucada y profundamente dormida, tapada con el edredón que Candy le había hecho y que le había puesto en la cama el día que lo terminó.

-¡No estaba aquí cuando vine a verla hace diez minutos! Es más, me acerqué a la cuna y le acaricié la cabeza. Estaba bien, y dormida.

-Quizá el ruido del agua la despertó... o tu caricia. Da igual, se despertó, y... por algún motivo, decidió que era la hora de dormir en su cama.

-Bueno, yo...

-Es maravilloso, ¿verdad? -ella lo miró con los ojos llenos de alegría.

-Sí -él la rodeó por los hombros y la abrazó-. Es maravilloso que por fin haya decidido dar el paso, por sí misma. Supongo que durante todo este tiempo, la cuna era para ella un sitio seguro, donde recordaba los días que dormía segura, en tu apartamento. Debe de ser que ahora también se siente segura aquí. Su madre ha desaparecido de su vida, pero debe de tener confianza en que yo no voy a hacer lo mismo. Sabe que puede contar con su padre.

Vio que los ojos de Felicita se llenaban de lágrimas, y como siempre, el amor que ella sentía por su hija lo asombró. E hizo que él la amara aún más.

Agarrándola por los hombros, la guió fuera de la habitación y cerró la puerta. No tenía prisa por soltarla, y al parecer, ella no quería que la soltara. La abrazó contra su pecho, y ella apoyó la mejilla en su hombro.

La trenza rozó la mano de Jordano, y él la agarró y se la soltó, extendiéndole el cabello por la espalda. Apoyó la cara en su cabeza e inhaló el aroma a melocotón que desprendían sus cabellos.

Ella se estremeció, y se acercó más a él.

-¿Por qué esta noche no me estás evitando? -preguntó Jordano.

«Porque mañana voy a romperte el corazón», pensó ella.

Y sería al día siguiente porque era medianoche, y por tanto, viernes.

Y también su cumpleaños. No podía desearle un «feliz cumpleaños», porque había acordado con Lacen y con Candy que fingirían no recordarlo. Pero aquella noche haría todo lo posible por hacerlo feliz... una felicidad que duraría poco puesto que al día siguiente Jordano odiaría su recuerdo.

-¿Por qué? -preguntó él de nuevo, con los ojos verdes encendidos de pasión y oscuros por el deseo.

-Porque te quiero, cariño, y quiero que seas feliz.

Jordano la besó, y así, una y otra vez. Y después, le acarició los pechos con suavidad. Ella se arqueó contra él, ardiente de deseo. De pronto, Jordano la tomó en brazos y la llevó a su dormitorio.

Felicita le había cambiado las sábanas esa misma mañana, pero no había pensado que antes de que terminara el día estaría tumbada en la cama del hombre al que amaba.

La habitación estaba en penumbra, pero aun así, Felicita vio que Jordano se quitaba la bata y la tiraba sobre una silla, quedándose solo en ropa interior.

No dejó de mirarlo ni un momento. Se tumbó junto a ella, y vio que su mirada estaba llena de deseo. Se estremeció y disfrutó mientras Jordano le desabrochaba el vestido. El la miró de arriba abajo, contemplando su cuerpo cubierto solo por el sujetador y la ropa interior. La miró a los ojos y le preguntó:

-¿Tú también quieres esto? -pero ya sabía que la respuesta era un «sí», y le estaba desabrochando el sujetador.

Felicita sentía un nudo en la garganta y no podía articular palabra.

Jordano esbozó una sonrisa, y la acarició de nuevo. Ella pensó que nunca sentiría más placer, pero cuando él inclinó la cabeza y le acarició el pecho con la lengua, se percató de que estaba equivocada. Después, Jordano le acarició la espalda, y continuó bajando. Le quitó la ropa interior, y después se quitó la suya. Colocó a Felicita sobre su cuerpo, y dejó que se acomodara. El cabello de ella caía sobre sus hombros, y Jordano le dirigió la cabeza para que lo besara.

Una ola de intenso deseo se apoderó de él.

La besó también, con los labios... la lengua... al ritmo del movimiento de sus caderas... un beso apasionado, un recuerdo para siempre.

Cuando se separaron para tomar aire, Jordano se colocó encima de ella y la abrazó...

Ella no le había dicho que era virgen. Nunca había surgido el tema.

Pero él iba a descubrirlo en cualquier momento... Y cuando lo hizo, era demasiado tarde para parar.

-Deberías habérmelo dicho -dijo él mucho tiempo después.

A Felicita le encantaba la forma en que la abrazaba, y cómo le acariciaba el cabello susurrándole «amor mío».

-¿Habría habido alguna diferencia? -susurró ella, y lo acarició.

-Habría ido más despacio, con más cuidado...

-Me ha encantado -se acurrucó contra él-. Tal y como ha sido.

El gorjeo de los gorriones despertó a Felicita. Jordano y Felicita estaban tumbados de lado, y él tenía un brazo sobre ella. Felicita podía sentir el latido de su corazón sobre su hombro, y se quedó disfrutando de ese glorioso momento de intimidad durante largo rato, y recordando cómo habían hecho el amor la noche anterior.

Después, con mucho cuidado, retiró el brazo de Jordano y se levantó.

Recogió el vestido del suelo y se tapó con él. Después agarró las sandalias y buscó su ropa interior. Descalza, y de puntillas, salió de la habitación.

-Fiyi, ¿cuándo vas a poner la cobertura a la tarta de papá? -Candy estaba sentada en la mesa de la cocina, comiéndose un plato de cereales.

-Lo haré cuando os vayáis a ver a tu tía Alice y a... -se calló y se cubrió los labios con el dedo índice-. SSSS, creo que viene.

Jordano había dormido hasta tarde, y Felicita sentía que, a medida que él se acercaba, se ponía cada vez más sonrojada. Acababa de preparar un café para Jordano, y cuando él entró en la cocina, ella hizo como si buscara una taza en el armario.

-¡Hola, princesa! -dijo él.

-Hola, papá.

Él se acercó a Felicita, y tras quitarle la taza de las manos, le dio un dulce beso que hizo que le flojearan las rodillas.

-¡Esta mañana te has escapado de mi lado! -le dijo con brillo en los ojos.

Ella bajó la mirada con timidez.

-Tenía miedo de que se despertara Candy -mintió-. De que entrara y nos viera...

ya sabes -miró a la niña, pero estaba abstraída jugando con una rana de plástico.

-¿Y? ¿Qué pasa porque nos vea juntos en la cama?

-Podría mencionárselo a Lacen... o a Alice, esta tarde...

-Cariño, ellas van a enterarse pronto. Pienso hacer de ti una mujer respetable, dentro de muy poco. Hablaremos más tarde. Ahora, voy a tomarme un café y me marcho -frunció el ceño-. Morningstar va a echarme la gran bronca si llego tarde. Pero, cariño... -le dio un abrazo-, merece la pena. Anoche fue la noche más maravillosa de mi vida.

Felicita sintió que la culpa se apoderaba de su corazón. Al día siguiente, cuando le contara lo de Candy, Jordano recordaría lo de la noche anterior... «Maravillosa» sería la última palabra que aparecería en su cabeza. Pero, tenía que continuar con esa falacia, aunque no le resultara sencillo.

Lo observó mientras él se servía una taza de café. ¿Se acordaba de que era su cumpleaños? No lo había mencionado. Quizá se había olvidado por completo, pero ella tenía que asegurarse de que estuviera allí a la hora de cenar.

Sonó el teléfono, y él contestó.

-Oh, Dermis. ¿Cómo estáis?

Escuchó durante un rato y luego dijo:

-Eso es estupendo. ¿Está bien si voy a veros esta tarde? -hizo una pausa para escuchar-. Sí, más tarde está bien. Puedes venir con nosotros. Cenar aquí. O quedarte a pasar la noche. ¿No? Vale. Espera

un segundo -se volvió para mirar a Felicita-. Alice se va a casa mañana. ¿Te parece bien si Dermis viene a cenar a casa esta noche? No se quedará a dormir, se irá a casa de un amigo.

-Por supuesto.

-Dermis, todo arreglado. Nos vemos en el hospital. Cuando colgó, dijo:

-¿Estás segura de que te parece bien, Felicita? ¿Puedes hacer cena para uno más?

-Oh, sí. Y.. ¿tú cenarás con nosotros?

-Sí. Con toda seguridad.

-Bien. Si Dermis viene a cenar, y Lacen a lo mejor también, tendremos que hacer algo especial. Creo que no voy a ir al hospital y así prepararé la cena mientras Candy y tú estáis fuera.

-Me parece bien -dijo él, y le acarició la cabeza de Candy-. Así que solo somos tú y yo, pequeña.

Candy miró a Felicita con complicidad y dijo:

-Solo tú y yo, papá. Así Fiyi tendrá tiempo de preparar una cena muy especial -rio, y después se tapó la boca con las manos.

-¿De qué te ríes? -preguntó Jordano arqueando las cejas.

-¡De nada, papá! -rio de nuevo. Agarró la rana y la puso en el borde del plato-. Es solo esta ranita; tiene una cara tan fea que hace que me ría cada vez que la veo.

Jordano sonrió y miró a Felicita.

-Esta niña mía -dijo-. ¿A que es un encanto? ¡No sé que iba a hacer yo sin ella!

Candy sonrió.

-¡No te preocupes, papá! No me voy a ir a ningún sitio... ¡te lo prometo!

Capítulo 10

Cuando llegó a la oficina, Jordano miró el reloj. Morningstar debía de estar enfadado, a pesar de que era la primera vez que él llegaba tarde a una reunión desde que Felicita se había mudado a su casa.

-¡Hola, Butte! -le dijo mientras se acercaba a la recepción-. ¿Cómo vas? ¿Has pedido ya el aumento?

-¡Hoy no era el día para pedirlo! Phil está de mal humor. Ha salido tres veces desde que comenzó la reunión para preguntar si no habías llegado aún -su expresión se tornó evasiva-. Lo siento, Jordano...

-¿Lo sientes? ¿El qué?

Ella bajó la vista y se puso a ordenar unos papeles.

-Él te lo advirtió... cuando te dio una semana para que pusieras tu vida personal en orden... era tú última oportunidad...

¿Morningstar iba a despedirlo?

Oh, lo que le faltaba. El día de su cumpleaños... aunque nadie se había acordado. Claro, que Felicita ni siquiera sabía cuándo era. Pero Butte siempre le daba un abrazo de cumpleaños. Sus hermanas siempre le enviaban un regalo. Y ese día, nada.

Y encima... Morningstar iba a despedirlo.

-Gracias -dijo él-, por contarme los titulares.

Mientras caminaba por el pasillo, oyó las voces que salían de la sala de reuniones. En cuanto él entró, cesó la conversación. Todos lo miraron, y la tensión se sentía en el ambiente.

-¡Llegas tarde! ¿Qué diablos te ha entretenido? No, no me lo digas, prefiero no saberlo. ¡Siéntate! Tengo algo que decirte.

-Prefiero quedarme de pie -dijo Jordano, y retó a Morningstar con la mirada.

Su jefe echó la silla hacia atrás y se puso en pie.

-Vale, aquí está. Me duele decirlo, pero el despacho va a perder a uno de sus mejores hombres...

-Continúa -dijo Jordano.

Morningstar hizo una pausa, y después dijo:

-He decidido retirarme.

Jordano lo miró estupefacto, antes de mirar a los demás. Jack Araque le guiñó el ojo y los demás sonrieron.

-Al menos -continuó Morningstar-, el médico ha decidido que debo retirarme. El corazón, el estrés, la úlcera... todo lo que digas, lo tengo. Así que... me voy a final de mes, y necesito un nuevo director. Puesto que hoy es tu cumpleaños, Maxwell, he pensado ofrecerte el puesto.

En ese momento, Butte entró en la sala con una tarta llena de velas.

La dejó sobre la mesa con un: «¡Tachón!» y le dio un cuchillo a Jordano, quien estaba asimilando la noticia mientras recibía las felicitaciones de sus compañeros.

-Aquí tienes -le dijo Butte-. Córtala mientras voy a por café recién hecho. Y por cierto, puesto que vas a ser el nuevo jefe... ¿qué te parece un aumento de sueldo?

-¿Ya ha empezado contigo? Buena suerte, Maxwell -le deseó Morningstar con una sonrisa-. Vas a necesitarla.

Tan pronto como pudo, Jordano buscó un lugar tranquilo y sacó el teléfono móvil. Tenía que llamar a Felicita. Tenía que contarle las buenas nuevas.

Pero no le mencionaría la celebración del cumpleaños.

Después de todo, cumplir treinta y cinco tampoco era tan importante. Dejaría que pasara el día sin decir nada.

-Hola -dijo él cuando ella contestó-. ¿Sabes qué? ¡Estás hablando con el nuevo director de Morningstar Rialto!

Se hizo un silencio, y después:

-¡Oh, Jordano, qué bien! ¡Me alegro mucho por ti! Podemos celebrarlo esta noche, en la cena...

Morningstar lo estaba llamando para que dijera unas palabras.

-Felicita, tengo que dejarte. Dale un beso a Candy de mi parte, dile que llegaré a casa sobre las cuatro y que iremos a ver al bebé. Adiós, cariño. Te quiero... y no puedo esperar a verte.

Cuando colgó el teléfono, Jordano se percató de que se sentía tan unido a Felicita como si ya fuera su esposa. Se sentía como nunca se había sentido con Mirla.

Nada más casarse con Mirla, descubrió que no era su compañera del alma. Tan pronto como le colocó el anillo de boda, ella dejó entrever su verdadera forma de ser. Una mujer egoísta a la que no le importaba nada lo que él hiciera... excepto si estaba relacionado con el dinero.

Lo que hizo que el amor que sentía por ella desapareciera fue el hecho de que, cuando se quedó embarazada, dijera que solo tendría el bebé si después lo dejaban a cargo de una niñera. Él quería a su hija de manera desesperada, así que no tenía más elección. Ella nunca había amado a nadie, excepto a sí misma. Y a lo mejor a Benny Fairfax, aunque Jordano dudaba de que se preocupara mucho por él.

Felicita lo quería por cómo era, y no por lo que podía darle... aunque él le daría el Universo, si pudiera.

Se acercó a la cabecera de la mesa para pronunciar unas palabras. El fin de semana iría de compras con Felicita, y juntos, elegirían el anillo de compromiso.

Y él se convertiría en el hombre más feliz del mundo.

-¡Papá está en casa! -gritó Candy emocionada desde la puerta de la cocina-. ¡Esconde los gorros de fiesta, Fiyi!

Felicita guardó los gorros en el armario, y barrió los restos del papel de colores que Candy y ella habían utilizado para hacerlos. Tuvo el tiempo justo de tirarlos a la basura antes de que Jordano dijera:

-Bueno, y... ¿cómo está hoy mi chica preferida?

-¡Papá, tienes dos chicas preferidas, yo y Fiyi!

Felicita lo oyó reírse.

-Sí -dijo-, ¡tienes razón! -y entonces apareció con Candy en brazos.

Le dedicó una gran sonrisa a Felicita y dejó el maletín sobre la encimera. Se acercó a ella y la besó.

-¿Cuándo nos vamos al hospital?

Jordano besó a Felicita por última vez, y dejó a Candy en el suelo.

-¿Sabéis algo de Lacen? -preguntó él.

-No, pero aún puede llegar para la cena. Eso espero.

-¿Sabes que ella y Dermis no se llevan bien? Puede que tengamos una cena más tranquila si ella no aparece -dijo con una media sonrisa.

-¡Papá! -Candy lo agarró de la mano-. ¡Vamos!

-Estás deseando conocer a tu primo, ¿no? Dame un par de minutos para cambiarme, y después nos iremos.

Felicita estaba colgando un cartel de *Feliz Cumpleaños* en el comedor cuando oyó cerrarse la puerta de un coche. Después de terminar su tarea, se acercó a la ventana y vio que un taxi se alejaba.

Llegó al recibidor justo en el momento en que entraba la hermana de Jordano.

-¡Hola, Lacen! ¡Me alegro de que hayas llegado a tiempo!

Lacen dejó la maleta y la bolsa de cuero que llevaba y cerró la puerta.

-¡Fiyi! ¡Me alegro de verte! -exclamó, y le dio un abrazo-. ¿Dónde está todo el mundo? -preguntó-. ¿Jordano sigue en el trabajo? ¿Y mi querida sobrina? Oh, daría cualquier cosa por un vaso de vino... ¿se ha ido el sol del porche? Me he dormido en el avión y me salté la comida, la bebida, la película... -se acercó a la escalera-. ¿Candy? -gritó-. ¿Cariño? ¡Tu tía Lacen está aquí! Felicita rio.

-Si pudieras tranquilizarte un minuto... ¿de dónde diablos sacas tanta energía? ¿No sabes lo que es el jet log? Tengo muchas cosas que contarte. Ven a la cocina y te contaré todo lo que ha pasado.

Lacen la agarró del brazo y la acompañó hasta la cocina.

-Candy no está aquí -sacó una botella de vino la nevera-. ¿Te gusta este?

-¡Perfecto! -contestó Lacen.

Felicita sacó dos vasos de vino y abrió la botella.

-Está con Jordano, en Lionés Jate Hospital.

-¿En el hospital? Oh, cielos, ¿qué ha...?

-¡No ha pasado nada malo! -Felicita sirvió el vino, y le tendió un vaso a Lacen-. Alice dio a luz anoche y... -Felicita le contó cómo había sido todo y terminó diciendo: Jordano y Candy deben de estar a punto de llegar... con Dermis. Viene a cenar.

-Ah, sí. ¿Sí? Ya verás, ¡me hará quedar mal en cuanto pueda!

-Seguro que no.

-Oh, lo hará con mucha sutileza, pero nunca falla. Siempre pone a Alice como ejemplo de la mujer perfecta... descalza, embarazada, y en la cocina... y por supuesto, nada de ir por el mundo supe delgada y ganando dinero por no hacer nada. Hay algo de los hombres escoceses que hace que me pregunte si se habrán enterado de que ya no vivimos en el siglo nueve.

Felicita no estaba dispuesta a discutir sobre Dermis.

-Vamos al patio, el horno está encendido y hace mucho calor. Como me sugeriste, he preparado una lasaña, ya que es el plato favorito de Jordano.

-Mmmm, ¡huele fenomenal! Pero ¿no te puedo ayudar en algo? Lavar lechuga, o...

Felicita rio. Lacen le había contado que apenas sabía cocinar.

-Está todo bajo control. Pero gracias, de todos modos.

-Si estás segura... ¡No puedo esperar para ver a Alice! -dijo Lacen

mientras iban hacia el patio-. ¡Y al pequeño Jack! Si no tuviéramos la fiesta esta noche, me iría ahora mismo... pero iré mañana a primera hora -se sentó en una tumbona-. Bueno, Felicita, ¡cuéntame que has hecho esta semana! -bebió un poco de vino-. ¿Te ha dado tiempo de hacer el vestido?

-Sí. Estoy encantada. Es el más bonito que he tenido nunca.

-Bien, ¿y qué más?

-Umm... oh, por fin Candy ha dejado de dormir en la cuna. Jordano y yo estamos muy contentos.

-¡Estupendo! Pobrecilla, lo ha pasado muy mal, pero ahora se siente segura en Desraben. Has hecho un gran trabajo, Felicita. Y no solo con Candy, con mi hermano también. Nunca había visto a Jordano tan contento como en estos días.

Sí, Jordano estaba contento. Pero Felicita sabía que ella nunca había estado tan triste. Si las cosas hubieran sido de otra manera... Pero a partir del día siguiente, ya no tendría a Jordano.

Y con Jordano, era probable que también perdiera la amistad de Lacen. Lo que más deseaba en el mundo era formar parte de la familia de Jordano para siempre, pero eso iba a ser imposible.

Hablaron durante un rato, hasta que Lacen dijo:

-¡Aquí están!

Felicita oyó el ruido del motor de un coche en la parte delantera.

-Voy a recoger mis cosas y subiré antes de que entren -miró la ropa que llevaba y dijo-: No quiero que el terrateniente me vea así, ¡puede que se de cuenta de que después de todo soy humana! Si no te importa que use tu baño... me daré una ducha rápida para que tú te puedas duchar cuando subas. No tardaré mucho. Nos vestiremos juntas. Será divertido; ¡como ser jóvenes otra vez!

«Sí, como cuando éramos jóvenes», pensó Felicita. Y sería mejor que disfrutara de ello, ya que sería la única vez que iba a suceder.

-¡Jack es tan pequeño, tía Lacen! -dijo Candy mientras Felicita le cepillaba el cabello-. Y tiene la carita roja y arrugada, ¡pero es muy

gracioso!

-Estoy segura, y estoy deseando conocerlo -Lacen terminó de colocarse el moño y después se puso una gargantilla de perlas-. Ya estoy -dijo satisfecha.

-¡Ya estamos todas! -dijo Candy cuando Felicita dejó el cepillo-. ¡Vamos a mirarnos en el espejo!

Sonriendo, las tres se colocaron delante del espejo del armario.

-Tu vestido es precioso -le dijo Lacen a Felicita-. Y tu peinado es maravilloso...

nunca te había visto con el pelo suelto.

-Parece una cascada de oro dijo Candy.

-Tienes razón, cariño -rio Lacen-, a eso es a lo que se parece. ¡Y tus rizos brillan tanto como las monedas de oro! ¡Y qué bonito vestido te compró papá... es del mismo color que tu pelo!

-Tu vestido también es muy bonito -dijo Candy.

-Te queda muy bien el negro -añadió Felicita-. Pero eres tan guapa que te queda bien cualquier cosa.

-Los pies no los tengo tan bonitos. Los tuyos me dan envidia, Felicita; son tan delicados, ¡y con esas sandalias están preciosos!

-¿Qué les pasa a tus pies?

-Son tan grandes... ¡son mi pesadilla! -se miró los pies con desprecio.

Candy se quitó una de sus sandalias.

-¿Y qué te parecen los míos, tía Lacen? ¿Son delicados?

-Lo más delicado que he visto nunca, ¡cariño! Y ahora... vamos a buscar a tu padre y al tío Dermis. ¡Es la hora de que empiece la fiesta!

Felicita se sentía cada vez más deprimida. Jordano había estado muy animado desde que regresó del hospital y Felicita creía que no podría soportar romperle el corazón al día siguiente.

Pensó que no podría contener las lágrimas, y pestañeando, dijo:

-Bajad vosotras, me he olvidado de una cosa...

Corrió a su habitación y buscó un pañuelo de papel en el baño. Después de secarse las lágrimas, tiró el pañuelo en la papelera y se acordó de que no le había dicho a Candy y a Lacen que no permitieran que Jordano entrara en el comedor.

Se apresuró a salir de su habitación y cuando llegó al pasillo...

Se chocó con Jordano.

-¡Uups! -él la agarró y la miró a los ojos. Se había afeitado y olía a loción de afeitar. Llevaba una chaqueta oscura, una camisa blanca y unos vaqueros. Estaba tan atractivo que ella quería llorar.

-He y -bromeó él-, si hubiera sabido que estabas tan desesperada por un abrazo te habría dado uno cuando llegué a casa, pero te fuiste tan rápido con Candy que no me diste la oportunidad.

Entonces la besó y ella le rodeó el cuello con los brazos.

Él la abrazó con más fuerza y la besó de forma apasionada.

Felicita no protestó cuando Jordano la llevó a su habitación, ni cuando le acarició la espalda y el trasero atrayéndola hacia él para demostrarle lo mucho que la deseaba.

Sumida en la nostalgia, Felicita permitió que él le acariciara el vientre, subiera la mano para detenerse a la altura del corazón durante un instante, y después le acariciara los pechos con cuidado, hasta que sus pezones se pusieron erectos. Sintió que una ola de profundo deseo recorría su cuerpo hasta llegar al punto más íntimo de su feminidad.

Gimió de placer y se arqueó contra él.

-Oh, cielos, Felicita, no sabes cómo te deseo -Jordano ocultó el rostro entre su melena-. Te deseo tanto que es una tortura absoluta. Pero no tenemos tiempo, mi amor, y si no detenemos esto ahora mismo voy a...

-¿Papá? -la voz de Candy llegó desde la escalera-. ¿Vas a venir?

Con frustración, Jordano retiró la mano del pecho de Felicita y apoyó la frente contra la de ella para intentar recuperar la

compostura. Después, levantó la cabeza y ella vio que sus bonitos ojos verdes brillaban de júbilo. Él la agarró de la mano, y la sacó de la habitación.

Candy estaba al pie de la escalera, mirando hacia arriba.

-¿Me has oído gritar, papá? ¡Quería saber si ya vienes!

-Sí -dijo él-. Ya te he oído -le apretó la mano a Felicita y añadió-: Estaba a punto de bajar cuando me llamaste.

La fiesta sorpresa fue todo un éxito.

Jordano estaba convencido de que todo el mundo se había olvidado de que era su cumpleaños, y se quedó encantado con los regalos. Dermis le regaló un jersey de lana de alpaca, que Alice había tejido con la lana de sus propias llamas. Lacen le regaló un maletín de cuero que había comprado en India, y Candy le regaló una foto en la que salía ella con Fiyi, y que según le dijo la pequeña, había sido idea suya pero que era un regalo de las dos.

-Fiyi no quería salir -le dijo Candy a Jordano más tarde, cuando él la llevó a acostarse-. Decía que tú no querías una foto de ella. Pero yo le dije que tenía que salir, y que si no lo hacía, yo no iría a la fiesta. ¿Querías que ella saliera en la foto, papá?

-¿Que si prefiero tener la foto de una de mis chicas preferidas o una foto de las dos?

-De las dos -dijo ella con alegría-. Sabía que tenía razón.

Cuando Jordano salió de la habitación, regresó al piso de abajo y se encontró con Dermis en el recibidor.

-Me voy -le dijo su cuñado-. Anoche no dormí mucho. No te importa, ¿verdad?

-Por supuesto que no.

Dermis dudó un instante, y de pronto se puso muy serio.

-Felicita es maravillosa, Jordano. No dejes que se te escape.

Jordano agarró a su cuñado por el hombro.

-No te preocupes -le dijo con una sonrisa-. No tengo intención de

dejarla escapar.

-Bueno, Felicita, ¿te has dado cuenta? ¿Has visto cómo ese hombre se mete conmigo? ¡Durante toda la cena! En serio, quiero muchísimo a mi hermana, pero a veces me pregunto qué ve en...

-¿Qué ve quién...? -dijo Jordano cuando entró en la habitación-. ¿Me he perdido algo?

La tristeza invadió a Felicita cuando lo miró. Aquella tarde había sido la más difícil de su vida. Había tenido que fingir que estaba disfrutando cuando en realidad no había dejado de pensar en lo que al día siguiente, tenía que decirle a Jordano y en cómo le gustaría perderse en sus abrazos.

Jordano parecía feliz. Cada vez que sus miradas se encontraban, sus ojos le mostraban el amor que sentía por ella. En cuanto tenía la oportunidad, la rodeaba por la cintura o le retiraba un mechón de pelo de la cara.

Había sido una agonía.

Ella nunca imaginó que se podía querer tanto a alguien. Y no tenía ni idea de cómo iba a vivir sin él. Lacen estaba hablando, y Felicita trató de prestarle atención.

-... y tú pensarás -continuaba Lacen-, que porque Alice es una madraza, a todas las mujeres, y a la tuya en particular, debería gustarles tener hijos, quedarse en casa y ¡tratar a los hombres como si fueran dioses! Te diré, Jordano...

-Dermis solo estaba bromeando, Lace. Y si no te lo tomaras todo de manera personal cuando él...

-¿Y cómo no me lo voy a tomar así? Él cree que ser modelo es el trabajo más ridículo del mundo y que no tengo ni una pizca de cerebro.

-Sabes muy bien que él cree que... siempre escoges el papel de tonta cuando él está delante. Como esta noche, cuando hablaba de clonar las llamas y mencionó a Dolly, tú has dicho: «¿quieres decir que han conseguido clonar a Dolly Portón? ¿Y yo no me he enterado?

¡Debe de haber salido en todos los periódicos!».

Lacen puso una sonrisa maliciosa.

-¿Viste la cara que puso? Creí que iba a darle un síncope.

Felicita dejó de escuchar la conversación. Le dolía la cabeza, y sentía que sus sienes estaban a punto de estallar. Presionó con los dedos sobre ellas para intentar aliviar el dolor.

-¿Felicita? ¿Estás bien? -preguntó Jordano con preocupación.

-Oh... estoy bien... de veras. Solo un poco cansado.

Lacen se puso en pie.

-No me extraña, has tenido un día muy ocupado. La cena estaba buenísima, y la velada ha sido estupenda, pero debes de estar deseando acostarte -se volvió a Jordano-. Llamo a un taxi, ¿o me llevas?

-Te llevo.

-Gracias. Dame un par de minutos para ir arriba y recoger mis cosas.

Mientras Lacen subía al piso de arriba, Felicita le dijo a Jordano:

-Siento hacer que se acabe la fiesta.

-Ya era hora. Yo siento que estés tan cansada.

Jordano se había quitado la chaqueta durante la cena, y cuando abrazó a Felicita, ella pudo sentir el aroma masculino de su cuerpo y el contorno de los músculos de su pecho.

-Acuéstate, y duerme bien.

-Debería recoger la cocina...

-No, lo haré yo cuando regrese. Jordano la besó con suavidad, y Felicita supo que recordaría ese beso durante toda la vida, como si fuera el último beso que iban a compartir.

-Confíaba en que cuando nos quedáramos solos podríamos terminar lo que comenzamos antes -susurró él al oír que Lacen bajaba-. Pero puede esperar, cariño. ¡Hasta mañana!

Mañana.

Momentos más tarde, cuando él se marchó en el coche, Felicita se quedó observándolo desde el porche, y permaneció allí hasta que el ruido del motor desapareció en la lejanía.

Jordano estaba deseando que llegara el día siguiente. No se imaginaba el dolor que ese día iba a sentir.

Capítulo 11

A la mañana siguiente, Jordano acababa de vestirse cuando oyó que alguien arañaba algo en el pasillo.

Descubrió que el culpable era RJ. El gato estaba rascando la puerta, y cuando vio a Jordano maulló como diciendo «¡tengo que salir!», antes de bajar corriendo por las escaleras.

¡Maldito gato! Pero Jordano sonrió y lo siguió. Durante las últimas semanas, se había acostumbrado al animal e incluso pensaba que quizá deberían llevarle un compañero para que no se sintiera tan solo.

La puerta de la habitación de Felicita todavía estaba cerrada, pero cuando pasó por delante de la habitación de Candy, la niña salió adormilada.

-RJ me ha despertado -murmuró cuando vio a Jordano-. Iba a dejarlo salir.

-Ya voy yo -dijo él-. ¿Quieres volver a acostarte?

-No, tengo hambre.

Él le dio la mano y la acompañó a la cocina, donde RJ estaba junto a la puerta.

Candy abrió la puerta para que saliera y después se sentó a la mesa a esperar a que Jordano le preparara los cereales.

-¿Te apetece un huevo duro? -le preguntó su padre.

-¿No tienes prisa para irte a la oficina?

-Hoy no. Tu tía Alice y el bebé se van a casa hoy, y tu tío me ha pedido si puedo ir a recogerlos y llevarlos a Horre show Bey para tomar el ferry.

-¿Puedo ir?

-No, cariño. La tía Alice estará muy cansada y muy ocupada cuidando de Jack. Te quedarás aquí con Fiyi, y yo volveré antes de que te des cuenta. ¿Qué te parece un huevo duro sobre una tostada

con mantequilla?

-Vale, papá. Gracias.

Jordano puso un huevo a hervir, enchufó la cafetera, y preparó un té para el amor de su vida. Después metió unas rebanadas de pan en el tostador, y lo puso en marcha justo cuando Candy dijo:

-Buenos días, Fiyi.

Él se volvió y vio que Felicita había entrado en la cocina. Llevaba el pelo suelto y un vestido de tirantes. Estaba radiante, igual que aquella mañana de verano.

Después de darle un abrazo a Candy, saludó a Jordano.

-Buenos días, Jordano.

-¡Buenos días, cariño! -se acercó a ella y la abrazó-. Iba a llevarte el desayuno a la cama -la besó con suavidad-. Tenías que haberte quedado en la cama -murmuró-, me habría encantado ir a tu habitación y...

-Papá -dijo Candy con mucho interés-. ¿Por qué besas a Fiyi? ¿Estás enamorado?

Él rodeó a Felicita por los hombros y miró a Candy.

-Sí, pequeña espía, lo estoy.

-Bueno, ella también te quiere ¿no? Lo sé porque te mira con ternura.

-Sí, mi niña, creo que tienes razón.

-Entonces... tenéis que casaros. Eso es lo que hace la gente cuando está enamorada. Y entonces, Fiyi sería mi madre.

-¿Te gustaría? -preguntó él.

-Más que nada en el mundo.

-Entonces, mi querida princesa, tienes suerte, porque Fiyi y yo vamos a casarnos.

-¿Me lo prometes, papá?

Felicita dijo:

-Jordano...

-Un segundo, Felicita...

-Jordano, tengo que...

-Espera, querida... deja que termine esta conversación con mi hija. Sí, Candy, te lo prometo. Vamos a casarnos muy pronto, y tú serás nuestra dama de honor, igual que en tus cuentos preferidos, y después, viviremos felices.

-¡Bien! -exclamó Candy-. Me lo has prometido, ¡así que ahora va a pasar seguro! No puedo esperar... Uups, papá, ¡saca las tostadas antes de que se quemem!

Jordano apagó la tostadora y sacó el pan antes de que se quemara. Mientras untaba las tostadas con mantequilla, vio que Felicita estaba inquieta.

-¿Y qué querías decirme antes, cariño?

-Tengo que hablar contigo, a solas.

-¿Hay algún problema?

-No quiero hablar... -bajó el tono de voz- donde Candy pueda oírnos.

-¿Qué pasa?

-Te lo diré cuando estemos solos -dijo con voz temblorosa.

Jordano la agarró del brazo.

-Cariño...

Ella le retiró la mano, y él se quedó de piedra.

-¡Oh, lo siento!

¿Qué diablos estaba pasando? La miró, y se fijó que tenía ojeras y que sus ojos apenas tenían brillo.

-Cariño -murmuró-, lo siento. Sea lo que sea, veo que es muy importante para ti. Mira, tengo que ir al hospital a recoger a los Tagarotes, para llevarlos al ferry. ¿Qué te parece si hablamos cuando regrese?

-Esto no puede esperar.

-Ni siquiera hasta...

-No -dijo con desesperación-. No puede esperar.

-En ese caso, ¿me das un minuto? Lleva mi café y tu té al patio y hablaremos allí.

Cuando él salió de la cocina, Felicita se apoyó en la encimera. Tenía que decírselo antes de que él se marchara. Si tardaba en regresar, era posible que su madre hablara con él primero y le diera la mala noticia.

Felicita suspiró. Había intentado que Jordano no le prometiera a Candy que iban a casarse. Las promesas no deben de romperse, y menos las promesas que se hacen a los niños. Pero Jordano le había prometido a Candy que iban a casarse y Felicita no dudaba de que cuando le dijera la verdad sobre su hija, él haría todo lo posible por retractarse.

-Fiyi, he terminado. ¿Puedo irme? Quiero ver la tele.

-Por supuesto -Felicita sintió un profundo pesar en el corazón cuando miró a Candy.

Era posible que esa niña encantadora no volviera a ser feliz. Felicita deseaba protegerla del posible rechazo al que se tendría que enfrentar, pero no sabía que no había nada que pudiera hacer.

Jordano salió al patio y cerró la puerta tras él.

-Lo siento, he tardado más de lo que esperaba. ¿Dónde está Candy?

-En el estudio -Felicita lo observó mientras él se sentaba frente a ella y agarraba la taza de café-. Espero que no se te haya enfriado.

-Está bien -dijo él después de dar un sorbo-. Hace una mañana preciosa. Un buen día para que Alice se vaya a casa.

Felicita se disponía a hablar, pero cuando vio que él cerraba los ojos para disfrutar de los rayos del sol, lo pensó mejor. Dejaría que Jordano disfrutara de unos minutos de tranquilidad antes de soltarle la noticia.

Se bebió el té y dejó la taza sobre la mesa. El ruido de la porcelana sobre el metal hizo que Jordano abriera los ojos.

-Pronto abriré los ojos cada mañana y te veré a mi lado -dijo él-. ¿Has pensado ya en una fecha para la boda? Casémonos antes de que llegue el invierno. ¿Qué tal a finales de septiembre? Tendrías tiempo suficiente para...

Felicita se puso en pie con brusquedad. Tenía que hablar con él, decirle algo que borraría el amor de su mirada y la alegría de su corazón.

-Jordano... -de pronto, mareada, se agarró al respaldo de la silla.

Jordano se puso en pie.

-Cariño, ¿estás bien?

Ella alzó la mano para detenerlo.

-No. Quédate donde estás.

-Felicita, ¿qué diablos está pasando?

-Solo... deja que... -respiró hondo-. Es algo malo. Lo que tengo que decirte... no va a gustarte... nada. Es sobre Benny. Y... tu esposa.

Jordano se relajó.

-Cariño, no tenemos por qué seguir hablando de ello. Te prometo que para mí ya pertenece al pasado...

-No -dijo Felicita-. No es así.

Jordano frunció el ceño, y metió las manos en los bolsillos.

-¿Cómo no? Benny y Mirla... están muertos.

Felicita se aclaró la garganta.

-Jordano, nosotros... es decir, mi familia... y tú... todos suponíamos... o por lo menos teníamos la sensación... de que Benny y Mirla comenzaron su aventura amorosa las pasadas navidades...

-Así es. Se conocieron en un acto benéfico...

-No. Oh, puede que se conocieran en un acto benéfico, pero no fue durante las pasadas navidades. Se conocieron mucho antes, y

estuvieron saliendo en secreto durante cinco años.

Jordano se quedó helado. La miró durante largo rato... y después entornó los ojos, con la mirada desenfocada, como si estuviera recordando el pasado. Al final, murmuró:

-¿Y cómo no me di cuenta? -miró a Felicita, y le dijo-: Deberías saber que no me hace ninguna gracia enterarme de que mi esposa me engañó durante mucho más tiempo del que yo pensaba. ¿Y de qué sirve que me lo digas ahora?

-Hay más cosas, Jordano. Todavía... todavía no he llegado a la parte más dolorosa.

-¿Crees que hay algo más doloroso que enterarse de que tu mujer te ha engañado durante mucho tiempo? Cielos, Felicita, creía que tenías más sensibilidad... -Jordano, no... no es solo acerca de Benny y Mirla, también tiene que ver con Candy.

-¡Deja a mi hija al margen de todo esto! -exclamó con ira-. Ni siquiera hables de ella al mismo tiempo que hablas de tu hermano. Ya has hablado bastante, Felicita. ¡No quiero oír nada más!

Con los ojos llenos de rabia, se volvió hacia la puerta.

Felicita sintió que se le aceleraba el corazón. Si no se lo decía enseguida, sería demasiado tarde. Jordano se marcharía y nadie sabría cuándo regresaría. Pensaba que habría podido decírselo con más tacto, pero...

No tenía tiempo.

-¡Jordano, espera!

Él la ignoró, y abrió la puerta.

-¡Jordano, tienes que escucharme! Candy no es tu hija -dijo medio histérica-. Es la hija de Benny.

Jordano se quedó helado. Como si fuera una estatua de hielo. Ella nunca había visto nada parecido. No podía imaginarse lo que él estaría pensando... aunque probablemente estuviera convencido de que se acababa el mundo.

Cuando al final se volvió, la miró a los ojos.

-Estás mintiendo. ¿Qué tipo de persona eres para que se te ocurra algo tan...?

-Tengo la prueba. Benny dejó unos papeles -le dijo en tono de súplica-. Para mi madre. Mamá me los dio el día del funeral. Todo está aquí, las fechas...

-¡Al diablo con las fechas! Candy es...

-Y el resultado de la prueba del ADN... Hicieron la prueba a los pocos días de que Candy naciera -odiando aquel instante, Felicita sacó lo papeles del bolsillo de su vestido y se los dio a Jordano con dedos temblorosos-. La prueba es definitiva.

Durante un momento pensó que Jordano no iba a moverse, pero él dio un paso adelante y le quitó los papeles de las manos.

Mientras él mirabas papeles, los rayos del sol iluminaban sus cabellos. Felicita deseaba abrazarlo y permitir que apoyara la cabeza contra su pecho, para consolarlo. Pero ella sería la última persona en el mundo a quién él acudiría en busca de consuelo.

Jordano arrugó los papeles y preguntó:

-¿Por qué me lo dices ahora?

-Porque... mi madre quiere a Candy.

Él la miró como si no supiera quién era. Y Felicita pensó que así era como debía de sentirse, como si ella fuera una extraña que había entrado en su vida para destrozársela.

-Oh, Jordano, estoy tan...

Jordano abrió la puerta, y salió de allí. Felicita oyó el motor del coche antes de llegar al recibidor.

Salió a la puerta y lo vio alejarse a toda velocidad.

-¿Fiyi? -Candy apareció a su lado-. ¿Papá se ha ido al hospital?

Felicita trago saliva y contestó:

-Sí, allí es adonde ha ido.

Y cuando Candy y ella entraron en la casa, rezó para que fuera cierto que Jordano había ido al hospital.

No quería ni pensar en otra alternativa.

Adelaida Fairfax llamó a Desraben a las doce en punto.

Felicita estaba paseando de un lado al otro de la cocina, pensando en Jordano. ¿No debería haber regresado? Al menos sabía que había ido al hospital, de otro modo, Dermis habría llamado a preguntar por qué no llegaba.

Cuando sonó el teléfono, Felicita deseó que fuera Jordano. Pero era su madre.

-¿Se lo has dicho? -Adelaida preguntó sin más preámbulo.

-Sí, mamá, se lo he dicho.

-¿Y qué ha dicho el pobre hombre?

Felicita miró a Candy, que estaba pintando sentada junto a la mesa.

-No hemos hablado, mamá. Él tenía que irse.

-¿Pero habrá dicho algo? ¿Cuándo voy a volver a ver a la hija de Benny, Flas? ¿Te ha dicho cuándo?

-Mamá, él no ha dicho nada. Como te puedes imaginar, estaba impresionado. Necesitará un tiempo para asimilarlo, no puedo ni imaginarme cómo debe de sentirse ahora mismo.

Su madre dudó un instante y dijo:

-No es el tipo de hombre que haría una tontería, ¿verdad?

Durante toda la mañana, Felicita se había preguntado lo mismo. Y sentía un gran nudo en el estómago a causa de ello.

-No lo sé, mamá. No lo sé.

-No volveré a llamar, cariño. Esperaré a que me llames tú para contarme cómo va todo. Pero recuerda: Candy es la hija de Benny, no la de Jordano Maxwell, y debería estar con nosotros, con su familia verdadera, porque es aquí donde pertenece.

Felicita paseó por la casa durante las horas siguientes. Esperaba que si Jordano no aparecía, al menos llamara.

No lo hizo.

Hacia las cuatro de la tarde, ella ya no podía más. Se dirigió al salón, donde Candy jugaba con RJ, y se preguntó qué podía hacer. ¿Esperar en Desraben a que Jordano regresara? Pero quizá él no regresaba a propósito, para que ella y Candy pudieran empaquetar sus cosas y marcharse antes de que él llegara. ¿O es que había hecho alguna tontería?

-Fiyi, ¿podemos salir al jardín a jugar a la pelota?

-Sí -dijo ella-. Vamos fuera.

Candy corrió al césped y le tiró la pelota a RJ una y otra vez.

Felicita se quedó cerca de la casa, por si sonaba el teléfono.

Jordano estaba de pie en la cubierta del ferry, mirando pasar el agua del mar.

Cuando se despertó aquella mañana era el hombre más feliz del mundo. Una hora más tarde, el mundo estaba al revés, y sus sentimientos eran lo más parecido al infierno. Tuvo que disimular su estado de ánimo mientras recogía a los Taguar, ya que no quería que Alice se preocupara. Y cuando los llevó hasta Horre show Bey, se percató de que su hermana no estaba lo suficientemente bien como para dejarla en el ferry sin coche, y decidió cruzar con ellos para después llevarlos a casa.

Una vez en el rancho, él se detuvo solo para prepararse un sándwich, pero a la vuelta, se encontró con que en el muelle de salida había muchos coches esperando para subirse al ferry.

Al menos ya estaba llegando a Horre show Bey. No tenía intención de estar tanto tiempo fuera, y no quería ni imaginarse lo que se iba a encontrar cuando llegara a Desraben.

-¡Fiyi, RJ está en el manzano y no puede bajar!

Felicita estaba regando las plantas del patio. Dejó la regadera y se acercó a Candy. La niña estaba debajo del árbol mirando hacia arriba.

-¿Dónde está? -preguntó Felicita.

-En esa rama.

Felicita miró hacia donde Candy señalaba y vio que el gato estaba maullando.

-¿Puedes rescatarlo? -preguntó Candy con nerviosismo-. ¡Debe de estar muerto de miedo!

-Bueno, si tuviera una escalera...

-Papá tiene una en el garaje.

-Mmmm. De acuerdo. Quédate aquí vigilando a RJ-. Felicita sacó la escalera del garaje y la llevó al césped. La estaba apoyando en el árbol justo cuando sonó el teléfono.

Le dio un vuelco el corazón. ¿Sería Jordano? Corrió hacia la casa y le gritó a Candy:

-Vigila a RJ, cariño... ¡y no te acerques a la escalera! «Por favor, que sea Jordano», pensó.

Era Joanne.

Había regresado de las vacaciones y quería hablar.

-Jo, me pillas en mal momento. Estoy esperando una llamada importante...

-¿Qué ocurre? ¡Tienes una voz horrible!

-No puedo hablar ahora. Pero cuéntame: ¿te lo has pasado bien?

-¡Superbién! Flas, he conocido a un hombre maravilloso, que además vive muy cerca de aquí y... oh, podría hablarte de él durante horas... escucha, llámame pronto, y si necesitas algo, ya sabes dónde estoy. ¡Dejaré lo que esté haciendo e iré a verte!

Cuando colgó, Felicita se asomó al jardín para vigilar a Candy. De pronto, vio que la pequeña estaba subida a mitad de la escalera, y que esta se movía.

-¡Fiyi! -gritó Candy- ¡Fiyi, ayúdame!

Felicita salió corriendo.

-Ya voy, ¡no te muevas! -si Candy se caía con la escalera, podría romperse cualquier cosa...

Antes de llegar al césped, vio que un hombre alto se dirigía hacia el árbol desde el garaje.

Jordano.

Felicita se paró en el acto.

En un segundo, él estaba al pie de la escalera con los brazos extendidos para agarrar a Candy. La agarró por la cintura y le dijo algo que Felicita no pudo oír. La niña se soltó de la escalera y se agarró a él.

-Papá, no podía bajar -le dijo con lágrimas en los ojos-. Y Fiyi me dijo que no me acercara a la escalera, pero quería salvar a RJ, porque estaba allí y... -se calló al ver que una silueta grisácea corría por el césped-. Bueno, ¡creo que ya no está ahí arriba! dijo riéndose.

Felicita esperaba que Jordano dejara a la niña en el suelo. Pero no lo hizo. La acomodó sobre su brazo, y con una sonrisa le preguntó:

-¿Dónde está Fiyi, muñeca?

Jordano trataba a Candy como siempre, con amor y ternura. Felicita sintió que se tambaleaba... ¿Jordano estaba fingiendo... o...?

-Estoy aquí -dijo ella.

Despacio, él se volvió para mirarla.

Al ver la tensión reflejada en su rostro, Felicita sintió que su corazón lloraba por él. Aquel debía de ser el peor día de su vida, pero aun así, trataba a Candy como siempre... ¿y a ella?

-Ah -dijo él-. Estás ahí -y se dirigió hacia ella.

Jordano tenía los ojos inundados de amor, y Felicita pensó que estaba soñando. Estaba preparada para enfrentarse a un momento de rabia y hostilidad. No esperaba otra cosa. ¿Estaría fingiendo? ¿Y por qué?

-Creía que ibas a volver antes -fue todo lo que pudo decir.

Mirándola a los ojos, Jordano le contó que había acompañado a los Taguar hasta el rancho.

-Después había muchos coches esperando para subir al ferry, y el

viaje...

-Ha debido de ser un poco frustrante -Felicita dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

-No. He tenido tiempo para pensar.

-Papá -Candy le acarició el pelo-. ¿Puedo bajar ya?

-Claro. Pero primero... -le susurró algo al oído y la niña se volvió hacia Felicita.

-Lo siento -le dijo-, por haberme subido a la escalera. A partir de ahora, haré lo que me digan. Inclino la cabeza y Jordano le dijo algo más-. Porque... si me pasara algo, se te rompería el corazón, y a papá también, porque los dos me queréis mucho hizo una pausa, y Jordano le susurró más cosas-. Y lo más importante de todo es: ¡que no puedo tener un accidente si quiero ser la dama de honor de vuestra boda! -miró a Jordano con inocencia-. ¿Ya está, papá? ¿Lo he dicho bien?

Jordano la abrazó y le dio un beso.

-Lo has dicho fenomenal. Ahora vete a jugar con RJ. Yo tengo que hablar con Fiyi.

Felicita los miraba incrédula. ¿Estaría soñando?

¿Por qué Jordano la miraba como si lo único que quisiera fuera abrazarla y...?

Jordano la abrazó, y ella notó que él estaba temblando.

-Lo siento mucho, mi amor -le dijo-. Esta mañana no tenía que haber salido corriendo. He sido muy egoísta al irme y dejarte aquí, pensando Dios sabe qué.

-Lo comprendo -dijo ella-. Debías de estar destrozado.

-Sí, destrozado sin duda. Pero eso no es excusa para descargar toda mi rabia sobre ti; tú solo eras la mensajera. Y cuando pienso en lo mucho que ha tenido que costarte...

-Oh, Jordano. He estado retrasando el momento de decírtelo tanto tiempo, pero... mi madre me dio un ultimátum. Si no te lo decía yo, lo haría ella. Y cuando te marchaste... no estaba segura de si

regresarías. Al menos, no mientras Candy y yo estuviéramos aquí. ¡Creí que estarías tan furioso que no querrías volver a vernos! - Querida, no sabía lo que estaba haciendo. Pensaba que si tuviera a Benny delante de mí, lo habría... bueno, estoy seguro de que puedes imaginarte lo que le habría hecho. Pero mi furia no era contra ti... ni contra Candy.

-Entonces... ¿no la ves... de otra manera?

-Oh, claro que la veo de otra manera. Aunque estaba furioso por lo que Benny y Mirla me habían hecho, puedo perdonarlos, porque les debo una cosa: tener a Candy. Desde que nació, la alegría entró en mi vida. No podría quererla más si... rio-. Iba a decir: «si fuera hija mía». Pero maldita sea, ¡es mía! Y la quiero más de lo que nadie se puede imaginar. Ahora la veo como un regalo especial, Felicita. Y por eso la veo de una manera diferente. Solo por eso. La he querido desde el primer momento en que la vi, y la querré hasta el último día de mi vida. Cuando pienso la cantidad de veces que te he dicho que no podías querer a Candy tanto como si fuera tu propia hija... ¿Podrás perdonarme por ser tan estúpido?

A Felicita se le llenaron los ojos de lágrimas.

-Oh, Jordano, no sabes lo feliz que me has hecho. Tenía tanto miedo... miedo de que cuando vieras las pruebas del ADN no fueras capaz de seguir considerándote el padre de Candy.

-Ah, cariño -le acarició el cabello-. Hace falta algo más que el ADN para ser padre. Benny puso el esperma, y eso es algo biológico. Pero fui yo el que presencié el nacimiento de Candy, es mi nombre el que aparece en la partida de nacimiento, fui yo el que le cambió los pañales, y se pasó las noches despierto cuando estaba enferma. Fui yo el que le leyó el primer cuento, el que le enseñó la primera estrella, y el que la animó a dar el primer paso. Esas son las cosas que hace un padre, cariño... al menos un padre que haga honor al nombre.

Felicita se preguntaba si alguna vez podría ser más feliz.

A Jordano le brillaban los ojos de la emoción, y cuando se acercó a Felicita para besarla, ella sintió la sal de las lágrimas en sus labios.

Podían ser lágrimas tuyas, o de Jordano, pero lo más seguro era que fueran una mezcla de las de ambos.

-Así que... ¿podemos llamar a mi futura suegra y decirle que va a haber una boda y que Candy será parte de su familia para siempre... aunque no como ella se imagina?

-Oh, sí. ¡Vamos a llamarla! Se pondrá feliz, y estará encantada de que Candy tenga a los padres que ama.

Jordano la rodeó por la cintura y juntos fueron al patio, donde estaba Candy jugando con RJ.

-¿Adónde vais? -preguntó Candy.

Jordano la levantó y la sentó sobre sus hombros.

-Vamos a hacer una llamada de teléfono.

-¿Y a quién vais a llamar?

-A tu abuela.

-¡Yo no tengo abuela!

Jordano río y miró a Felicita.

-Ahora sí tienes una -le dijo.

-¿Puedo hablar con ella? -preguntó Candy.

-A ella le gustará mucho -dijo Felicita-. Le encantará hablar contigo.

Entraron en la casa. Y como Jordano miraba embelesado a sus dos chicas preferidas, no se fijó que RJ entraba detrás y casi le pilló el rabo con la puerta.

Fin



Shelley



Capítulo 1

ERA un poco después de las cuatro de la tarde cuando Shelley llegó al cruce del camino que Morsa le había indicado en su carta. «Sólo unos cuantos kilómetros más allá de la desviación a Ropón. Busca la señal que diga Védale y Hepburn. ¡No tiene pérdida!»

Y Shelley no se perdió. Se alegraba de que sólo faltara una hora para llegar a su destino. A pesar de que el viaje no había sido excesivamente largo, estaba cansada y casi se arrepentía de no haber seguido el consejo de Morsa y haber hecho el viaje en tren.

Pero al menos así tendría el coche a su disposición mientras estuviera allí. Y debía alegrarse, ya que, según le había contado Morsa, en Frágil no había servicio de autobuses ni estacionamientos subterráneos. En realidad, Shelley siempre se había asombrado de que su amiga se hubiese adaptado con tanta facilidad a la vida en un valle de Yorkshire después de haber pasado sus primeros treinta y ocho años en Londres. Pero era evidente que le agradaba. En sus cartas siempre hablaba de lo contenta que estaba trabajando en aquellos pintorescos contornos, y nunca se había planteado seriamente volver a vivir en una gran ciudad.

Desde que decidió irse a vivir a aquella zona, para estar cerca de su hijo, había estado intentando convencer a Shelley de que fuera a visitarla.

—Eres como todo el mundo. ¡Piensas que no hay nada que valga la pena conocer al norte de Wexford! —le decía, olvidando por completo que Shelley había nacido y crecido en Tesadle, y que había vivido allí los primeros seis años de su vida.

Shelley no recordaba muy bien aquellos años. Su padre, el hijo menor de una familia de granjeros, desilusionó a todos sus parientes al mostrar más interés en los libros y en aprender que en la cantidad de ovejas que criaba su padre. A pesar de todo, cursó estudios en la Universidad y, cuando regresó a su pueblo, consiguió una plaza de profesor en el instituto de la localidad. Pero las cosas estaban cambiando. La calidad de la enseñanza que se impartía en el centro

dejaba mucho que desear y los alumnos tenían que trasladarse a la ciudad para continuar sus estudios. En aquella época el padre de Shelley, ya casado, se encontró sin trabajo; pero en vez de aceptar la ayuda de su familia, se marchó hacia el sur, a Hampshire, donde consiguió una plaza de profesor.

La única vez que Shelley recordaba haber visitado la granja de Transida fue a los doce años, cuando murió su abuelo. Sus padres se trasladaron al norte para asistir al funeral, pero no fue una ocasión muy agradable. El hermano mayor de su padre, el tío George, parecía imaginarse que la única razón por la que habían ido era para reclamar algo de la granja en donde él había trabajado desde niño. Ocurrieron bastantes cosas desagradables después del funeral, y aunque la abuela trató de mediar entre los dos hermanos, las relaciones entre ellos no mejoraron en absoluto. Ni Shelley ni sus padres habían vuelto a Transida, y la muchacha ni siquiera sabía si tu tío vivía todavía. Sus padres habían muerto en un alud, durante unas vacaciones, mientras esquaban en Austria, cuando ella ya trabajaba para el Courier.

Había sido un golpe muy duro para Shelley, que entonces tenía veintiún años, especialmente por haber sido una hija única muy querida. Pero fue una bendición que, debido a su trabajo en el diario londinense, por aquella época no viviera en casa de sus padres. Después de llorar durante más de una semana, revisando los cuartos que tantos recuerdos guardaban, hizo a un lado su sentimentalismo, vendió la casa y se compró un apartamento.

Por supuesto que todo aquello formaba parte del pasado, pensó, mientras pasaba por Aíslen y admiraba el gran reloj de la iglesia que estaba en la calle High.

—Las cuatro y cuarto —murmuró, resistiéndola tentación de detenerse para comprar algún refresco. Morsa había dicho que la esperaría para tomar el té, y no sería justo perder tiempo estando tan cerca de su casa.

¡Morsa! Sonrió al pensar en la mujer que la había hecho ir a esa fascinante parte de Inglaterra. Y era, en verdad, fascinante, con su

paisaje multicolor y sus campos en flor, en esos días en que la primavera daba paso a un verano prematuro. No esperaba que eso fuese tan civilizado, después de los recuerdos que tenía de Tesadle, pero el campo que rodeaba el pequeño pueblo era muy agradable. Craquear, Patrick Bromatos, hasta los nombres eran deliciosos. Le agradecía mucho a Morsa que la hubiese invitado. Era exactamente lo que ella necesitaba. Una vez más, Morsa acudía en su ayuda y Shelley deseaba poder pagarle algún día, en alguna forma.

Había conocido a Morsa unas semanas después de la muerte de sus padres. Morsa había entrado como un vendaval en la oficina, para quejarse de un artículo que uno de los corresponsales del Courier había escrito sobre ella.

Shelley fue la encargada de atenderla.

De hecho tampoco estaba de acuerdo con las opiniones del periodista. Había oído hablar de Morsa Nanning, había admirado su trabajo desde hacía tiempo, y pudo comprender la ira de la pintora al ser tratada con condescendencia, al ser llamada «artista» y ser descrita como una mujer solitaria que volcaba su frustración en sus cuadros. El hecho de que el matrimonio de Morsa se hubiera roto unos meses antes de que aquel artículo fuera escrito, había despertado cierto interés en el entrevistador y lo que había empezado como una seria discusión del trabajo de Morsa había degenerado a algo más que un ataque difamatorio de su vida personal.

Desde un principio, Shelley había simpatizado con la pintora, y aunque había más de diez años de diferencia entre ellas y Morsa era mucho más mundana y escéptica, eso no impidió que naciera una curiosa amistad. Era una amistad reforzada por sus mutuas sensaciones de pérdida... Shelley extrañaba horriblemente a sus padres en aquellos días y Marcha apenas se estaba recuperando de una dolorosa separación. Una invitación a almorzar fue el inicio de una amistad que había llegado a ser uno de los elementos más importantes en la vida de Shelley, y, desde entonces, los años sólo habían fortalecido el afecto que se tenían.

Hasta cierto punto, admitía Shelley, Morsa había ocupado el lugar de

sus padres; no como una madre, era demasiado joven para eso, pero quizá como una comprensiva hermana mayor, alguien en Shelley podía confiar y acudir en busca de consejo sobre algunas cosas...

Y personas... que le interesaban. Se había acostumbrado a presentarse en el estudio de Morsa a cualquier hora del día o de la noche, pues sabía que siempre era bien recibida. No siempre hablaban; algunas veces, cuando Morsa estaba absorta en su trabajo, Shelley permanecía sentada, observándola, pero estaba allí, le tenía cariño, y eso era lo que importaba. Naturalmente, Morsa era la depositaria de muchas confidencias, aun aquellas de naturaleza personal. A la vez que la escuchaba, le ofrecía su hombro para que llorara en él, algo que Shelley agradecía cuando sus problemas llegaban a ser muy grandes.

Shelley trabajaba en una profesión muy dura que se hizo más difícil cuando dejó el Courier para ir a trabajar en el Capitol Televisión. Era ayudante de producción y, como tal, tuvo que soportar muchas murmuraciones y envidias, especialmente cuando se supo que el gerente de la emisora, Mike Berniz, tenía un interés más que profesional en su carrera.

Mientras tanto, la carrera de Morsa florecía. Sus cuadros... paisajes impresionistas la mayoría... eran admirados por los críticos, y fue invitada a exponer una colección de su trabajo en la Galería Chuts, lo que era, en realidad, signo de gran prestigio. Su hijo, que estaba lejos estudiando, volvió a casa para estar presente en la exposición de su madre, y Shelley asistió con ellos a la inauguración, orgullosa de haber contribuido al bien merecido éxito de Morsa.

Fue una sorpresa menos agradable cuando, hacía cuatro años, Morsa decidió trasladarse a Wensleydale. Aunque profesionalmente seguía triunfando, la vida en Londres le empezó a resultar agobiante, por lo que decidió trasladarse al norte para estar cerca de su hijo, que ya había terminado la carrera y ejercía como veterinario.

—Sombras de James Yerrito —le había dicho con tristeza a Shelley, sonriendo—. Querida, no te preocupes. Frágil no es el fin del mundo. Está sólo a unos trescientos kilómetros, en un recorrido de mágico

misterio desde donde termina la autopista.

Pero Shelley no podía estar contenta. Su trabajo era muy duro y casi no tenía tiempo para tomar vacaciones. Además, la idea de conducir cientos de kilómetros sólo para pasar unos cuantos días en un pueblo no le atraía nada, y aunque ella y Morsa hablaban por teléfono con frecuencia, habían dejado prácticamente de verse.

Le dolían mucho los ojos. Habría sido más fácil si los caminos sinuosos hubiesen estado al principio de su viaje. En ese momento, la indudable belleza de los alrededores era muy poca compensación. Que al llegar a su destino, tomar un baño caliente y meterse en la cama.

Las indicaciones de Hepburn la llevaron a un pueblo donde convergían varios caminos. «Ya está cerca», se dijo a sí misma para animarse, y tomó la dirección de Aysgarth. Unos veinte kilómetros más. Con un poco de suerte llegaría algo después de las cinco.

Por fortuna, la carretera comarcal estaba despejada una vez que dejó atrás el pueblo. Pero las curvas del camino impedían que se relajara, y empezó a sentir los síntomas de una de sus insoportables jaquecas.

De pronto, la correa del ventilador se rompió. Mientras conducía suavemente por una avenida arbolada el motor del coche se empezó a calentar y, después de salir un espeso humo del capó, el vehículo se paró.

— ¡Maldito, maldito, maldito!

Con una exclamación de disgusto, Shelley llevó el Ford a un lado del camino y paró el motor. Había pasado un pueblecito tres kilómetros atrás, pero no recordaba haber visto ningún taller. En todo la idea de tener que andar cualquier distancia con la espalda dolorida y dolor de cabeza, no le hacía gracia y decidió esperar a que pasara otro coche.

Abrió la puerta y bajó del coche; luego, estiró su esbelto cuerpo con alivio. De cualquier modo, se sentía mejor fuera del espacio limitado del vehículo. Se apoyó en el capó, inclinó la cabeza hacia atrás, sintiendo el aire refrescante en sus hombros y suspiró. Quizá debía

haber tomado un descanso, pensó. La correa habría aguantado si no hubiese presionado tanto el motor.

El ruido de un coche la puso alerta, pero la furgoneta pasó sin detenerse. «Oh, bueno», pensó resignada, «iba en dirección contrario- Pronto pasaría otro vehículo y se aseguraría de que el conductor la viera

Pero pasaron varios coches sin detenerse; Shelley sospechó que eran turistas con esposa e hijos que la miraban con mal disimulada curiosidad. Tal vez su apariencia los inhibía; estaba tan acostumbrada a los caprichos y costumbres de la sociedad londinense que consideraba que su traje de chaqueta azul era poco llamativo, pero allí, a muchos kilómetros de su hábitat normal, se sentía un poco fuera de lugar. Los reflejos caoba de su pelo contrastaban con el tenue color de la escotada blusa.

Lo único que podía hacer era caminar, al menos hasta el teléfono más cercano. Tal vez si encontraba a Morsa en casa, ella podría ir a recogerla. Después irían por su coche.

Menos desolada, Shelley cogió su maleta de la parte posterior del coche y cerró la puerta. Respiró profundamente y, decidida, echó a andar, sin dignarse levantar el pulgar, ni siquiera cuando un Landa Rever cubierto de polvo aceleró. Menos mal que no llovía, pensó mirando las elegantes botas de ante que le llegaba a la rodilla. Se arrepentía de habérselas puesto pues era evidente que con el polvo del camino se iban a estropear. A ella no le vendría mal un poco de ejercicio. Aunque el médico le había dicho que no hiciera ningún esfuerzo, un paseo por el campo quizás la tranquilizara.

Unos segundos después se dio cuenta de que el Landa Rever se había detenido. Había estado tan absorta en sus pensamientos que no vio el vehículo parado. El conductor del automóvil la miraba con una expresión de burla reflejada en la cara.

Era un hombre joven, de aproximadamente veintiún años, cuyo abundante pelo rubio brillaba bajo los rayos del sol. Era alto, esbelto y musculoso, y estaba muy moreno. No era, en realidad, apuesto. Los contornos de su rostro eran demasiado irregulares, pero era muy

atractivo; tenía los labios delgados y gruesas pestañas que, de algún modo, le parecían familiares.

Recobrando su aplomo, Shelley le dirigió su más deslumbrante sonrisa. Si él se ofrecía a llevarla, no lo iba a rechazar, aunque sentía algo de desconfianza al aceptar la ayuda de un extraño solitario. Habría preferido que parara uno de aquellos hombres que iban con sus esposas. Además, después de vivir en Londres durante casi diez años, se sentía muy capaz de enfrentarse a cualquier situación, y los hombres jóvenes con ciertas intenciones, normalmente eran fácilmente controlables.

— ¿Me podría decir dónde puedo encontrar un taller? —le preguntó antes de que él hablara—. Se ha roto la correa del ventilador de mi coche y no conozco la zona.

— ¿Sí? —la expresión de burla de hombre se acentuó, y Shelley se enfadó. Estaba más acostumbrada a ser objeto de admiración masculina que motivo de diversión, y observó que él tenía demasiada confianza en sí mismo para alguien de su edad.

-Si—replicó, pasándose una nerviosa mano por la nuca—. Es probable que haya visto mi coche a unos cuantos metros. Es un XR3 rojo, con líneas legras a los lados.

-Lo he visto —dijo, y haciendo un verdadero esfuerzo para controlar la risa, señaló su vehículo—. Suba, la llevaré a Log Burton. Allí hay un taller donde la pueden ayudar. Si no, la llevaré a donde quiera ir.

--¿Está muy lejos Log Burton? —le preguntó, vacilando.

-A menos de un kilómetro —contestó encogiéndose de hombros.

— ¿Tan cerca?

--Bueno... tal vez un poco más —dijo con indiferencia—, pero está en una pequeña colina... a no ser que esté usted acostumbrada...

Shelley lo miró de forma severa, detectando una crítica en sus palabras, pero en ese momento no vio expresión de burla. Al contrario el muchacho había metido las manos en los bolsillos de sus apretados vaqueros y la miraba con simpatía; un examen intenso que

a Shelley, a pesar de su resentimiento, le pareció muy maduro.

—Y... ¿cree usted que ese taller tendrá lo que necesito? —le preguntó.

—Creo que sí —inclinó la cabeza—. De vez en cuando se celebran en el pueblo carreras y Jack Shelley hace bastante negocio. Creo que una correa rota no será mucho problema para él.

—Oh... bueno —por una vez se sintió satisfecha de su estatura, un metro y setenta y cinco, lo que significaba que con las botas de tacón, sus ojos quedaban al nivel de los de él—. Gracias —añadió cuando él cerró la portezuela del Landa Rever detrás de ella y le oyó decir:

— ¡Es un placer!

El Land-Rover no era un medio de transporte muy cómodo. Olía a lo que Shelley pudo imaginar que eran animales, y una mirada confirmó que alguna que otra criatura había sido transportada recientemente en la parte posterior. Había paja esparcida por el suelo y las señales indistintas de una cierta falta de continencia. Eso la hizo dudar si no se habría precipitado al aceptar que la llevara, y pensó que el muchacho debería haberla advertido de las incomodidades del coche.

Pero no tenía ningún derecho a exigir en su situación. Después de todo, el asiento donde ella iba estaba limpio y le ahorraba un arduo ascenso. Y el joven que estaba junto a ella, tal vez no encontrara nada desagradable en los buenos y saludables olores del campo, y además, físicamente no estaba nada mal.

Le miró durante un instante. Tenía que admitir que no se parecía en nada a la imagen que ella tenía del hermano de su padre. Sin embargo, era, al parecer, un granjero o el hijo de un granjero. Que pasaba mucho tiempo al aire libre, era evidente por su oscuro bronceado que contrastaba con su rubio pelo. Y la camisa que usaba, arremangada en los brazos y desabrochada, revelaba los duros músculos que se escondían bajo su piel. Miró sus piernas, largas y potentes bajo la tela del pantalón. También serían fuertes y musculosas, lo sabía. Debía ser el «rompecorazones» de la localidad, pensó, burlándose de su interés involuntario. Un muchacho

agradable, pero definitivamente demasiado joven para ella, aunque hubiese estado buscando diversión... que no era el caso.

Movió la cabeza y miró hacia otro lado, pero no antes de que él sorprendiera su mirada. Durante un momento, sus ojos verdes no pudieron apartarse de los de él. Se sintió obligada a decir algo, aunque sólo fuera para ocultar su desconcierto, y encontró las palabras para romper aquel embarazoso silencio.

—Es la primera vez que vengo a Wensleydale —le dijo mirando por la ventanilla—. Usted... ¿vive por aquí, señor...?

—Saetón —dijo—. Ben Saetón. Y sí, vivo en Log Burton.

— ¿De verdad? —Shelley lo volvió a mirar, pero en esa ocasión evitó aquellos ojos inquietantes—. Entonces, conoce muy bien esta región.

—Bastante bien —contestó con una leve sonrisa y Shelley sintió su indiferente compostura—. ¿No me cree?

— ¿Por qué no habría de creerle? —Shelley se encogió de hombros, desdeñosamente—. Este no es la clase de vehículo para raptar a nadie.

Él sonrió irónicamente, lo que hizo que Shelley se enojara aún más.

—Lo siento —dijo, aunque ella sabía que no era cierto—. Estoy acostumbrado a este coche destartado, no creí que a usted le importara.

—No... Le comprendo —Shelley hizo un esfuerzo por ser amable—. Estoy segura de que le resulta muy útil para su trabajo.

—Oh, así es —el humor todavía aparecía en su expresión—. ¡Aunque debo admitir que durante algún tiempo sólo he utilizado la parte de atrás para transportar animales!

Shelley apretó los labios.

—Sólo quise decir... que huele —dijo y él inclinó la cabeza. —Estoy seguro de que no es a lo que usted está acostumbrada — comentó y sensible a cualquier escepticismo, la paciencia de Shelley explotó.

—No, no es a lo que estoy acostumbrada —le dijo—. Yo soy de Londres. Soy productora de televisión —esperó a que él asimilara

aquello y continuó, menos agresiva—. Así que ya ve usted, pasear en vehículos llenos de inmundicia no es cosa de todos los días para mí.

—Estoy seguro de que así es.

El tono de voz del muchacho parecía conciliador pero Shelley estaba convencida de que se estaba riendo de ella. ¿La creía? ¿O pensaba que sólo estaba inventando para impresionarlo? Era exasperante darse cuenta de que le preocupaba lo que ese chico pensara.

—Voy a alojarme con la señorita Nanning, en Frágil —agregó, negándose a admitir que trataba de apoyar lo que había dicho—. Morsa Nanning, usted debe haber oído hablar de ella. Es una pin...

—He oído hablar de ella —la interrumpió desinteresado, cortando su explicación—. Allí está Log Burton, ya estamos llegando. El taller de Jack Shelley está a la vuelta, al final de la calle principal.

Aminoró la velocidad para tomar una curva pronunciada y cuando entraron en el pueblo, Shelley vio el muro de piedra de un patio de iglesia a su izquierda. El camino transcurría entre el muro de la iglesia y el muro de la rectoría, en el lado opuesto; Shelley identificó el Ayuntamiento, con gruesos cristales en las ventanas y buzones pulidos, para las cartas.

Su atención a lo que miraba impidió cualquier conversación adicional, por lo que se sintió aliviada. Normalmente no era tan susceptible acerca de su trabajo, y casi nunca sentía la necesidad de jactarse de su importancia. Pero ese hombre... quienquiera que fuera... tenía la habilidad de echar abajo la imagen que había construido a su alrededor durante los pasados diez años y tener que defender su posición.

Unos cuantos metros adelante entraron en la pequeña plaza del mercado, con un reloj en la torre, que marcaba la hora, y unos cuantos coches aparcados cerca de un grupo de casas de piedra. Había tiendas, un pequeño supermercado y algunos edificios públicos y a la vuelta de la esquina, el letrero azul y blanco que indicaba el taller de Shelley.

— ¿Quiere que me informe si tiene lo que usted necesita? —le

preguntó su acompañante deteniendo el Land-Rover.

Shelley titubeó un momento y movió la cabeza.

—Gracias, yo puedo hacerlo —le dijo, aunque estaba a punto de aceptar su ofrecimiento.

Sería más fácil para él dirigirse al dueño del taller, a quien obviamente conocía, y explicarle lo que necesitaba, pero sentía la necesidad de demostrar su independencia. No tenía intenciones de proporcionarle a ese muchacho más diversión. Ya había mostrado que era tanto vanidosa como regañona y, sin duda los amigos de él disfrutarían cuando les contara la historia de una vieja inútil, aturdida por su encanto. A los hombres les gustaba exagerar, y el comportamiento de ella no invitaba precisamente a la discreción.

Abrió su bolso y buscó su cartera.

— ¿Me permitirá que le invite a una copa, señor Saetón? —le dijo, decidida a volver a poner aquella relación en sus debidos términos, pero una vez más, él lo evitó.

—No es necesario —le dijo cerrándole él mismo el bolso. Puso sus dedos sobre la suave piel y atrapó la mano de ella; sus ojos eran duros como el acero al ver su mirada de frustración—. Jamás se dirá que un hombre del valle no pudo ofrecer ayuda a una dama sin haber requerido un pago por el favor —ella luchó por retirar la mano y él soltó el bolso—. Disfrute de sus vacaciones —le dijo cuando ella abrió la puerta para bajar—. ¿Quién sabe...? Es probable que nos volvamos a ver.

— ¡Más bien creo que eso no será posible! —murmuró ella en voz baja al bajar del Land-Rover.

Y, aunque no miró hacia atrás al caminar hacia el taller, era consciente de que él no apartaba sus ojos de ella.

Capítulo 2

ERAN las seis cuando Shelley llegó a Frágil; estaba tan cansada que

sintió un gran alivio al ver, en las afueras del pequeño pueblo, la casa que buscaba. Morsa le había dicho que buscara dos postes de piedra, porque el letrero que identificaba la vivienda estaba gastado y era ilegible desde un coche en marcha. Pero Shelley vio el letrero de Askrigg Hausa sin ninguna dificultad.

Morsa apareció en la puerta de la vieja construcción irregular, cuando Shelley llegó a la parte delantera de la casa. Vestida con un pantalón y una bata manchada de pintura, componía una imagen tan entrañable a los ojos de Shelley que ésta casi no pudo esperar a bajar del coche para abrazarla.

— ¿Qué te ha pasado? — Exclamó Morsa después de los primeros saludos—. ¡Estaba muy preocupada por ti! Tu asistenta me dijo que habías salido de Londres a las once de la mañana. ¡Llevo esperándote desde las cuatro y a las cinco empecé a temer que te hubiera ocurrido algo!

— ¡Oh, lo siento! — dejó sus maletas y se pasó una mano cansada por el cabello enmarañado, mientras acompañaba a su amiga adentro. Había hiedra en las paredes y la madreselva crecía sobre la puerta, pero Shelley casi no se fijó en lo que la rodeaba—. Esto está más lejos de lo que yo pensaba; estaba tan cansada que creí que no iba a llegar. Luego, ya cerca de aquí, se rompió la correa del ventilador y tuve que esperar a que me llevaran a Log Burton para encontrar un taller que pudiera repararla.

— Sin duda, el de Shelley — adivinó Morsa al guiarla por un oscuro vestíbulo hasta una sala de estar, fresca y agradable—. ¡Oh... Sarah! — Dijo a una chica de mejillas sonrosadas que había dejado una bandeja con té en la mesa—. ¿Quieres llevar el equipaje de la señorita Host a su habitación? Y dile a la señora Carl que cenaremos un poco más tarde de lo normal. Digamos... como a las ocho.

— Sí, señora Nanning.

Mientras contestaba mecánicamente a la dueña de la casa, la muchacha no apartaba sus ojos de Shelley. Evidentemente sentía curiosidad por la nueva huésped de su patrona, y Morsa hizo un gesto de desconsuelo cuando Shelley arqueó las cejas,

inquisitivamente.

—No hagas caso a Sarah —le dijo en cuanto se cerró la puerta y la muchacha salió de la habitación. Ayudó a Shelley a quitarse la chaqueta y la colgó en el respaldo de una silla—. Si tienes intención de vestir aquí como una modelo, tendrás que acostumbrarte a que la gente se quede mirándote —sonrió a las protestas de Shelley—. Oh, querida, ¡me alegro tanto de verte! ¡Aunque hubiera sido mejor en otras circunstancias!

—Estoy muy bien... ¡de verdad! —Contestó, dejándose caer en los suaves cojines de un sillón—. ¡Mmmm, no tienes idea de lo que significa para mí poder descansar al fin! ¡Parece que he estado viajando durante días!

—Ha debido desesperarte la inoportuna rotura del ventilador cuando ya estabas a pocos kilómetros de aquí —le dijo Morsa— ¿Quién te ha traído?

—Oh... sólo un hombre —respondió Shelley sin darle importancia, molesta consigo misma por volver a pensar en aquel granjero. Por algún ridículo motivo no deseaba hablar del tema, tal vez porque Ben Saetón ya había ocupado demasiado de su tiempo—. Qué cuarto tan cómodo, Morsa —agregó cambiando de tema.

Morsa se sentó frente a ella, junto a la bandeja del té y se dispuso a servirlo.

— ¿Leche o azúcar? —preguntó—. ¿O prefieres algo más fuerte?

—Si tomo algo más fuerte, me quedaré dormida —confesó—. Té es justamente lo que necesito.

—Bien —Morsa llenó dos tazas y, después de ofrecerle a Shelley un panecillo caliente con mantequilla, se reclinó en su sillón y miró a su amiga con evidente satisfacción—. Por fin estás aquí —le dijo, sus ojos grises llenos de afecto—. ¿Por qué no me dijiste lo que sucedía?

Shelley suspiró, mordisqueando el panecillo, sin apetito.

—No había nada que decir —contestó—. Sencillamente, los acontecimientos se desarrollaron de tal forma que, al morir la esposa

de Mike, tuvimos que tomar una decisión.

Morsa movió la cabeza.

– Yo creí que estabas enamorada de él.

– Yo también – alzó los hombros –, pero no lo estaba.

– Has perdido peso – dijo Morsa.

– Un par de kilos. Era necesario. Paso la mayor parte de mi vida sentada.

– No obstante... – Morsa terminó de beber su té y apoyó los codos en las rodillas –. El... especialista que te vio no te habría recomendado reposo absoluto si no hubiera considerado que lo necesitabas.

– ¿Quieres decir, el psiquiatra? No temas decirlo, Morsa. He pasado momentos verdaderamente malos. Y el acoso a que me sometía Ruy Livingston no me ha ayudado nada.

– Shelley, ¿no te preguntas a veces si estás hecha para soportar la tensión que conlleva tu profesión? Quiero decir... no me malentiendas... pero hay otras cosas aparte del trabajo.

– ¡Eso! ¡Viniendo de ti! – Shelley dejó las sobras de su panecillo a un lado y miró a su amiga con incredulidad –. ¡Tú no eres exactamente un modelo de madre y esposa!

– Lo sé, lo sé – Morsa no se ofendió –. Pero porque mi matrimonio con Tom no funcionara, no quiere decir que no aprecie esa institución cuando marcha bien – se encogió de hombros –. Oh... no digo que sí Tom y yo estuviésemos juntos las cosas serían distintas. Pero él me dio a Dickens, y por eso le estoy eternamente agradecida.

– No tienes que casarte para tener un hijo – señaló Shelley con ironía.

Luego, sonriendo, agregó –: ¿Cómo está Dickens? Tengo ganas de verlo.

– Y él también lo está deseando – dijo Morsa con vehemencia –. ¿Recuerdas cuando fuimos a aquella exposición mía en la Galería Chuts? Dickens estuvo más de una semana hablando de ti. Creo que estaba enamorado de ti.

Shelley se rio. Era la primera vez que se relajaba de verdad desde hacía muchos meses. Durante las próximas semanas, no tendría que preocuparse por nada; sólo deseaba descansar.

—Piensa casarse pronto —continuó Morsa reflexionando, su pensamiento estaba, evidentemente, en su hijo—. Es una buena chica, se llama Jennifer Chatel. Es la hija de uno de sus socios.

—En la consulta —dijo Shelley—. ¿Cuándo vendrá a casa?

—Oh, Dickens no vive aquí —aclaró Morsa—. En invierno nieva mucho y nos quedamos aislados, y él tiene que trabajar. Compró una casa en Log Burton, cuando se asoció con Sangley y Chatel.

—Log Burton —dijo suavemente Shelley, preguntándose si siempre que oyera ese nombre iba a recordar a Ben Saetón—. Y... él y Jennifer van a vivir allí cuando se casen, supongo...

—Al principio, tal vez —asintió Morsa dudando—. Pero la casa no es muy grande, no es suficiente para una familia —agregó brillándole los ojos—. ¡Estoy deseando ser abuela! Pero supongo que todavía tendré que esperar algún tiempo.

—¿Se casarán pronto? —preguntó Shelley deseando hablar de cualquier cosa que no le recordara al joven del Land-Rover.

—Han fijado la fecha para el mes de octubre —contestó Morsa—, pero, en realidad, depende del padre de Jennifer. No está muy bien últimamente, y Dickens cree que deben esperar.

—Entiendo —asintió Shelley suspirando—. ¿Vendrá esta noche?

—Iba a venir, pero no puede —Morsa lo dijo con pesar, pero Shelley no pudo evitar sentir alivio. Aunque ya no estaba tan cansada como antes, se alegraba de cenar a solas con Morsa—. Es más, llamó un poco antes de que llegaras —agregó Morsa—. Creí que eras tú. Tenía intenciones de cenar con nosotras, pero le surgió un compromiso. Me pidió que te saludara, y dijo que es probable que nos vea mañana.

A pesar de estar cansada, Shelley no durmió tan bien como esperaba. Ella y Morsa habían disfrutado de una cena tranquila que sirvió la señora Carl, ama de llaves de Morsa, y luego se retiraron a la sala

para seguir conversando y tomar una copa. El brandy, más la media botella de vino que había consumido en la cena, deberían haberle asegurado una noche de descanso, pero en cuanto su cabeza tocó la almohada, el cerebro de Shelley entró en acción. Estaba acostumbrada al ruido del tráfico, a la actividad constante de una ciudad que nunca dormía. Allí, la quietud era casi ensordecedora, y cada crujido que oía se amplificaba una docena de veces.

Por fin se levantó y tomó una pastilla para dormir, justo cuando los pájaros comenzaban a cantar. Supuso que serían aproximadamente las cuatro, pero estaba demasiado cansada para mirar el reloj. Se volvió a meter en la cama y casi de inmediato se durmió. Despertó, con la boca seca y con jaqueca, cuando alguien abrió las cortinas de su habitación.

Shelley vio que era Sarah y pensó que no era extraño que la chica la mirara así. Luchando con las almohadas, al instante se dio cuenta de lo demacrada que debía estar sin maquillaje y con la maraña de su pelo suelto sobre los hombros. En ese momento no parecía una modelo, pensó mientras los agudos ojos de Sarah la seguían mirando inquiridoramente. Era sólo una mujer agotada.

— Buenos días, señorita.

Sarah se alejó de la ventana y puso la bandeja con el té en la mesilla que había junto a la cama.

— Buenos días — contestó —. ¿Qué hora es?

— Las ocho y media, señorita — dijo Sarah, disfrutando de la situación. Levantó la bandeja y la puso sobre las piernas de Shelley —. ¿Quiere que se lo sirva o puede hacerlo usted?

— Creo que yo puedo hacerlo — murmuró Shelley intentando ser amable con la chica.

Cuando Sarah movió la cabeza hacia un lado, de forma negligente y se dirigió hacia la puerta, Morsa se asomó.

— ¡Oh, estás despierta! — Exclamó entrando en el cuarto cuando se marchaba la chica; todavía llevaba puesta una bata —. Le pedí a la señora Carl que te sirviera té, en caso de que estuvieras despierta.

Pero ya que lo estás, quizá prefieras desayunar.

—Oh, no —Shelley hizo a un lado la bandeja y se pasó sus largos dedos

Por el pelo. No quiso mencionar que no había despertado hasta que Sarah entró. Si eran las ocho y media, era bastante tarde—. Sinceramente, Morsa, no soy una inválida y no pienso pasar mis vacaciones acostada en la cama. Bajaré y tomaré café y tostadas.

— ¡No te molestes en vestirte! —Morsa hizo un ademán con la mano—. Querida, sólo estamos las dos, y yo casi nunca me visto antes de las diez... a no ser que me sienta muy complaciente, lo que no sucede con frecuencia — sonrió—. La señora Carl pone la mesa en el comedor y normalmente dedico una hora más o menos a leer los periódicos. Estoy suscrita a media docena. Es la única forma de estar al día.

—Muy bien —Shelley no tenía ganas de discutir. Tan pronto como Morsa se marchara tomaría un par de pastillas para la jaqueca.

—Bien —Morsa estaba contenta—. Te dejo para que te laves las manos —sus ojos brillaron—. Te veré abajo dentro de cinco minutos.

Cuando se fue su amiga, Shelley bostezó y, con gran esfuerzo, se levantó. Había dejado su bolso en el poyete de la ventana y se puso a buscar la pequeña caja que contenía sus cápsulas de paracetamol. Se tomó dos, miró por la ventana, pensando en lo irónico que era que aun en ese ambiente idílico siguiera siendo presa de sus nervios. Pero pasaría, se dijo a sí misma con firmeza. El psiquiatra le había dicho que lo único que necesitaba era reposo absoluto lejos de las envidias con las que nunca había aprendido a vivir, y lejos de Mike, cuyo chantaje emocional la desequilibraba.

Después de lavarse la cara y los dientes, Shelley cogió su bata estilo kimono y se la puso. Era de satén verde, con flores blancas, y era su bata favorita, porque Morsa se la había traído de Tokio hacía casi cinco años.

Vio que necesitaba cepillarse el pelo e hizo un gesto de desagrado pues los gruesos mechones estaban muy enredados. Con frecuencia

pensaba cortarse el pelo, pero, aunque de vez en cuando iba a cortarse las puntas, lo llevaba bastante largo. Normalmente se lo dejaba suelto pero, de vez en cuando, se lo recogía en un moño, lo que la hacía parecer más alta.

Después se calzó unas zapatillas sin tacón y abrió la puerta.

Encontró con facilidad el comedor. La puerta estaba abierta y pudo ver una mesa redonda cubierta con un mantel blanco y olió el delicioso aroma del café. Morsa, evidentemente, había ido a decirle a la señora Carl que su huésped no deseaba desayunar en la cama. Shelley entró en la habitación sin vacilar pero se detuvo de forma brusca al ver a un hombre sentado en la mesa. Estaba leyendo el periódico y la muchacha lo único que pudo ver era que llevaba un pantalón vaquero y una camisa de cuadros. La manga de la camisa estaba enrollada casi hasta el codo, dejando al descubierto un esbelto brazo moreno, y en la muñeca llevaba un delgado reloj de oro, el cual, a pesar de su correa de piel, parecía exclusivo. Era la clase de regalo que Morsa compraría, pensó Shelley, adivinando quién era aquel hombre. Pero no deseaba que nadie la viera sin haberse vestido, y se habría retirado antes de que la descubriera, si él no hubiese dejado el periódico en ese momento sobre la mesa.

— ¡Usted!

La vergüenza instintiva de Shelley al ser descubierta, dio paso a un asombro rotundo al ver a aquel hombre, quien en ese momento se puso de pie. Era el hombre del Land-Rover... Ben Saetón... y durante algunos segundos Shelley se sintió tan aturdida que olvidó por completo su descuidado aspecto.

— Buenos días, señorita Host... ¿o puedo llamarte Shelley? —le preguntó.

Era evidente que el hombre se divertía tanto con la reacción de Shelley que la muchacha luchó por recobrar su aplomo. ¿Qué hacía allí? se preguntaba distraída. ¿Cómo la había encontrado? ¿Y cómo sabía su nombre si ella no se lo había dicho? ¡Morsa!, pensó intuitivamente. Morsa debía saber que él estaba allí, y al percatarse de eso, comprendió de pronto lo que ocurría.

Él se levantó y se acercó a la muchacha. Sin tacones, ella parecía mucho más baja y Shelley tuvo un ominoso presentimiento cuando él puso las manos sobre sus hombros.

— Lo siento — dijo él, y entonces la muchacha supo por qué sus ojos le habían resultado ligeramente conocidos—. Sé que te lo debí haber dicho ayer, pero cuando no me reconociste, decidí que merecías todo lo que te pasara — sonrió y sus dientes eran muy blancos y contrastaban con su piel morena —.

Anoche iba a venir a cenar, pero, después de todo, sentí lástima de ti. Adiviné... que después de haber pasado un día como el de ayer... no podrías soportar más sorpresas.

Shelley no sabía qué era lo que sentía... ira ante su deliberado engaño, resentimiento porque todavía la tratara con aquella mezcla de buen humor y tolerancia que había mostrado el día anterior, o pánico por el hecho de que él volviera a su vida y destruyera su resolución de no pensar más en ese hombre.

— ¿Estás enfadada conmigo? — le preguntó con amabilidad.

Dándose cuenta de que Morsa podía entrar en cualquier momento y ella no sabría disimular su turbación, Shelley movió la cabeza con impaciencia.

— Yo... pero... sólo tenías diecisiete años cuando te vi la última vez — le dijo tartamudeando; lo miró y deseó no haberlo hecho. En realidad, él tenía los ojos más fantásticos que había visto, eran gris oscuro en ese momento, rodeados de gruesas pestañas que acentuaban su belleza. Cualquier mujer se podría ahogar en esos ojos, pensó involuntariamente, sin poder apartar la mirada. Cuando él posó su mano sobre su hombro, Shelley volvió a la realidad—. ¿D...

Dónde está tu madre?

— En la cocina — contestó, permitiéndole retirarse.

Shelley recordó que no estaba vestida y se apretó el cinturón de la bata. Aun así, era consciente de que la sutil prenda que la cubría no podía disimular el perfecto contorno de su cuerpo.

—Debo ir a vestirme —anunció distraída, pero, cuando se dio la vuelta para irse, él la cogió por la muñeca.

—No —le dijo apretando cada vez más la frágil mano de la muchacha; Shelley estaba tan alterada que un intenso rubor cubrió su cara.

El ruido de unos pasos que cruzaban el vestíbulo hizo que Shelley se separara un poco de su oponente. Cuando Morsa apareció en la puerta, su amiga ya se había sentado y Morsa los miró, encantada; evidentemente no se había dado cuenta de nada.

— ¿No es una sorpresa, Shelley? —exclamó—. Veo que ya habéis reanudado vuestra amistad. Me sorprende que hayas conocido a Dickens. Deben haber pasado ocho o nueve años desde la última vez que os visteis.

—Ocho —puntualizó su hijo, volviendo a sentarse—. Pero ella no ha cambiado, la habría reconocido en cualquier parte.

Shelley hizo un esfuerzo y sonrió.

— ¡Qué galante! —Le dijo poniendo los codos sobre la mesa para ocultar su cara—. Tu hijo ha heredado tu inclinación a la exageración, Morsa. Eres muy amable, pero no es verdad.

—Oh, Dickens siempre ha sido capaz de sortear cualquier situación con su encanto —dijo Morsa riéndose y su hijo suspiró.

—Mi nombre es Benedicto, madre, no Dickens —miró brevemente a Shelley—. Dudo que tu invitada siquiera sepa mi apellido correcto.

— ¿Importa eso? —Morsa le hizo un gesto—. A Shelley no le importa si te llamas Benedicto Nanning o Benedicto Saetón, y yo, por mi parte, prefiero el nombre Dickens al de Ben —se encogió de hombros.

—Tu padre eligió llamarte Benedicto, y yo quería que te llamaras Richard.

—Bueno, yo prefiero Ben —replicó cuando la muchacha entró con café recién hecho y tostadas—. ¿Qué piensas tú, Sarah? ¿Qué nombre te gusta más? ¿Ben o Dickens?

—Oh, señor Benedicto, yo no sé —la chica sonrió tontamente,

dirigiendo una mirada de triunfo a Shelley, como si estuviera muy orgullosa de la atención que él le prestaba—. La señora Carl me dijo que le preguntara si quiere salchichas o tocino para el desayuno, porque si es así, debo ir corriendo al pueblo a ver si está abierta la tienda de la señora Petra.

—Prefiero tocino —le contestó Ben y su madre frunció los labios.

—Sinceramente, esa chica a veces es imposible —exclamó cuando Sarah salió—. Y tú la alientas, Dickens. ¡Sabes perfectamente que no era necesario que dijera eso de tener que ir corriendo hasta el pueblo! Si querías salchichas, debiste pedir las. No habría tardado más de cinco minutos en ir a la tienda.

—Pero yo no quería salchichas, madre —le respondió Ben con paciencia—. Sólo voy a tomar tocino porque tú insistes. A propósito, ¿dónde está? No tengo todo el día libre.

—Oh... más vale que vaya a hablar con la señora Carl —dijo Morsa levantándose. Antes de que Shelley la pudiera detener, había salido del cuarto.

—No le dijiste a mi madre que yo te había llevado en mi coche, ¿verdad? —preguntó Ben, y Shelley hizo un gesto involuntario.

— ¿Cómo podía decírselo? No sabía quién eras —le recordó, conservando un tono de voz deliberadamente ligero. Pero estaba tan nerviosa que sus manos no podían dejar de temblar.

— ¿Por qué no decírselo ahora mismo? —insistió observando el delicado rubor que subía a la cara de ella—. Supongo que sabe que se reventó la correa del ventilador de tu coche. Estaba muy preocupada, sin saber dónde te encontrabas, ayer cuando la llamé.

—Le dije lo que había pasado —repuso Shelley defendiéndose—. Y que alguien me había llevado a Log Burton —ladeó la cabeza—. ¿Y por qué no se lo dijiste tú, anoche?

—Está bien —Ben aceptó su ofensiva con una sonrisa irónica—. Por la misma razón que no lo hiciste tú, supongo —replicó suavemente—. No quería hablar de ello, no entonces.

Shelley se dio cuenta de que se estaba portando de un modo ridículo y forzando una sonrisa indiferente, dijo:

– Supongo que los dos cogimos el camino más fácil – descartó el tema y apoyó la barbilla en las manos –. Morsa me ha dicho que vas a casarte. ¡Qué emocionante! ¿Cuándo voy a conocer a tu prometida?

– ¡No me trates con condescendencia, Shelley!

Ben estaba evidentemente muy enfadado y la muchacha tuvo que hacer un esfuerzo para controlar el errático latir de su corazón. Era una locura permitir que esa situación no terminase.

– ¿Quieres café? – le preguntó, deseando no derramarlo al servirlo, pero él movió negativamente la cabeza y se levantó con brusquedad.

– Le diré a mi madre que tengo que irme – dijo con una mirada de ira reflejada en sus ojos. Se encaminó a la puerta –. Oh... y Shelley...

– dijo con los dedos en el picaporte de la puerta –. Tú no te pareces en nada a mi madre, así que no actúes como ella. Y no has cambiado. ¡Todavía eres la mujer más bella que he conocido!

Capítulo 3

LA tarde siguiente Shelley se examinó en el espejo, y tuvo algunas dudas. La ropa que había elegido, ¿era adecuada para una simple cena familiar? El vestido de seda azul oscuro de Dir. era muy sencillo, pero la quedaba muy bien y lo que menos quería era que pensaran que iba excesivamente arreglada. Le había parecido la elección más apropiada pero en ese momento no estaba tan segura. Morsa había dicho que cualquier vestido estaría bien, pero Shelley no tenía cualquier cosa. Y además no podía presentarse con vaqueros y blusa cuando iba a conocer a la prometida de Ben.

Dando la espalda al espejo, Shelley recorrió con la mirada la alcoba. ¿Dónde había dejado sus zapatos? Menos mal que ya se había pintado; en ese momento sus manos temblaban y cualquier intento que hubiera hecho para aplicar sombra a sus ojos y brillo a sus labios, seguramente habría sido en vano. Se había lavado el pelo con un champú especial y se lo había recogido en un elegante moño. Aparentaba su edad, pensó dándose seguridad y mirando su imagen

en el espejo una vez más. No se había dado cuenta de que al echarse el cabello hacia atrás quedaba expuesta la pureza de porcelana de su perfil.

Oyó que llegaba un coche y se asomó por la ventana, pero se ocultó detrás de la cortina cuando un Porsche rojo describió un círculo y se detuvo frente a la casa. Se sintió avergonzada, como una de esas mujeres que pasan la vida observando a los demás, y se habría retirado si el hijo de Morsa no se hubiese bajado del coche. Llevaba pantalones de pana y una chaqueta que hacía juego, y estaba tan atractivo como lo recordaba; la brisa levantaba de su frente el rubio flequillo.

« ¡Oh, Dios!», pensó, temblando. « ¡Esto es una locura!» Pero no podía dejar de mirarlo mientras rodeaba el coche para abrir la puerta de la chica.

Jennifer Chatel llevaba un vestido de verano, de tirantes, que dejaba al descubierto la piel morena de sus brazos y hombros. Su pelo era negro y rizado y aunque no era alta, estaba muy bien proporcionada y tenía facciones vivaces. Pero más que nada, era joven, y Shelley suspiró con alivio. No había más que comparar el escote y las mangas angostas de su sofisticado... no sensato... traje, con el vestido de algodón a rayas de Jennifer, para notar la diferencia entre ellas. Shelley estaba elegante, pero Jennifer era fresca y juvenil, con su apariencia de infantil inocencia que todavía no había sido empañada por la experiencia. Y era evidente que estaba enamorada de Ben; no podía dejar de aferrarse a su brazo al ir hacia la casa. Una chica con suerte, pensó Shelley, al pasear, tensa, por su cuarto. Pero pudo observar que Ben miró hacia su ventana al pasar, y se puso nerviosa de nuevo ante la posibilidad de que la hubiera visto.

Tenía que bajar, lo sabía, pero no se sentía preparada para hacerlo. Morsa había dicho que cenarían a las siete y media y que Ben y Jennifer llegarían temprano para tomar algo antes de la cena. Eran casi las siete y veinticinco minutos, no podía tardar más. Podían pensar que deseaba hacer una entrada triunfal.

Después de mirarse por última vez en el espejo, Shelley salió de la

habitación y bajó la escalera. Su perfume, una delicada fragancia de Inés Saint Laurent, la envolvía, y sintió un poco de desconsuelo al pensar que parecía una joven ejecutiva. Era ridículo permitir que un muchacho de la edad de Ben Saetón la inquietara, pensó con impaciencia. Era obvio que su inestable estado mental le provocaba esas extrañas ideas. Esa noche demostraría que estaba mejorando.

Oyó las voces procedentes de la biblioteca, y, dándose ánimos, cruzó el vestíbulo con decisión. La puerta estaba abierta, lo que haría más fácil entrar sin que la miraran.

— ¡Shelley! —exclamó Morsa, llamando la atención de los otros tres invitados; en ese momento Shelley se dio cuenta de que había otro hombre. Alto, moreno y distinguido, con las sienes ligeramente canosas, el recién llegado la miraba con evidente admiración y Morsa se dio cuenta de ello al adelantarse a saludar a su amiga—. ¡Estás preciosa! —Alabó, generosa, ignorando la admiración de Shelley por su blusa de seda y su falda de terciopelo—. Ven, Jennifer y Charles se mueren por conocerte. Te dije que Charles nos iba a acompañar, ¿no? Charles Brande, nuestro médico.

—Sabes que no me lo dijiste, Morsa —le contestó en voz baja y Morsa sonrió.

—Oh, bueno... ven a conocerlo ahora —le dijo, incorregible—. Es viudo, su esposa murió hacía varios años. No tiene familia y es muy amable.

— ¡Morsa! —murmuró Shelley advirtiéndole, pero no le quedó otro remedio que ser presentada, primero a la prometida de Ben y después al médico.

Consciente de que los ojos de Ben estaban fijos en ella desde el momento en que entró en el cuarto, Shelley tuvo cuidado de mirar sólo a Jennifer cuando las presentaron. Era muy bonita, admitió Shelley, y probablemente sería la esposa ideal para Ben. Por ser hija de veterinario, ya sabía las horas a que él tendría que trabajar, y sin duda estaba preparada para las exigencias que su trabajo impondría en sus vidas.

— Sé que usted y la madre de Ben son viejas amigas — le dijo después de haberse estrechado la mano, y Shelley de inmediato recordó los años que tenía —. ¿Cuánto tiempo va a quedarse aquí? ¿No le parece muy aburrido Frágil en comparación con la excitante vida que debe llevar en Londres?

— ¡Oh, Jennifer, no digas eso! — Exclamó Morsa, tomando a la ligera el comentario indiscreto de la chica—. Espero que Shelley se quede todo el verano. ¡Si empiezas a recordarle lo que se está perdiendo en Londres, se irá mañana mismo!

— Estoy seguro de que la señorita Host aprecia las ventajas de nuestros encantos rústicos, Morsa — intervino Charles Brande—. ¿Cómo está usted, señorita Host? Estaba deseando conocerla.

— Gracias.

Shelley sonrió y cuando Jennifer se volvió para hablar con Morsa, Ben se puso a su lado. Cogió a la muchacha por el brazo y con una voz inquietantemente profunda le dijo:

— Ven, vamos a tomar una copa. Quiero hablar contigo.

— No... No puedo — la situación era insostenible. El mensaje que enviaban los ojos de él era inequívoco, y aunque durante los últimos dos días Shelley había estado tratando de convencerse de que la actitud de Ben con ella era la normal teniendo en cuenta que era la amiga más querida de su madre ya no podía seguir engañándose a sí misma —. Ben, por favor...

— ¿Le vas a servir una copa a Shelley, Dickens? — le preguntó su madre y Jennifer empezó a reír de algo que había dicho Charles. Con una sensación de alivio, Shelley se movió, forzando a Ben a que la soltara.

— Nunca lo creerás, querido — exclamó Jennifer, sin darse cuenta de que su prometido no le prestaba ninguna atención —, ¡pero Charles me acaba de decir que la señora Simmons lo ha llamado para que vaya a ver a Arthur! Arthur es el gato de la señora Simmons — añadió para que su novio supiera de qué se trataba —. ¿No es gracioso?

— Es una vieja solitaria — comentó Ben, acercándose a la barra del bar

que había en una esquina de la habitación—. ¿Qué vas a tomar, Shelley? Creo que tenemos casi de todo.

—Me gustaría tomar una copa de vino blanco —respondió Shelley nerviosa, juntando las manos. Luego, viendo que Jennifer la miraba, añadió precipitadamente—: Tú, ¿qué haces, Jennifer? ¿Trabajas con Ben y con tu padre?

—No —contestó moviendo la cabeza—. Por ahora trabajo en la oficina de un abogado, pero espero dejarlo cuando nos casemos. Ben va a necesitar una secretaria. Tanto mi padre como mi tío Bill están a punto de jubilarse, y cuando lo hagan, Ben será el socio mayoritario.

—Entiendo.

Shelley asentía con la cabeza cuando Ben llegó con su copa. Sus dedos rozaron los de ella cuando le dio el vaso. Sus manos eran frías y duras, pero quemaron su piel y se preguntó si él era tan consciente como ella de la corriente eléctrica que había entre ellos.

—Le estaba diciendo a Shelley que cuando mi padre y el tío Bill se retiren, tú serás el socio principal —le dijo Jennifer cogiéndolo del brazo—. Nos casaremos en octubre, debe venir para la boda.

—Oh... yo... eres muy amable, pero...

—No hay una fecha definida —aclaró Ben mientras Shelley trataba de encontrar las palabras para disculparse—. En realidad, depende del padre de Jennifer. Tú deseas que él esté presente en la boda, ¿no? —agregó mientras la chica, colgada de su brazo, empezaba a protestar.

—Sí, por supuesto que lo deseo, pero...

— ¡Dickens, no seas tan agresivo! —Morsa intervino para calmar a Jennifer—. ¡Desde luego, vaya dos! —Exclamó, sin mirar a ninguno en particular—. ¡Ni siquiera pueden ponerse de acuerdo en la fecha de su propia boda!

—Personalmente, siento un gran respeto por las fugas —intervino Charles Brande de forma provocativa—. Sin invitados, sin fiestas, sin...

—... ¡Gracias! —Dijo Morsa dando fin a la intervención—. No te gustaría quitarme la satisfacción de ver casarse a mi único hijo, ¿verdad? Quiero ver a Dickens de traje, caminando por el pasillo de la iglesia de Log Burton. Y, por supuesto, a Jennifer. Querida, estarás preciosa de blanco, con tu cabello negro.

—Mi madre ya ha visto un vestido para mí —dijo Jennifer—. Lo vio en Arrogarte. Tal vez quiera usted venir con nosotras un día, para verlo, señora Saetón. Sé que mi madre agradecerá su opinión.

Shelley saboreaba su vino mientras la conversación fluía a su alrededor. Casi no tomaba parte en ella y se alegraba de replegarse en sí misma y relajarse. Aun así, no podía dejar de notar que tampoco Ben hablaba mucho, y temía que alguien más observara el brillo de sus ojos cuando la miraba. Se dijo a sí misma que se estaba imaginando cosas. Tenía que ser su imaginación, pero la sensación de inseguridad en sí misma que le producía ese hombre permanecía.

Apareció Sarah para anunciar que la cena estaba servida, interrumpiendo sus especulaciones y Morsa observó que la mirada de la muchacha se posaba en su hijo.

— ¿Pasamos? —Sugirió tocando el brazo de Shelley—. ¡De verdad, esa chica! —Dijo en voz baja—. ¡No se le ocurre pensar que a mí no me puede parecer bien!

— ¿A qué te refieres? —Shelley se humedeció los labios.

—Sarah —murmuró impaciente—. ¿No has observado las miradas de Deseo que le dirige a Dickens? Me digo a mí misma que sólo tiene diecisiete años y no sabe lo que son las cosas, pero está comenzando a molestarme.

—Oh —Shelley sintió frío recorrer su espalda—. Entiendo.

—En parte, culpo a Ben —añadió Morsa cuando entraban en el comedor—. Quiero decir que juega con la chica y ella lo toma en serio. ¡Pero ahora él está comprometido y Sarah debería darse cuenta de que no está interesado en ella!

—Sí.

Shelley escuchaba lo que Morsa le decía, con un sentimiento de culpabilidad. Se preguntaba si Morsa confiaría en ella si sospechara lo que sentía. Involuntariamente, quizá, pero no por eso menos importante.

Haciendo un esfuerzo, Shelley trató de apartar el tema de su mente. La mesa estaba preciosa. Había servilletas en copas de cristal en cada lugar y un centro de mesa de rosas y claveles que parecía oscilar al brillo de dos altas velas.

—En realidad, no necesitamos las velas, pero pensé que quedarían bien —comentó Morsa al colocar a cada uno en su sitio—. Shelley... siéntate aquí, junto a mí, con Charles a tu lado, y Jennifer; tú siéntate frente a Shelley —le sonrió a su hijo—. Estoy segura de que tú sabrás encontrar tu lugar, querido.

Morsa ocupaba el lugar principal a la cabecera de la mesa, y Shelley se encontró enfrente de Ben cuando él se sentó junto a Jennifer. Morsa había arreglado todo de manera que, como Charles no tenía a nadie junto a él, estuviera obligado a hablar con Shelley. Cuando empezaron a comer, ella pasó un buen rato contestando a las preguntas del médico.

—Debe ser muy interesante trabajar en la televisión —le comentó, y Shelley, que estaba acostumbrada a esa clase de preguntas, le sonrió.

—A mí me gusta —dijo, aunque sin el entusiasmo que antes sentía—. Cualquier tipo de comunicación es importante en una sociedad que parece emplear su tiempo en alejarse de todo contacto humano.

— ¿Es eso lo que hacemos? —preguntó Charles.

—Oh... —Shelley odiaba parecer dogmática—. ¿No le parece obvio? Todo propósito de la civilización occidental parece haber sido diseñado para desconectar al hombre de su vecino. La era del ordenador marcó el principio del aislamiento creciente.

—Continúe —Charles estaba intrigado, pero Shelley titubeaba. En ese momento todos estaban callados y la atención de los comensales centrada en Shelley.

—Estoy segura de que no desean escuchar mis puntos de vista —

afirmó un poco avergonzada, deseando poder tragar un trozo de espárrago que parecía habersele quedado en la garganta. Tomó un trago de vino, pensando hacer algún comentario evasivo, y le agradeció mucho a Ben que interviniera.

—Yo creo que Shelley quiere decir que los ordenadores producirán un cambio drástico en nuestro estilo de vida —comentó—. Ahora mismo, apenas estamos arañando la superficie de lo que pueden hacer por nosotros. Leí el otro día que, dentro de unos años, los ordenadores controlarán el presupuesto familiar, pidiendo cualquier producto que se necesite a otro ordenador situado en el almacén. Es más, se habla de cerebros electrónicos que podrán diagnosticar enfermedades sencillas, para ahorrar a los médicos las visitas a domicilio. Más vale que te prepares, Charles, podrías quedarte sin trabajo.

—Yo no —Charles hizo un gesto—. Para entonces, yo ya me habré jubilado, ¡gracias a Dios! —Meneó la cabeza—. Es aterrador pensar en eso, ¿no? No habrá necesidad de ir de compras, ni de visitar al médico. Creo que todo empezó cuando los cines comenzaron a cerrar sus puertas.

—Por lo que debemos dar gracias a la televisión —dijo Ben, y Shelley, que por fin había podido tragar el trozo de espárrago y empezaba a relajarse, se quedó sin respiración—. No podemos ignorar el hecho de que la televisión tiene mucha culpa —agregó, sosteniendo su mirada con ironía—. ¿No fue la televisión la que en un principio originó esa falta de comunicación? Me parece recordar que fue acusada de matar el arte de la conversación.

—Bueno, sí, pero la gente ahora está mejor informada —exclamó Shelley defendiéndose—. ¿Tienes idea de a cuántos posibles votantes llega, en tiempo de elecciones, por medio de la simple fórmula de transmitir los puntos de vista de un político?

—¿Y tú crees que eso es bueno? —Le preguntó Ben con sorna—. ¿Te parece justo exponer al hombre de la calle a una procesión de fanáticos proclamando su particular locura?

—La gente es libre de elegir —protestó Shelley—. Siempre tiene la

opción de apagar el televisor. No tiene que escuchar.

—Pero lo hacen —Ben arqueó una ceja—. No toda la gente es mentalmente capaz de decidir lo que debe o no debe creer.

—Ese es un comentario muy arrogante...

—Pero es realista...

— ¡Es esnobismo intelectual!

—Entonces, ¿tú permitirías que cualquiera escuchara... o viera...

Cualquier cosa?

—Yo no digo eso —contestó sonrojándose.

—Entonces, ¿qué es lo que dices?

—He oído que algunos actores rehúsan aparecer en televisión porque arruina su imagen —intervino Charles, tratando de calmarlos—. ¿En qué clase de programas trabaja usted, Shelley?

— ¡Vamos! —Gritó Jennifer—. ¡Estoy segura de que Shelley no ha venido aquí para defender lo que hace, Ben! Tal vez le aburra hablar de su trabajo, como me pasa a mí. Esto es una cena... ¡no un debate político!

Siguió un incómodo silencio después de esta interrupción y Shelley deseó que la cena terminase pronto. No había querido hablar de su trabajo, nunca lo hacía. Pero era difícil evitar el interés que despertaba.

—Lo siento —empezó a decir torpemente, cuando de nuevo Ben acudió en su ayuda.

—Ha sido culpa mía —dijo sonriéndole, arrepentido—. Temo que tengas razón, soy arrogante —miró a Morsa—. Eso me viene de ser hijo de mi madre.

—No me metas en esto —exclamó Morsa, alegrándose de poder intervenir para tranquilizar los ánimos, y la aparición de Sarah, para llevarse los platos, fue una distracción que todos agradecieron.

La conversación giró acerca del vino y la preferencia de Morsa por las cosechas francesas.

—Bueno, yo no seré un entendido como tú —dijo Charles—, pero prefiero los vinos alemanes. ¿Te dije que me han invitado a unirme a un grupo de catadores del valle del Rin el próximo octubre?

—No, no me lo has dicho.

Morsa estaba fascinada y Shelley se dispuso a empezar con el muslo de pollo que tenía en su plato. Le habría gustado no tomar parte en la conversación, pero Jennifer pensó de manera distinta.

Aparentemente, al sentir la hostilidad de su prometido hacia ella, se inclinó sobre la mesa y le dijo a Shelley, en confianza:

—Espero no haberla ofendido, pero usted vino aquí para alejarse de su trabajo, ¿verdad? La señora Saetón dice que necesita usted reposo absoluto, ¡que no debe hacer nada al menos durante tres meses!

La novia de Ben debía pensar que estaba a punto de jubilarse por incapacidad total. Shelley suponía que la intención de Jennifer era buena, pero no pudo evitar la involuntaria sospecha de que la chica estaba aprovechando toda oportunidad para hacer notar la diferencia que había entre las dos... al menos, hacer notar el hecho de que ella era joven y llena de energía, mientras Shelley era vieja y a punto de agotarse.

—No exactamente —repuso Shelley, con la copa entre las manos—. Sólo tengo que tomar las cosas con calma durante un tiempo. He trabajado demasiado.

— ¡No es una inválida! —Exclamó Ben, mirando a su prometida con impaciencia—. ¡La tensión mental afecta a la mente, no al cuerpo!

—Ya lo sé —Jennifer lo miró, a la defensiva—. Pero debes admitir...

Shelley parece cansada. Y pálida. No está bien, cualquiera puede verlo.

—En mi opinión, tiene buen aspecto —replicó y se dirigió a su madre—. A propósito, ¿te dije que vi a Martin Asconde el martes? Dice que estará encantado de poder cuidar del jardín. Es lo que necesita para mantenerse ocupado.

— ¡Oh, me alegro!

Mientras Morsa expresaba su alivio por haber encontrado un jardinero, Shelley permitió que la respiración, que apenas se daba cuenta de haber estado reteniendo, se le escapara. Pero también observó que Jennifer aún la miraba con aire ligeramente resentido.

Rechazó el postre y sintió alivio al levantarse de la mesa y aceptar que Charles la acompañara afuera. El café y los licores se sirvieron en el jardín. La temperatura allí era muy agradable.

Charles y Shelley se sentaron en un rincón y luego el médico fue a buscar el café. Como Morsa estaba ocupada sirviendo las tazas y Jennifer la ayudaba, Ben estaba solo. Al darse cuenta de que Shelley lo observaba, se acercó hasta donde estaba ella sentada. Se puso en cuclillas junto a ella y atrajo su atención sólo con pasar un dedo por su antebrazo; ella quitó el brazo para evitar su inquietante contacto.

—De verdad, ¿cómo te sientes? —le preguntó, sus ojos eran oscuros e intensos, y Shelley se rio de forma nerviosa.

—Quieres decir... ¿por qué estoy tan pálida y cansada? Oh, ¡sobreviviré! ¡Siempre que continúe tomando mis medicinas!

—No ha sido eso lo que he querido decir, y tú lo sabes —replicó él con ira—. Ha sido duro para ti, lo sé. Y si estás pálida y cansada, no disminuye en absoluto tu atractivo físico.

— ¿No deberías estar ayudando a tu prometida con el café? —Le sugirió inclinando la cabeza—. Charles traerá el mío, yo creo que tu madre le ha pedido que me acompañe.

—Estoy seguro de ello —la voz de Ben era baja—. ¿Qué piensas de él?

—Es... un hombre encantador —dijo alzando los hombros.

—Te has dado cuenta de que mi madre está haciendo de casamentera, ¿verdad? —Le preguntó Ben—. Está deseando que encuentres que Frágil es más atractivo que la gran ciudad.

—No es muy probable, ¿no crees? —murmuró Shelley, luchando contra el pensamiento insidioso de que, en determinadas circunstancias, podría ser—.

Creo que exageras, Ben. Morsa sabe que mi trabajo está en Londres.

—Y tú eres una mujer independiente como mi madre, ¿correcto?

—Correcto —afirmó, mirando nerviosa hacia el grupo que se encontraba alrededor de la mesa—. Oh, aquí viene Charles con mi café.

En efecto; Charles todavía estaba a alguna distancia de ellos cuando Ben ahogó un sonido de impaciencia y se puso de pie de forma brusca.

—Ahora no podemos hablar —le dijo haciendo que ella lo mirara, incrédula—. Mañana vendré a buscarte, puedes venir conmigo cuando visite algunas de las granjas cercanas. Tendrás oportunidad de ver algo...

— ¡No!

— ¿Por qué no? —su delgado rostro estaba tenso y sus ojos más oscuros que nunca, pero Shelley no le pudo contestar.

—Aquí está Charles —dijo cuándo el doctor llegó a donde estaban, y Ben saludó a Brande antes de ir a reunirse con los demás.

—Supongo que conoces al hijo de Morsa desde hace algunos años —comentó Charles, sentándose en la silla junto a ella, y Shelley hizo un esfuerzo para dejar de mirar a Ben, que se alejaba.

—Oh... sí —contestó llevándose la taza a los labios, con incertidumbre—. Él... aún iba al colegio cuando lo conocí. Ha... Crecido mucho desde entonces.

—Sí —Charles asintió con la cabeza—. Es un buen chico, y tiene exactamente la edad que tendría mi hijo, si hubiese vivido.

Shelley dejó de pensar en Ben y prestó al señor Brande toda su

Atención. Recordó que Morsa le había dicho que no tenía familia.

— ¿Su hijo murió? ¿Cuándo?

—Oh... hace más de veinticinco años —replicó Charles, recordando—. Trevor... así se llamaba... Trevor murió cuando tenía una semana. Creo que mi esposa nunca se repuso.

—Lo siento —Shelley tocó su brazo—. ¡Qué tragedia!

—Sí, fue terrible —le sonrió con tristeza—. Quizá si hubiésemos tenido más hijos, habría sido diferente, pero no fue así. Alicia... mi esposa no quiso tener más hijos. Fue un choque tremendo para ella después de haber llevado en su seno durante nueve meses a su hijo.

—Yo creo que nadie se repone nunca de la muerte de un hijo.

—No —Charles asintió con la cabeza, y luego hizo a un lado sus recuerdos—. Pero esto no está bien. Se supone que no debo aburrirla con mis problemas. Dígame, ¿lo está usted pasando bien en Wensleydale? Será más tranquilo que Londres, pero le puedo asegurar que tenemos nuestras distracciones.

Shelley se alegró de que la velada terminase. Después de las diez, Charles, sin muchas ganas, se marchó, pues recibió una llamada telefónica y muy poco después, Jennifer dijo que ella y Ben también debían retirarse.

—Ben tiene que llevarme a casa —murmuró, entrelazando sus dedos con los de él—. A mi padre no le gusta que esté fuera hasta muy tarde.

—Estoy segura de ello —comentó Morsa cariñosamente, intercambiando una mirada con su hijo—. Conduce con cuidado, Dickens. Estos caminos no fueron hechos para las velocidades de tu coche.

—Puedes confiar en mí —contestó Ben, besando a su madre. Luego miró a Shelley—. Que duermas bien —le dijo y ella se preguntó si sus palabras tenían un doble sentido—. Os veré... pronto.

Capítulo 4

SHELLEY estaba tomando el sol cuando oyó el ruido de un coche. Era una mañana preciosa, y como Morsa parecía estar nerviosa durante el desayuno, Shelley le dijo que no necesitaba descuidar su trabajo mientras ella estuviera de visita.

— ¡Qué alegría! —Exclamó Morsa dejando de leer los diarios; luego

abrazó a Shelley—. Me siento muy mal abandonándote cuando hace apenas una semana que has venido, ¡pero tengo mucho trabajo!

—Entonces, hazlo—dijo Shelley sonriendo y retirándose el pelo de la cara—. Quiero que dejes de considerarme como una visita, y lleves una vida normal. De verdad, no necesito que me atiendas constantemente. Estoy descansando tanto que me encuentro mucho mejor. Voy a coger un libro y a tumbarme en una silla en el jardín. ¡Olvídate de mí por completo!

— ¡Como si pudiera! —Morsa le acarició la mejilla—. Oh, Shelley, te quiero mucho. No sabes lo que significa para mí tenerte aquí. Deseo que consideres a Frágil como tu propio hogar.

A Shelley no le resultó fácil relajarse, después de eso. Aunque habían pasado tres días desde que vio a Ben por última vez, Shelley recordaba cada palabra que él le había dicho, y cuando Morsa la trataba con tanto cariño, se sentía hipócrita. Se decía a sí misma que las relaciones con su amiga nunca se deteriorarían y que, al fin y al cabo, Ben solamente había sido amable con ella, pero no conseguía convencerse de ello. Vivía en un estado incierto de aprensión, temiendo que él apareciera de nuevo, y se despreciaba por permitir que un muchacho la afectara tanto.

El motor de un coche se detuvo, y Shelley se levantó. Podía ser Charles, se dijo. Había ido el día anterior a tomar una taza de café, pero, ¿iría dos días seguidos? Por supuesto, podía ser el carnicero que pasaba por allí dos veces por semana, o el jardinero. O podía ser Ben, reconoció finalmente. Y si era él, no quería que la viera así.

Estaba a punto de entrar en la casa, cuando se encontró con él. Ben llegó

Sin hacer ruido y ni siquiera avisó de su llegada a la señora Carl. Llevaba una camiseta azul oscuro, sin cuello y unos vaqueros ajustados, que marcaban su silueta, y su pelo estaba húmedo.

—Hola—dijo parándose y Shelley supo que no podía evitar su compañía.

—Hola—respondió volviéndose, titubeante, hacia él—. ¿Quieres ver

a tu madre? Creo que está trabajando, pero estoy segura de que querrá saber que estás aquí...

— Ya lo sabe — dijo Ben. Examinó su apariencia, admirándola, con los ojos entrecerrados—. Es más, me ha llamado por teléfono y me ha pedido que viniera a llevarte a alguna parte.

— ¿Para... para llevarme de paseo? — preguntó.

— Se sentía culpable — comentó Ben acercándose a menos de un metro de ella—. Dijo que comprendías perfectamente sus obligaciones, pero que como no habías salido a ninguna parte desde que llegaste, te gustaría dar una vuelta.

— Pero... eso es ridículo — protestó ella sin mirarlo.

— ¿Por qué?

— Se lo dije. No necesito que me entretengan.

— Pero yo quiero hacerlo — repuso él con calma—. No me desprecies. Ve y ponte una falda o algo, y vámonos.

— ¿Así? — Shelley estaba asombrada. Esa mañana hacía tanto calor que se había puesto la malla que llevaba en sus clases de gimnasia en Londres y, sin los leotardos se sentía desnuda.

— A mí me parece que estás bien — repuso Ben, pero ella vio que fijaba la vista en sus senos.

— Quieres decir que parezco más bien ridícula, y por lo tanto te intimidó menos — le dijo de forma deliberada, adoptando un tono un poco protector, pero a Ben no lo engañaba.

— Nunca me has intimidado, Shelley — le contestó y cuando ella apartó su mirada, él se sentó en una silla.

— ¡Tus botas están sucias! — Protestó Shelley olvidándose de su opaciencia, y él la miró con burla.

— No me hagas esperar — le dijo—. Vamos, ve y arréglate. Y no tardes mucho, tengo trabajo que hacer.

La aparición de Morsa dio el asunto por terminado. En cuanto vio a su hijo, la expresión de su cara cambió.

—Por supuesto que debes ir con él —exclamó cuando Shelley le dijo que estaba muy bien en la casa, tomando el sol—. De verdad, Shelley, me sentiré mejor si vas con Dickens. Y él no tiene inconveniente, de verdad. Se alegrará de ir contigo.

—Morsa, te dije...

—Ya sé, ya sé. No quieres que me preocupe por ti, pero no lo puedo evitar. Y sé que si sales y te diviertes, no me sentiré tan culpable al ponerme a trabajar.

—Morsa —dijo Shelley suspirando—, Morsa, cuando vivías en Londres, con frecuencia me pasaba horas en tu estudio mientras trabajabas...

—Pero entonces no estabas enferma...

— ¡Y tampoco ahora lo estoy! —protestó Shelley, apretando los puños con rabia mientras Ben, que se había puesto de pie, sonreía—. Sólo necesito reposo, es todo.

—Podrás descansar mañana —le dijo Morsa con firmeza. Miró detenidamente a Shelley—. Pero yo me pondría algo de ropa en tu lugar. Los granjeros son más bien conservadores, ¡y tu atuendo no lo es!

Shelley subió a su cuarto para cambiarse y se quitó la malla. Se preguntaba qué sentiría Morsa si supiera que el verdadero motivo por el cual no quería salir con su hijo era porque temía lo que pudiera suceder. ¿Cómo reaccionaría Morsa ante la noticia de que su adorado «Dickens» no se privaba de tratar de conquistar a las amigas de su madre? Y peor aún, ¿cómo se sentiría si supiera que Shelley no era capaz de rechazar las insinuaciones del muchacho?

Cuando bajó, Shelley llevaba puesto un vestido de manga larga marrón; no se había soltado el pelo que ya consideraba que la trenza le restaba atractivo y quería pasar por una campesina más.

Morsa no hizo ningún comentario sobre el atuendo de su amiga. Al contrario, los acompañó hasta la puerta principal de la casa, donde esperaba el Land-Rover, y acarició el brazo de Shelley al ayudarla a subir.

—Te vas a divertir —le dijo, pero era más una súplica que una aseveración, y Shelley suspiró.

—Estoy segura de ello —contestó amablemente.

Dos horas después, Shelley se preguntaba por qué no había conocido los maravillosos alrededores del pueblo de su amiga antes. A pesar de sus temores, se estaba divirtiendo y sentía algo de vergüenza por haber dudado de las intenciones de Ben. Desde que salieron de Frágil no le había dado motivos para que se sintiera a disgusto con él; evidentemente su interés desmesurado por ella era fruto de su imaginación.

Visitaron varias granjas cercanas y Ben le dijo que esa zona del pueblo, en invierno quedaba incomunicada por la nieve y más de una vez él había tenido que ir andando hasta allí para atender a alguna oveja enferma. En verano, los granjeros se quejaban de falta de agua, pero se alegraban de ver a Ben y lo trataban con evidente respeto.

Mientras el veterinario vendaba la pata de un toro que se había lastimado al tratar de alcanzar una manada de vacas y examinaba a un rebaño de ovejas que había perdido el apetito y se habían vuelto apáticas, a Shelley le ofrecieron té y panecillos, y le hicieron muchas preguntas. Era obvio que los campesinos la miraban con curiosidad y ella, pacientemente les explicó que era una amiga íntima de la madre de Ben y que pasaba unas semanas en el valle para recuperarse de una enfermedad. Era más fácil decir que había sufrido un extenuante ataque de bronquitis que explicar los verdaderos motivos de su estancia allí. Ben la miró con ironía cuando la amable esposa de un granjero le ofreció un remedio a base de vinagre, limón y miel.

—No sabía que hubieras tenido bronquitis —le comentó cuando estaban ya en el coche, y Shelley le hizo una mueca.

—No he tenido bronquitis —contestó—. Pero no quería hablar de...

Bueno, de lo que en realidad sucedió, y ella fue tan amable que no pude rechazarlo.

—Son personas amables —aceptó Ben, asintiendo con la cabeza—. Casi toda la gente de los valles es así, es su forma de vida.

—Bueno, no todas —dijo Shelley con tristeza, y, bajo la mirada interrogante del muchacho, se encontró contándole todo acerca de su niñez y de la granja de Transida donde nació su padre—. Nunca volvimos, ni siquiera para el funeral de mi abuela —añadió después de explicarle la tensión familiar que hubo en el entierro de su abuelo—. Yo les escribí cuando murieron mis padres, pero no contestaron; debieron pensar que me puse en contacto con ellos para pedirles dinero.

—Pobre Shelley —murmuró él; parecía sincero y ella se volvió y miró hacia otro lado. La súbita confianza que había nacido entre ellos la confundía. Se despreciaba a sí misma por no ser capaz de considerar al muchacho como un simple amigo—. ¿Tienes hambre? —le preguntó Ben de repente, y ella hizo un gesto negativo.

— ¿Cómo voy a tener hambre si me han ofrecido té y panecillos lo menos media docena de veces? —le contestó.

—Pero no siempre has aceptado —repuso Ben—. Pensé que te gustaría tomar una copa y un aperitivo en algún bar del pueblo. O, si lo prefieres, podría comprar un par de pasteles y algunas latas y comeríamos en el campo.

Shelley lo miró, vacilante. La idea le parecía muy atractiva, mucho más que ir a sentarse en alguna taberna mal ventilada, y llena de gente. Y Ben no querría llevarla a un bar donde pudieran reconocerlo. Sabía que a Jennifer no le agradaría.

— ¿Qué prefieres? —le preguntó ella—. A mí me da lo mismo.

—En ese caso, pasaremos el día en el campo —decidió Ben. Aceleró al bajar la colina hasta la villa de Garthwaite. Luego, frenando, se detuvo en la puerta de Firmes Armas—. La dueña de esta pensión prepara un pastel de carne y patatas delicioso —dijo el muchacho—. Espérame un minuto, no tardo.

Cuando volvió al coche llevaba cuatro latas de cerveza y dos paquetes que olían muy bien.

—Dos pasteles de carne y dos rebanadas del famoso pastel de manzana de la señora Mar Rick —le dijo al dárselos—. Conozco

exactamente el lugar donde podemos comer.

Salió de Garthwaite por la carretera que conducía a las cataratas de Aysgarth. Luego, cogió un camino más angosto que llevaba al pie de una colina llena de árboles. Llegaron a una ladera cubierta de hierba frente a un arroyo, donde crecían abundantes amapolas silvestres.

– ¡Qué hermoso lugar! – exclamó Shelley, sin poder evitar demostrar su entusiasmo, y Ben sonrió.

– Bonito, ¿verdad? – contestó modestamente, y ella abrió la puerta y bajó del coche.

Shelley aspiró profundamente y expelió el aire de sus pulmones con gran regocijo.

– ¿Sabes una cosa? Tengo apetito – le dijo –. No recuerdo cuándo fue la última vez que lo sentí.

– Eso es bueno – Ben se sentó en el suelo y extendió la mano, invitándola a sentarse –. Ven. Comamos. La comida sabe mejor al aire libre.

Shelley no sabía si la intención del muchacho era buena, pero, en vez de sentarse, le dio los paquetes que contenían la comida. Cuando Ben los abrió, ella se sentó y aceptó el pastel que le ofreció, sin mirarlo.

El pastel estaba bueno y todavía tibio y ella comió feliz, contenta de disfrutar de aquel día. Nunca había probado el pastel de carne, pero estaba delicioso, y también la cerveza. Ben abrió dos latas y le dio una y de vez en cuando ella tomaba un trago. Estaba fría y resultaba ideal para combatir el intenso calor de aquella tarde.

El pastel de manzana la dejó saturada, pero entonces él ya había terminado de comer y se había tendido en la hierba. Se había desabotonado la camisa, exponiendo el pecho hasta la cintura.

– ¿Te ha gustado? – quiso saber volviéndose hacia ella y Shelley se preguntó si él se daría cuenta de la conmoción que producía su cercanía. – Mucho – contestó luchando para combatir el efecto que producía en ella su esbelto cuerpo moreno; Ben cerró los ojos.

Shelley bebió lo que quedaba de su cerveza y se propuso relajarse.

Todo era muy tranquilo y muy pacífico, y la respiración medida de Ben tenía un efecto relajante. Pronto también ella sintió que se le cerraban los ojos, pues había comido tanto que estaba amodorrada. Tal vez durmiera durante unos cuantos minutos, pensó dejando la lata a un lado. Una siesta al sol le parecía atractiva, y se durmió sobre la hierba...

Soñaba... un hermoso sueño en el cual se sentía segura y amada. Había un hombre, no podía verlo muy claro, pero estaba con ella, la besaba y le proporcionaba aquel delicioso sentimiento de calor y seguridad. No era Mike. Mike nunca la había hecho sentirse así. Ni cuando le hacía el amor; siempre había sabido que una parte de ella no era suya, que estaba lejos y miraba lo que hacía con indiferencia. Pero en ese momento no sentía aquella indiferencia... sólo una envolvente sensación de emoción y expectación que se extendía por todo su ser y dominaba todo su cuerpo.

Fue la fuerza de esa emoción lo que la hizo despertar y, cuando abrió los ojos, no pudo comprender dónde estaba ni qué era lo que sucedía. No estaba sola, de eso se dio cuenta inmediatamente; pero los labios que acariciaban la curva de su mejilla no eran conocidos, aunque el efecto que le producían era agradable. Sintió una mano que penetraba por el escote de su vestido, y se detenía entre el hombro y la nuca, y la íntima caricia de aquellos dedos fue lo que despertó su latente pasión.

— ¡Ben! —cuando él alzó la cabeza para mirar sus labios involuntariamente abiertos, Shelley se dio cuenta de dónde y con quién estaba. Volviendo la cabeza para impedir que él la besara, exclamó, furiosa —. Ben, ¿qué demonios crees que estás haciendo?

— ¿No te parece obvio? —le preguntó—. Eres una hermosa mujer y quería besarte.

— ¡Por amor de Dios! —Shelley estaba temblando, pero empujó su mano y, con dificultad, se puso de pie y añadió, atónita—: ¿Te has vuelto loco? ¡Ya no eres un niño, Ben!

— ¿Quieres decir que si fuera un niño me perdonarías? —le preguntó, acercándose a ella. Y luego, de forma más expresiva—:

Hace ocho años no me habría atrevido, pero eso no significa que no lo deseara.

– ¡No sabes lo que dices!

Shelley se soltó el pelo y comenzó a hacerse la trenza de nuevo mientras él la observaba. Sus ojos la hipnotizaban; su pálida belleza se había oscurecido por la frustración que sentía.

– Ben... no creo que esto...

– ¿Por qué no? Como has dicho, ya no soy un niño. Sé lo que quiero.

– Creo que debemos marcharnos. ¿Cuántas visitas te quedan por hacer esta tarde?

– Ninguna que no pueda esperar –respondió–. Shelley, mírame y dime que no quieres que te toque.

– No quiero –alzó la cabeza, pero cuando trató de mirarlo no fue capaz de hacerlo–. Oh, Ben... no hagas esto.

– Entonces, detenme –le dijo sencillamente acariciando su cara y acercando su boca a la de ella.

Ella trató de resistir, apretando los labios en un vano intento de evitar su íntima invasión, pero de nada sirvió. El calor de su boca y la humedad de su lengua la hicieron olvidar sus inhibiciones y abrió los labios inconscientemente.

Ben la besó con pasión, mientras la tendía sobre la hierba. Sus manos acariciaban el cuello de Shelley con tanta ternura que la muchacha sintió que un estremecimiento recorría todo su cuerpo. Percibía el intenso aroma de su piel y, completamente desinhibida le rodeó el cuello con los brazos, y acarició su cabello con los dedos.

Sus besos se volvieron más largos, más profundos, más apasionadamente exigentes, y Shelley se rindió a él por completo. Su mente olvidó las razones por las cuales estaban allí, la confianza que Morsa tenía en ella y las inevitables consecuencias de esa insensata relación. Por primera vez en su vida respondía con libertad a las necesidades de su cuerpo, y el resultado moral de su imprudencia era algo que no estaba preparada para afrontar.

Sin dejar de besarla, Ben buscó con sus dedos los botones del vestido de la muchacha y los desabrochó hasta la cintura. Luego, con un gemido, la quitó el sujetador de encaje y acarició su turgente pecho.

—Shelley —murmuró, buscando con la lengua sus senos inflamados, que ella no hizo nada por ocultar, y con sus labios empezó a producirle un dolor físico en lo más profundo de su ser.

Fue en ese momento cuando Shelley supo que debía detenerlo, entonces, cuando aún podía hacerlo. Lo deseaba... ¡Dios, cuánto lo deseaba! Pero no podía permitir que aquello sucediera. Si le permitía hacerle el amor, estaría creando una situación definitivamente más explosiva que la que había dejado en Londres, y además, no podía permitir que creciera ese evidente amor juvenil hasta llegar a ser algo que más tarde él mismo lamentaría. Él no la amaba... cielos, casi no la conocía... sólo estaba tratando de hacer realidad una fantasía infantil. Pero ella no era una niña, era una mujer, y no tenía intenciones de permitir que la indudable habilidad de Ben la trastornase hasta el punto de negar la realidad.

Intentando ignorar las emociones que él despertaba en ella, se esforzó en hablar utilizando palabras que lo hicieran reflexionar.

—Ben —murmuró—. Ben, vas a tener que permitir que me levante. Esa cerveza que me diste... es la causa de todo, si entiendes lo que quiero decir.

Hubo un momento en el cual creyó que él no le iba a hacer caso, cuando sus labios se separaron de su pecho para devorar la suavidad de su boca, con una urgencia que lindaba en angustia. Luego la dejó. De pronto, se levantó y se apartó de ella; se sentó, dobló las piernas y apoyó los codos en las rodillas. Al verle tan triste, Shelley sintió deseos de besarle, pero no podía retractarse cuando había tantas cosas en juego.

—Lo... siento —dijo abrochando rápidamente los botones del vestido. Se sentó y continuó—: Creo que es mejor que nos vayamos.

— ¿De verdad? —Ben se volvió para mirarla e hizo un gesto de desdén—.

No finjas que lo dices en serio. No nací ayer.

—Entonces deberías saberlo sin preguntarme, ¿no? —Se defendió Shelley, dándose cuenta de que tenía que enmendar la mentira—. Lamento que no me creas, pero así es.

— ¡Muy bien! —le dijo él mirándola con desdén.

—Oh, por favor. ¡No tengo ganas de discutir!

— ¿Por qué no? —Sus ojos estaban velados por la ira—. ¿No lo soportarían tus nervios?

— ¡Ben, no te pongas así!

— ¿Cómo? —La miró sin expresión—. ¿Enojado? ¿Dolido? ¿Frustrado?

—Lo siento...

—Estoy seguro de que lo sientes.

—Sí, lo siento. Pero... —buscó algo que decir para tranquilizar al muchacho—. Ben, no es una buena idea.

—Tú lo has decidido, ¿no?

— ¡Ben, no es lo que tú piensas!

—Tú no sabes lo que pienso.

—Oh, creo saberlo —Shelley se mordió el labio inferior—. Probablemente te imaginas que siempre hago lo mismo, pero no es así. No sé qué te habrá dicho tu madre de mí...

— ¡No mucho!

— ... pero yo no me acuesto con todo el mundo...

—No te lo he preguntado.

—Sí, lo estás haciendo —le contestó—. No finjas que sólo querías besarme.

—Yo no finjo nada.

— ¿Quieres decir que yo sí he estado fingiendo?

—Bueno, estabas mintiendo, ¿no es cierto? Cuando me has dicho que

tenías que separarte de mí.

— Sólo era una forma de hablar...

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Oh, Ben, ya basta —suspiró—. Creo que debemos irnos ahora que todavía somos amigos y nos hablamos.

— ¿Por qué?

— Tú sabes por qué —le contestó suspirando.

Él se encogió de hombros con evidente desdén.

— ¿Y qué hay de malo en disfrutar de este fabuloso día? —le dijo con burla—. Si estás diciendo la verdad, allí hay unos árboles en donde puedes...

— Estás disfrutando con esto, ¿verdad? —le reprochó y la expresión de él cambió.

— Oh, sí, seguro —le contestó—. ¡Siempre me esmero en insultar a la persona con quien deseo hacer el amor!

— Ben —dijo ella apretando los labios—. Creía que éramos amigos...

— Yo también.

— Y también lo cree tu madre —le dijo, furiosa—. ¿No ves lo que esto podría afectarla, si lo supiera?

— Yo ya no le rindo cuentas a mi madre —le contestó con impaciencia—. Por amor de Cristo, ¿qué crees que voy a hacer? Sentarme en sus rodillas cuando regresemos y decirle que la «tía» Shelley me ha estado enseñando a...

— ¡No digas más! —con una exclamación de disgusto, Shelley se puso de pie y se apartó de él. Fue, casi sin ver, hasta el arroyo, sin notar que había una enorme zarza hasta que se arañó el brazo; Ben, sin ver lo que pasaba, se puso de pie de un salto.

— ¡Shelley, regresa! —le ordenó—. Si en realidad lo tienes ganas de... bueno, te llevaré a la taberna de Garthwaite...

— ¡No, no lo harás! —Shelley le dirigió una triste mirada y, sin otra palabra, subió al Land-Rover.

– ¿Qué te has hecho? –le preguntó Ben cuando subió al coche y la vio que se estaba secando la sangre de la herida con una toalla, pero Shelley estaba demasiado disgustada para contestarle—. Déjame ver insistió; apartó las manos de la muchacha y examinó el rasguño; ella perdió la paciencia.

– ¡No me toques! –gritó, y le dio una bofetada con la mano que tenía libre; él la miró, incrédulo, antes de soltarla.

– ¡Eres una mujer muy complicada! –le dijo con rabia.

–En ese caso... es mejor que no te compliques la vida conmigo – le contestó, y agregó—: ¿Qué pasa? ¿Te rechazó Jennifer anoche?

El rubor invadió las mejillas de Ben y ella se arrepintió de sus palabras. No quería herirlo así. Dios, ella sabía lo que deseaba hacer con él, y no tenía nada que ver con las feas e hirientes palabras que había pronunciado.

–Oh, Ben –empezó a decir, casi a punto de pedirle perdón, pero él la interrumpió. Su voz era indiferente y desapasionada cuando le preguntó:

– ¿Te importaría algo si lo hubiese hecho?

–Yo... yo... –no encontraba las palabras, pero no importó, porque él mismo se contestó:

–Por si tiene alguna importancia para ti, fui yo quien la rechazó –le dijo arrancando el coche—. No la puedo tocar desde aquella mañana en que fui a desayunar a Frágil.

Capítulo 5

MARSHA entró en la sala, y se limpió las manos en un trapo manchado de pintura.

– ¡Estoy exhausta! –Exclamó dejándose caer en un sillón frente a Shelley—. En realidad, creo que he trabajado demasiado. Voy a descansar estar tarde y ¡al diablo con todo!

Shelley sonrió, con cariño. Dejó la revista que leía y le indicó la bandeja que estaba en la mesa.

– ¿Quieres una taza de té? Sarah lo acaba de traer.

– También me ha llevado té a mí –contestó Morsa moviendo la cabeza–. No. Lo que necesito es un baño caliente y una tarde de descanso.

– Sabes que voy a salir esta noche, ¿verdad? –Le dijo Shelley–. La sociedad de ópera, ¿recuerdas?

– Lo había olvidado, pero no importa. Estoy encantada de que tú y Charles al fin os entendáis. Ya llevas aquí dos semanas y empezaba a pensar que él no te agradaba.

– Oh, Morsa –contestó, cruzando las piernas–. No he venido aquí para aceptar invitaciones de ningún hombre, no importa lo atractivo que sea.

– Pero, querida, debes admitir que Charles está interesado por ti. Te invitó a cenar la semana pasada y aquel fin de semana a ir al tiro de pichón en Chilborough Hall...

– Las dos las rechacé.

– ... y ahora, ¡entradas para la sociedad de ópera de Log Burton que produce Camelote!

– No te hagas ilusiones, Morsa –dijo Shelley suspirando–. Sólo acepto porque no se me ocurrió una disculpa razonable.

– ¿Pero por qué? –El rostro de Morsa denotaba su frustración–. Tú lo dijiste... es un hombre atractivo, y un buen partido. Creo que cuando su madre murió le dejó bastante dinero.

– Pero yo no quiero casarme, Morsa –exclamó Shelley.

Se levantó de su silla y se asomó a la ventana. Afuera no dejaba de llover y así había estado los últimos dos días. El clima se estropeó el día después que salió con Ben, y desde entonces había estado lloviendo. Por eso había aceptado la invitación de Charles, porque le ofrecía alguna distracción. Había llegado al punto en que tenía que hacer algo antes de que la tranquilidad fuera demasiado para ella, y

salir con Charles le pareció una solución perfecta. ¡Hasta ese momento!

—No estoy sugiriendo que debas casarte con él inmediatamente — le dijo Morsa, observándola con recelo—. Querida, lo que trato de decirte es que hay cosas peores que considerar a Charles como un candidato. Debí pensar, después de tu experiencia con Mike, que buscarías un tipo de hombre diferente. — ¿Qué tipo? —Shelley aspiró profundamente y se volvió a mirarla.

—Oh... sabes lo que quiero decir. Mike Berniz era demasiado... egoísta y engreído, ¡excesivamente creído! Eso, sin mencionar que estaba casando cuando lo conociste. No es bueno sentirse atraída por hombres que ya están comprometidos.

— ¿No? —preguntó Shelley controlando con dificultad su expresión.

—No. Lo que me hace recordar, hablando de hombres comprometidos, que hace una semana que no vemos a Dickens.

—Te ha llamado por teléfono, ¿no?

—Pues sí, pero no es lo mismo que si viniera a visitarme. Me sorprende que no ande rondando por aquí mientras estás tú. Te quiere mucho, Shelley. Solíamos hablar mucho de ti.

— ¿De verdad? —a Shelley no le agradaba esa conversación, pero era difícil evitarla. Hizo un esfuerzo para sonreír—. Veo que has cambiado de opinión acerca de tomar algo...

—Oh... —Morsa hizo un gesto de tristeza—. Esto es lo que me hace engordar. Me basta mirar los pasteles para aumentar el peso — meneó la cabeza—. Yo antes era como Dickens, sabes —continuó, volviendo a su tema favorito—. No tenía ni un gramo de grasa en el cuerpo hasta que vine a vivir aquí. Ahora lo miro y pienso: yo era como él. ¡No es justo!

Shelley se asomó de nuevo a la ventana.

— ¿Qué me aconsejas que me ponga esta noche? —preguntó, tratando de retomar el hilo de la conversación, pero Morsa no quería cambiar de tema.

—Oh, estás bien con cualquier cosa —le contestó con despreocupación—. Sabes, es probable que veas a Dickens en el teatro. Sé que él y Jennifer tienen entradas, pero no recuerdo para cuando.

A Shelley se le secó la garganta. Morsa estaba decidida a seguir hablando de Ben y ella no podría evitar verlo, tarde o temprano. Sabía por qué el muchacho se había alejado de Frágil, por supuesto, pero, si se quedaba más tiempo allí, tendría que convencerlo de que con ella no tenía nada que hacer. Aquel incidente a orillas del arroyo fue un malentendido, una situación provocada por el caluroso día y la cerveza de la comida. Ben había perdido la cabeza, era todo. Estaba todavía medio dormido y había hecho cosas que en otro caso no se habría atrevido a hacer, y ella lo había alentado... al menos al principio...

Aun así, sabía que nunca olvidaría la vuelta a Frágil. Fue el viaje más incómodo que Shelley había hecho, y apenas recordaba cómo había llegado hasta allí; sólo sabía que había fingido tener jaqueca. Ignoraba cuánto tiempo se había quedado él en la casa ni qué le había dicho a su madre. Lo único que sabía era que Morsa se había comportado con normalidad cuando él se marchó, y no hubo ningún indicio de que Ben le hubiese dicho nada que la comprometiera.

— ¿Estás bien?

Morsa había observado el prolongado silencio de Shelley, y ésta, con un decidido esfuerzo, volvió al sofá donde había estado sentada antes.

—Estoy muy bien —le aseguró, mirando a su amiga con cariño—. Nada más dime, ¿por qué no vienes con nosotros a la función de hoy?

— ¿Qué? ¿Y estropearos la noche? —Morsa se rio—. Querida, como te dije, disfrutaré de una noche tranquila viendo la televisión. Hace años que no veo una buena comedia, estoy segura de que encontraré algo de interés.

El vestíbulo del pequeño teatro Druida, en Log Burton, estaba lleno de gente cuando Shelley y Charles llegaron.

—El caso es que vean que apoyas al grupo artístico local —comentó Charles cuando trataban de entrar—. Sí, ¡buenas noches, señora Laurence! No, me temo que no he visto a Dorothy.

—Eres una persona muy conocida, ¿no? —murmuró Shelley sonriendo—. ¿Conoces a toda la gente que hay aquí?

—Te podría decir que reconozco los cuerpos, no las caras, pero no te lo diré —dijo Charles bromeando—. Y sí, supongo que conozco a la mayoría de la gente. No tengo muchos rivales en una comunidad tan pequeña como ésta.

— ¿Pero tienes algunos? —preguntó Shelley tratando de no fijarse mucho en Ja gente, mientras buscaba la rubia cabeza de Ben.

—Uno o dos —admitió Charles saludando y sonriendo a un grupo de mujeres jóvenes que miraban a Shelley con descarado interés—. Son las esposas jóvenes de la localidad de Santa Catarina —le informó en voz baja—.

Probablemente se están preguntando quién eres.

— Esperaba que nadie se fijara en mí. No me gusta que me observen.

— ¡Que te observen! —Charles se rio—. Querida, estás tan bella como siempre. Con tu estatura y el color de tu piel, no es posible que pases inadvertida.

Shelley aceptó su piropo, pero no pudo evitar notar que no todas las miradas puestas en ella eran amables. Quizá debía aceptar que era natural que despertara curiosidad. Y aunque el traje, severamente cortado, de seda beige, que llevaba hacía muy poco por acentuar su feminidad, sus líneas distinguidas y su elegancia eran obvias para cualquier persona que entendiera algo de moda.

Se relajó un poco, pues parecía que Ben no estaba allí. Acompañó a Charles a la sala, siguiéndolo hasta la primera fila. Algunas personas ya estaban sentadas, pero, de nuevo, para su alivio, no vio a Ben. Charles la ayudó a sentarse y luego empezó a hablar con un hombre entrado en años quien le hizo señas desde otra fila.

—Sir Malcolm Robines —murmuró, explicándole, y Shelley hojeó el

programa, cuando él fue a hablar con el juez del distrito.

– ¡Hola, Shelley!

Aquel saludo inesperado hizo que la muchacha se sorprendiera y durante un momento se sintiera incapaz de responder.

– ¡Oh, Jennifer! –exclamó, mirando el complacido rostro de la chica. Vio que una mujer la acompañaba—. ¡Qué sorpresa!

– Te hemos visto entrar –dijo, e indicó a la persona que iba con ella—. Esta es mi madre. Quería conocerte. Ha oído hablar mucho de la famosa amiga de la señora Saetón.

– No tan famosa –murmuró Shelley torpemente, saludando a la mujer—. ¿Cómo está usted, señora Chatel? Es un placer conocerla.

– Oh, el gusto es mío –exclamó la madre de Jennifer efusivamente, aunque Shelley sospechaba que, como a su hija, no le agradaba mucho tener a personas extrañas en la comunidad. Tenía aproximadamente cincuenta y cinco años, supuso Shelley, aunque parecía mayor, y sonreía maliciosamente como si no le hubiera caído Shelley demasiado bien—. Me ha dicho Jenny que está aquí recuperándose de una enfermedad, ¿es verdad? Supongo que así debe ser, pues no es usual que alguien de Londres elija pasar unas vacaciones en Frágil.

– Oh, yo no diría eso –contestó Shelley sin permitir que la señora se saliera con la suya—. Me encanta el lugar, y todo el mundo es muy amable conmigo.

– Sabemos que vienes con el doctor Brande –dijo Jennifer disimuladamente—. Supongo que la señora Saetón te ha dicho que es el soltero más codiciado de aquí, quiero decir, para su edad.

Shelley no contestó, y pensando que su hija había hablado de más, la señora Chatel agregó:

– Yo no iba a venir esta noche. Se suponía que Jennifer vendría con Ben, pero él tuvo que hacer una visita de urgencia cuando estaban a punto de salir, y yo he decidido acompañar a mi hija.

– ¡Qué lástima!

—Sí, ¿verdad? —Dijo la señora Chatel encogiéndose de hombros—. De todos modos, estoy segura de que me gustará la obra.

El regreso de Charles puso fin a la conversación. Era obvio que no le agradaba mucho la madre de Jennifer, y después de saludarse superficialmente las dos mujeres volvieron a sus asientos.

—Esa mujer me pone los nervios de punta —dijo con franqueza cuando estuvieron solos—. Estoy seguro de que ella es el motivo por el cual su esposo padece del corazón desde hace cinco años. Sé que esto debe parecerle cruel, pero, ¡hace muy infeliz al pobre hombre!

—Es la primera vez que la veo —dijo Shelley.

—Y, si tienes suerte, será la última —replicó Charles—. Ojalá Jennifer no siga los pasos de su madre.

Shelley sonrió, pero, para su alivio, apagaron las luces para que comenzara la función. Sin embargo, aun cuando se había levantado el telón y el escenario se llenaba de coloridos trajes de la época isabelina, el pensamiento de Shelley no estaba allí. ¿De verdad habría recibido o habría sospechado Ben que la podía encontrar allí? Y si la estaba evitando, ¿cuánto tiempo pasaría para que Morsa... o la misma Jennifer... empezara a sospechar sus motivos?

Eran aproximadamente las diez y cuarto cuando cayó el telón y empezó a salir la gente. Habían abierto una puerta cerca de la platea y, como estaban en la primera fila, Shelley y Charles fueron de los primeros en salir al aire fresco de la noche.

—No ha estado mal —comentó Charles guiando a Shelley a donde habían dejado el coche.

—Ha estado muy bien —dijo Shelley deseando ser sincera—. ¡Y qué hermosa noche! Apenas se puede creer que hacía tan mal tiempo... esta... esta...

Su voz se quebró al ver a un hombre apoyado descuidadamente sobre el capó de un deportivo rojo. Frente a la entrada del teatro, era evidente que esperaba a su prometida y a su madre y Shelley sintió que las rodillas se le doblaban al dirigirse hacia donde él estaba.

—Pero... ¡Ben! —Exclamó Charles, cubriendo con su saludo las vacilantes palabras de Shelley—. Estuvimos hablando con Jennifer y su madre antes de la función... Sé que tuviste que hacer una visita de urgencia cuando veníais aquí.

¡Mala suerte! Te has perdido algo muy bueno.

—Estoy seguro de ello —Ben se enderezó y metió las manos en los bolsillos de su chaleco de piel. Iba vestido todo de negro y aquel color sombrío le sentaba bien, acentuaba su rubio pelo y la pigmentación más oscura de su piel—. Hola, Shelley. ¿También tú te has divertido?

—Mucho —replicó Shelley, preguntándose si era su imaginación la que la hacía ver que sus ojos estaban más hundidos que de costumbre. Parecía cansado, pero probablemente era porque había trabajado mucho ese día—. ¿Qué tal estás? Nosotras... es decir, tu madre y yo... no te vemos desde hace varios días.

Ben la miró sin expresión y ella sintió frío. Era como estar mirando a un extraño, y mientras ella se decía a sí misma que eso era lo que deseaba, no pudo dejar de sentir que su fría indiferencia era como un cuchillo que le clavaban en el estómago.

—Uno de mis colegas está de vacaciones —explicó, contestando su pregunta, y Charles, escuchando su conversación, no parecía notar nada extraño en el tono de voz del veterinario—. Y como el padre de Jennifer está enfermo, no he tenido mucho tiempo libre.

—Deberías tener un sustituto —le dijo Charles y Ben lo miró.

—En realidad, el hijo de Joel Armita se licencia dentro de un par de semanas —contestó—. El hijo menor, Dennis. Va a practicar durante uno o dos meses para ver si le gusta.

—Eso te quitará mucho trabajo —respondió Charles. Sonrió—. Es mejor que nos vayamos, Shelley. Tienes frío, estás temblando, y no quiero que me acusen de crear mis propios pacientes.

Ben sonrió con indiferencia y Shelley, cuyo temblor no tenía nada que ver con el frío, le dirigió una mirada de desesperación.

—Tratarás de ir pronto a ver a tu madre, ¿verdad? —le pidió

deseando poder hablar con él a solas.

—Ella lo comprende —le respondió con voz forzada, mirando hacia otro lado, y Shelley vio a Jennifer y su madre.

—Vámonos —dijo Charles, quien no deseaba volver a encontrarse con la

Señora Chatel, y Shelley se fue con él.

— Buenas noches, Ben — se despidió la muchacha sin mirarle.

Shelley aparcó su coche en el estacionamiento municipal y compró el ticket necesario para ponerlo en el parabrisas. Después de cerrar el coche fue hasta la plaza, en la que estaban instalados un gran número de puestos al aire libre.

Era lunes y hacía cuatro días que había acompañado a Charles a la representación de Camelote. Desde entonces no lo veía, aunque él hizo un intento infructuoso por invitarla a cenar el sábado.

—Va a creer que te estás haciendo desear —le dijo su amiga con impaciencia—. Hay más chicas disponibles en Frágil y en Log Burton... y tengo la sensación de que a Charles le empieza a pesar la soledad —continuó Morsa—. La vida no ha sido fácil para él, desde que murió su madre.

—Supongo que habrá muerto después que su esposa —dijo Shelley.

—Oh, sí. Alicia murió hace más de diez años, y la vieja señora Brande falleció el julio pasado.

Shelley había sido bastante condescendiente con su amiga pero Morsa no podía, o no quería... aceptar que ella no tenía ningún interés en el doctor viudo. Estaba convencida de que la actitud de Shelley tenía mucho que ver con su infeliz relación con Mike Berniz, y aunque Shelley lo negaba. Morsa todavía pensaba que temía que la volvieran a lastimar.

«Ojalá fuera tan fácil», pensaba Shelley, sabiendo que no siempre podía evitar que la lastimaran. Si tuviera esa opción, no estaría allí, en Log Burton, preocupándose porque Ben no fuera a ver a su madre ni imaginándose qué ocurriría la próxima vez que estuviera con él.

Andando sin rumbo entre los puestos del mercado, trató de pensar lo que le diría si lo veía. Frases como: « ¿Te parece justo castigar a tu madre por algo que yo te hice?» « ¿Qué crees que diría tu madre si supiera el motivo de tu comportamiento?» Estas frases le sonaban a hueco cuando eran dichas fuera de contexto, y aunque no podía recordar aquel día a la orilla del arroyo sin repulsión, tenía que reconocer que gran parte de la culpa era suya.

Encontró el domicilio de Ben en la guía de teléfonos, la tarde anterior. Cuando supo que el muchacho no iba a aceptar la invitación de su madre para ir a tomar el té, Shelley decidió hacer algo, y optó por visitar el mercado al aire libre de Log Burton.

Morsa se sintió obligada a ofrecerse para acompañarla, pero Shelley la rechazó.

— Conozco el camino — le dijo, sonriendo al ver el alivio en el rostro de Morsa —. Y me divertiré sólo mirando. ¿Quieres que te traiga algo?

En lo único que pensó Morsa fue que necesitaba un litro de aceite, y Shelley decidió cumplir primero con ese encargo. Al ver una tienda cerca, entró.

— ¿Me podría decir dónde está Ditchburn Lañe? — le preguntó a la empleada, al pagar la botella de aceite.

— Andando, está como a cinco minutos de aquí — le contestó, mirándola con evidente curiosidad —. Está a la vuelta de la esquina de la iglesia católica... la de St. Winfield, al final de Margarte — hizo una pausa —. ¿Sabe dónde queda Margarte?

— Me temo que no...

Shelley sonrió a la chica y ésta como si sintiera lástima de ella, salió del mostrador y se dirigió a la puerta de la tienda.

— Aquella es Margarte — le dijo señalando la plaza —. Donde está la farmacia, en la esquina. Nada más bajar la calle verá usted la iglesia. Ditchburn Lañe está detrás de ella.

— Gracias.

Con un gesto de despedida, se marchó, sintiendo los ojos de la chica

puestos en ella mientras se perdía entre la gente.

Margarte bajaba hasta el río y la iglesia de St. Winfield estaba como a cien metros a la derecha. Había poca gente y Shelley sintió que llamaba la atención cuando pasaba el muro del patio de la iglesia.

La calle donde estaba situada la casa de Ben era una bonita avenida con árboles a los lados.

La casa de Ben era la última de la calle. Tenía una cerca blanca y geranios

En las ventanas, como las otras casas. La puerta estaba cerrada y el sitio parecía estar desierto; Shelley se desanimó. Esperaba que Ben hubiese regresado después de la consulta en la clínica, cosa que, según le había dicho inocentemente Morsa, solía hacer todos los días. Pero parecía que esa tarde no se había ajustado a su programa acostumbrado. Ni el Land-Rover ni el Porsche estaban a la vista; por lo tanto, parecía no estar en casa. ¿Debería llamar a la puerta cuando eso sólo atraería la atención de los vecinos?

— ¿Busca al veterinario? —preguntó una curiosa voz detrás de ella, y al volverse, Shelley vio a una niña como de siete años que la miraba.

—Yo... bueno, sí —contestó vacilante, diciéndose a sí misma que a un añina de esa edad no le gustaría todavía chismorrear—. ¿Está en casa?

—No —la niña metió las manos en los bolsillos de su pantalón—. Todavía no ha regresado. ¿Quiere esperar en mi casa?

—Oh, no —Shelley acompañó su negativa con una sonrisa, para que la niña no se sintiera ofendida—. No... No es importante —le aseguró—. Lo veré otro día. Gracias por tu ayuda, me has ahorrado tiempo.

— ¿Tiene algún animal enfermo? —Insistió la niña—. Nuestra periquita estuvo enferma la semana pasada. Mi mamá pensó que iba a morir. Pero el señor Saetón vino a verla y dijo que no era un pájaro macho, que era una hembra. ¿Y sabe? ¡Puso un huevo!

— ¡Santo cielo! —exclamó Shelley moviendo la cabeza.

—Mi abuelo dijo que debe haber estado clueca. Nuestras gallinas a

veces se ponen cluecas. ¿Le gustaría verlas?

—Me temo que no —Shelley hizo un esfuerzo decidido por librarse de la niña—. Mira, tengo que marcharme. Gracias de nuevo. Adiós.

—Adiós... ¡Oh! —Sonrió con satisfacción—. Aquí llega el señor Saetón. Qué suerte, ¿no?

Shelley respiró profundamente, antes de volverse a ver el Land-Rover que llegaba de prisa. La niña lo saludó, encantada, pero Shelley ya no se sentía segura de sí misma. ¿Y si Ben se negaba a hablar con ella? ¿Y si su visita sólo lograba ensanchar el abismo que había entre ellos? Su corazón latía aceleradamente y sus manos estaban húmedas, y cuando el Land-Rover se detuvo y Ben abrió la puerta para bajar, ella no pudo decir una palabra.

—Tiene una visita, señor Saetón —le dijo la niñita, sintiéndose importante, y Ben le sonrió fugazmente.

—Eso veo, Linda —respondió mirando a Shelley—. Es una sorpresa, ¿viene mi madre contigo?

—No —se humedeció los labios y se sonrojó—. He venido sola. ¿No me invitas a entrar?

Ben vaciló lo suficiente para hacerle saber a Shelley que de no ser por la inquisitiva mirada de Linda, fija en ellos, habría rehusado.

—Por supuesto —le dijo haciéndose a un lado para que pasara—. Si deseas ver la casa, puedes hacerlo.

Shelley contuvo la respuesta que tenía en los labios pero su mirada fue más elocuente que cualquier palabra.

— ¿Es la hija de tu vecina? —le preguntó, sólo por cortesía, y Ben asintió con la cabeza al abrir la pesada puerta de la casa.

Shelley entró en el vestíbulo y pudo percibir el inconfundible olor masculino de Ben. Aunque éste sólo llevaba una camisa de algodón y vaqueros, era evidente que había estado trabajando mucho; pero Shelley no encontraba desagradable aquel olor, al contrario, de inmediato se dio cuenta de lo atractivo que era.

Él cerró la puerta y pasaron por un angosto vestíbulo a una

habitación de la parte posterior de la casa. Era una sala de estar, cómodamente amueblada con un par de sillones tapizados y un sofá de estilo rústico. El cuarto daba al jardín de la parte posterior de la casa, del que sólo una parte había sido cultivada. Más allá de un pequeño césped, Shelley pudo ver el inconfundible brillo del agua.

— ¿Es el río? —le preguntó acercándose a la ventana y Ben le dijo que sí—. No sabía que hubiera casas tan cerca del agua —agregó—. Tienes mucha suerte, parece, en realidad, muy agradable vivir aquí.

—Lo es —le contestó todavía de pie junto a la puerta—. Mira, hace calor,

Tengo que tomar una ducha. ¿Has venido por alguna razón especial, o lo has hecho por simple curiosidad?

— ¡No ha sido por curiosidad! —Exclamó indignada, dejando la botella de aceite en una estantería—. Ben, por favor... deja de mirarme como si fuera un repugnante ejemplar de la humanidad y trata de comprender —suspiró—. He venido porque sé que no me has perdonado, y no puedo permitir que tu madre sufra por algo que, en parte, es culpa mía.

— ¿Qué quieres que te diga? —preguntó él frunciendo el ceño.

—Bueno... que me has perdonado, por supuesto —Shelley extendió las manos—. Ben, lo que pasó entre nosotros... ¡fue un error! Debes saberlo. Ojalá nunca hubiese sucedido y pudiéramos ser amigos.

—Muy bien —dijo él encogiendo los hombros.

—Muy bien... ¿qué?

—Muy bien, te perdono —habló con indiferencia—. Ahora, ¿puedo ir a ducharme? De verdad, no tengo mucho tiempo.

— ¿Lo dices de verdad? —preguntó ella mordiéndose el labio inferior.

— ¿El qué?

Shelley detectó mordacidad en su pregunta.

— ¿De verdad... de verdad me perdonas? Quiero decir... no lo dices sólo para deshacerte de mí.

Ben suspiró, parecía cansado y aburrido.

— Lo digo de verdad — pero no le parecía así a ella, y Shelley hizo un gesto de frustración.

— Entonces, ¿vendrás a casa? — preguntó — . ¿A ver a tu madre?

— ¿Cuándo?

— Hoy... mañana... esta semana.

— Si tengo tiempo...

— ¿Si tienes tiempo? — Le preguntó conteniendo la respiración—. Ben, debes darte prisa, o tu madre empezará a preguntarse qué es lo que pasa.

— ¿Y eso te preocupa?

— Por supuesto que me preocupa — lo miró, desesperada — . Morsa es Mi amiga y no quiero lastimarla.

— Muy bien — le dijo resignado y le mostró la puerta — . Haré lo que pueda, pero ahora...

— Ya lo sé, ya lo sé, quieres que me marche — Shelley movió la cabeza y se acercó a él — . Tenía que venir a verte, después de la forma en que te comportaste la otra noche.

— No creo haber dicho nada que te molestara — le replicó y ella se detuvo a cierta distancia, para evitar su mirada acusadora.

— No — le contestó levantando la cabeza — . No, tienes razón. Fuiste... excesivamente cortés. Lo siento, no debí hablar de ello.

— Entonces, ¿por qué lo hiciste? — Ben levantó una mano para apoyarse en el marco de la puerta y, al hacerlo, bloqueó la salida — . ¿Qué es lo que no dije y debí haber dicho? Estabas con Brande. Es evidente que encuentras su compañía más agradable que la mía.

— ¡Oh, Ben!

— ¿No es cierto? — su rostro delgado tenía una expresión severa, pero ella sentía la tensión que emanaba de él — . Dice mi madre que te ha invitado a cenar varias veces, ¿y no es cierto que lo acompañaste al tiro de pichón en Chilborough?

— ¡No! —Shelley lo negó con violencia—. Charles me ha invitado a salir, sí, pero hasta esa noche que fuimos al teatro, siempre le había rechazado. Me agrada Charles, por supuesto, pero... pero... como hombre, no me interesa.

Ben respiró profundamente.

— ¿Te interesa alguien? —preguntó y sus ojos grises se oscurecieron al posarse en el rostro de ella. Shelley se estremeció bajo su mirada sensual.

—No ha sido a eso... a lo que he venido —le dijo con desesperación—. Ben, sólo quería explicarte que, en lo que a mí respecta, no hay razón para que no sigamos siendo amigos. Quiero decir... —se interrumpió cuando él quitó la mano de la puerta y empezó a desabrocharse la camisa—. Es absurdo que nosotros... nos tratemos como extraños, cuando nos conocemos desde hace tantos años...

Ben terminó de desabrocharse la camisa. Bajo la tela delgada, Shelley pudo apreciar el musculoso contorno de su pecho; evidentemente, ese hombre provocaba en ella reacciones incontrolables.

—Ben, ¿qué haces? —murmuró sin poder desviar la vista, y con lenta deliberación él se acercó y la abrazó.

—Deja de luchar contra ti misma —dijo abarcando con sus recias manos la esbelta cintura de la muchacha; al apretarla contra él, Shelley sintió la inconfundible prueba de su masculinidad.

—Oh, Ben —murmuró intentando apartarse de él; pero el muchacho volvió a besarla y Shelley perdió toda capacidad de resistencia. Su boca sintió el sabor dulce de sus labios y, sin titubear, sus brazos se apretaron de forma convulsiva a su cintura.

Se sentía tan compenetrada con ese hombre que se preguntaba a sí misma si no habría venido sólo para eso, después de todo. Dios lo sabía, había estado deseando verlo, y, a pesar de sus buenas intenciones, no podía negar la urgencia con la cual respondía a su pasión. Era maravilloso estar con él, estar en sus brazos, sentir el calor de todo su cuerpo.

—Estoy sudando y necesito una ducha —dijo Ben al fin—. ¿Me

esperarás?

– ¿Puedo acompañarte? – sugirió con voz ronca y Ben miró su rostro delicadamente sonrojado.

– ¿Lo deseas?

– Bien, pongámoslo así... no quiero que me dejes – admitió vacilante, y con un gemido de satisfacción Ben la levantó en sus brazos.

El cuarto de baño era pequeño pero a Shelley no le importó. Cuando Ben se desnudó, la muchacha olvidó todo pudor y recobró la confianza en sí misma.

– Espera – murmuró y con dedos un poco temblorosos, Ben la desvistió.

– ¡Dios mío! – murmuró él cuando Shelley entró en la ducha y todo su cuerpo le fue revelado. Abrazándola bajo el agua tibia, permitió que ella sintiera el calor de su masculinidad y Shelley, conmocionada, le besó. Él le quitó las horquillas que recogían su pelo y la larga melena cayó de forma sensual hasta sus hombros—. ¡Eres tan hermosa! – le dijo con emoción, besando la suave piel de sus hombros, y ella alzó el brazo de forma obediente, deleitándose en su caricia.

Pero cuando Shelley cogió el jabón en sus manos y empezó a enjabonarle el cuerpo, Ben ya no lo pudo soportar. Tirando a un lado el jabón, salió de la ducha y cogiendo a la muchacha en brazos, la llevó a su habitación.

– ¿No estropearemos la colcha? – preguntó ella brevemente, y Ben se encogió de hombros con indiferencia.

– Es probable – admitió poniéndose encima de ella—. Pero en este momento, no me importa. ¿Y a ti?

Shelley no le contestó. No podía. Estaba muy ocupada respondiendo a la febril demanda de su boca y acariciando su viril pecho. Era muy satisfactorio sentir que sus cuerpos vibraban al unísono, sin nada entre ellos que estropeará esta tibia sensación. Con las manos acariciaba su cuello y sus hombros, haciendo aflorar las más

profundas emociones de él, y Ben se movía sobre ella de forma sensual. Cuando él besó su pecho, Shelley emitió un gemido de placer.

Ben deslizó los dedos entre sus piernas, encontrando la entrada a su cuerpo, y ella las separó.

– Ten paciencia – murmuró él volviéndola a besar en la boca y penetrando en ella, profundamente.

– ¡Oh, Dios! – suspiró ella, sintiendo que la llenaba, que la poseía en forma tan completa, que supo que nunca había experimentado una sensación tan increíble.

– ¿Te gusta? – le preguntó él con voz temblorosa pero las uñas de ella, al enterrarse en su cuello, le dieron la respuesta que necesitaba.

Todo terminó rápidamente. Se habían excitado tanto que Shelley perdió todo contacto con la realidad unos segundos antes de que todo terminara. Aún entonces, no quería separarse, y cuando él intentó apartarse de ella, lo abrazó fuertemente.

– Eres... fantástico – le dijo suspirando y Ben sonrió.

– Tú también – le aseguró con voz ronca, apartándole el húmedo flequillo de la frente –. No te arrepientes de haber venido, ¿verdad? ¿No te arrepentirás en cuanto nos separemos?

– No – Shelley le pasó los dedos por el cabello, con expresión de deleite. En ese momento no deseaba pensar en Morsa, pero sabía que nunca se arrepentiría de algo que había sido tan maravilloso –. Sólo me gustaría que tuviéramos más tiempo. No quiero dejarte ir.

– Tenemos mucho tiempo – le dijo él volviéndose sobre su espalda y ella se sorprendió al sentir que de nuevo estaba dentro de ella –. Ven – le dijo y ella le ofreció sus labios hambrientos mientras Ben acariciaba cada poro de su piel.

Capítulo 6

EL teléfono sonaba insistentemente en el vestíbulo. Shelley, que

dormía, se despertó y vio que Ben se levantaba de la cama de mala gana, para contestar. Ella estiró una mano para detenerlo.

—Debo contestar —dijo él cogiendo su mano para besarla—. No estoy de servicio, pero puede ser una urgencia.

— ¿Y si no lo es? —preguntó Shelley.

—Vuelvo enseguida —le prometió.

Ella sonrió, y con un gemido ahogado, Ben se puso de pie.

— ¡No te muevas! —le ordenó al ponerse una bata azul, y salió.

Ella se quedó adormilada, deleitándose con el calor de Ben, que permanecía en el lugar donde había estado acostado. Sentía en todo su derredor el sabor y el olor de él.

Jamás se había sentido tan dichosa. Estaba en paz, satisfecha, saciada por el amor de Ben, envuelta en la gloriosa secuela de la perfecta unión física. Era como si ella y Ben hubiesen sido hechos el uno para el otro. Se acoplaban de forma espontánea y natural, compartiendo y disfrutando cada uno el cuerpo del otro con una completa ausencia de inhibición. Cuando Ben le hacía el amor, no podía pensar en nada más... en nadie más... y si antes no se había dado cuenta, en ese momento supo el gran fallo de su relación con Mike Berniz. Mike nunca había poseído su alma. Sólo había tocado su cuerpo. Y hasta su forma de hacer el amor había sido algo insignificante comparándola con el éxtasis que Ben le inspiraba una y otra vez.

¿Qué hora sería?, se preguntó al oír que Ben cogía el teléfono. ¿Cuánto tiempo había permanecido allí? A ella le parecía muy corto... pero el calor del sol que entraba por la ventana le indicaba que era cerca de mediodía. ¡Mediodía! Sorprendida, cogió su reloj para ver la hora. Faltaban veinte minutos para la una, comprobó con horror. Había estado allí más de dos horas. Morsa estaría muy preocupada por su ausencia. Le había dicho que regresaría a las doce.

Ignorando las instrucciones de Ben, Shelley se levantó con rapidez y al hacerlo escuchó lo que él hablaba. La casa era pequeña y el teléfono estaba en la mesa, en el descansillo de la escalera. Era imposible evitar escuchar, y se mordió los labios al oír lo que decía

con impaciencia.

— Ya sé que prometí llevarte a Richmond esta mañana... pero surgió algo inesperado. Sí, muy bien, te llevaré esta tarde. No hay problema. Iré a recogerte alrededor de las dos en punto. Muy bien. Adiós.

Cuando Ben colgó el teléfono, Shelley ya había ido al cuarto de baño a recoger su ropa. Él llegó a la puerta de la alcoba cuando ella se estaba abrochando la blusa, y no necesitó mirar sus ojos para saber que comprendía.

— Lo has escuchado todo —le dijo, apoyándose en el marco de la puerta, y Shelley asintió.

— Era Jennifer, ¿verdad? —preguntó tratando de mantener un tono de voz jovial—. Parece que he interferido en sus planes —le sonrió con pesar—. Lo siento. No sabía por qué tenías tanta prisa. Espero no haberte causado problemas...

— ¿Quieres callarte? —le dijo rudamente, y cruzó el espacio que los separaba. Sin hacer caso de la resistencia de ella, la abrazó y enterró el rostro en su cuello—. Mmmm, hueles muy bien —le dijo besándole el cuello—. Y también sabes muy bien, yo lo sé.

Shelley abrazó su musculoso cuero y pudo sentir su reacción inmediata.

— Tengo que irme —dijo con voz ronca—. Es casi la una.

— ¿De verdad? —a Ben no parecía importarle, y ella, al ver el brillo posesivo en sus ojos al mirarla, supo que tenía que controlarse.

— Debo irme —insistió, empujándolo con suavidad—. Ben, tienes que vestirme —titubeó un momento y agregó—: Jennifer podría venir...

— Eso no me preocupa en lo más mínimo —contestó.

— Pero te preocupará —Shelley respiró con dificultad y se separó de él—.

Mira, tu madre saldrá a buscarme si no aparezco pronto.

— Shelley...

— Ahora no, Ben.

Con manos temblorosas, Shelley se volvió al espejo de la pared y utilizó

El cepillo que se encontraba sobre la cómoda.

Sabía que Ben la observaba desde la cama, con los brazos cruzados, los pies ligeramente separados y con la bata abierta para exponer su cuerpo moreno y delgado. Nunca le había parecido más atractivo; y, recordando que había sido completamente suya hacía sólo unos minutos, estuvo tentada de acceder a sus deseos e impedir que él cumpliera con la cita que tenía. Pero su conciencia la estaba atormentando por la forma en que se había comportado y aunque sabía que había sucedido lo inevitable, no había razón para agravar sus remordimientos.

— Ahora... ahora vendrás a casa, ¿verdad? —le dijo, volviéndose para mirarlo—. Quiero decir, tu madre desea verte.

— Está bien —contestó indiferente, pero cuando ella estaba a punto de salir de la habitación la detuvo con la mano—. ¿Cuándo te veré de nuevo? —le preguntó rozando sus labios. Su boca quemaba y el corazón de ella palpitaba de forma desordenada.

— Yo... pues... me verás cuando vayas a casa —le dijo casi a punto de abandonar toda razón y quedarse con él—. Por Dios, Ben... tengo que irme —suplicó, e ignorando su impaciente protesta, bajó de prisa la escalera.

— ¿Has traído el aceite? —le preguntó Morsa mientras almorzaban, y Shelley se sorprendió. ¡El aceite! Debía estar aún en la librería de la casa de Ben.

— Yo... Oh, Morsa, lo siento... —Shelley sintió que su rostro se encendía debido a su sentimiento de culpa.

— Querida, no te preocupes —dijo Morsa acariciando la mano de Shelley—. No era tan importante. Sólo te he preguntado por si lo habías recordado, es todo.

Shelley sonrió al llevarse a la boca un trozo de jamón.

— No lo compré —le dijo mintiendo—. Pero te lo compraré esta

tarde, si lo necesitas.

—No, no importa. Como te dije, no es urgente —rechazó Morsa observando a su amiga, que ponía mantequilla en un panecillo y lo mordía con entusiasmo—. Lo que te puedo decir es que me alegro de que tu apetito haya mejorado. Debe ser a causa de todo ese aire fresco que has respirado. ¿Hasta dónde dices que llegaste?

—Ah... —contestó volviéndose a sonrojar—. Era un sitio llamado Araban —había visto ese nombre en el camino—. Sólo paseé un poco, y me olvidé del tiempo.

—Sí —Morsa la miró con desaprobación—. Empezaba a preocuparme por ti. Hasta pensé telefonar a Dickens y pedirle que saliera a buscarte, pero era probable que no estuviese en casa. Bill Yates regresa hoy de sus vacaciones, y conociendo a Jennifer, sé que aprovechará eso.

—Sí —Shelley hizo a un lado sus cubiertos, perdiendo de pronto interés en la comida. Luego, decididamente cambiando el tema, preguntó—: ¿Qué has hecho? ¿Has trabajado durante toda la mañana?

—Casi toda —contestó Morsa—. Charles llamó después de la consulta de la mañana. Sé que esperaba verte.

—Entonces, es mejor que no estuviera —dijo Shelley—. Morsa, quisiera que no le dieras esperanzas.

—Ya hemos hablado de esto antes, Shelley. Cielos, te agrada, ¿no?

—Me parece... muy agradable.

— ¡Lo dices de una forma...!

—... pero el caso no es ese...

—Entonces, ¿cuál?

—Ya lo he dicho antes... no deseo... tener una relación seria con nadie.

Se dijo a sí misma que no era verdad, para acallar la voz de su conciencia. No tenía que castigarse por haber cedido a una necesidad física completamente natural. No le había hecho daño a Ben. Él la

deseaba, tanto como ella lo deseaba a él. Allí no entraba la ética de la situación. Ella era una mujer adulta, al igual que él. Habían utilizado sus cuerpos para proporcionarse placer. En nombre de Dios, ¿qué había de malo en ello?

— ¡Shelley! —de pronto se dio cuenta que Morsa le había estado hablando, y, recobrándose, sonrió, y se disculpó:

— Lo siento.

— Sólo te decía que me sentiría mejor si encontraras a alguien que te gustara —repitió Morsa con amabilidad—. En algunas cosas eres muy inocente, Shelley. Me preocupas. Lo que quiero decir es que ya tienes treinta y un años... o casi... Y Mike Berniz es el único hombre con quien has tenido alguna experiencia.

— He tenido otros amigos, Morsa —murmuró Shelley sintiéndose incómoda, pero Morsa no estaba convencida.

— No eran nada serio —afirmó. Hizo una pausa para permitir que la muchacha terminara de limpiar la mesa—. Sí, café para las dos Sarah —le dijo sin mirarla, y la chica salió, con evidente disgusto—. Debo tener mucho cuidado con lo que hablo, cuando Sarah está presente —agregó Morsa con un gesto, ofreciendo los panecillos a Shelley—. Esta chica tiene la manía de escuchar lo que uno habla. Y estoy segura de que quisiera tener algo que decir acerca de ti.

— Yo también lo creo —Shelley rechazó los panecillos—. ¿Te importaría que cambiáramos de tema? No soy ninguna inocente, Morsa, así que no tienes que preocuparte.

Pasaron cuarenta y ocho horas antes de que Ben fuera a ver a su madre. Un día después de la visita de Shelley a Log Burton telefoneó para decir que el señor Chatel había sido internado en el hospital con síntomas de una trombosis y Morsa no lo presionó cuando no dijo nada acerca de su ausencia.

— Pobre Jennifer —le dijo a Shelley—. Es difícil para ella, planear su boda y saber que puede cancelarse en el último momento. Si muere su padre, no creo que se casen antes de Navidad, ¿no crees?

— No creo que su padre esté muy contento de ello —comentó Shelley

tranquilamente, evitando pensar que Ben se acostaría con Jennifer.

—Por supuesto, tienes razón —suspiró Morsa—. Soy una egoísta. Lo que pasa es que no quiero que nada salga mal.

— ¿Salir mal? ¿Qué es lo que podría resultar mal?

—Oh, no sé —Morsa movió la cabeza al ir hacia la casa—. Sólo deseo que sean felices, en la medida en que pueden serlo dos personas. No como nos pasó a Tom y a mí, o a ti y a Mike Berniz.

—No es lo mismo, Morsa...

—Tal vez no. Bueno, esperemos que el padre de Jennifer se recupere. No descarto la idea de ser abuela dentro de un año.

Días después de aquella inolvidable tarde, Ben apareció de improviso por la casa. Llegó el miércoles por la tarde, en el instante en que ella bajaba a cenar, y Shelley agradeció que Morsa no estuviera alrededor para ver su sorpresa.

Ben entró en el vestíbulo en el momento en que ella llegaba al último escalón; su reacción la dejó sin aliento. Iba vestido informalmente; la camisa que llevaba sobre unos pantalones ajustados, no le agradaría a su madre, pero le gustaba a ella. Parecía esbelto, duro, y apuesto... no de forma convencional sino tensa, ruda y masculina.

Shelley se detuvo de forma brusca, esperando que apareciera Jennifer detrás de él y se viera obligada a recobrar la sensatez.

Sin embargo, Jennifer no apareció, por lo que Shelley suspiró con alivio.

Ben cerró la puerta y se dirigió a la muchacha.

—Hola —le dijo suavemente, mirándola fijamente—. Como ves, he venido. ¿Estás contenta?

De pronto, Shelley, se dio cuenta de que el escote de su blusa era muy provocativo y que sus pantalones de terciopelo marrón se adherían de forma insinuante a sus caderas. No se había vestido para Ben; si hubiera sospechado que lo iba a ver esa noche, se habría puesto algo menos favorecedor. Pero cuando el muchacho llamó por teléfono esa mañana para informar a su madre del estado de salud del señor

Chatel, no dijo que pensara ir a Frágil.

Sin embargo, en ese momento, Shelley se dio cuenta de que, lejos de mitigar las necesidades que él despertaba en su interior, lo ocurrido aquella tarde en el apartamento de Ben acrecentaba su atracción por él. Y a pesar de sus buenas intenciones, el deseo llenó su cuerpo con una irresistible ola de calor.

– ¿D... dónde está Jennifer? –le preguntó, utilizando, una vez más, el nombre de su prometida como una tabla de salvación.

– ¿Qué puede importarte? –le preguntó de forma brutal.

– Por supuesto que me importa –contestó–. Me preguntaba si su padre había empeorado. Cuando hablaste con tu madre esta mañana mencionaste que le estaban haciendo nuevas pruebas.

Ben la miró pensativo y luego metió las manos en los bolsillos de su pantalón.

– Él está bien –contestó alzando los hombros–. Su situación es estable. Creo que Jennifer está con su madre, ahora se necesitan una a la otra.

– Por supuesto –Shelley se humedeció los labios con la lengua–. Por favor... transmítele al señor Chatel mis mejores deseos, la próxima vez que lo veas. Y también a la señora Chatel. Debe ser algo terrible para ellos.

– Sí –Ben alzó la cabeza para mirarla con molesta resignación y dijo –: De cualquier modo, Jennifer no hubiera venido aquí esta noche – la línea de su boca se endureció al ver la expresión de duda de Shelley, pero continuó–: Por amor de Dios, Shelley, no he venido aquí para hablar de la enfermedad de Frank. Muy bien, lo siento por él... por todos ellos, por supuesto que lo siento, pero he venido a verte a ti, ¡y tú lo sabes!

– Ben, no debes decir esas cosas –miró con aprensión a su alrededor, recordando que Morsa había dicho que a Sarah le gustaba escuchar–. Mira, tu madre se está vistiendo. Iré a buscarla. Se alegrará, cuando le diga que estás aquí.

—Debe haber oído el coche —murmuró cogiéndola del brazo—. Ven a la biblioteca —le dijo—; allí esperaremos. Necesito un trago y sospecho que también tú lo agradecerías.

Fue con él porque la tenía asida del brazo y porque era más seguro discutir allí que en el vestíbulo. No obstante, tan pronto como cerró la puerta, la muchacha fue al otro lado del cuarto.

—Vino blanco, ¿correcto? —comentó Ben y Shelley asintió con la cabeza.

—Gracias.

—Es un honor —Ben se burlaba, pero cuando le dio el vaso se aseguró de que en esa ocasión sus dedos no se tocaran—. ¿Y? —le preguntó—. ¿De qué hablamos, del tiempo?

— ¿Por qué no? —preguntó Shelley.

—Porque no es eso lo que está en nuestras mentes —replicó Ben de forma concisa—. Shelley, tenemos que hablar... y sinceramente.

—No hay nada de qué hablar —con un gesto nervioso se volvió para mirar por la ventana—. ¿Te das cuenta de que llevo aquí tres semanas? Casi no puedo creerlo.

—Yo sí. Han sido las tres semanas más decepcionantes de mi vida. Claro, con excepción del lunes.

— ¡Ben!

—Bueno, es la verdad —con un gemido de desesperación se acercó a ella—. No he pensado en otra cosa los últimos dos días. ¡No me digas que tú lo has olvidado!

—No, por supuesto que no lo he olvidado —contestó en voz baja—. Y... no te voy a decir que lo lamento. Pero... no fui sincera, Ben. Fue sólo sexo, simple y sencillamente. Yo... pensé que tú, a tu edad, podrías haber apreciado la diferencia.

— ¿Qué quieres decir? ¿Alguien de mi edad?

—Bueno... —Shelley tuvo que mirarlo de frente—. Vosotros os consideráis una generación liberada, ¿no es cierto?

– ¿Qué tiene que ver esto con mi generación? Tú eres de mi misma generación, ¿o lo has olvidado?

– No cuando hablas de esa forma. Ben, soy seis años mayor que tú...

– ¡No es cierto!

– Bueno, cinco años y medio, no importa. Yo... me considero más de la generación de tu madre que de la tuya...

– ¡Tonterías!

– ¡Es la verdad! – tenía las uñas clavadas en las palmas de las manos –. Y... y cuando hablas... acerca de lo que pasó, creo que deberías recordar que no soy la inocente sin mancha que tú imaginas.

– ¿Qué estás diciendo? – la miró intensamente –. ¿Que no soy el primer hombre con quien te has acostado? – Apretó los labios –. Ya lo sé. Sé que tuviste una aventura en Londres. Mi madre estaba preocupada por ti y me lo contó – se encogió de hombros –. Eso no me importa.

– Pero no entiendes... – Shelley encontraba muy difícil sostener su penetrante mirada –. Ben, por favor no hagas que esta situación se vuelva más difícil de lo que ya es. ¡Soy amiga de tu madre! ¡Eres hijo de mi mejor amiga! No podemos mantener esta relación. No sería correcto.

Ben dejó el vaso a un lado y se acercó a ella. Inesperadamente, la cogió por los hombros y la obligó a mirarle a los ojos.

– A mí me parece muy bien – le dijo con voz ronca, inclinando la cabeza. Y cuando ella se separó bruscamente, agregó con ira –: ¿Cuándo vas a dejar de fingir que para ti es algo diferente?

– Porque lo es – Shelley se volvió hacia otro lado, con los ojos brillantes y desesperados. Ansiaba sentir sus brazos alrededor de su cuerpo, deseaba apretarse a él y ceder a las hambrientas demandas que su contacto le provocaba, pero no podía. Debía recordar quién era, por Morsa... recordar quién era él... si permitía que esa situación continuara, sería peor para todos –. Ben, creo que debes saberlo... mi... ¡mi relación con Mike Berniz no ha terminado!

Ben dio un paso atrás, mirándola con los ojos entrecerrados.

-¿No?

—No —Shelley cerró con fuerza los puños—. Sólo... necesitaba un respiro, es todo. Y... y estas vacaciones me lo han proporcionado.

—No te creo —dijo Ben con mirada severa.

—Es tu problema...

— ¿Tratas de decirme que te vas a casar con él? —le preguntó.

—No lo sé, quizá... —contestó ella, encogiéndose de hombros.

— ¿Me estás diciendo que sientes con él lo mismo que sientes conmigo?

Shelley titubeó, atormentada, sabiendo que él, sin querer, le había puesto los medios para su propia destrucción. Sólo tenía que decir que sí, y su tenue relación terminaría. ¿Pero en realidad deseaba que todo acabara?

Estaban aún enzarzados en aquella batalla de voluntades, cuando se abrió la puerta de la biblioteca y Ben se apartó. Shelley luchó febrilmente para recobrar la compostura cuando Morsa entró.

—Así que aquí estáis —exclamó Morsa mirando a Shelley y a su hijo—. Dickens, qué sorpresa. No me has dicho esta mañana que vendrías a cenar.

—No podré quedarme a cenar, mamá —contestó Ben. El tono de su voz sólo era evidente para Shelley. Besó la mejilla de su madre y encogió los hombros—. Tengo trabajo, eso es todo.

— ¡Oh, Dickens! —Morsa estaba desilusionada y Shelley se preguntó si él pensaba quedarse a cenar cuando llegó—. Hace casi dos semanas que no pasas una noche con nosotras. ¡No creo que hayas venido hasta aquí sólo para saludar y despedirte!

—La yegua de Welter está a punto de parir —dijo Ben—. Le prometí que estaría allí, y como vive cerca de aquí...

—... pensaste ir —terminó Morsa por él, con un suspiro—. Ben, a veces pienso que tus animales están antes que tu propia madre. Yo

creí que estando Shelley aquí podrías haber organizado mejor tú tiempo.

— Por favor... no os preocupéis por mí — murmuró Shelley —. Estoy segura de... si Ben lo ha prometido...

— Ahí tienes — dijo él extendiendo una mano en un ademán de burla —. Tú huésped comprende la situación mejor que tú. Es más — sostuvo la mirada de Shelley durante un agonizante momento —. ¡Yo diría que ella se alegraría de que me fuera!

— ¡Dickens! — exclamó Morsa mirando a su hijo, sorprendida —. ¿Qué es lo que te pasa? Sabes a que Shelley siempre le agrada verte... igual que a mí. Por amor de Dios, ¡yo pensé que ella te caía bien! ¡Pero debo decir que no lo has demostrado en las últimas semanas!

— ¡Oh, Morsa, no seas absurda! — Shelley empezaba a sospechar que Ben tenía intenciones de descubrirla en ese momento —. Ben tiene su propia vida... y... y debe preocuparse por su prometida. ¡No puedes esperar que pase su tiempo con... con dos viejas como nosotras!

– ¡Tú habla por ti misma! – exclamó Morsa indignada, pero las palabras de Shelley le habían proporcionado el remedio que necesitaba—. Oh, bueno, supongo que no puedo exigir mucho de ti. Pero no entiendo por qué tienes que ofender a Shelley con tu impaciencia.

– ¿No puedes? – Ben torció la boca, pero justo cuando Shelley pensaba que su mundo se iba a desmoronar, pareció calmarse—. Por supuesto que no – agregó con una cortés inclinación de cabeza—. Creo que mi actitud no ha sido justificada. Naturalmente, no ha sido mi intención ofenderte. Culpa a... mi cansancio y al exceso de trabajo. Shelley asintió con la cabeza, evitando su mirada, y sin decir nada más Ben fue hacia la puerta.

– ¿Cuándo te volveremos a ver? – le preguntó Morsa.

– Pronto – contestó y con otra inclinación de cabeza, se marchó.

Capítulo 7

EN el momento más inoportuno, Mike Berniz llamó por teléfono a la mañana siguiente. Shelley todavía estaba en la cama, aduciendo una jaqueca, cuando llegó Sarah a decirle que había una llamada para ella. La sirvienta le dijo con voz brusca:

– Es un hombre – inspirando brevemente en Shelley el pensamiento de que podía ser Ben, pero Sarah habría reconocido su voz, y además, después de lo sucedido la noche anterior, no era probable que él deseara comunicarse con ella.

– No es Charles, ¿verdad? – murmuró Shelley apartando las sábanas. Lo que menos necesitaba ahora era consejo médico, por muy espontáneo que fuera, pero Sarah movió la cabeza.

– No, no es el doctor – contestó, deteniéndose en la puerta—. Me pareció entender que su nombre es Verlas – hizo una mueca—. ¿Quiere que le diga que no se siente bien para coger el teléfono?

– Berniz – repitió Shelley, corrigiendo el nombre –. ¡Oh, Dios!

— ¿Qué desea que haga? — Sarah estaba impaciente.

— Iré a contestar — Shelley se levantó de la cama y cogió su bata—. Dame sólo un minuto, ¿quieres? Todavía no estoy bien despierta.

— No parece que esté muy bien — comentó Sarah sin ninguna comprensión y Shelley la miró, controlándose.

— Gracias — le dijo —, era lo que necesitaba — y Sarah se sonrojó.

— Puede hablar desde la habitación de la señorita Nanning — murmuró, indicándole la alcoba de Morsa—. Es la única habitación de arriba que tiene supletorio.

— Muy bien.

La cabeza le punzaba cuando levantó el auricular. Sus ansiedades, en combinación con la aparente hostilidad de Sarah, no le ayudaban a calmar la jaqueca, y no estaba de humor para hablar con el hombre cuyo comportamiento, indirectamente, le había causado sus problemas actuales. — ¿Qué deseas, Mike? — le preguntó omitiendo los preliminares de costumbre, y su tono brusco pareció desconcertado.

— Hay — protestó—. ¿Es esa la forma de saludar al hombre que amas? Pensé que te agradecería saber que me acuerdo de ti.

— Por favor — dijo—. No empecemos de nuevo con eso, Mike. Sabes lo que siento. Te lo dije. Y si es por eso por lo que has llamado...

— He llamado para preguntarte cómo estás — interrumpió Mike rápidamente antes de que ella continuara—. Diablos, Shelley, he estado preocupado por ti. Y cuando regresé de Estados Unidos y me enteré de que te habías marchado...

— ¿Cómo has conseguido este número? No se lo di a nadie más que al doctor Lañar, y él...

— Soy periodista, Shelley; no me costó mucho deducir y adivinar a dónde habías ido. Tú y esa arpía, la Nanning, siempre fuisteis uña y carne.

— Aun así...

— Ya sé que su número no aparece en la guía, pero tenemos nuestros

métodos, como comprenderás.

Era un alivio pensar que el doctor Lañar había respetado su intimidad; pero podía haber adivinado que Mike la buscaría.

—Debo añadir que tu psiquiatra parece incapaz de creer que yo estaba... estoy... preocupado por ti. Muy bien. Es verdad que las cosas se pusieron un poco difíciles; nos sucede a todos, Shelley. Y cuando te hayas serenado te darás cuenta de que tengo razón...

—No, Mike.

— ¿Qué quiere decir... eso de no, Mike? Shelley, yo te amo, te necesito y ahora que Les ley ya no está...

—No, Mike —Shelley volvió a sentir el pánico que le era familiar—. Por favor, te lo dije... traté de hacer que entendieras...

— ¿Entender qué? —Contestó con aspereza—. ¿Que me hiciste creer que me amabas cuando mi esposa estaba viva y bien de salud? Pero en cuanto enfermó y tuvimos la posibilidad de legalizar nuestra relación...-

—Mike, no fue así y tú lo sabes. Me dijiste que eras libre. Me dijiste que tú y tu esposa estabais separados, que sólo esperabas que tu divorcio se arreglara. Nunca... nunca habría salido contigo si hubiese sabido...

— ¿No? —Contestó con escepticismo—. ¡Vamos, Shelley, los dos sabemos lo ambiciosa que eres ¡Por Dios, en la emisora todos sabían que estabas decidida a llegar, de un modo o de otro. Y... bueno... lo admito... yo me sentía feliz siguiéndote la corriente. Nos llevábamos bien, Shelley, podemos volver a intentarlo...

— ¡No! ¡No!

—Por amor de Dios, la muerte de Les ley fue un golpe también para mí... y tú casi ni la conocías.

Shelley tembló al recordar aquella sórdida aventura. Por supuesto que se había desequilibrado. Hubo veces en que casi estuvo convencida de que la muerte de Les ley Berniz había sido resultado directo de su egoísmo, una cruz que llevaría como resultado de su

imprudencia al tener una aventura con un hombre casado. El hecho era que tan pronto como supo que Mike no se estaba divorciando de su esposa, y que Les ley era una accionista mayoritaria de la emisora, y que Mike no tenía intenciones de poner en peligro su posición buscando la separación, Shelley había dado por terminada su relación. Aunque esto era difícil de creer... especialmente cuando Mike continuó persiguiéndola con tanto tesón como antes. Pero mientras Les ley vivió, Shelley pudo adaptarse. La muerte de la esposa de Mike, por cáncer, unos veinte meses después, había llevado la situación a un punto muy difícil y había provocado una crisis de identidad en Shelley.

—No creo que tenga sentido continuar esta conversación —dijo Shelley. Los nudillos de sus dedos estaban casi tan blancos como el teléfono que sostenía—. Yo esperaba que... que mi ausencia te hiciera comprender lo que he estado tratando de decirte durante los últimos tres meses, pero, evidentemente, no es así. Lo siento, pero no hay nada que yo pueda hacer...

— ¡Ni lo pienses! —Mike perdió la paciencia—. Escúchame, Shelley, no voy a aceptar esto, ¿lo oyes? No me importa lo que te haya estado diciendo tu psiquiatra. No me importa si tu conciencia no te permite aceptar lo que sabes que es verdad. Nos pertenecemos el uno al otro, y estoy decidido a que continuemos así. Tú me perteneces.

Shelley colgó el auricular y unos segundos después volvió a sonar el teléfono. Después de un momento de duda, dejó descolgado el aparato y se dirigió de nuevo a su habitación.

No pudo descansar, después de la llamada de Mike. Tomó una ducha y dos de sus pastillas y eso la hizo sentirse mejor e, ignorando su dolor de cabeza, bajó la escalera.

Rompiendo una de sus propias reglas fue a ver a Morsa a su estudio. Hasta ese día había evitado molestar a su amiga, sin importar lo que pasara.

Sólo una mirada le bastó a Morsa para saber que sucedía algo muy serio y, dejando su pincel se apresuró a ir a su encuentro.

—Querida... ¿qué sucede? —exclamó mirando ansiosamente los tristes ojos verdes de Shelley, y ésta movió la cabeza antes de sentarse.

—Ha llamado Mike —dijo—. Lo siento. Tenía que decírselo a alguien. Morsa se humedeció los labios y, dándose cuenta de que todavía sostenía en sus manos la paleta, rápidamente la dejó.

— ¿Cómo supo que estabas aquí? —le preguntó arrodillándose junto a la silla de Shelley.

—Lo sospeché, y utilizó su influencia para conseguir el número de teléfono. Le he dicho que hemos terminado, pero no ha querido escucharme.

— ¿Quieres decir que no lo acepta? —preguntó frunciendo el ceño.

—No. No lo acepta —contestó Shelley—. Oh, Morsa, ¿qué voy a hacer? No puedo volver con él, sencillamente, no puedo.

Al percibir el tono de histeria en la voz de Shelley, Morsa se propuso calmarla.

—No tienes que volver —le dijo apretando la mano de la joven para darle confianza—. Querida, pasarán semanas y semanas antes de que tengas necesidad de regresar a Londres.

—Pero tarde o temprano...

—Tarde o temprano te quitarás a Mike Berniz de encima —declaró Morsa—. Él entenderá. Sólo que no debes acceder a sus deseos.

—No comprendes —dijo Shelley moviendo la cabeza.

— ¿Qué es lo que no comprendo?

— ¡Morsa, él es mi jefe! ¡Es, prácticamente, el dueño de la emisora!

—Nadie es prácticamente dueño de una emisora de televisión —declaró Morsa de forma convincente—. Shelley, ese hombre es insistente lo acepto. Pero si te ha amenazado con que perderás tu trabajo...

—No me ha amenazado —interrumpió Shelley con fastidio—. Al menos, no con perder mi trabajo —para su alivio, el pánico que sentía

comenzaba a responder a la influencia tranquilizadora de Morsa—. Es sólo que no acepta que no lo ame, y ahora mismo, no sé si lo podré convencer.

—Entonces, quédate aquí hasta que puedas hacerlo —le sugirió Morsa de forma razonable—. Ahora que Dickens está a punto de casarse, no tengo ningún compromiso con nadie.

—Oh, Morsa —Shelley cerró los ojos al desagradable recuerdo de su propio engaño. Parecía que hacia donde se volviera encontraba problemas que ella había creado. Quizá debía considerar, en serio, una solución alternativa: una en la cual Mike, Morsa y especialmente Ben, no resultaran perjudicados por su destructiva personalidad—. Yo... gracias, pero no, gracias —murmuró con tristeza, retirando su mano de las de Morsa, amablemente, pero con firmeza—. Eres muy amable, pero no puedo aprovecharme de tu bondad. Tengo que resolver esto yo misma, a mi manera.

—Bueno... siempre que recuerdes que Dickens y yo te apoyamos en todo —dijo Morsa con firmeza.

La semana siguiente Shelley hizo un decidido esfuerzo por olvidar el pasado... un paso que incluía no sólo a Mike, sino también a Ben. Ambas relaciones estaban destinadas al fracaso, y si quería forjarse un porvenir dichoso, tenía que actuar sin rodeos.

No era fácil tratar de comportarse como si el apoyo de Morsa fuera todo lo que necesitaba, y su provisión de pastillas estaba disminuyendo de forma alarmante. El doctor Lañar le había dicho que sólo debía tomarlas si las jaquecas llegaban a ser insoportables, pero últimamente casi no podía prescindir de ellas. En consecuencia, tuvo que Preguntarle a Morsa dónde estaba el consultorio médico más cercano.

— ¿Por qué no hablas con Charles? —sugirió Morsa de inmediato.

—No deseo discutir mis debilidades físicas con él, Morsa — contestó —. Prefiero hablar con un desconocido, alguien que no tenga ideas preconcebidas acerca de mi forma de vida.

—Mmmm —Morsa en parte le daba la razón—. Tendría que ser un

doctor de Log Burton. Le preguntaré a Charles, él debe conocer a alguno.

—Preferiría que no lo hicieras —le sonrió con tristeza—. Sinceramente, Morsa, prefiero hacer las cosas yo misma. Cuanta menos gente sepa el desastre que soy, mejor.

— ¡Oh, Shelley! —exclamó Morsa suspirando—. No eres ningún desastre. Sólo estás pasando una época difícil, es todo. Mira... ¿por qué no le preguntas a Dickens? Él puede recomendarte a alguien.

Ante esa alternativa, Shelley se sintió obligada a aceptar. No tenía una buena razón para rechazarla, y además, podría ser que con eso Ben se diera cuenta de que ella estaba muy lejos de la inocencia sin mancha de la juventud.

—Te he concertado una cita con el doctor Sheridan —le dijo Morsa la tarde siguiente, cuando Shelley regresaba de un paseo por el pueblo—. Dickens dice que es el mejor de esta zona, así que tienes que estar allí mañana por la mañana, a las diez.

—Ben... quiero decir, Dickens, ¿ha estado aquí? —preguntó Shelley.
—No, yo lo llamé —dijo Morsa.

—Entiendo —Shelley forzó una sonrisa—. Bien, gracias. Yo... esperaba que él viniera.

—Yo no esperaré en balde —comentó Morsa—. Mientras el padre de Jennifer esté tan enfermo, Dickens no va a tener tiempo libre. Y supongo que es natural que quiera pasar con ella el tiempo que tenga.
— ¿Él te dijo eso? — preguntó Shelley titubeando. —Más o menos — Morsa hizo una mueca—. No sé... Dickens ahora me parece diferente. Yo pensé que estando tú aquí haría lo imposible para pasar algo de su tiempo con nosotras. Cielos, antes de que vinieras no hablaba de otra cosa —hizo una pausa, observando a su amiga con una súbita inspiración—. Tú no has... quiero decir, tú y Dickens no os habéis peleado o algo así, ¿verdad? Si es así, quisiera que me lo dijeras. Es que no es natural en él... ser tan... distante.

—Por supuesto que no —la respuesta de Shelley fue automática. — No creí que ese fuera el problema —dijo Morsa melancólica—Esas

cosas no son tan simples. Bueno, quizás Jennifer y él tengan problemas que no quieran contarme. Hasta he pensado en la posibilidad de que ella estuviera embarazada, pero estoy segura de que Dickens sabe que nunca le reprocharía eso. Dios mío, yo estaría encantada.

Shelley se clavó las uñas en las palmas de las manos al volverse hacia otro lado. Sabiendo lo que ella sabía, la idea de que Jennifer estuviese embarazada le parecía un motivo muy improbable para la ausencia de Ben. Pero sí la hizo recordar algo que la molestaba. Por no haber pensado en ello a tiempo, no había tomado precauciones cuando hizo el amor con Ben, y sabía que a él no le había importado. Es más, al recordar aquel episodio, con toda la pasión y sin ninguna restricción, le parecía lógico que ninguno de los dos hubiese pensado en ello.

De forma involuntaria, se llevó una mano al estómago. Era posible, suponía aunque improbable en su condición actual; pero, sin embargo, eso probaba su debilidad al tratar con Ben.

— ¿Qué piensas?

Morsa la miraba de forma sospechosa, y rápidamente se llevó las manos a la espalda.

—Oh, creo que estás demasiado sensible —murmuró cogiendo una revista—. Yo... ¿cuántos años tiene ese doctor Sheridan? ¿Te lo dijo Dickens?

—No —contestó Morsa encogiéndose de hombros—, pero me imagino que tendrá sesenta, por lo menos —hizo un esfuerzo por dejar a un lado sus problemas y sonrió—. Es probable que te diga que lo que necesitas es un marido y un montón de niños para que tengas de qué preocuparte... —sus ojos brillaron—. Lo cual no sería mala idea.

El doctor Sheridan no era tan viejo como Morsa había pronosticado. Shelley calculó su edad alrededor de los cincuenta y tantos años, y no era tan anticuado como ella esperaba.

—Supongo que está acostumbrada a que le digan que una mujer no está hecha para ser una alta ejecutiva, ¿verdad? —Comentó después

de un breve reconocimiento—. Pero, créame, también vienen a verme muchos hombres de negocios que sufren los efectos de la hipertensión.

—Pero yo no tengo alta la tensión, ¿verdad? —preguntó alarmada.

—No —contestó él con firmeza—. Puedo asegurarlo. Por supuesto que está usted muy pálida y necesita aumentar por lo menos tres kilos su peso actual, pero aparte de las jaquecas que usted menciona, está usted en muy buen estado de salud; al menos, físicamente.

—Gracias —contestó ella con alivio.

—Así que... —arqueó una ceja y la observó, alentándola—. ¿Quiere decirme qué motivó que empezaran sus jaquecas?

—Preferiría no hacerlo —Shelley inclinó la cabeza—. Sucedió algo que... que no pude soportar. Un día, me desplomé en el trabajo.

—Entiendo —el doctor Sheridan inclinó afirmativamente la cabeza—. Bien, sugiero que trate de evitar la clase de situación que motiva estas jaquecas. Usted dice que persisten... ¿aunque ahora ya no exista la razón?

—No exactamente —Shelley sentía que se ruborizaba y trató de esquivar su pregunta—. Oh... en realidad me siento mucho mejor, de verdad. Si pudiera usted recetarme mis pastillas, no le molestaré más.

El doctor accedió, aunque con vacilación, Shelley lo sabía. Al salir al aire frío de la mañana húmeda sospechó que él se pondría en contacto con su médico para informarle de la situación.

Cuando caminaba hacia la plaza del mercado para ir a una farmacia que había visto, la adelantó un Land-Rover. Las líneas grises no lo distinguían de cualquier otro Land-Rover, pero ella supo, por la sensación que invadió todo su cuerpo que era el de Ben. No se sorprendió cuando el coche no se detuvo, y ella siguió caminando, tratando de ignorar el vacío en su estómago.

No obstante, al llegar a la plaza vio que el vehículo se había detenido en la puerta de la farmacia.

Cuando llegó a la altura del Land-Rover vio a Ben detrás del volante;

él bajó del coche y se paró frente a la muchacha.

– ¿Qué sucede? –le preguntó con rudeza y Shelley se quedó mirándolo sin expresión, demasiado sorprendida para responderle. Le agradaba volver a verlo, aunque quisiera negarlo, y lo miró ansiosa. Iba vestido de negro, con un suéter de cuello alto y vaqueros del mismo color—. Has ido a ver a Sheridan – le dijo indicándole con la cabeza la receta que la muchacha apretaba en su mano—. ¿Estás enferma?

–Oh... –Shelley controló sus pensamientos dispersos y negó con la cabeza—. No, no, sólo he ido a que me diera algo para... para una jaqueca. ¿Cómo estás? Supongo que todavía trabajando demasiado.

– ¿Qué se supone que quieres decir? – Ben estaba agresivo y no lo culpaba. Después de todo, sus relaciones no eran muy amistosas.

– Dice tu madre que tienes muy poco tiempo libre – contestó con cautela—. ¿Cómo está el padre de Jennifer y...?

– Hemos conseguido un suplente – la interrumpió—. Dennis Armitage, creo habértelo mencionado. Renunció a sus vacaciones, para ayudarnos.

– Bueno, estoy segura de que tu madre estará contenta.

– Pero tú, no – dijo Ben con aspereza—. Evidentemente soy el responsable de tu enfado, o al menos, eso es lo que cree mi madre – hizo un gesto de desdén—. ¿Qué le has dicho?

– ¡Nada! – Shelley casi se ahogó con la palabra—. ¿Qué quieres decir? ¿Qué te ha dicho Morsa? Yo jamás te he mencionado.

– Oh, lo creo – Ben suspiró—. No obstante, mi madre quiere que te demuestre un poco de... cortesía. Yo te agrado... es lo que ella dice, y no he tenido para ti ni la más mínima consideración.

– ¡Oh, Ben! – lo miró, desvalida, y Ben desvió la mirada para clavarla en

La punta de sus botas.

– Dice que Berniz te ha estado molestando de nuevo y que yo debo distraerte. Le dije que estoy seguro de que tú no estarías de acuerdo

con ella, pero no quiso escucharme. Y aquí estoy —alzó la cabeza—. ¿Qué quieres que hagamos?

— ¿Quieres decir que tu madre te pidió que vinieras a buscarme? —le preguntó arrugando el ceño.

—No —Ben apretó la mandíbula—. Me pidió que fuera esta tarde a casa.

Sólo que yo preferí verte en privado.

— ¡Aquí no estamos en privado! Cualquiera puede vernos.

— ¿Y eso te molesta? , —Debería molestarte a ti.

— ¿Por qué? —Sus ojos parecían echar chispas—. Prácticamente, nos hemos encontrado por casualidad. ¿Qué es lo que temes? —su mirada se oscureció—. ¡No soy Mike Berniz!

— ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no te haré aceptarme a la fuerza —replicó Ben, malhumorado—. Parece ser que le has contado a mi madre una historia distinta a la que a mí me contaste. Pero no te preocupes. Me dijiste lo que sentías por mí y no lo voy a discutir. Nada más dime que me vaya, y me iré.

—Ben...

— ¿Sí? —Se apoyó contra el Land-Rover y cruzó los brazos—. Ya lo sé... mi madre entendió mal. Tampoco deseas verme. Eso ya lo he adivinado.

—Eso no es verdad —Shelley movió la cabeza con desesperación.

— ¿Cómo lo expresaste? ¡Que cuando hacíamos el amor te sentías como si fueras más mi madre que mi amante!

— ¡Ben! —Shelley casi dejó de respirar—. ¡Yo no dije eso!

—Así lo entendí yo —Ben se apartó del Land-Rover y encogió los hombros—. Muy bien. De modo que me he vuelto a equivocar. Y, ¿qué sientes entonces?

—Por favor, Ben —pidió ella suspirando—. No quiero lastimarte.

— ¿No querrás decir... lastimarte a ti misma? —le preguntó con

aspereza

Y ella, sin poderlo evitar, se asió de su brazo.

La fuerza musculosa de su antebrazo era tensa bajo sus dedos. Sabía que no debía tocarlo... que no tenía derecho a tocarlo... pero, de cualquier modo, se asió a él, mirando su rostro joven y duro.

—Estoy tratando de ser sensata en esto —exclamó con violencia, controlando el impulso de retirar el mechón de pelo de la frente de él—. Estoy tratando de hacer lo correcto. No eres libre, Ben. Estás comprometido con una chica de tu edad y de tu ambiente. Sólo encuentras en mí una... una novedad, es todo. El arquetipo de mujer mayor a quien te fue muy fácil seducir.

La amargura con que se expresaba hizo que en su rostro se reflejara una mueca de auto desprecio. Se imaginaba lo que se burlaría Mike si se enterara de su pasión por un hombre más joven que ella.

— ¡Estás loca! —Le dijo Ben, mirándola con los ojos llenos de emoción—. Yo te lo dije... de té deseaba cuando tenía dieciocho años, sólo que entonces pensaba que no te fijarías en mí. Pero luego viniste aquí, y en cuanto te vi... por amor de Dios, Shelley... ¡estoy enamorado de ti! ¡Y me importa un diablo cuántos años tengas!

— Ben... no sabes lo que dices...

— Por supuesto que sé lo que digo —replicó—. Estoy diciendo que te amo... y que te necesito... y que sin ti, la vida para mí no tiene sentido.

— ¡Oh, Ben! —estaba temblando y ya no le importaba si alguien los miraba. Ben rodeó sus hombros con un brazo.

— Vamos a mi casa —le dijo acariciando con el pulgar el contorno de su oreja—. Después de todo, es lo que quiere mi madre, que pasemos algún tiempo junto.

«Pero no así», pensó Shelley con desesperación; sentía su aliento en su mejilla. Haciendo un esfuerzo se apartó de él.

— Debo comprar mis pastillas —le dijo tartamudeando; entró en la farmacia y él la siguió al interior de la tienda.

Mientras el farmacéutico buscaba las cápsulas, charlaba con Ben, quien, por lo visto, era muy conocido en Log Burton. Además, la personalidad de Ben se prestaba a ser popular en cualquier comunidad y era obvio que él disfrutaba con aquella familiaridad. Pero, ¿qué ocurriría si plantaba a su prometida, particularmente cuando su padre estaba tan enfermo? ¿Lo perdonaría esa gente, si abandonaba a Jennifer Chatel y se casaba con la mejor amiga de su madre?

Capítulo 8

SHELLEY entró en casa de Ben con cierto recelo. No importaba lo que él dijera; no era correcto que ella estuviera allí. Cuando el muchacho se volvió para cerrar la puerta, ella se dirigió a la sala de estar.

La lluvia repiqueteaba en las ventanas y en ese momento la casa mostraba un aire de intimidad que antes no tenía; le era imposible no imaginar lo acogedora que sería en una noche de invierno, con las cortinas echadas y la chimenea encendida. Se veía a sí misma acurrucada en la alfombra, frente al resplandor del fuego, recostada sobre las rodillas de Ben, con las manos de él sobre sus hombros...

La dirección de sus pensamientos era seductora y cuando sintió que Ben la abrazaba, se entregó a aquella caricia, casi con alivio. Pero cuando su boca buscó la tentadora curva de su nuca, mientras sus manos trataban de quitarle la chaqueta de piel, recobró la sensatez.

—No podemos hacer esto, Ben —protestó con voz ronca, separándose de él—. No puedo lastimar a Morsa y tú no puedes dejar a Jennifer.

—Pensé que ya habíamos resuelto eso —dijo él con desaliento.

—Que yo... que nosotros... nos deseemos mutuamente, no significa que pasemos por encima de los sentimientos de los demás.

— ¿Y nuestros sentimientos? —Preguntó Ben con amargura—. Me imagino que también tú tienes sentimientos. ¿O es que aquella

comedia en la puerta de la farmacia sólo fue con el fin de evitar una escena?

—Sabes que no fue así —contestó.

— ¿Lo sé?

-Sí, ¡oh!, sí —con un gesto de derrota, Shelley abandonó la discusión por el momento, fue hasta donde él estaba y deslizó los brazos por su cuello—. Tengo sentimientos —admitió temblándole la voz y con un gemido de satisfacción, Ben se sometió.

Fue un deleite desacostumbrado deslizar sus dedos por su pelo mojado por la lluvia y acariciar su cuello. Los labios de Ben se abrieron para recibir la ávida caricia de los de ella, recibiendo su lengua en la boca con una inocencia que desarmaba. Pero cuando ella se iba a retirar, el curso de su abrazo cambió y la iniciadora se transformó en la alumna.

La chaqueta de piel cayó al suelo y él desabrochó su blusa de seda verde. En esa ocasión Shelley no llevaba sujetador, lo había descartado al pensar que al doctor le estorbaría al examinarla, y los dedos de Ben temblaron al aprisionar sus senos.

Shelley habría cerrado los ojos para no ver la mirada de dominio de Ben mientras acariciaba sus pezones duros, pero él no se lo permitió. Retuvo su mirada mientras que con los pulgares la acariciaba haciéndola vibrar. Luego, con la respiración acelerada observó que el muchacho bajaba la cabeza para besar, primero uno y después el otro seno, acariciándolos con la lengua.

Cogiéndola de las manos, Ben la llevó al sofá.

— ¿No... No deberíamos subir a la alcoba? —murmuró Shelley con la voz ronca cuando él la sentó en su regazo.

—No quiero subir a la alcoba —murmuró, quitándole la blusa, y Shelley se sintió incapaz de negarle nada.

Con un movimiento rápido él se despojó del suéter y la acostó en el sofá, a su lado. Apretándola contra la musculosa dureza de su pecho cubrió su cuerpo complaciente con el suyo y puso su boca sobre la de

ella. A Shelley le parecía increíblemente difícil recordar que ése era el hijo de Morsa, y la diferencia de edad carecía de importancia cuando él podía, con tanta facilidad, sacar a flote sus más profundas emociones.

Olvidando sus remordimientos, Shelley se entregó a las demandas de él, y mientras Ben continuaba drogando sus sentidos con largos y encendidos besos, ella comenzó a explorar su cuerpo con las manos. Desde la ondulación de los músculos de sus hombros pasó a la curva de su espalda, y luego, transfirió su atención a su pecho. El fino vello que abrasaba con sensualidad sus senos le hacía cosquillas en las palmas de las manos. Pero cuando sus manos bajaron, él se estremeció de forma violenta y se desabrochó el cinturón.

— Déjame hacerlo a mí — le dijo Shelley con voz temblorosa, quitando sus manos y bajando la cremallera del pantalón.

Con completa naturalidad, Ben se incorporó y le quitó las bragas. La besaba toda dejando que su lengua le acariciara sensualmente el estómago.

— ¡Ben! — protestó débilmente, estremeciéndose con el contacto de sus dedos. Ben emitió un gemido de placer al frotar su rostro contra ella, reacio a separarse de su dulzura, y entonces las necesidades de su propio cuerpo arrollaron su débil represión.

Le separó las piernas, y ella, al sentir su calor al penetrarla, poseyéndola, llenándola del recuerdo de la ocasión anterior, le aprisionó de forma convulsiva con las piernas. Había pasado mucho tiempo negándose a admitir cuánto lo deseaba, pero en ese momento, al sentir sus manos bajo sus caderas y su lengua en su boca, y todo su cuerpo latente enterrado en lo más profundo de su ser, podía desahogar todas las necesidades y deseos que había estado reprimiendo. Arañaba sus hombros mientras él la acometía una y otra vez; ella gemía y gritaba y su emoción aumentaba hasta que se arqueó contra él para que la penetrase más.

Fue como aquella primera vez, sólo que mejor. Las cosas ordinarias de la vida... edad, experiencia, identidad... todas fueron consumidas

en el fuego incontenible de su pasión, y cuando llegaron al precipicio, no eran dos seres, sino uno solo. Durante unos segundos permanecieron suspendidos, vacíos de toda emoción, pero conscientes de la increíble unión que habían alcanzado. Luego, Ben se dejó caer sobre ella, y su cuerpo, húmedo de sudor, se relajó en sus brazos.

Ella creyó que dormía, pero no era así, pues abrió los ojos para examinarla con mirada perezosa.

— Ahora dime que no nos pertenecemos el uno al otro —la desafió con voz suave, acariciando su boca con el pulgar y ella, deliberadamente, lo mordió—. ¡Ay! —protestó indignado, retirando el dedo lastimado y ella enredó los brazos y las piernas alrededor de su cuerpo, en total abandono sensual.

— Muy bien —dijo ella ignorando su inocencia y mirándolo con sinceridad—. Lo admito. Nos pertenecemos el uno al otro. Y... y aunque no deseo lastimar a nadie, quizá podamos hacer algo.

— ¡Ya lo sé! —Dijo Ben con entusiasmo acariciando su cara y besando sus labios—. Ahora mismo se lo digo a mi madre. Me parece justo...

— ¡No!

La negativa de Shelley interrumpió sus palabras.

— ¿No? —repitió Ben lentamente—. Pero si acabas de decir...

— He dicho que nos necesitamos mutuamente —contestó tranquilamente, apoyándose en los codos—. Así es. No lo niego. Pero con eso no quiero decir que debemos destruir la felicidad de las personas que amamos.

— ¡Por amor de Dios, Shelley...! —exclamó él frunciendo el ceño.

— ¡Escúchame! —dijo ella separándose de él y encogiéndose las piernas para proteger su cuerpo. Necesitaba toda la protección posible que le diera fuerzas para continuar—. Ben, sé lo que digo, créeme. Sé que me deseas. Sé que cuando estamos juntos, todo es bueno. Pero no es suficiente...

— ¿Qué quieres decir con eso de que no es suficiente?

—Yo no te amo, Ben, me gustas. De verdad, me gustas. Y me atraes. No lo niego, pero nada más...

La expresión de Ben se endureció.

— ¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo... —Shelley titubeó, eligiendo las palabras con todo cuidado— que debemos disfrutar de lo que tenemos.

— ¿Quieres decir, así? —Ben frunció el ceño—. ¿Una pequeña aventura furtiva en un rincón, como la que tuviste con Mike Berniz?

— ¡Yo no tuve una aventura así con Mike Berniz! —replicó, indignada.

—Entonces, ¿cómo la llamarías? ¡Sabías que estaba casado!

—No lo sabía. Al menos —luchaba para defenderse—, creí que había solicitado el divorcio.

— ¡Oh! ¿De verdad?

— ¡Sí, de verdad! ¿No me crees?

—Parece ser que Berniz pensaba que tú lo sabías —dijo Ben con crueldad—. Él cree que tu ambición hizo, de forma conveniente, que te cegaras ante la realidad de la situación. ¡Creyó que harías cualquier cosa para alcanzar la posición que ahora ocupas!

— ¿Cómo... cómo lo sabes? —preguntó temblando. No deseaba aquella explicación, pero se lo tuvo que preguntar—. ¿Es eso lo que piensa tu madre?

— ¡No! —la respuesta de Ben fue demasiado instintiva para ser mentira.

—Entonces, ¿cómo...?

—Sarah escuchó una conversación que tuviste con Berniz por teléfono — replicó Ben. Se levantó y cogió su pantalón.

— ¡Sarah!

Shelley estaba estupefacta.

—Yo estaba desesperado por saber algo de ti —le dijo cogiendo su

suéter—, y ella me lo dijo.

— ¿Cuándo? —Shelley lo miró de reojo, sospechando su traición—. ¿Tú le preguntaste por mí?

—No. No —Ben suspiró—. Por amor de Dios, no me mires así, yo no lo creí.

—Hasta hoy —dijo Shelley con amargura, protegiendo su cuerpo con un cojín; luego, se puso de pie—. ¡Dios mío! Los conflictos producen extraños compañeros de cama, ¿verdad?

— ¡Sarah no se ha acostado conmigo! —Replicó Ben con ira—. La vi en el pueblo. ¡Me lo dijo inocentemente!

— ¡Oh, vamos, Ben!

—Es verdad. Ella no me dijo que tú eras una ambiciosa con inclinaciones amorales. ¡Así lo interpreté yo!

— ¿De verdad? —Shelley temblaba tanto que no podía abrocharse la blusa, y, con un gesto de remordimiento, Ben lo hizo por ella.

Al no poder borrar la palidez de su rostro lastimado, apretó su cuerpo contra el suyo.

—No lo digo en serio —dijo con voz temblorosa—. Dios sabe lo que quiero decir. Te amo. Te amo. ¿No comprendes que te estoy lastimando porque me estás haciendo pedazos?

Shelley trató de luchar contra él, pero lo que le dijo le llegó hasta el alma, sorprendiéndola, y lastimándola. Cuando Ben la besó, ella rodeó su cuello con los brazos.

—Muy bien —dijo él al fin, justo cuando ella estaba a punto de confesarle toda la verdad—. Será como tú dices. No le diré nada a mi madre ni a Jennifer.

Pero no creas que va a ser fácil.

—Ben...

—No. No digas más. No creo que pueda soportar más por ahora. Vístete y te llevaré a donde dejaste tu coche. Dile a mi madre que nos hemos encontrado en el pueblo y que... te he invitado a tomar una

copa, o algo así. Así quedarás a salvo, por si alguien nos ha visto entrar juntos aquí.

—Oh, Ben...

— ¡Vístete! —le repitió, encaminándose hacia la puerta—. Tengo que llamar a Armitage. No tardo ni dos minutos.

—Así que has estado en casa de Dickens —le dijo Morsa con satisfacción, pasándole la ensalada—. ¿Te ha enseñado toda la casa?

—Sí... un poco —murmuró Shelley—. Los alrededores son preciosos. Con el río allí, tan cerca; parece muy tranquila.

—Así es —asintió Morsa sonriendo—. Y aunque la casa no es nueva, el propietario anterior la remodeló completamente. Es muy moderna, e ideal para una persona soltera.

—Me imagino que una pareja podría vivir allí muy bien —dijo Shelley con cautela, humedeciendo sus labios—. Me pregunto si Dickens podrá comprar una casa nueva y hacer frente a todos los gastos que conlleva una boda.

—Oh, creo que yo lo podría ayudar —comentó Morsa confiada—. Una casa nueva sería un regalo de bodas ideal, así Ben podría vender su casa y ahorrar para cuando empiecen a llegar los niños.

Shelley ocultó un gesto de dolor y se dedicó con entusiasmo al jamón que tenía en su plato.

—Puede que tengas razón —le dijo—. Aunque es una lástima. La casa de Ditchburn Lane es muy... acogedora.

— ¿Y por qué no la compras tú? —sugirió Morsa con expresión de quien acaba de ocurrírsele una idea, y Shelley suspiró.

—Morsa...

—Bueno, ¿por qué no? No sugiero que dejes tu apartamento en Londres, sencillamente pienso que sería una buena idea que tuvieses algo que fuera tuyo, ¡lejos de las exigencias de hombres como Mike Berniz!

—Morsa, yo no necesito una casa...

— Todos necesitamos una casa — replicó Morsa sin dejarse intimidar —. Un apartamento está muy bien, pero no hay como poseer una propiedad completa, con jardín y todo lo demás. Te he observado cuando ayudas al jardinero. Apuesto a que necesitas exactamente una ocupación como esa.

— Enseguida me dirás que lo que necesito es tener un hogar y una familia — le dijo Shelley con impaciencia.

— Bueno, debo admitir que no serías un ama de casa perfecta, según me parece — dijo Morsa con tono de broma —. Si fueras la mitad de lo dura que te gusta parecer, Mike Bertita nunca podría afectarte de la forma que lo hace. Pero no lo creo. Eres demasiado sensible, Shelley. En comparación con esas hienas, ¡eres tan desvalida como un niño!

— ¿No querrás decir que como una cabra? — le preguntó Shelley con tristeza; sabía que Morsa tenía razón, pero no quería admitirlo. Cuando Sarah entró a recoger los platos, sostuvo la mirada insolente de la muchacha con decisión—. Existen animales de rapiña en todas partes, si te molestan en buscarlos — agregó observando la mirada incierta en los ojos de la chica—. No creas que Londres tiene acaparado el mercado. Nunca sabes quién está esperando acuchillarte por la espalda.

— Eso lo has dicho por algo. ¿Qué te ha dicho Dickens? — le preguntó Morsa mirándola con extrañeza.

— ¿Dickens? — Shelley exhaló cuando Sarah salió precipitadamente del comedor—. No creo haber mencionado su nombre.

— No, pero... Bueno has hablado con tanta vehemencia que debes haberte referido a alguien en particular. No creerás que yo...

— No, no, por supuesto que no — Shelley sabía que tenía que dar alguna explicación y suspiró—. Oh, si quieres saberlo, creo que Sarah escuchó la conversación que tuve con Mike cuando me llamó. Oí un ruido en el teléfono, ya sabes, como cuando alguien cuelga un supletorio.

— Entiendo. ¿Por qué no me lo dijiste de inmediato?

— Oh... — Shelley no le podía explicar que no se había preocupado de

ello hasta que Ben lo mencionó—. Yo... tú sabes lo trastornada que estaba cuando Mike me llamó. Supongo que lo olvidé.

— ¡Esa chica se tiene que ir! —dijo Morsa frunciendo el ceño.

— ¡Oh, no!

— ¡Oh, sí! —Morsa estaba decidida—. No voy a permitir que ande por aquí escuchando conversaciones o llamadas. No es la primera vez que esto sucede. Y muestra demasiada familiaridad, como te he dicho antes. La sobrina de la señora Brad está buscando trabajo. Le preguntaré si le interesaría venir en lugar de Sarah. Es una mujer agradable y diez años mayor.

— ¡Oh, Morsa! ¡No te lo habría dicho si hubiera sabido que la ibas a despedir! Le hablaré yo misma. ¡De verdad! Lo prefiero.

—Lo siento, Shelley, pero me has proporcionado el pretexto que estaba buscando —Morsa era inflexible—. Ahora, no pienses más en ello. No le diré lo que me has dicho. Sólo le diré que he sabido su comportamiento y ahí quedará todo.

Shelley iba a seguir protestando, pero el teléfono las interrumpió.

— ¡Diablos! En medio del almuerzo —exclamó Morsa exasperada, pero fue a contestar.

El rostro de Morsa estaba sonrojado cuando volvió y Shelley la miró con aprensión. Morsa no se excitaba con facilidad por nada, y durante un horrible momento, Shelley se preguntó si su aventura con Ben habría sido descubierta.

— ¡Nunca adivinarías lo que sucede! —Exclamó Morsa, y todavía temiendo su explicación, Shelley movió la cabeza—. Harán un programa especial de televisión sobre mi trabajo —anunció Morsa emocionada—. ¿Puedes creerlo? Un programa de una hora completa sobre mí y mis cuadros. Quien llamó era Tim Harley, él lo va a producir.

— ¡Tim Harley! —repitió Shelley débilmente, reconociendo el nombre del productor de Capítol Televisión—. Me cuesta trabajo creerlo.

—También a mí —dijo Morsa, incrédula—. Quiere que vaya a Londres la semana próxima para discutir las condiciones. Sugiere que pase la noche en un hotel... por supuesto que ellos pagarán... y que así tendremos veinticuatro horas para llegar a un acuerdo satisfactorio. ¿Qué piensas?

¿Qué pensaba ella? Shelley se humedeció los labios. Con toda sinceridad, era feliz por Morsa, pero no podía evitar la involuntaria sospecha de que Mike Berniz estaba detrás de todo eso. No podía imaginarse qué esperaba él ganar con darle a Morsa aquella bien merecida publicidad, pero le parecía más que una coincidencia que le hicieran aquella oferta en ese momento.

—Pienso que debes aceptar —le dijo, sin permitir que sus dudas desalentaran la emoción que Morsa sentía—. Es verdad, creo que no saben cuánto vales. La próxima oferta será que tengas tu propio programa, ya sabes... «Clase Maestra con Nanning...» «Arte para los Artesanos».

— ¡Oh... Shelley! —Morsa estaba tan emocionada como una jovencita, y Shelley rogaba que eso no fuera algún truco astuto de Mike para obligarla a hacer lo que él deseaba—. ¿No te importará que me ausente un par de días, verdad? Es decir... ¿estarás bien aquí, quedándote sola?

—Por supuesto que estaré bien —Shelley se calmó rápidamente, pero al darse cuenta de que su expresión inocente era demasiado feliz, demasiado entusiasta, Morsa volvió bruscamente a la realidad.

— ¿No crees que Mike esté detrás de todo esto? —preguntó al observar el rostro de Shelley intensamente y ésta hizo acopio de toda su ingenuidad para no revelar sus dudas.

—Pero, ¿por qué habría de estarlo? —Dijo con una voz que tenía la mezcla correcta de lógica y razón—. ¿Qué podría ganar Mike al ofrecerte esta oportunidad? No —Shelley negó con la cabeza—. Es posible que al hablar conmigo haya recordado que se estaba perdiendo una oportunidad maravillosa. — ¿Sabes que me proporcionas seguridad en mí misma? —Exclamó Morsa, y era obvio que las palabras de Shelley le daban seguridad—. Bueno...

Si estás segura... De momento, hemos fijado la cita para el próximo martes.

Ben llegó la tarde del día siguiente, y, en esa ocasión, Jennifer iba con él. Shelley tuvo que reunir toda su fuerza para afrontar la mirada astuta de la chica.

—Papá está mucho mejor —contestó a la pregunta inmediata de Morsa—. El doctor dice que está fuera de peligro y esperamos llevarlo a casa a fines de la próxima semana. —Qué buena noticia.

Morsa estaba encantada, y Shelley expresó sus mejores deseos por una completa recuperación. Como había pronosticado Ben, no le sería fácil tratar a Jennifer como si todo fuera como antes, y se despreció a sí misma por haber tenido la debilidad que la había forzado a entrar en aquella situación, que era intolerable. ¿Cómo podía hacer eso?, se preguntaba. ¿Cómo podía estar allí, diciendo cosas triviales, sabiendo que si Jennifer supiera la verdad, querría sacarle los ojos? ¿Y cómo podría continuar con el engaño cuando al hacerlo destruía su dignidad?

No era difícil encontrar los motivos. Había muchas razones por las que estaba engañando a Jennifer y traicionando la confianza de Morsa, y le parecían muy convincentes al compararlas con las alternativas.

Pero, al mismo tiempo, adquirirían una resonancia falsa al mirar de frente a la verdadera víctima de su traición, y se preguntaba si valía la pena aquel terrible sacrificio.

Y, a pesar de todo, se decía, ¿no era mejor que Jennifer no conociera los verdaderos sentimientos de Ben? ¿Qué ganaría Morsa al saber la obsesión de su hijo? Pronto, cuando ella regresara a Londres, él se olvidaría por completo de ella. Era asombroso ver que con mucha frecuencia la distancia alcanzaba lo que no lograba la cercanía. ¿Por qué permitir que Ben rompiera su compromiso, sólo para satisfacer un concepto equivocado de sinceridad? De ese modo, nadie resultaría lastimado, con excepción, por supuesto, de ella misma... lo cual, después de todo, era justo.

Aun así, y a pesar de su resolución, nada podía evitar la incontrolable corriente de emoción que sentía al mirar a Ben. Entró en la sala detrás de su prometida, con la camisa abierta en el cuello para exponer la belleza masculina de su cuerpo. Sólo con verlo sentía que la envolvía una ola de calor y la ropa de verano que llevaba no evitaba que transpirara.

Si esperaba que él la mirara de cierta manera que le causara desconcierto, pronto se desengañó. Al contrario, aparte de un ligero saludo al llegar, y una mirada que sólo expresaba cortesía, Ben no mostró interés por ella.

Era inevitable que la conversación girara acerca de la emocionante oferta que Morsa había recibido y Shelley se pudo dar cuenta de que su amiga ya le había comunicado la noticia a su hijo.

— Debe sentirse muy halagada — dijo Jennifer con su falta de tacto acostumbrado —. Eso, ¿lo preparó Shelley para usted? ¿No es ese el canal de televisión para el cual ella trabaja?

Morsa intercambió un gesto de tristeza con su amiga.

— ¿Me creerás si te digo que la oferta me la hicieron de forma independiente? — le preguntó en tono de broma —. ¡Existen una o dos personas que creen que tengo talento!

— Oh, usted me conoce — le dijo la joven sonrojándose; y Ben la miró con impaciencia —. No digo que sus cuadros no sean buenos, ni nada por el estilo.

Sólo pensé que era una coincidencia muy obvia.

— Olvídalo — dijo Morsa levantándose del sofá —. Voy a servir el té. Dickens, ¿quieres ayudarme?

Shelley deseó que la hubiera invitado a ella, pero parecía que quería hablar en privado con su hijo. Ojalá no le dijera nada a Ben acerca de Sarah. Desde que supo lo del especial de televisión, Morsa no había vuelto a mencionar el tema, y Shelley esperaba disuadirla. No quería añadir el asunto de Sarah a sus pecados.

— ¿Lo está pasando bien?

La pregunta, inesperada e inexpresiva, de Jennifer interrumpió sus pensamientos y, con retraso, se dio cuenta de que su prolongado silencio había sido descortés.

—Lo siento —le dijo, intentando una sonrisa cortés—. Yo... sí, lo estoy pasando muy bien. Es un cambio muy agradable, después de la ciudad.

—Umm —Jennifer no parecía muy convencida—. Pensé que no aguantaría mucho aquí. Frágil está bien, pero debe admitir que es muy aburrido.

—No me he aburrido —contestó Shelley con sinceridad, y Jennifer asintió con la cabeza.

—No —dijo concisamente—. Sé que Ben la ha llevado a algunos lugares.

Él no tiene tiempo, sabe. Sólo que es demasiado educado para decírselo.

Shelley suspiró.

—No creo que tu prometido haya estado mucho tiempo conmigo —contestó cautelosamente—. Es más, tanto su madre como yo lo hemos visto muy poco, desde que enfermó tu padre.

—Pero sí pasó usted toda la mañana de ayer con él, ¿verdad? —Le dijo Jennifer, yendo directa al asunto—. La gente comenzará a hablar si usted no lo deja en paz.

Shelley se mordió el labio inferior.

—No creo que tengas nada de qué preocuparte, Jennifer...

— ¡Oh, ya lo sé! —Asintió con desdén—. ¡Ben no es el tipo de hombre que podría interesarse por una mujer madura! ¡Pero admira su trabajo, y también supongo que se siente muy halagado porque usted parece encontrarlo tan atractivo!

Shelley se quedó sin habla. ¡Una mujer madura! Efectivamente, tal vez así le parecía a Jennifer, pensó con tristeza. Después de todo, cuando se tenía la edad de ella cualquiera que pasara de los treinta le parecía que tenía un pie en la sepultura.

Antes de poder formular una respuesta, Ben y su madre regresaron, y Jennifer la miró como advirtiéndole que no dijese nada. Shelley no deseaba decir nada. El resentimiento de la chica no estaba tan fuera de lugar, y sólo sirvió para reforzar las dudas de Shelley sobre lo que estaba haciendo. Pensó que tal vez debería volver a Londres. No podía seguir huyendo de sus problemas toda la vida, y aunque era extraño, el haber estado con Ben la había ayudado a centrarse. Por lo menos sabía que nunca había amado a Mike, ni siquiera al principio.

—Dickens sugiere que mientras yo esté en Londres, vayas a vivir a su casa en Log Burton —dijo Morsa volviéndose a sentar en el sofá—. No tienes ninguna objeción, ¿verdad, Jennifer? Sé que puedes confiar en Shelley.

—Oh... en realidad... —interrumpió Shelley antes de que la chica contestara—. Estaré muy bien aquí, Morsa. ¡Cielos, la señora Carl vive en la casa y yo no soy una persona nerviosa!

—Quizá no lo seas normalmente —dijo Morsa sirviendo el té en las delicadas tazas de porcelana—. Pero te olvidas, Shelley, de que has estado enferma. No me gustaría que te quedaras aquí sola, por si algo pasara.

— ¿Qué podría pasar? —Miró a Ben—. ¡No soy una inválida!

Ben se encogió de hombros.

—Lo que mi madre trata de decirte, sin ningún éxito, es que existe la posibilidad de que Berniz aproveche la oportunidad para venir aquí...

— ¡Venir aquí! No haría eso.

— ¿Estás segura? —Ben la miró—. ¿Y si viniese?

— ¿Qué significa todo esto? —Preguntó Jennifer mirando a cada uno con resentimiento—. ¿Quién es ese hombre de quien habláis? ¿Y por qué Shelley habría de temerle?

—No le temo —contestó tranquilamente Shelley y se asombró al saber que decía la verdad. De alguna forma, por razones que no estaba preparada para examinar detenidamente, la influencia de Mike había dejado de intimidarla. Quizá tenía algo que ver con los

sentimientos que Ben había despertado en ella, o tal vez era el hecho de haber comprendido que había cosas más importantes que llegar a ser la ayudante de un productor.

—Entonces, ¿qué...? —preguntó Jennifer frunciendo el ceño.

—Es culpa mía —dijo Shelley, solicitando en silencio el apoyo de Morsa—. Mike Berniz es mi jefe en Londres, y no le agradó esta, depresión nerviosa. Quiere que regrese y Ben y su madre se preocupan de que pueda utilizar su ausencia para tratar de obligarme a ir.

— ¡Y eso es todo! —Dijo Jennifer con un gesto de desprecio y miró a Ben con impaciencia—. Estoy segura de que Shelley es muy capaz de cuidar sus propios intereses. Él es sólo un hombre, ¿no?

—Sólo un hombre —admitió Shelley al aceptar la taza de té de manos de Morsa—. De verdad —añadió evitando mirar a Ben—, yo puedo controlar la situación.

—Si tú lo dices...

Morsa se encogió de hombros; era evidente que estaba preparada para concederle el beneficio de la duda; Shelley sintió la frustración de Ben. Pero no era correcto. Si se quedaba en la casa de Ditchbum Lañe, ambos sabían lo que sucedería, y cuanto más estuvieran juntos, les sería más difícil pensar en su posible separación. Tan pronto regresara Morsa de Londres, Shelley tomaría de nuevo los hilos de su propia vida, y si Ben tenía que resultar lastimado, era mejor que sucediera cuanto antes.

Capítulo 9

AQUELLA tarde, Shelley no tuvo oportunidad de hablar con Ben a solas. El muchacho no le prestó demasiada atención y se dedicó a prodigar muestras de cariño a su prometida. Desde luego, si su intención era provocar celos en Shelley lo consiguió con creces, aunque ésta se esforzó en aparentar indiferencia. Cuando Ben se

recostó en el sillón en el que estaba sentada su prometida y rodeó sus hombros con su viril brazo, Shelley estuvo a punto de levantarse e irse de la habitación.

– ¿Quieres que te lleve a la estación el martes por la mañana? – preguntó Ben a su madre, mientras acariciaba lentamente la nuca de Jennifer.

–No. No es necesario, querido –contestó–. Me llevaré el viejo Austin, a no ser que Shelley acceda a prestarme su coche.

–Por supuesto –Shelley se alegraba de encontrar cualquier excusa que la distrajera de observar los dedos delgados de Ben–. Te lo presto con mucho gusto, yo no lo necesitaré.

–No, no lo necesitarás, ¿verdad? –Le dijo Ben en tono áspero, poniéndose de pie–. Bien, es hora de marcharnos, Jennifer, ¿estás lista?

–Cuando digas, querido –contestó ésta con aire de suficiencia, cogiendo su mano para ponerse de pie. Le dirigió a Shelley una mirada calculadora–. Y si no la vuelvo a ver, señorita Host...

– ¿Qué quieres decir? Morsa se adelantó a la pregunta de Ben–. ¿Qué es eso de que si no vuelves a ver a Shelley?

–Oh... –Jennifer le dirigió a su futura suegra una sonrisa encantadora–. La señorita Host... Shelley... me ha comentado lo tranquilo que es Frágil comparado con Londres. Me ha dado la impresión de que extrañaba a Londres. ¿No ha sido eso lo que has dicho Shelley?

Era lo que había dicho Jennifer, y ambas lo sabían, pero Shelley no sabía cómo arreglar la situación.

–Creo que me has entendido mal, Jennifer –replicó, pues no quería que Morsa se sintiera herida por las palabras imprudentes de la chica –. Londres es una ciudad preciosa pero, desde luego, Frágil me parece un lugar ideal para vivir. No puedo añorar tanto Londres cuando aquí me siento como en mi propia casa.

El rostro de Morsa, que unos momentos antes había expresado

consternación, se animó de inmediato.

— ¿Lo dices de corazón, Shelley? — Exclamó con ansiedad—. Durante un momento he pensado que me ibas a decir que te marchabas.

Shelley forzó una sonrisa y cogió la mano que Morsa le tendía.

—No —dijo, sabiendo que Jennifer había logrado exactamente lo contrario de lo que se proponía—. Vosotros sois mi familia, la única que tengo.

Ben y Jennifer se marcharon unos minutos después y Shelley dejó que Morsa los acompañara sola a la puerta. Pensaba que se acababa de comprometer a quedarse otras seis semanas en Frágil, y se preguntaba si Jennifer se daba cuenta de que ella misma era su peor enemiga.

—Siento mucho lo que ha pasado, querida —le dijo Morsa al volver a la habitación—. Jennifer puede tener muy poco tacto en ocasiones.

—No importa.

—Sí importa —Morsa se sentó frente a ella; parecía un poco taciturna—.

A veces dudo que sea la chica que le conviene a Dickens, después de todo.

— ¡Morsa! ¿Por qué lo dices?

—Oh... —Morsa suspiró—. A veces siento como si yo lo hubiese influenciado. Pero al principio ella parecía muy dulce, y siendo la hija de un veterinario... me pareció la pareja perfecta. Ahora, no estoy tan segura.

Shelley se humedeció los labios.

—Seguramente... Dickens decidió por sí mismo.

—Bueno, sí, ya lo sé; pero, ¿fue una decisión correcta? Quiero decir... ¿Qué experiencia tenía él?

—Debe haber salido con algunas chicas cuando iba a la universidad...

—Yo creo que sí —se encogió de hombros—. Yo nunca conocí a ninguna. No eran nada serio, si me explico. La primera chica que me

presentó fue a Jennifer, y eso por ser la hija de Frank Chatel.

Shelley movió la cabeza. No deseaba escucharla.

– Morsa, creo que estás exagerando...

– No, no lo creas. Tú me conoces. Sabes que he tratado de que Charles y tú tuvieseis algo más que una amistad. Es un disparate, ¿no? En especial cuando mi matrimonio fue un desastre. Pero la culpa fue casi toda mía, tú y Dickens no sois tan egoístas como era yo.

– ¡Oh, Morsa! – Shelley suspiró. Nunca tendría una mejor oportunidad para ser sincera con su amiga, y lo sabía –. Morsa, hay algo que debo decirte.

– ¿Qué? – preguntó –. No me digas que de verdad te estás aburriendo en Frágil... No quiero creer que Jennifer tiene razón.

Shelley titubeó.

– Yo... yo... – se aferró a los brazos del sillón y, desesperadamente, buscó las palabras –. Morsa, ¿tú sabes que Dickens se siente atraído por mí?

– ¿Cuando era más joven? Por supuesto – Morsa se quedó indiferente ante aquella confesión y Shelley se dio cuenta de que no había hablado con claridad –. Te dije que había creído estar enamorado de ti, ¿verdad? ¡Cielos, eso es muy común, un chico impresionable y una mujer independiente! – Al ver la expresión de ansiedad de Shelley cambió de conversación –. ¿Estás sugiriendo que ese puede ser el motivo por el cual Dickens nunca salió en serio con ninguna chica de la universidad? Puede que tengas razón. Oh, no sé por qué me preocupo. Si no quisiera casarse con Jennifer, lo habría dicho.

El momento había pasado. Aun sin que hubiera soñado el teléfono, aquella conversación habría terminado. Morsa salió de la habitación más contenta que cuando había entrado; regresó unos segundos después.

– Es Charles – dijo aparentando indiferencia ante la agitación de Shelley –. Ven. Quiere hablar contigo – sus ojos brillaron –. Debe

haber sabido que hablábamos de él.

Charles llamaba para invitarla a un concierto de Mozart que tendría lugar en el auditorio municipal de Log Burton. Era un concierto benéfico para recaudar fondos para los hospitales de la localidad, y aunque Shelley no deseaba ir, no se le ocurrió ninguna excusa válida. Además, sería el martes por la noche, y en cuanto Morsa se fuera, estaría todo el día prácticamente solo. En todo caso, esto evitaría que Ben insistiera en su invitación y tal vez ayudaría a persuadirlo de que lo que le había dicho era en serio.

Morsa se marchó temprano la mañana del martes. Iría en coche hasta York para coger el expreso a Kings Cross. Shelley la despidió, saludándola con la mano hasta que desapareció de su vista en su coche rojo.

El destino final de Morsa le era conocido, pero ella no sentía pesar al regresar a la casa. Extrañaba su apartamento, por supuesto, pero era debido, principalmente, a las cosas que tenía en él. En sí, Londres no le causaba nostalgia, y comprendía la decisión de Morsa de irse a vivir al campo.

El día pasó lentamente. Por la mañana descansó en el jardín, despabilándose cada vez que pasaba algún vehículo por el camino.

La señora Carl le sirvió el almuerzo, y cuando le preguntó por Sarah supo que la chica se había puesto enferma el día anterior.

— Le duele el estómago, es lo que dice su madre, pero yo no lo creo — dijo el ama de llaves con firmeza —. El domingo por la tarde, cuando se marcharon el hijo de la señorita Nanning y su prometida, la señorita Nanning le dijo que deseaba hablar con ella. Bien, Sarah le dijo que era su noche de descanso y era cierto, así que la señorita Nanning lo dejó para el lunes por la mañana.

— Y... ¿cree usted que Sarah ha dicho que está enferma para evitar la entrevista con la señorita Nanning?

La señora Carl hizo una mueca.

— ¿Puede usted imaginarse otra razón?

—Podría estar enferma de verdad —dijo Shelley encogiéndose de hombros.

—Y los cerdos podrían volar —contestó la señora Carl con mordacidad—. No. Esa jovencita no quiere afrontar la realidad. Fíjese bien en lo que le digo, verá como falta a trabajar durante una semana.

Shelley suspiró, resignándose al hecho de que Morsa no perdonaría la última falta. Sarah hubiera hecho bien en ir a trabajar e intentar defenderse.

Faltando al trabajo, evidentemente admitía su culpa.

A las seis y media llegó Charles para acompañarla al recital. La función empezaba a las siete y al sentarse en sus butacas le sugirió que lo acompañara a cenar después de la función.

—Saldremos de aquí alrededor de las nueve y media —le explicó, mientras ella se quitaba la chaqueta—. Le he pedido a mi ama de llaves que prepare una cena fría. Tal vez fue prematuro, pero estando Morsa en Londres, espero que me perdone...

Shelley sonrió, un poco tensa, casi segura de que también Ben estaría en el recital; y recordó lo que pasó la última vez que salió con Charles. Pero no podía despreciarlo y aceptó su invitación.

Comenzó a relajarse después de la primera media hora, y en el intermedio acompañó a Charles al bar que habían acondicionado para la ocasión. Les presentó a muchas personas, algunas de las cuales recordaba haber visto anteriormente, cuando representaron Camelote, y era evidente que Charles estaba encantado de que lo acompañara por segunda vez.

—Temía que nunca más accedieras a salir conmigo —le dijo cuando iban a su casa—. Pero Morsa sugirió que perseverara, y tenía razón.

Shelley suspiró, deseando que Morsa se ocupara de sus propios asuntos. Lo último que quería era que Charles creyera que había algún futuro en su relación, y no le parecía justo aceptar su hospitalidad sin aclarar las cosas.

—Creo que debes saber que no tengo intenciones de mantener una

relación sería con nadie —le dijo con firmeza, al llegar a la verja de una casona estilo Victoriano, situada en las afueras del pequeño pueblo—. Y si al habértelo dicho prefieres, por ello, llevarme a casa, yo lo entendería. Es que no quiero que te formes una idea equivocada.

Charles detuvo el coche frente al garaje y se volvió a mirarla. El tono de su voz fue de reflexión al responder:

—Esa es una afirmación demasiado general —comentó con las manos sobre el volante—. ¿Cómo lo sabes? —Hizo una pausa—. A no ser que exista alguien más, por supuesto.

— ¿También eso te lo dijo Morsa?

—Difícilmente —Charles se encogió de hombros—. No creo que siquiera lo sospeche. Pero, como dicen, se ven mejor los toros desde la barrera.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—Entremos, y vamos a cenar —sugirió Charles apagando el motor; luego abrió la puerta del coche—. La señora Sears debe haberse ido a la cama y estoy seguro de que tendrás sed después de todo ese Mozart. Yo sí tengo.

A Shelley no le quedó otro remedio que acompañarlo. Estaba obligada a aceptar su hospitalidad hasta que estuviera dispuesto a llevarla de vuelta a Frágil, a no ser que llamara un taxi, lo cual sería una descortesía.

La cena que había dejado el ama de llaves era abundante, un pastel de carne, unos taquitos de queso, entremeses y ensalada: parecía que la señora Sears pensaba que Shelley tendría hambre. Aceptó un trozo de pastel y admiró la decoración de un bizcocho de jerez, pero no estaba a gusto; sólo el vino probó ser un paliativo para sus nervios destrozados.

—Pareces preocupada —le dijo Charles cuando rechazó otra copa de vino, y al ver que dejaba el trozo de pastel a medio comer—. No debes estarlo.

No me gusta hablar sobre la vida de los demás.

– Charles, yo no... – le dijo mirándolo sin expresión.

– Ben y tú – le dijo –. He observado cómo os miráis. Oh, no quiero decir que hayas llegado más lejos todavía – agregó –. Pero creo que él es la razón por la cual no quieres salir con nadie más.

Shelley estaba asombrada.

– Pero, ¿cómo...? – Movi6 la cabeza –. Es decir, nosotros nunca...

– Debí sospecharlo la noche que te llevé a ver Camelote – dijo Charles –. A Ben no le agradó vernos juntos, ¿verdad? Y aquella noche que fui a cenar... – miró su copa con expresión triste –. No te perdía de vista.

– ¡Dios mío!

Shelley lo miraba incrédula y Charles suspiró.

– Soy médico y me pagan por diagnosticar los problemas de la gente. Supongo que me he acostumbrado tanto a diferenciar lo que es real y lo que es imaginario que lo hago de forma automática. A veces me equivoco. Pero en este caso no creo haberme equivocado.

– Pero no se lo habrás comentado a Morsa – dijo Shelley suspirando.

– No. ¿Por qué habría de hacerlo? Es algo que no me concierne.

– Pero me lo has dicho a mí.

– Sí – contestó asintiendo con la cabeza –, porque es un problema tuyo y – alzó los hombros – porque tengo curiosidad.

– ¿Curiosidad?

– Bueno – vaciló –, me imagino, por lo que dijiste cuando veníamos en el coche, que ni tú ni él tenéis intenciones de... perdona el juego de palabras... de llegar a algo más.

– No – ella podía haber mentido y negar todo, pero sabía que él no la creería –. No, no lo pretendemos.

– ¿Puedo preguntar por qué? – Charles frunció el ceño –. ¡No es posible que sea por esa niña tonta, Jennifer!

—Jennifer no es una niña tonta —replicó Shelley—. Y... y en parte, el asunto tiene algo que ver con ella, por supuesto.

— ¿Pero no todo es por ella?

—No.

— ¿No lo amas?

— ¡Por favor! —El rostro de Shelley estaba encendido—. No creo que esto tenga nada que ver contigo.

—No, desde luego —Charles no se había molestado—. Pero, aclárame: ¿por qué dos personas que evidentemente se aman eligen no hacer nada?

Shelley titubeó, y porque sabía que sería un alivio confiar en alguien, accedió.

—Ben no me ama —dijo con tristeza—. Él cree amarme, pero no es así. Es una fantasía de juventud que no ha superado. Conozco a su madre desde hace muchos años, sabes. Cuando mis padres murieron yo acababa de salir de la universidad y Morsa y yo nos hicimos amigas, y aún lo somos. Entonces Ben era sólo un muchacho, supongo que tendría alrededor de quince años. Nunca pensé en él como en un hombre. ¡Habría sido absurdo!

— ¿Y cuándo te diste cuenta de que ya no era un muchacho? ¿Cuándo lo volviste a ver en Frágil?

—No exactamente —hizo una pausa y agregó, vacilante—: Mi coche se estropeó cuando venía a casa de Morsa. Ben se detuvo y me trajo al pueblo.

Yo... yo no lo reconocí.

—Pero él sí te reconoció a ti.

—Por supuesto —Shelley jugó con su pelo, con un ademán de impaciencia—. Yo no he cambiado mucho. Él sí ha cambiado.

—Entiendo —Charles asintió con la cabeza—. ¡Qué fascinante!

—No fue fascinante, de ninguna manera —Shelley estaba indignada—.

En realidad, fue desconcertante.

– ¿El haberte sentido atraída por él antes de saber quién era?

– Deberías haber sido psiquiatra – dijo Shelley con un suspiro.

– ¿Por qué? ¿Porque he hecho una deducción razonable? Dime una cosa, si Ben no fuera hijo de Morsa, ¿pensarías de forma diferente?

– Sí. No. No sé – Shelley estaba confundida –. Te estás apartando del tema, Ben no me ama; sólo cree amarme.

– ¿Debido a su fantasía de juventud?

– Sí.

Charles estaba pensativo.

– Se puede decir que la duración de esa... supuesta fascinación desmiente tu teoría.

– De cualquier modo, no importa – replicó con dureza, poniéndose de pie –. ¿Me llevarás ahora a casa?

– Ahora – Charles se mostraba endurecedoramente complaciente –. Primero dime, ¿por qué no importa?

– Creo que la situación es demasiado obvia. Yo soy mayor que él, soy amiga de su madre, no de él, y ¿te puedes imaginar cómo reaccionaría Morsa si... sospechara que nuestra relación no es sólo platónica?

– Entiendo. Y estás dispuesta a destruir la felicidad de tres personas sólo

Por un ridículo sentido de decencia.

– ¿Tres personas?

– Bueno, no creerás que Ben pueda hacer feliz a Jennifer si no el ama, ¿verdad?

– ¡Tú no sabes si la ama! – Shelley apretó los puños –. Basas tu opinión en algunas miradas que has observado en la mesa y en el mal humor de alguien que espera en la puerta de un teatro, bajo la lluvia...

—No sólo en eso —corrigió Charles poniéndose de pie—. Os vi en Log Burton, el sábado. Estabais en la puerta de Hobson's, en la plaza. ¿Vas a negar que te tenía abrazada y que ninguno de los dos os dabais cuenta de nada?

Eran las once pasadas cuando Charles la llevó de vuelta a Frágil.

—Gracias por el sermón —le dijo, tratando de dar un tono ligero a la conversación y fracasando rotundamente—. Pero, ya en serio, no hablarás de esto con Morsa, ¿verdad?

—Será nuestro secreto—le aseguró, tocando su mejilla con pesar antes de que bajara del coche—. Pero no arruines tu vida por darles gusto a los demás, Shelley. Lo lamentarías después y no hay nada peor que la amargura de haber desperdiciado tu juventud.

La señora Carl había dejado una luz encendida en el vestíbulo. Shelley cerró la puerta y entró lentamente en la sala. No se sentía cansada. La conversación con Charles la había agitado y pensó que tal vez una copa, antes de acostarse, la calmaría.

Había una lámpara encendida junto al sofá y Shelley dio por hecho que también la señora Carl la había dejado. Pero no estaba preparada para encontrar a un hombre de pie, inmóvil en las sombras junto a la ventana, y se sorprendió cuando él caminó hacia la luz.

— ¡Ben! —exclamó sintiendo alivio y a la vez miedo—. Oh, Dios mío, ¡me has asustado! ¡Por un instante pensé que eras Mike!

— ¿Habrías preferido que fuera él? —le preguntó, y a la luz de la lámpara Shelley pudo ver sus mejillas hundidas, lo que no era visible a la luz del día. Se encogió de hombros, tenso bajo la elegancia informal de una cazadora de ante—

. ¿Lo has pasado bien?

— ¿Qué haces aquí, Ben? ¿Sabe la señora Carl que estás aquí? ¿O has entrado con tu llave después de que ella se acostara?

—La casa de mi madre sigue siendo mi casa, Shelley —replicó con rudeza—. No tengo que pedir permiso a nadie para venir aquí. Pero, para que quede todo claro, la señora Carl me ha dejado entrar. Ha

sido ella quien me ha dicho a dónde habías ido.

— ¿Y por qué te has quedado? — Preguntó ella humedeciéndose los labios—. Podías haber imaginado que llegaría tarde.

— Sí — Ben inclinó la cabeza—. Por supuesto que tienes razón. Sólo que no he venido de visita. ¡He venido a pasar aquí la noche!

— ¡Estás loco! — le dijo casi sin respirar.

— ¿Por qué?

— Bueno... porque no puedes... no puedes quedarte aquí.

— ¿Por qué no? — sus facciones se endurecieron—. Sabes que tengo un cuarto que es mío.

— ¡Es una locura! — dijo ella moviendo la cabeza.

— A la señora Carl no le ha parecido así. ¿Por qué no habría de pasar la noche en la casa de mi madre?

— Tu madre no lo aprobaría.

— ¿Por qué no? Ella estaba a favor de que te quedaras en mi casa.

— Es distinto — contestó suspirando—. Ella no esperaría que te quedaras aquí mientras yo escuchaba un... concierto.

— ¿Es allí donde has estado? — Preguntó mirando su reloj—. Pensé que el recital terminaba a las nueve y media.

— Terminó a las diez menos cuarto. Después, fui a cenar a casa de Charles — dijo con la cabeza inclinada.

— ¿De verdad? — Ben la miró con mordacidad—. Creo que dijiste que no deseabas alentarlos.

— Y así es. ¡Oh, esto es ridículo! No tengo por qué contestar a tus preguntas, Ben. No eres mi guardián.

— No, ¿verdad? — Ben metió las manos en los bolsillos de su pantalón de pana y ella sintió ganas de llorar al observar las líneas de cansancio en sus delgadas facciones—. Muy bien — alzó los hombros en un ademán de derrota—. Si es así como lo deseas, ¿quién soy yo para discutir? — pasó rozándola, al encaminarse a la puerta y ella se estremeció al sentir su contacto involuntario—. Pero, si no tienes

inconveniente, me quedaré a pasar la noche aquí. Se lo dije a la señora Carl y no quiero tener que darle una explicación por haber cambiado de opinión a media noche.

Shelley se quedó de pie en la sala mucho después de que se hubiera desvanecido el ruido de sus pasos. Era irónico, pensó, que Ben sintiera resentimiento contra Charles cuando éste apoyaba sus relaciones. Debió haberle contado a Ben lo que había hablado con Charles, aclararle que era amigo de ambos, no enemigo de Ben. Pero hacerlo habría vuelto a sacar el tema de su relación, y pensó que era mejor dejar las cosas como estaban.

Apagó las luces y subió a acostarse. Su mente estaba confusa y, como sabía que no podría dormir, pasó mucho tiempo en el cuarto de baño, desmaquillándose cuidadosamente. Se puso el camisón, se metió entre las sábanas y trató de concentrarse en la novela que estaba leyendo.

Pero no le sirvió de nada. Las palabras impresas no tenían sentido, su mente estaba llena de pensamientos de Ben y la persistente sospecha de que tampoco él dormía. Pensó con ansiedad que él necesitaba dormir. Si ella lo deseaba, podía quedarse en la cama todo el día siguiente, pero Ben no tenía ese privilegio.

Oyó con emoción el ruido de una puerta que se abría en el pasillo, pero no pasó nada más. La habitación de la señora Carl estaba en el piso bajo; sólo podía ser Ben. Evidentemente iba a bajar la escalera. Shelley pensó que tal vez el muchacho hubiera cambiado de parecer y que, después de todo, hubiera decidido volver a casa. Debía desear que fuera así, pero no lo deseaba, y respiró más tranquilamente al oír sus pasos de nuevo.

Se cerró una puerta y Shelley se desplomó sobre la cama. Era ridículo, pero había pensado que él, al ver la luz debajo de su puerta, llamaría. Pero después de esperarla durante tanto tiempo y de la conversación que habían mantenido, era un deseo absurdo. Si deseaba estar con él, ella tendría que dar el primer paso, y si lo hacía, estaría aceptando que todo lo que Charles le había dicho era verdad.

Desesperada, se levantó de la cama y cruzó el cuarto para mirarse en

el espejo. La imagen que vio no era muy tranquilizadora: tenía el cabello desordenado, los ojos eran cautelosas rendijas verdes y los pálidos párpados estaban cargados de frustración. Hasta las mejillas las " tenía pálidas; sólo su boca parecía vulnerable. El resto reflejaba exactamente la edad que tenía. Ben debía verla en ese momento. Debía verla. Tal vez así comprendiera lo que ella había estado tratando de hacerle ver.

Antes de pensar en algo que pudiera debilitar su resolución, salió de su alcoba. Sus largas piernas pronto cubrieron la distancia entre su habitación y la de Ben, abrió la puerta y se dio cuenta de que la habitación estaba a oscuras.

Entró precipitadamente, sintiéndose desorientada en la oscuridad y antes de que se pudiera recobrar, se encendió una lámpara junto a la cama. Ben la miró desde el desorden de sus almohadas y se destapó, dejando al descubierto la dorada belleza de su cuerpo moreno.

— ¡Shelley! —exclamó, mirándola con una mezcla de ira e incredulidad, y Shelley deseó tener fuerzas para salir corriendo. Pero en vez de correr, se quedó de pie, permitiendo que los ojos de él la miraran, evaluando cada pulgada de su cuerpo escasamente vestido —. ¡Por el amor de Dios! —murmuró él al fin, levantándose de la cama; al ponerse de pie, Shelley vio que estaba desnudo—. ¿Estás loca? —añadió acercándose a ella—. ¡Por amor de Dios, Shelley, estás temblando! ¿Qué diablos te pasa?

A Shelley le resultaba muy difícil decir algo, pero no podía permitir que la tocara. Si la abrazaba, ella no podría resistirse y no había ido para eso, de ninguna manera.

— ¡Mírame, Ben! —le dijo con voz temblorosa—. Mírame bien. ¿Ves estas arrugas alrededor de mis ojos? ¿Has notado lo cetrina que es mi piel? ¡Y mi cabello! ¡No es suave ni sedoso, es grueso... y áspero! Y me es imposible controlarlo. Soy delgada. No estoy bien formada. Soy angulosa, pero todos me creen atractiva porque sé vestir bien.

— ¿Quieres callarte? —El momentáneo asombro de Ben dio paso a la impaciencia, e ignorando sus protestas, puso las manos en sus hombros—. Por amor de Dios, Shelley —y poniendo la barbilla en su

frente y dejándose invadir por la emoción, la abrazó.

—Es que no me entiendes —murmuró ella—. Yo no soy para ti. He venido para decírtelo. He venido para que veas exactamente cómo soy. No soy la mujer sofisticada e independiente que parece creer. Soy una histérica y una psicópata. ¡Y tengo propensión al desastre!

— ¡Oh, mi amor! — Ben frotó su mejilla contra la de ella—. Tienes una forma muy disparatada de demostrarme que me necesitas.

—Yo... yo no te necesito —protestó, aun cuando sus miembros la traicionaban al rendirse a los músculos fuertes de él. Él se reía disimuladamente.

—Tienes una forma endiablada de demostrarlo —le dijo metiendo la lengua en su oreja—. Diablos, Shelley, ¡no me hagas sufrir más! No tienes idea de lo que he pasado hoy mientras te esperaba, ¡Dios, deseaba matar a Brande! Y cuando has llegado y me has dicho que habías estado en su casa, también quise matarte a ti.

— Ben...

—Es verdad —dio un paso atrás para deslizar los tirantes del camisón de sus hombros, y cuando éste cayó a sus pies, la cogió en brazos y la llevó a la cama.

—Te amo —le dijo con la voz ronca, acostándose a su lado y sus labios besaron la piel sensible de la curva de su brazo; el suave vello de sus muslos acariciaba su estómago—. Para mí serás siempre hermosa —añadió besando hambriento sus labios para acallar cualquier protesta.

Capítulo 10

SHELLEY se despertó con la extraña sensación de que algo iba a suceder. Durante unos momentos, la desacostumbrada tibieza del cuerpo de Ben abrazado a su espalda, le causó un sentimiento delicioso de letargo; pero el percatarse de que ya había luz afuera, la hizo espabilarse.

Cogiendo la muñeca del brazo que estaba bajo su cabeza, miró el reloj. Eran las siete y media y empezó a ponerse nerviosa. Lo que

probablemente la había despertado era la señora Carl al recoger la leche del umbral de la puerta, y en cualquier momento podía presentarse allí con el desayuno para el hijo de su señora.

– ¡Ben! – se volvió con rapidez y apartó el brazo de él; la mano se deslizó confiadamente y quedó entre los muslos de ella. Fue una distracción devastadora a la que no fue inmune, pero apartó esa mano.

– ¿Quieres estarte quieta? – murmuró Ben enterrando el rostro en su cabello enmarañado. Buscó con la mano la redondez de sus senos, con evidente satisfacción—. Mmmm... Creí que estaba soñando, pero no era un sueño.

En una ocasión anterior Shelley había pensado que podría ahogarse en sus ojos, y en ese momento, estaba convencida de que no deseaba un destino mejor.

– Es tarde – murmuró, no muy convencida, y Ben se movió haciéndola sentir todo su cuerpo.

– Es temprano – la contradujo con voz ronca después de mirar con despreocupación el reloj—. No tengo que ir a la consulta hasta las nueve.

– Pero la señora Carl...

– Al diablo la señora Carl – replicó y la besó en el mismo instante en que la puerta, que no habían cerrado bien la noche anterior, se abría.

Shelley cerró los ojos, desconsolada. Lo que temía había sucedido. Ya la señora Carl sabía por qué Ben había ido a Frágil cuando su madre no estaba en casa y se lo diría a Morsa, a no ser que Ben la pudiera convencer de que no lo hiciera.

La exclamación de Ben y un gemido demostraron a Shelley que había sucedido algo que era peor. Abrió los ojos y vio que Ben miraba hacia la puerta, con el rostro descompuesto. También ella se volvió justo a tiempo de ver que Morsa desaparecía por el pasillo.

Diez minutos después Shelley entraba en el salón. Morsa estaba allí, sentada, inclinada sobre la mesa, aferrando una taza de café entre las

manos. En la mesa había sobras de un desayuno: tostadas, mermelada, mantequilla... pero, por la actitud de Morsa, era evidente que ya no tenía apetito. Vestía la misma ropa que llevaba cuando se marchó el día anterior... y Shelley se preguntó a sí misma por qué no se habría quedado en Londres, como había planeado. También se preguntaba si alguien le había hablado sobre su relación con Ben. No podía evitar pensar que había alguna relación entre el inesperado regreso de Morsa y la ausencia de Sarah.

Ben estaba menos dispuesto a sacar conclusiones. Al contrario, una vez que se repuso de la sorpresa que supuso la aparición de su madre, lo tomó con filosofía.

—Tenía que suceder, tarde o temprano —le dijo a Shelley amablemente; tratando de detenerla cuando saltó de la cama—. Lamento que lo haya tenido que descubrir de un modo tan cruel, pero ya no podemos hacer nada para evitarlo.

—Tengo que ir a verla. Debo hablar con ella —contestó Shelley furiosa, luchando contra la insidiosa tentación de quedarse donde estaba—. ¡Ben, déjame ir, por favor! ¡Debo tratar de darle una explicación! ¡Aunque sólo Dios sabe cómo podré hacerlo!

Tuvo que dejarla ir, pero no antes de haberla obligado a prometerle que no hablaría con su madre hasta que él estuviera presente.

—Debemos hacerlo juntos o no hablar —le dijo—. Vístete. Estaré contigo en quince minutos. Y deja de sentirte culpable. Esto no es el fin del mundo.

Pero a ella así le parecía. El fin del mundo, reflexionaba amargamente de pie en la puerta del salón. Había ignorado el consejo de Ben, se había vestido después de lavarse la cara, y con el pelo recogido rápidamente, se sentía exactamente como una niña de escuela frente a la directora. Pero tenía que hablar con Morsa antes de que Ben llegara. Debía tratar de explicarle que no tenía intención de quitárselo a Jennifer, ni de hacer nada que le causara dolor a Morsa.

—Morsa —se aventuró a decir con la voz suave y velada, y aunque Morsa no la miró, vio que sus hombros se endurecieron—. Morsa, no

es lo que tú piensas.

Morsa dejó la taza con excesivo cuidado. Luego, la miró.

-¿No?

—No —Shelley se humedeció los labios, horrorizada al observar el avejentado aspecto de Morsa. Parecía muy cansada y Shelley sabía que nunca se perdonaría a sí misma por lo que había hecho—. ¡Morsa, debes creerme!

— ¿Creer qué? ¿Que no estabas en la cama de mi hijo? ¿Que no has pasado la noche con él? ¿Que no hiciste el amor con él?

— Sé lo que debe parecerte, pero...

— ¡Oh, Shelley! —no le permitió continuar—. ¿Cómo has podido hacerlo?

¿Cómo? Y pensar que yo confiaba en ti...

—Morsa, escúchame...

— ¿Por qué debo escucharte? —Morsa frunció el ceño—. ¡Dios mío! ¡Y yo que sentía lástima por ti! Cuando viniste aquí tan angustiada, hilando aquel cuento acerca de Mike Berniz, yo quise ayudarte. ¡Nunca pensé que me estabas utilizando para conseguir a mi hijo!

— ¡No fue así! —su voz se quebró—. No fue así. Por piedad, Morsa, ¿por quién me tomas?

—No lo sé —replicó Morsa con frialdad—. Creí saberlo, pero no lo sé. Por lo que veo, es posible que hayas jugado con Berniz, como él dice, que lo hayas utilizado. Una mujer que seduce al hijo de su mejor amiga... un muchacho de veinticinco años...

—No soy un muchacho —la voz impasible y tranquila de Ben fue como un chorro de agua fría en el desierto, y Shelley se volvió hacia él, temblando, con los ojos muy abiertos de pena y humillación—. ¿Qué le has estado diciendo, madre? Ella no me sedujo, si es que la acusas de eso.

—No te metas en esto, Dickens —Morsa empujó su silla y se puso de pie, apoyándose en la mesa—. Esto es entre Shelley y yo. Después hablaré contigo.

—Hablarás ahora conmigo —replicó Ben, inflexible—. No soy un niño, madre. No puedes acusar a Shelley sin acusarme a mí. Por amor de Dios, yo la seduje a ella. ¿Está lo bastante claro para ti?

—Ben, por favor —Shelley extendió un brazo para detenerlo—. Tú no tuviste la culpa. Ambos lo sabemos, y estás empeorando las cosas al tratar de culparte.

— ¡Tratar de culparme! —exclamó Ben sin poder creer lo que oía—. No estoy tratando de involucrarme, estoy involucrado. Shelley, permíteme decirle a mi madre la verdad. Cuanto antes la entienda, será mejor.

—No... —empezó a decir Shelley, pero se calló cuando escuchó a Morsa preguntar.

— ¿Cuál es la verdad?

— Amo a Shelley, madre —le dijo Ben firmemente, sin importarle el gemido de protesta de Shelley—. Esto no es una aventura. Quiero casarme con ella. Y sabes que podemos casarnos, con tu bendición o sin ella, ¡tú decides!

— ¡Casarte con ella! —Morsa casi se ahogó al decir aquellas palabras y Shelley miró a Ben, mortificada.

— ¡No es verdad! —Exclamó, ignorando su maldición de advertencia—. No tengo ninguna intención de casarme con Ben... con Dickens. Tienes razón... es sólo un muchacho, un idealista. Lo que hemos hecho está mal, pero no es irreparable. Si puedes dejar de odiarme lo suficiente para escucharme, estoy segura de que comprenderás.

Oyeron un portazo y eso les indicó que Ben se había marchado. Unos segundos después se oyó otro portazo en la puerta de afuera y, a pesar de todo, Shelley sintió que un cuchillo se clavaba en su estómago.

—Creo que es mejor que tú también te vayas, Shelley —le dijo Morsa al fin, volviéndose a sentar—. No importa lo que digas, nunca te perdonaré por haber causado esta desavenencia entre Dickens y yo. Quizá es como tú dices.

Quizá también sea culpa de él. Pero tú eres mayor, Shelley. Debiste haberlo evitado. ¿O fue sólo una forma de olvidar a Mike Berniz?

—No puedes creer eso —negó Shelley moviendo la cabeza.

—Ya no sé qué creer —repuso Morsa extendiendo las manos—. Es obvio que Berniz aún te quiere, ¿pero cómo puedo estar segura?

—Eso quiere decir que has visto a Mike.

—Sí, ayer —la expresión de Morsa era sombría—. Únicamente durante quince minutos. Luego me marché.

— ¿Te marchaste?

—Sus... condiciones... entonces no eran adecuadas —contestó Morsa —, pero ahora, no estoy tan segura.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Shelley parpadeando.

—Era una treta —dijo Morsa pasando un dedo por el borde de su taza —. Tal como tú sospechaste, ¿verdad? —Miró a Shelley con amargura —. Debí haberlo adivinado. Nunca he oído que Capítol Televisión promueva a los artistas de provincia.

—Tú no eres una artista de provincia, Morsa —protestó Shelley—. ¿Qué fue lo que te dijo? Yo creí que ibas a ver a Tim Harley.

—Y así fue, estaba allí —Morsa se encogió de hombros—. Des-
Agradadamente, como debes saber, él recibe órdenes de Mike Berniz, y éste tenía otras cosas en mente.

—Lo siento —dijo Shelley.

—Yo también —Morsa hizo una mueca—. Si hubiese sabido que mi éxito dependía del hecho de convencerte para que cambiaras de opinión, no habría salido de Frágil. ¡Ojalá no lo hubiera hecho!

— ¡Oh, Morsa!

Shelley se iba a acercar a ella, pero Morsa extendió un brazo para evitarlo.

—No —dijo—, no necesito tu comprensión, Shelley. Como ya te he dicho deseo que te marches. Lo siento, pero tu presencia ya no es grata en Askrigg Hausa.

El edificio de Capítol Televisión estaba situado en Prince Albert Rodad, cerca del Parque Regenta. Cuando comenzó a trabajar en la compañía, Shelley acostumbraba a llevar bocadillos al trabajo y comerlos en el parque, a la hora del almuerzo, alimentando a los pichones que se reunían alrededor de la gente. Aun en invierno, siempre había muchos pichones que comían las migajas de pan y de pastel y en pleno verano, cuando el parque se llenaba de niños, las aves hambrientas tenían asegurado su alimento.

Sin embargo, ese día Shelley no estaba de humor para prestar atención a la gente que iba al parque. Dejó su coche en el estacionamiento de unos grandes almacenes, caminó rápidamente y entró en el edificio. Tenía una cita a primera hora con su jefe y sabía que no iba a ser una entrevista agradable, a pesar de sentirse muy segura de sí misma.

—Pero... Hola, señorita Host —exclamó George Tomín, el portero, cuando llegó al vestíbulo—. Cuánto tiempo sin verla. ¿Estaba de vacaciones o algo así?

—Más bien «algo así» —contestó Shelley cuando se abrieron las puertas del ascensor—. ¿Cómo estás, George? ¿Y cómo está la señora Tomín?

—Mejor de salud que de humor —contestó el viejo portero, como siempre—. Usted, cuídese. Está algo pálida.

—Trasnocho mucho —le dijo Shelley. Era la respuesta que él esperaba y no tenía ganas de hablar de su salud.

Subió sola hasta el piso decimocuarto y aprovechó la ocasión para retocarse el peinado. El cristal ahumado frente a las puertas reflejaba su figura y le satisfizo lo severo de su falda angosta y negra y la chaqueta que hacía juego. La palidez de su rostro, que George Tomín había observado, acentuaba el brillo de su cabello.

Mike Berniz ocupaba la mayor parte del ático. Al lado de las oficinas, tenía un apartamento totalmente equipado, el cual en un tiempo a Shelley había parecido tan familiar como el suyo, y un gran salón donde recibía a los miembros del cuerpo directivo en sus juntas de

cada mes.

Diane Anderson, la secretaria personal de Mike Berniz, ya estaba en su

Mesa, cuando Shelley llegó y sus ojos se entrecerraron de forma especulativa al ver el aspecto pesimista de la chica.

— ¿Te espera Mike? —le preguntó inclinándose hacia atrás en su silla y mirando a Shelley—. No me ha dicho nada. Yo creía que estabas en el Distrito de los lagos o en alguno de esos lugares.

—Estaba —le respondió Shelley cortésmente—. Y era en Wensleydale. Y sí, me espera. ¿Puedo pasar?

—Adelante —Diane parecía indiferente, pero cuando Shelley llegó a la puerta del despacho de Mike, su actitud cambió—. Señor Berniz, la señorita Host va para allá —le informó por el teléfono interior y Shelley sonrió, divertida, al abrir las puertas.

Fue una entrada teatral, pero no lo pudo evitar. Siempre había pensado que Mike mandó instalar esas sofisticadas puertas con el objeto de intimidar a cualquier persona que fuera a entrar. Suponía que en alguna ocasión ella se había sentido intimidada, pero ese día no fue así. Aquella mañana sólo las utilizó como un medio para su fin, y el hombre que fue a su encuentro se dio cuenta de inmediato de su fría indiferencia.

Mike Bertita tenía cuarenta y cinco años, pero parecía más joven. Era un hombre esbelto, de mediana estatura, quien no había permitido que sus ocupaciones sedentarias arruinaran su salud ni su aspecto. Jugaba al tenis con regularidad y pasaba alguna que otra semana en un balneario de salud, y, como consecuencia, todavía usaba la misma talla de ropa que cuando era joven. Era un hombre bien parecido que aún conservaba una oscura mata de pelo y en su puesto de director ejecutivo hacía latir el corazón de todas sus empleadas.

No había rastros de animosidad en su rostro cuando fue al encuentro de Shelley, y si no hubiera tenido con él aquella conversación por teléfono, Shelley nunca habría sospechado sus verdaderos sentimientos.

—Querida —exclamó cogiendo una de sus manos entre las suyas y apretándola—. Estoy encantado de que hayas abandonado tú... convalecencia. Livingston ha sido un sustituto ideal, desde luego, pero no tiene ni tu talento ni tu potencial.

Shelley retiró la mano y dio un paso atrás.

—Eres muy amable, Mike —le dijo con cortesía—. ¿Debo entender que el puesto aún es mío, a pesar de todo?

Una mirada confusa apareció en los ojos de él, pero la ocultó con rapidez.

—Por supuesto, el puesto es tuyo —respondió, aunque su mirada denotaba precaución—. Sabes cuánto te he extrañado, y no es un secreto.

Shelley se humedeció los labios.

—No es eso lo que quiero decir, Mike, y tú lo sabes —suspiró—. Me gustaría escuchar lo que tienes que decir acerca de Morsa Nanning. Me pregunto qué excusa puedes dar por haberle causado tanto dolor.

Mike entrecerró los ojos y miró a Shelley.

—Sugiero que nos sentemos y lo discutamos con una taza de café —le dijo con amabilidad—. Es obvio que te han proporcionado información equivocada, y me alegro de tener la oportunidad de ponerte al corriente.

—No —ignoró su invitación y no cedió—. Sólo quiero que me digas de quién fue la idea de hacerle esa sugerencia a Morsa y quién se atrevió a manipularme a través de ella.

Mike se quedó rígido.

— ¿Atreverse, Shelley? Ese es un término más bien emocional.

—Más bien, es una situación emocional —replicó, tensa—. Alguien, con deliberación, hizo que Morsa creyera que tú pensabas en serio que su trabajo era importante; luego, tranquilamente le dijeron que todo era mentira.

—No era mentira. Era una oferta hecha con buena fe...

—Dependiendo de lo que yo decidiera, según me dijeron.

—Shelley, es hora de que madures —Mike perdió el control y la miró con ira—. Todos sabemos que regresarás aquí tarde o temprano. No tienes alternativa. ¿Por qué no habría yo de tratar de precipitar la situación poniendo un poco de mi parte?

— ¡Precipitar la situación! —Shelley no podía respirar—. ¡No tienes ni idea de lo que has hecho! ¿Verdad?

—He hecho una oferta perfectamente aceptable —replicó Mike con rudeza—. Por amor de Dios, podía haber utilizado otros métodos para forzarte. ¡Deberías agradecerme el haberle dado a Nanning media oportunidad!

— ¡Media oportunidad! —Exclamó Shelley—. Morsa no necesita tu ayuda. Su trabajo es conocido en todo el mundo. ¡Eres tú quien debería suplicarle su colaboración!

—No he visto que ningún otro canal de televisión llame a su puerta — replicó Mike de forma desagradable—. Y, en todo caso, ella no es el tema central del asunto. Eres tú.

Shelley movió la cabeza de un lado a otro.

—Nunca pensé que fueras tan vengativo...

—Es porque tú no vives en la realidad, Shelley. Y es que has estado protegida durante tanto tiempo...

— ¿Protegida?

— ¡Sí, protegida! —Mike hizo un gesto de impaciencia—. ¿Dónde crees que habrías llegado si no te hubieras abandonado en mis brazos? Muy bien... tenías talento para sonsacar datos importantes a personajes conocidos, pero eso no es todo.

—Gracias.

Shelley soportó la explosión de su desdén sin pestañear, aunque en su interior estaba asqueada. Entonces, ¿era cierto? ¿Todas esas insinuaciones furtivas que había recibido a lo largo de los años, eran lo que todo el mundo pensaba? No quería creerlo, pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

—Oh, Shelley... —como si advirtiera la agitación detrás de aquellas facciones congeladas, Mike se detuvo—. No es ésta la forma en que yo deseaba que resultaran las cosas. Permanezcamos juntos, en el trabajo y fuera de él. Dejemos de reñir y vayamos a lo que realmente importa. ¿Cuándo vuelves a trabajar?

Shelley clavó las uñas en su bolso de piel.

—Supongo que eso depende de lo que signifique para ti «volver» —contestó alzando la cabeza—. Sabes lo que pienso acerca de nuestra relación personal. Si quiere decir... cuándo regreso a mi puesto como ayudante de producción, sólo necesitaré unos cuantos días.

—Shelley... —Mike suspiró.

-¿Sí?

—Shelley, tú sabes que eso no es suficiente.

— ¿No? —Fingió que había entendido mal—. Pensé que unos cuantos días serían un tiempo razonable...

—No es eso lo que quiero decir y lo sabes —dio un paso hacia ella, pero una vez más, lo eludió—. Shelley, ¿cuándo vas a olvidar todas estas tonterías? Tú sabes lo que quiero y no aceptaré otra cosa. ¿Qué debo hacer para convencerte de que no aceptaré una negativa?

Shelley suspiró. Al fin, pensó, todo se reducía a eso: o volvía con Mike, o él le dificultaría todo.

— ¿Y si rehusó? —preguntó y se dio cuenta de que su respuesta ya no era importante.

—No lo harás —dijo Mike confiado—. Hemos vivido muchas cosas juntas.

— ¡No hemos vivido nada! —Shelley lo miró, incrédula—. Tú me utilizaste y tal vez también yo te utilicé, sin saberlo. Pero al menos me consuelo al saber que en cuanto me di cuenta de lo que hacías terminé con todo.

—Tú no lo terminaste —le contradijo—. Interrumpiste lo nuestro temporalmente, pero nuestros sentimientos nunca cambiaron.

—Yo no siento nada por ti, Mike —le dijo directamente, consciente

de lo poco sólida que había sido su relación—. En aquel tiempo me agradabas. Hasta me sentía atraída por ti, como si fueras un héroe, pero eso no duró. Maduré, Mike. El problema está en que tú no has madurado.

La elocuencia que demostró lo sorprendió y pasaron algunos segundos antes de que pudiera contestar.

—Creo que deberías considerar cuidadosamente tu posición antes de hacer declaraciones precipitadas —le dijo al fin. La sonrisa, forzada, más parecía una grieta en sus labios apretados—. No creo que comprendas la situación. Me necesitas, Shelley, y yo a ti, no te necesito.

Sabía hacia dónde se dirigía aquella discusión, pero aun así, quiso definir su posición.

— ¿Quieres decir que mi empleo en Capítol Televisión está supeditado a ciertas... condiciones?

— Algo así...

—Las mismas condiciones que le pusiste a Morsa, debo suponer —murmuró con calma, y dándose cuenta de que su ultimátum no iba por el camino correcto, Mike acalló sus protestas y la cogió por los hombros.

— ¿Por qué haces eso, Shelley? —Le preguntó, acercando su rostro al de ella, y Shelley volvió la cabeza para evitar ver su expresión de ira —. ¡Por amor de Dios, no intentarás rechazar lo que yo te puedo dar! ¡Tómame el tiempo que quieras, pero vuelve a mí como mi esposa!

— ¡No, Mike! —con un supremo esfuerzo, Shelley se desprendió de él, y en ese momento llamaron a la puerta de la oficina.

— ¡Maldita sea!

Con una blasfemia, Mike se vio obligado a soltarla y Shelley se precipitó hacia la puerta y salió.

—Siento mucho interrumpirlo, señor Berniz —dijo Diane controlando la voz, pero Shelley pudo darse cuenta del asombro y el sobresalto de la chica.

– ¡Shelley!

Al escuchar la orden enfurecida de Mike, se detuvo, y arqueando una ceja le preguntó:

-¿Sí?

–Si tú... si sales ahora de aquí, no volverás –amenazó dirigiendo a Diane una mirada de advertencia, pero Shelley sólo se encogió de hombros.

–No esperaba otra cosa –le dijo saliendo al vestíbulo, y aunque sabía que podía lamentarlo después, en ese momento sintió una maravillosa sensación de alivio.

Capítulo 11

SHELLEY se sirvió una taza de café recién hecho. Luego, se quitó los zapatos, se hundió en un sillón y volvió a leer la carta mientras saboreaba el café caliente. Aunque debía estar contenta, el puesto de trabajo que le habían ofrecido no conseguía entusiasmarla. John Adler no se había dejado influir por la indiferente recomendación de Mike Berniz; sencillamente, había valorado los méritos de Shelley y ofrecía a la muchacha una oportunidad única. ¿Por qué no estaba entusiasmada? ¿Por qué no llamaba a sus amigos y organizaba una fiesta, algo para celebrar su independencia?

Suspiró, y dejando a un lado la taza de café, se reclinó en el respaldo del sillón. Por supuesto que sabía cuál era el motivo, lo sabía después de haber pasado muchas noches sin dormir. Las cinco o seis semanas anteriores, no habían logrado borrar la intensidad de su angustia y, poco a poco, iba dándose cuenta de que algunas cosas nunca cambiarían.

Estaba enamorada de Ben Saetón. Como le había dicho Charles, se había sentido atraída por él antes de saber quién era, y desde entonces había estado librando una batalla perdida. La situación no cambiaba. Él era el hijo de Morsa, y además, Shelley, había perdido la amistad de alguien a quien amaba mucho. Pero también sabía que, dadas las circunstancias, probablemente lo volvería a hacer.

No estaba orgullosa de su comportamiento, aunque había ocasiones en que pensaba que cualquier persona que hubiese sufrido tanto como ella: merecía una compensación. No obstante, el futuro parecía desolador sin la amistad de Morsa, y extrañaba sus cartas y sus llamadas telefónicas.

No podía evitar pensar en lo que habría pasado después de su ignominiosa partida. Hasta había deseado que Ben le escribiera para decirle que la comprendía. Seguramente, ya se habría dado cuenta de que ella tenía razón. Al menos en eso Morsa estaría de acuerdo con ella.

Pero los días se habían convertido en semanas... casi seis semanas... y Shelley había perdido la esperanza de volver a saber algo de ellos. Sólo faltaban unas cuantas semanas para la boda de Ben y Jennifer. Con los preparativos de la boda, Morsa no tendría tiempo de ocuparse de ella. Y después... Shelley movió la cabeza. ¿De verdad deseaba imaginar a Ben casado con otra?

Haciendo a un lado esos pensamientos, recogió la taza y la llevó a la cocina. Tenía que dejar de pensar en el pasado y concentrarse en el futuro. Ahora tenía una verdadera oportunidad. Con un empleo en Nacional Televisión podría demostrar lo que realmente valía.

El portero automático de su apartamento sonó cuando la muchacha estaba buscando en la nevera algo para cenar esa noche. No tenía hambre. Casi no tenía apetito esos días y las comidas precocinadas que compraba, con frecuencia iban a dar al cubo de la basura.

Cruzó la sala para coger el telefonillo, pesando en quién podría ser. Durante los primeros días de su regreso a Londres, los que siguieron a aquella tormentosa discusión en Capital Televisión, Mike había ido varias veces al apartamento, sin lograr nada. Hasta la había abordado en una ocasión en que ella se dirigía a hacer unas compras, y prácticamente la había amenazado si continuaba ignorando su oferta; pero Shelley no había cedido. Aunque estaba sin trabajo, y según opinaba Mike así permanecería, no se dejaría intimidar por sus fanfarronadas. Aunque se viera obligada a aceptar un puesto de menor importancia, conservaría su independencia. Eso... y lo que

quedaba de su dignidad... era lo único que le importaba.

En ese momento, sin embargo, se le ocurrió que quizás Mike se hubiese enterado de su entrevista en Nacional Televisión y viniese a hacerle una contraoferta. Esperaba que no fuera eso. Había empezado a creer que estaba libre de sus intrigas y le preocupaba pensar que él no se conformaría con facilidad.

— ¿Sí? — su voz, como consecuencia de sus pensamientos, fue concisa y la voz de su visitante parecía disculparse al identificarse.

— Shelley, soy Morsa. ¿Puedo subir?

Decir que se quedó asombrada, era decir poco. Se quedó estupefacta, petrificada, casi sin habla, al oír aquella voz. Sin pensar, sin detenerse a especular sobre cuál sería el motivo de su visita, contestó con voz sofocada:

— Sí. Sube.

Apenas se había serenado, cuando Morsa llegó. ¿Qué desearía Morsa?, se preguntaba con ansiedad. ¿Qué terrible desgracia la había hecho ir hasta Londres? Si algo le hubiese pasado a Ben, seguramente Morsa le habría escrito.

Ella no acostumbraba a visitarla sin antes llamar por teléfono.

No podía retrasar más el momento de enfrentarse a ella; respiró profundamente y abrió la puerta.

— Morsa — le dijo ronca, pero notó un toque de histeria en su propia voz —. ¡Qué... qué sorpresa! Debías haberme dicho que venías.

Morsa no dijo nada durante un momento, sus agudos ojos veían más de lo que Shelley hubiese querido. En cuestión de segundos observó las facciones rígidas, las manos temblorosas, los músculos tensos que hablaban de una frágil susceptibilidad que ni siquiera Shelley reconocía.

Al verla así, abrió los brazos y Shelley cayó en ellos. Con un anhelo largamente reprimido, se abrazaron y sólo cuando sus lágrimas amenazaban con empapar el vestido de Morsa, Shelley se controló:

— Oh, Dios, lo siento — le dijo —. Entra, por favor, no sabes cuánto me

alegro de verte.

— Me lo imagino — asintió Morsa conteniendo lo que parecía también un sollozo—. Sé buena y pon el agua a hervir. Creo que las dos necesitamos una buena taza de té.

Enchufó la cafetera, puso las mejores tazas de porcelana, que fueron de su madre, en una bandeja y regresó para encontrar a Morsa apoyada contra el marco de la puerta.

— ¡Qué hogareña! — Murmuró, aunque su expresión estaba muy lejos de ser frívola—. No, gracias no deseo comer nada. He almorzado bastante y espero cenar mucho mejor.

— Oh — dijo Shelley forzando una sonrisa—. Entonces, ¿te quedarás en la ciudad?

— De momento, sí — contestó Morsa—. En realidad, he venido para discutir un proyecto con Tim Harley. Al parecer, tu amigo, el señor Berniz, pensó que era factible realizarlo.

— ¡Oh, Morsa! — Shelley era sinceramente feliz por su amiga—. ¿Cuándo te avisaron?

— Hace unos cuantos días — contestó Morsa—. No pudo haber sido más oportuno. Yo buscaba un pretexto para venir a Londres.

— ¿De verdad? — El agua estaba hirviendo y Shelley ocultó su confusión llenando la tetera—. ¿Por qué?

— Porque deseaba verte — Morsa era sincera—. Mike Berniz no es el único que ha estado pensando — hizo una pausa y continuó—. No espero que me creas, Shelley, pero ojalá no hubiera llegado a hacer conclusiones precipitadas.

— Oh, está bien — Shelley cogió la bandeja y se dirigieron a la sala. Hubo un incómodo silencio, mientras ponía la bandeja en una mesita de cristal junto al sofá, y agregó —: ¿No podríamos... olvidarlo?

Morsa se sentó en el sillón, antes de contestar, pero cuando lo hizo, las mejillas de Shelley se sonrojaron.

— No creo que podamos olvidarlo — objetó—. Por alguna razón, mi hijo está enamorado de ti, Shelley. Lo he tenido que aceptar y creo

que también tú debes hacerlo.

Las manos de Shelley temblaban tanto que no pudo servir el té por temor a derramarlo o dejar caer las tazas. Se sentó en el brazo del sillón, frente a Morsa, y la miró, confundida.

—Es verdad —siguió Morsa sirviendo el té ella misma—. Y ojalá Charles no se haya equivocado al decirme que también tú lo amas... no a Charles, por supuesto —sonrió débilmente—. ¡Y pensar que yo creía que tu indiferencia hacia él se debía a la experiencia que habías tenido con Mike

Berniz!

—Morsa...

—Todavía no, querida. Permíteme terminar —ignorando las protestas de Shelley, puso varias cucharadas de azúcar en la taza de té de Shelley y se la dio—. Vamos, bébelo, el azúcar te dará fuerzas, y parece que las necesitas.

Shelley cogió la taza con ambas manos y, obedeciendo, la llevó a sus labios. Estaba demasiado dulce, pero su sabor no la desagradó.

—Muy bien —Morsa cogió la taza vacía de las manos de Shelley y la puso en la bandeja—. Es evidente que no te has cuidado como debías hacerlo.

Lo que prueba que Charles es más perspicaz que yo.

— ¿Charles? ¿Qué te ha dicho?

—No mucho. Sólo me ha convencido que debía hacer algo con respecto

A... bueno, a vosotros dos.

— ¿Nosotros dos? —preguntó Shelley ansiosa—. ¿Quieres decir, acerca de mí y de Ben? ¿Y Ben, está bien? No lo dijiste...

Morsa titubeó.

—No está enfermo, si es lo que te preocupa —murmuró con timidez—. Pero, ¡oh, Shelley! No te negarás a verlo, ¿verdad? Sé que él no te lo pedirá, después de lo que le dijiste. Pero si él te importa un poco, lo

harás por mí. Sé que mi comportamiento ha dejado mucho que desear, pero amo a mi hijo – movió la cabeza –. Os quiero a los dos.

– No entiendo – murmuró Shelley mirándola sin expresión.

– Es muy sencillo – dijo Morsa aclarando la voz –. Una semana después de que salieras de Frágil, Dickens rompió su compromiso.

– ¿Lo rompió? – preguntó, ansiosa.

– Sí – Morsa suspiró –. Oh, fue todo un drama. Dickens y yo casi no nos hablábamos, y me dijo con mucha firmeza que tan pronto como pudiera hacerlo, se marcharía. Estando Frank Chatel delicado de salud, por supuesto que tenía que quedarse, al menos por el momento y yo esperaba que cambiara de idea. Estaba equivocada.

– Pero si el señor Chatel... – murmuró Shelley frunciendo el ceño.

– Fue Sarah – le dijo Morsa interrumpiéndola –. Te acuerdas de Sarah, ¿no? Bueno, la despedí, y para vengarse le fue a Jennifer con cuentos sobre ti y Dickens – se encogió de hombros –. ¡Hubo un escándalo tremendo!

– ¡Oh, no!

– ¡O, sí! – Morsa movió la cabeza –. Esa fue la gran oportunidad que Dickens esperaba.

– ¿Y él se fue? – preguntó Shelley, mirándola, incierta.

– No – Morsa hizo un gesto negativo –. Gracias a Dios, todavía no se va. Pero ha solicitado un trabajo en África Occidental y si lo consigue... – su voz se quebró, pero su significado era evidente.

Shelley se humedeció los labios.

– Y... ¿y quieres que yo lo convenza de que no se marche?

– Sí. No. Al menos... ¡Oh, Shelley! Sé que ésta no es la forma correcta de hacerlo, pero no estoy aquí sólo por egoísmo. Te iba a escribir, pero temía que no leyeras mi carta y no ha sido fácil encontrar una excusa para venir a Londres.

– Pero, ¿por qué necesitabas una excusa? – Exclamó Shelley –. Sabes bien que no te habría dado la espalda.

—Oh, querida... —Morsa inclinó la cabeza, avergonzada—. Después de la forma en que te traté, tienes derecho a odiarme. Te hice creer que podías contar conmigo y después te fallé de esa forma.

—No —Shelley fue a sentarse junto a su amiga—. No, tú no me fallaste, Morsa. Fui yo. Yo no deseaba herirte. Estaba segura de que sólo era un entusiasmo pasajero... al menos por parte de Ben. Soy mayor que él. Pensé que yo tenía más sentido común. Sabía que te estaba defraudando, pero creí que era mejor eso que arruinar la vida de Ben...

—Quieres decir, ¿al admitir que lo amabas? —Sugirió Morsa con tranquilidad y Shelley titubeó sólo un momento antes de asentir con la cabeza—. Entonces, ¿irás a verlo?

—Yo... no sé si debo.

— ¡Debes ir! —Morsa estaba decidida—. No te lo he dicho todo.

Dickens... Ben... no ha estado bien...

—Pero has dicho...

—He dicho que ahora no está enfermo y no lo está —Morsa se aferró a la mano temblorosa de Shelley—. Escúchame, Shelley. Una noche, ayudando a parir a una vaquilla, se empapó hasta los huesos. El animal se salió del establo y lo encontraron atascado en el lodo, junto al río. Era una noche horrible y Dickens pescó un resfriado. Si yo lo hubiera sabido, habría insistido para que me permitiera llevarlo a Frágil para cuidar de él, pero no lo supe. Fue Charles quien me dijo lo que pasaba. El ama de llaves de Dickens lo llamó un día que lo encontró semiinconsciente en el suelo de la cocina.

— ¡Oh, Dios! —exclamó Shelley.

—Te imaginarás cómo me sentí. Tenía pulmonía, por supuesto, y durante dos días ni siquiera me reconoció. Cuando al fin se recuperó, recobramos algo de nuestra cortesía y, aunque no te hemos vuelto a mencionar, ya no nos tratamos como extraños.

— ¡Oh, Morsa!

—Lo cual me lleva a la misma pregunta: ¿irás a verlo? Está muy

nervioso, igual que tú... y Charles insiste en que yo soy la única culpable, por no haberme dado cuenta de lo que había entre vosotros.

—Quieres decir... ¿que vaya a Frágil?

—No —Morsa movió la cabeza y Shelley quedó confundida—. Al Hotel Metropolitana —le explicó—. Charles insistió en que debía tomar unas vacaciones aunque fuera de sólo dos semanas, y yo lo convencí para que me acompañara a Londres.

— ¿Sabe él que estás aquí?

—No —Morsa suspiró—. Dudo que me hubiese permitido venir a verte, de haber sabido cuál era mi intención. Es muy orgulloso, Shelley, y creo que tú lo has convencido de que no lo amas.

El Hotel Metropolitana estaba situado en Picadillo; su elegante fachada miraba con desprecio a los edificios menos imponentes que lo rodeaban. Había sido remodelado y modernizado por un consorcio árabe y Shelley no pudo por menos que admirar la magnífica alfombra que cubría el suelo.

Morsa le había dicho que las habitaciones que ocupaban ella y Ben estaban en el cuarto piso, por lo que ignorando la mirada inquisitiva del portero, Shelley se dirigió a los ascensores.

—Cuarto piso —respondió a la amable pregunta del ascensorista y se dedicó a observar con atención lo que la rodeaba, mientras subía.

La habitación cuatrocientos veinticinco estaba al final de un pasillo alfombrado; al caminar por él se le ocurrió que Ben podía haber salido. Quizás estuviera tomando algo en el bar del hotel.

Estaba realmente nerviosa y sus dedos temblaban tanto que se sintió incapaz de llamar a la puerta. Pensó que debía haberse puesto una falda, mirando con disgusto los pantalones verdes de ante que había elegido. Pero aquellas prendas abultadas disimulaban su excesiva delgadez, y Morsa le había dicho que le quedaban fenomenal.

En ese momento no estaba tan segura. ¿Parecía demasiado severa... demasiado angulosa? ¿Demasiado masculina, con aquella ropa que no favorecía en nada su feminidad? Incluso la blusa de seda que

llevaba era sencilla y sin ninguna gracia, sólo resaltaba su color rojizo. Pero era demasiado tarde para cambiar, ni de idea ni de ropa, y haciendo acopio de toda su confianza llamó. Su llamada casi no se oyó y se vio obligada a llamar más fuerte.

— ¡Espere! —era la voz de Ben. El corazón de Shelley latió más fuerte—. No tardó un segundo.

Esos segundos le parecieron a Shelley los más largos de su vida y, cuando al fin Ben abrió, estaba casi decidida a marcharse. ¿Y si todavía estaba enojado con ella? ¿Y si se negaba a hablarle? ¿Cómo podría soportar aquel golpe, después de haberse hecho tantas esperanzas?

— ¡Shelley! —su expresión de sorpresa y asombro no era muy alentadora.

Ben anudó el cinturón de su bata; era evidente que no estaba en la ducha cuando ella llamó. Sin embargo, Shelley se preocupó al ver sus facciones demacradas. Su enfermedad... ¿qué otra cosa? prestaba a su rostro una rígida austeridad y hasta había perdido su habitual bronceado. La bata que llevaba hacía imposible discernir si estaba más delgado, pero supuso que no tenía ni un gramo de más en su cuerpo.

—Hola, Ben —dijo, aferrando su bolso entre sus manos—. ¿Puedo hablar contigo?

Él vaciló, sujetando la puerta para obstruirle el paso.

—Creí que eras mi madre—le dijo y luego, al comprender, agregó—: Por supuesto, ella te dijo dónde estaba. Debe estar más desesperada de lo que pensé.

—Entonces, ¿no te alegras de verme? —preguntó ella, sospechando que Morsa no le había dicho toda la verdad; Ben suspiró.

—Eso depende —le dijo—. Si la única razón por la que has venido es para añadir tu influencia a la de mi madre para que no acepte un empleo en el extranjero, entonces, no.

— ¿Y si ésa no fuera la única razón?

—En ese caso, te preguntaría cuál es la otra razón. Por lo que Berniz le dijo a mi madre, sé que has conseguido otro empleo, así que no puede ser porque estés sin trabajo. Y si tienes alguna loca idea de que por el hecho de que tú y mi madre os hayáis reconciliado, nosotros debamos reanudar nuestra amistad, puedes olvidarla.

Shelley se mordió la lengua.

— ¿No quieres ser mi amigo, Ben? —le preguntó con dulzura y él frunció el ceño.

—No —respondió de forma concisa—. No quiero ser tu amigo; ahora, ¿te importaría si doy por terminada esta conversación? Como ves, estaba a punto de bañarme y quisiera hacerlo antes de que se enfríe el agua.

—Esperaré —dijo Shelley.

— ¡No!

—Sí —era el riesgo más grande que había afrontado en su vida y entró en la habitación—. Hasta puedo frotarte la espalda, si me lo pides con amabilidad.

—Shelley... —había tensión en su voz y ella lo percibió con una sensación de alivio. Morsa no había mentido, Charles tampoco. Ben se estaba destrozando y ella era la culpable.

—Cierra la puerta, Ben —le dijo, sabiendo exactamente lo que tenía que hacer, y aunque él emitió una maldición, finalmente obedeció.

—Esto no resultará, Shelley —rezongó él—. Supongo que mi madre te ha dicho que mi compromiso con Jennifer ha terminado, y tú tienes un total e innecesario sentido de responsabilidad...

—Deja de decir sandeces —lo ordenó interrumpiéndolo. Dejó su bolso y se desabrochó la chaqueta. La dejó al lado del bolso y fue lentamente hacia la ventana—. No es muy bonita la vista —comentó observando la torre cubierta de hollín de una iglesia—. Pero la gente normalmente no viene a los hoteles a asomarse por las ventanas, ¿verdad? Se preocupan más de otras cosas.

— ¿Por qué estás tú aquí, Shelley? —preguntó Ben al fin, y al

acariciar suavemente su pelo, ella supo que ya no podía retroceder.

– ¿Podrás creer... que es porque te amo? –le preguntó de forma ligera, esforzándose en parecer frívola, y Ben suspiró.

– ¡Qué sacrificio para ti! –murmuró sin acercarse a ella.

– Sólo será un sacrificio si tú quieres que sea así –contestó con voz ronca.

– ¿Significa esto... que ahora que Jennifer ya no es un estorbo y que mi madre, aparentemente, está dispuesta a aceptar nuestra relación, no te opondrías a que nos viéramos de vez en cuando?

– No –Shelley dio unos pasos hacia él y se detuvo, desanimada por su expresión sombría—. No, no es eso lo que quiero decir, Ben. He dicho que te amo.

– ¿Y qué se supone que debo hacer? –preguntó—. ¿Quedarme en este país porque si me marchó a África no tendremos oportunidad de vernos?

– No...

– ¿O tal vez te gustaría que encontrara un puesto más cerca de Londres, eh? En Buckinghamshire o Hertfordshire, quizá. ¿O qué te parecería en el mismo Londres? Así sería más fácil para ti.

– ¡Ben... basta!

– ¿Por qué debo callarme? Es la verdad, ¿o no? Tú no me amas. De un modo o de otro, tú y mi madre habéis urdido este plan para tenerme cerca como a un perro faldero, listo para ejecutar mis trucos cuando a vosotras se os antoje. –No...

– Entonces, ¿qué? –Ben profirió una maldición—. No puedes desear algo estable. Tienes un nuevo empleo, ¿recuerdas? Un puesto importante, ¿no es verdad? ¡Y no olvidemos que soy más joven que tú y demasiado ingenuo para saber bien lo que hago!

– Oh, Ben –Shelley movió la cabeza—. Sé que te he lastimado...-.

– ¡Ni hablar!

– ... pero también me he lastimado yo misma.

-¿Tú?

-Sí yo –acortó un poco la distancia entre ellos y extendió las manos –. Ben, la única razón por la cual estoy aquí es porque me importas. Dios lo sabe, no quería amarte. Como dices, soy mayor que tú y no soy la clase de mujer que tú deberías desear. Cuando me alejé creí que hacía lo correcto... para ti, para mí, para todos. No te creí cuando dijiste que me amabas. ¡No quería creerte!

– ¿Y ahora? –le preguntó sin ninguna emoción.

– ¿Ahora? –Movi6 la cabeza–. De ti depende.

– ¿Y tú empleo?

Ben estaba con una expresi6n de desconcierto reflejada en la cara, como si le fuera dif6cil mantener su compostura, y Shelley encontr6 fuerzas para hablar claramente.

–No hay ning6n empleo –le dijo toc6ndole un brazo–. Oh... me lo han ofrecido, pero todav6a no lo he aceptado.

– ¿Y lo vas a aceptar?

–Eso tambi6n depende de ti...

Ben mir6 hacia otro lado.

–No puedo tomar decisiones por ti.

–No te lo estoy pidiendo –se acerc6 m6s–. Pero todav6a me quieres, ¿no es verdad?

Ben gimi6, como si no pudiera resistir m6s, y acarici6ndole la cara, la bes6 en los labios.

–S6, te quiero –murmur6, pero al admitirlo no expresaba alegr6a–.

Pero no con tus condiciones –a6adi6 alej6ndose de ella–. Ahora, ¿quieres marcharte?

– ¿Qu6... condiciones? –pregunt6 mir6ndolo fijamente.

–No deseo una aventura, Shelley –le dijo con seriedad, y las l6neas que circundaban su boca le daban aspecto de madurez–. Una vez me convenciste de que eso era suficiente, y yo te cre6. Pero no fue as6. No quiero volver a pasar por eso.

– ¡Oh, Ben! –Shelley temblaba—. ¿Eso quiere decir que retiras tu ofrecimiento?

– ¿Qué ofrecimiento?

–Una vez me pediste que me casara contigo –le dijo con voz temblorosa—. No sabía que hubiera un límite para tu propuesta.

– ¿Un límite? –Ben la miró como si no pudiera creer lo que estaba oyendo y luego, al comprender, la siguió mirando con precaución—. No hablas en serio.

–Oh, sí, hablo en serio –Shelley asintió con la cabeza y su melena cayó sobre sus hombros en un loco desorden—. Oh –dijo tocando los mechones de su pelo—. Ahora que quería parecerte mejor...

– ¡Shelley! –Aferró sus hombros con las manos—. Shelley, si estás tratando de jugar conmigo...

–No es ningún juego, querido –le aseguró, desatando el cinturón de su bata—. Mmmm... Así está mejor... ¿no crees?

Una hora después Shelley miraba con burla a Ben a través de las burbujas que llenaban la bañera. Y qué bañera, pensaba. Tenía casi dos metros de larga y probablemente la mitad de profundidad; era ideal para dos personas que desearan intimidad. Todo el cuarto de baño era único, una extravagancia gótica, con ultramodernas y eficientes instalaciones.

– ¿No lo encuentras más bien decadente? –murmuró inclinándose hacia él—. Mucho más cómodo que la ducha. ¿Crees que podríamos instalar un baño así en nuestra casa? Creo que me agrada la sensación de sentarme entre tus piernas.

–No creo que mi energía durara más de unas cuantas semanas –replicó, besándole un hombro—. Mmmm, ya sabes lo que va a pasar, ¿no? Y debemos encontrarnos con mi madre a las ocho, para cenar.

–Estoy segura de que ella comprenderá –contestó mirándolo—. Oh, Ben, ¡gracias a Dios que tuviste fuerza suficiente por los dos! No podía soportar pensar que te casaras con otra.

Él la besó buscando con las manos otras intimidades.

— Te amo — le dijo sencillamente.

Y aquella explosión amorosa hizo que Shelley se sintiera débil.

— ¿Dónde quieres vivir? — Le preguntó después, cuando secaban mutuamente sus cuerpos con las blancas toallas—. Supongo que podría encontrar un puesto cerca de Londres, si es que tú deseas aceptar el empleo que te ofrecen.

— No quiero — contestó con sinceridad, rodeándole el cuello con los brazos, deleitándose en su mutua desnudez—. En realidad, creo que me gustaría tener hijos. Entonces tu madre no se sentiría defraudada por no llegar a ser abuela.

— Siempre y cuando te tenga sólo para mí durante un tiempo — le dijo Ben—. Esto es algo que casi no puedo creer.

— Pero lo crees, ¿verdad? — insistió ella abrazándole con cariño.

— Y — dijo él con emoción—, ¿qué te parece volver a Log Burton? Frank Chatel se alegraría. No quiere que me marche.

— Ni siquiera...

— Ni siquiera a pesar de Jennifer — dijo Ben—. Yo creo que Frank se dio cuenta hace algún tiempo de que no estábamos hechos el uno para el otro. Pero la señora Chatel impide que Frank exprese su opinión — dijo sonriendo—. Ya conoces el dicho... mira a la madre y sabrás cómo será la hija veinte años después...

— Pero te afectará a ti... en tu trabajo. Quiero decir... al casarte con otra y seguir viviendo en Log Burton...

— Lo dudo — Ben lo tomó con filosofía—. Lo que pienso, y que viene más

Al caso... ¿podrás soportarlo tú?

— Bueno, tú sabes que yo nací en los valles — le dijo sabiendo que la vida con él sería maravillosa—. Y mientras estemos juntos, sospecho que no será tan malo.